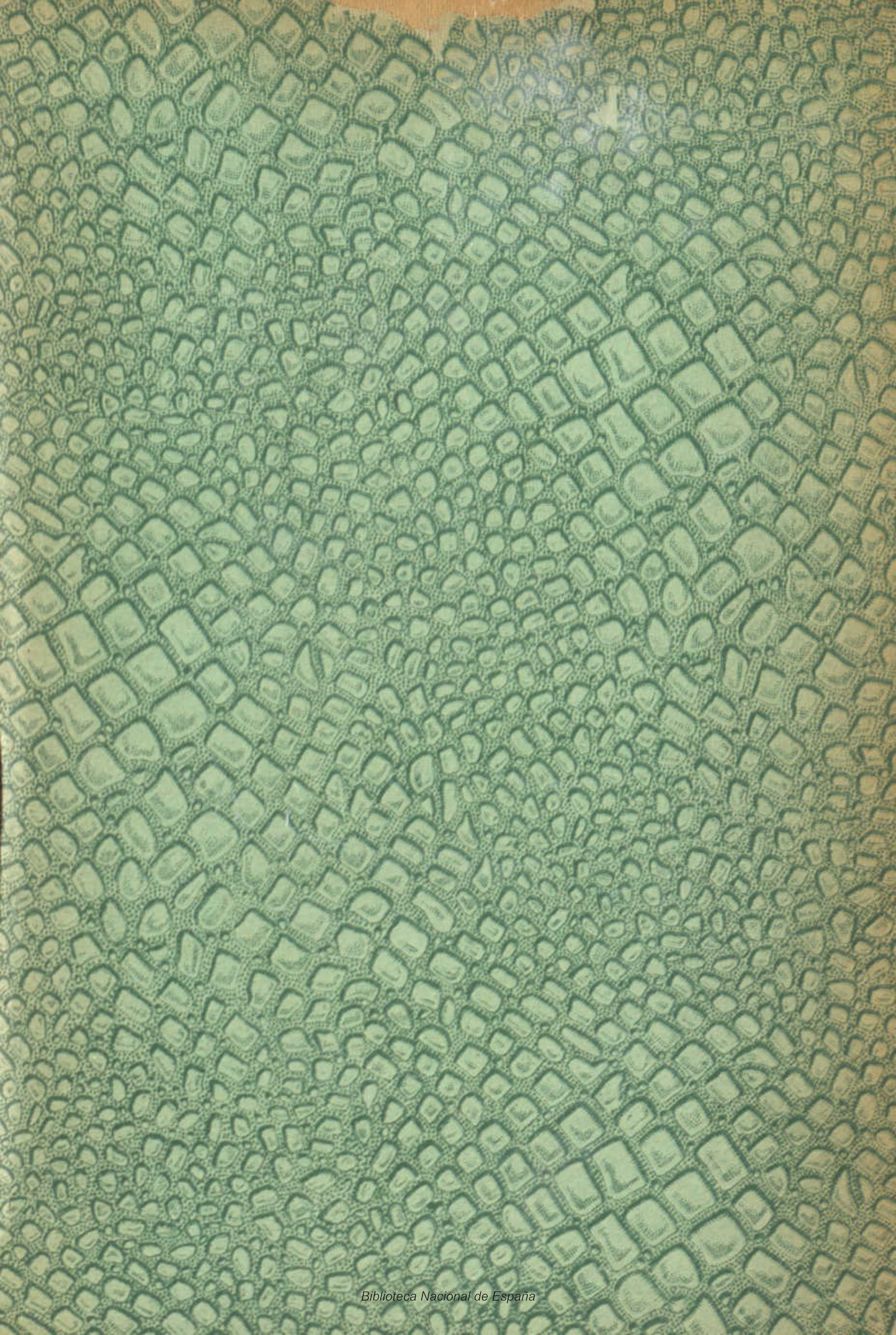
OVIDIO

LAS METAMORFOSIS

1



BIBLIOTECA CLÁSICA

OVIDIO

LAS METAMORFOSIS

TRADUCIDAS EN VERSO CASTELLANO

POR

PEDRO SÁNCHEZ DE VIANA

TOMO I

MADRID
LIBRERIA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.ª
CALLE DEL ARENAL, NÚM. 11

1887

LAS METAMORFOSIS.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
Paseo de San Vicente, 20.

BIBLIOTECA CLÁSICA
TOMO CV

LAS
METAMORFOSIS

POR

PUBLIO OVIDIO NASON

TRADUCIDAS EN VERSO CASTELLANO

POR

PEDRO SÁNCHEZ DE VIANA

TOMO I



MADRID
LIBRERÍA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.ª
CALLE DEL ARENAL, NÚM. 11

1887

ADVERTENCIA PRELIMINAR.

Breves apuntes biográficos de Publio Ovidio Nasón publicamos al frente de la traducción que Diego de Mexía hizo de *Las Heroidas*, y que forma el tomo LXXVI de la BIBLIOTECA CLÁSICA.

Ampliados con cuantos detalles llegaron á nosotros de la vida de este insigne poeta latino, y acompañados de juicio crítico de todas sus obras, formarán el prólogo del tomo que comprenda *Los Amores*, *El Arte de amar*, *Los Remedios del amor* y *Los Cosméticos*, que, si no son obras para proporcionar á su autor la fama universal y perpetua á que, según sus propias palabras, aspiraba, acaso sean las que, por más identificadas con su vida y costumbres y las de la sociedad romana en el siglo de Augusto, ponen mejor de manifiesto las bellezas y defectos de su estilo.

No son estas obras frívolas y galantes tan inge-

niosamente escritas, tan celebradas cuando se escribieron, que hasta alguna de ellas (*El arte de amar*) fué por largo tiempo objeto de representaciones mímicas, las que sirven de base firmísima á la celebridad de Ovidio, sino aquellas otras que, como *Las Metamorfosis* y *Los Fastos*, escritas en la edad madura, unen á la brillantez del ingenio la suprema facilidad y elegancia de una versificación flúida y armoniosa.

En opinión de los doctos, el poema *Las Metamorfosis* es la obra maestra de Publio Ovidio, quien, con más verdad que modestia, la termina vaticinándola gloria inmortal.

Se ha dicho que este poema corrió riesgo de desaparecer en vida del poeta, por haberle quemado cuando la orden del destierro le obligó á salir para siempre de Roma, y que sólo á la circunstancia de haber alguna copia de él en ajenas manos, débese su conservación. Se ha dicho también que el poeta no pudo darle la última lima; pero otros aseguran, y parece lo más verosímil, que, durante los ocho años de su triste vida en las orillas del mar Negro, corrigiólo, como también *Los Fastos*, empleando en ello y en escribir sus célebres elegías tiempo para él tan desventurado.

Llamaban á *Las Metamorfosis* en el siglo XV *La Biblia de los poetas*. La magnitud del plan que contiene la historia más completa de la mitología y filo-

sofía de la antigüedad pagana; la asombrosa unidad en la variedad inconcebible de sucesos y episodios, de personajes y de ideas que agrupa y oprime una imaginación vivaz é inquieta; el orden y armonía que reina en el aparente laberinto de fábulas; la solidez de tan extensa trama en que se cruzan los hilos sin confundirse ni enmarañarse; la erudición prodigiosa que acredita en Ovidio, necesitado de consultar y estudiar las obras de más de cuarenta y ocho autores; la elegancia de la dicción; la delicadeza del estilo; la inagotable variedad de frases, indispensable en un poema de 12.000 versos, son méritos sobrados para la admiración que inspira esta obra magna, monumento imperecedero de la poesía latina.

LIBRO PRIMERO.

Deseo decir de formas ya mudadas
En nuevos cuerpos; Dioses, ayudadme,
Pues fueron por vosotros transformadas.
Para lo cual el verso prolongadme
Del principio del mundo al de mi intento,
Y con alientos sacros animadme.
Antes que el mar, la tierra y firmamento,
Que todo lo contiene, se criase,
Faltaba á la natura su ornamento.
Cosa no había que en sí diferenciase
De otra, que un semblante se notaba
Doquiera que la vista se emplease.
Caos aquel abismo se llamaba (1),
Por ser la confusión de tal grandeza

(1) Ovidio copia literalmente á Hesiodo en estos conceptos. Aristófanes, Lucrecio y Diodoro de Sicilia refieren las mismas nociones cosmogónicas, conformándose con el sistema de los antiguos filósofos, que admitían una materia primera y eterna, donde se encontraban confusos é informes los gérmenes de todos los seres.

Que indivisa y sin orden se hallaba.
No era más que peso de rudeza
Do estaban discordantes las simientes
Que concordó después Naturaleza.
No había rayos del sol resplandecientes,
Ni la reciente luna reparaba,
Creciendo, sus dos cuerpos diferentes.
Ni la pesada tierra se fundaba (1)
Sobre su mismo peso, ni Oceano
Los brazos por sus playas alargaba.
Que adonde estaba ella, allí el insano
Mar furibundo estaba, é indomable
También se hallaba el aire allí liviano.
Por do la tierra era vana, instable;
Sin luz el aire; el agua no tenía
Manera de poder ser navegable.
Cada cual de su forma carecía,
Que lo uno á lo otro se estorbaba,
Porque un cuerpo contrarios contenía.
Lo frío y lo caliente peleaba,
Lo húmedo y lo seco, blando y duro,
Lo pesado y sin peso se encontraba.
La cual contrariedad y estado obscuro
Dios, y mejor Natura, redujeron
A otro más perfecto y más seguro.
Porque de tierra al aire dividieron,
Del aire espeso el cielo cristalino,
Y del agua la tierra desasieron.
Y desque lo apartó el querer divino
Lo concordó, y compuso de repente,
Con paz que dura entre ellos de contino.

---

(1) *Nec circumfuso pendebat in acre tellus*
Ponderibus librata suis.....

Estos bellos versos indican que los antiguos filósofos sospecharon la gravitación demostrada por Newton.

Fuése el ligero fuego incontinente,
Eligiendo lugar más soberano,
Pegado con el cielo transparente.
El aire en liviandad le fué cercano,
Y en sitio; mas la tierra ya espesada,
Por ser un elemento no liviano,
De los demás la escoria más pesada
Consigo trajo al centro, do ha quedado
Del peso de su peso nivelada.
El último lugar han ocupado
Las aguas cristalinas, sustentando
El globo frío y seco tan pesado.
Esto dispuesto, aquel Dios venerando
(Fuese quien fuese), anduvo á cada lado
En redondez la tierra reformando.
Mandó luego estrecharse al mar airado,
Dándole vientos con que se alterase
Y hubiese las riberas rodeado.
Y para que mejor se acrecentase,
Le añadió fuentes, lagos y corrientes
Ríos, y estanques con que se adornase.
Los cuales en lugares diferentes
A veces él se sorbe, y otros meten
En los profundos mares sus corrientes.
Y viéndose más libres, arremeten
Por las saladas ondas discurriendo,
Y en marinas riberas se entremeten.
Mandó irse los campos extendiendo,
Hacerse valles frescos, prestamente
Los pedregosos montes ir subiendo.
Y como cinco zonas (1) al luciente

(1) La palabra *Zona* viene del griego, y significa cintura. La división del cielo en zonas encuéntrase también en Virgilio, *Geórg.*, lib. I, v. 233 y sig.; en Tíbulo, lib. IV, égl. 1.ª, v. 152-174, y en Claudiano, *Robo de Pros.*, lib. I, v. 257-263.

Y claro cielo ciñen, la de en medio
Siendo de todas ellas más ardiente;
Ansí la tierra, que es el centro y medio,
El cuidado de Dios ha dividido
Con otras tantas plagas sin remedio.
Inhabitable la de en medio ha sido
Por intenso calor; la nieve helada
Las otras dos cubiertas ha tenido.
Mas la restante parte está templada
De la frialdad y fuego, que han causado
Templanza con su fuerza allí mezclada.
Sobre éstas está el aire, más pesado
Que el fuego tanto, cuanto más liviano
Que el agua, y dura tierra se ha hallado.
Allí mandó que fuesen mano á mano
La niebla espesa, nubes y los truenos,
Que habían de conmover el sexo humano.
Y los vientos también ni más ni menos;
Mas quiso el formador de los humanos
No fuesen de su furia siempre llenos.
Ni pueden resistirles todas manos
Que el mundo peleando no deshagan,
Que tal discordia tienen los hermanos.
De igual contrariedad todos se pagan,
Que cada cual se fué para su parte,
Para que desde allí sus obras hagan.
Euro (1) al aurora Nabatea (2) se parte;
Al occidente Céfiro (3) ennoblece;
De Scytia Bóreas (4) fríos nos reparte.

---

(1) Euro es el viento de Oriente.

(2) Nabata es hoy la Arabia petrea, y llamábase así del nombre de su capital. Véase Strabon, lib. XVI, pág. 767.

(3) Céfiro, en latín *favonius*, es el viento de Occidente.

(4) Bóreas entre los griegos, lo mismo que Aquilón entre los latinos, es el viento Norte.

Del mediodía Austro (1) se parece,
De lluvias y algaradas tan contino,
Que con su soplo el aire se escurece.
Sobre esto puso el cielo cristalino,
Sin peso y sin escoria de la tierra,
Quien la formó con su querer divino.
Apenas se acabó, cuando destierra
La obscuridad el cielo con centellas,
Y á corrupción la puerta estorba y cierra.
Porque región sin almas no haya bellas,
Habitan los planetas en el cielo
Con las divinas formas las estrellas (2).
En las hondas los peces, y con vuelo
Prestísimo las aves van gozando
Del aire, y á las fieras cupo el suelo.
Otro animal más santo y venerando
Faltaba, que era el hombre, y fué nacido
Para tener en todo el palo y mando.
Ahora le haya hecho y producido
De simiente divina aquel maestro
Que del mundo mejor principio ha sido,
Y como sabio omnipotente y diestro
Quisiese resumir con excelente
Muestra su gran poder en el ser nuestro;
Ó que la misma tierra del luciente
Cielo, su caro amante dividido
Retuvo en sí la celestial simiente.
Y el hijo de Japeto (3), resumida,

(1) Austro es el viento del Sud.

(2) Ovidio sigue en este punto la doctrina de Platón, que considera á los astros y á los dioses seres animados.

(3) Hesiodo, Esquilo, Apolodoro, Pausanias y Apolonio de Rodas han referido la fábula de Prometheo. Procurando Brucker averiguar la verdad histórica entre estas tradiciones fabulosas del célebre personaje de la antigüe-

Mezclando agua hizo su hechura
A imagen del señor de nuestra vida.
 Y como ande toda criatura
La boca abajo, sólo el hombre tiene
El rostro soberano y la figura.
 Al hombre solamente le conviene
Enderezar la vista al alto cielo,
Que todo lo más ínfimo contiene.
 Ansí, lo que antes era informe suelo,
Se vió después vestido y adornado
Con forma de excelente humano velo.
v. 89. La primera de todas se ha criado
La edad dorada (1) santa que guardaba
Sin ley ni rey lo justo de su grado.
 La pena ausente, el miedo ausente estaba,
El pueblo sin edictos se regía,
Que sin juez seguro se hallaba.
 Nao ni galera entonces no se vía
Ir por el mar, ni nadie entre mortales
Otras que sus riberas conocía.
 No había muros, trompas ni atabales,
Ni para hacer trompetas se doblaban
Pesados y durísimos metales.
 Ni de arneses ó espadas se adornaban
Soldados, que sin ellas muy seguras
Las gentes en blando ocio se ocupaban.
 Y sin romperla, las entrañas puras

dad, deduce en consecuencia que fué un hombre demasiado sabio para su época.

(1) No están los poetas antiguos de acuerdo en el número de edades. Hesiodo cuenta cinco en lugar de cuatro. Ovidio omite la edad de los héroes después de la edad de bronce. Virgilio (*Geórg.*, lib. I, v. 125 y sig.; *Eneida*, lib. VIII, v. 314 y sig.) y Tíbulo (lib. I, elegía 3.ª, v. 55 y sig.) sólo mencionan dos.

Arándose, la misma tierra daba
Frutos y frutas dulces y maduras.
Cualquier con el manjar se contentaba
Que sin se cultivar podía tenerse,
Porque la misma tierra lo criaba.
Quieren con zarzamoras mantenerse,
Con silvestres cerezas y otras tales,
Que sin se desear podían haberse.
Sustentábanse á veces los mortales
Con bellotas, ajenos de dolores,
De penas, de pasiones y de males.
Había verano eterno cuyas flores,
Nacidas sin simiente, regalaba
Fabonio con sus soplos y frescores.
La tierra sin ararse se mostraba
De mieses canas llena de contino,
Aunque nunca jamás se barbechaba.
De néctar y de leche río divino
Aquí y allí corría, destilaba
La roja y dulce miel de encina ó pino.
Mas ya que el mundo Jove gobernaba
(Saturno en cárcel preso), comenzóse
La edad que de la plata se llamaba.
Peor que la primera, mas probóse
Que era mejor que fué la edad siguiente,
Que del rojo metal denominóse.
Limitóse el verano floreciente
Por Júpiter, y fuése dividiendo
El año en cuatro partes prestamente.
Verano, estío, otoño, invierno, siendo
Cuatro tiempos, que el año dividieron
En cuatro espacios, yéndose encendiendo
El aire desde entonces, y se vieron
Colgados cerriones en los vientos,
Que causa de hacer casas luego dieron.
Entonces cuevas eran aposentos,

Y troncos huecos de árboles, do estaban
Seguros los mortales y contentos.
Las tierras ya de Ceres se sembraban,
Rompiéndolas con reja y corvo arado;
Al yugo ya los bueyes se aplicaban.
La edad de cobre vino en tercer grado,
Cruel y pronta en armas, no traidora,
La última de hierro se ha nombrado.
Nasció toda maldad luego á la hora,
Huyó vergüenza, fe y verdad al punto,
Y en su lugar traición y engaño mora.
Asechanzas y fuerzas todo junto,
Y el malvado deseo y avariento
Se hicieron de maldades un trasunto.
El marinero daba vela al viento
Aun no bien conocido; las galeras
De árboles fabrican al momento.
Y tú, campo, que antes común eras,
Como la luz del sol, fuiste partido
Con límites crecidos y linderas.
Y no sólo á tí, tierra, te han pedido
Panes y frutas, pero por tesoro
Las internas entrañas te han rompido.
Y métense en tu centro por el oro,
Con él sacando causas de mil males,
De vicios, de rencillas, pena y lloro.
Hallóse el hierro ya por los mortales,
Y el oro, más dañoso, y la batalla
Adonde el hierro y oro son iguales. ✗
Vívese de rapiña, no se halla
Hospedaje seguro ni entre hermanos;
Si buscáis amistad, es poco hallalla.
Maridos y mujeres inhumanos
Son á sí mismos; las madrastras quieren
Mezclar ponzoñas negras con sus manos.
Los hijos, si sus padres no se mueren,

v. 149

Procuran despacharlos, con deseo
De heredar y gozar lo que tuvieren.
  Postrada estás, piedad, que ya te veo;
La sanguinosa tierra ya ha dejado
La justísima diosa hija de Astreo.
  Y porque llegue al cielo sublimado
Tanta maldad, se dice que quisieron
Gigantes expugnar el estrellado (1),
  Y que para este efecto compusieron
Sobre unos montes otros, donde estando,
Cerca de las estrellas se pusieron.
  Mas el que sobre todo tiene el mando
Lo remedió con rayo poderoso,
De sobre Pelion Osa (2) derribando.
  Y dicen que, del golpe temeroso,
Quedaron con los montes encubiertos
Los cuerpos y el intento tan furioso.
  Y también, que la tierra, de los muertos
Madre pía, por no se ver privada,
Con casos tan acerbos como ciertos,

(1) Confunde aquí Ovidio dos mitos que otros autores separan, distinguiendo la guerra de los Titanes de la de los Gigantes; fué hecha aquélla por príncipes de la familia de Júpiter; ésta por algunos facinerosos llamados hijos de la Tierra, porque se ignoraba su origen.

El de esta fábula parece ser egipcio. Banier procura dar explicación racional á lo que los poetas han dicho de los Gigantes, suponiendo que esta guerra es la que Tiphón hizo á su padre Osiris; que las cien cabezas de Tiphon significan su genio, sabiduría y destreza; sus cien brazos la fuerza de su ejército ó el número de sus oficiales, y las serpientes en las puntas de los dedos y en los muslos eran emblema de su astucia.

(2) Pelión, monte de Tesalia. Osa, montaña también de Tesalia, hoy Cossaro ú Oliva. Era donde vivían los centauros.

De su progenie, se quedó empapada
De la sangre crüel, y en sus entrañas
Caliente procuró fuese animada,
Y convirtióla en hombres de las mañas
De los primeros hijos destruídos,
Amigos de maldades y cizañas,
Mofadores de Dios, descomedidos,
Implacables, crüeles y tiranos,
Que de sangre entendieras ser nacidos.
Viendo de los palacios soberanos
Júpiter esto, al punto meditando
De Licaon (1) los convites inhumanos,
Fuése luego su cólera inflamando
Para el castigo digno del pecado,
Ira digna de Júpiter tomando.
Llamó á consejo; vienen al llamado
Los dioses sin tardar, por un camino,
Lácteo de la blancura se ha llamado.
Van por aquesta vía de contino
Los dioses al palacio rutilante
Del sumo omnipotente rey divino.
Y los que por valor están delante
Habitan en palacios más cercanos
A la casa real del gran Tonante.
Habitan los lugares comarcanos
La turba popular que no alcanzaron
Entendimientos tanto soberanos.
Frontero los ilustres fabricaron
Sus casas del camino, y en llegando,
En una sala rica se sentaron,
A do en lugar más alto el Sumo estando,
Afirmado en su cetro marfilino,
La sagrada cabeza meneando,

(1) Licaón era rey de Arcadia, hijo de Titán y de la Tierra y contemporáneo de Cecrops.

Con la cual lo mortal y lo divino
Gobierna, mueve tierra, mar y cielo,
Dijo así con enojo repentino,
Mostrando en su semblante saña y duelo:

«Al tiempo que quisieron los gigantes
El cielo sujetar á su mandado,
No fueron mis cuidados semejantes
A los que me han agora lastimado;
Porque aunque en la fiereza eran pujantes,
Y cada cual soberbio y denodado,
Era una guerra sola, una porfía,
Que de un linaje de hombres dependía.

»Pero agora no hay ningún humano
Dentro de lo que Océano rodea
Que no haya de morir por esta mano,
Pues en vivir tan mal cualquier se emplea.
Y juro á la laguna, que es en vano
Jurar y no cumplir, quier que ello sea,
De destruir con fuerza soberana
La corrupta y perdida especie humana.

»Intentaré primero lo posible;
Mas la incurable llaga estiomenada
Cortarla he con espada yo invisible;
Será la sana parte preservada.
No hay ya disimular; es imposible
La tierra ser de otro arte reparada.
Yo tengo Faunos, Sátiros montanos,
Con Ninfas, medio dioses y Silvanos.

»Los cuales, pues que aun dignos no hemos hecho
De nuestra compañía acá en el cielo,
Y habiendo á la justicia satisfecho,
Mandamos que habitasen en el suelo.

Dejémosles usar de su derecho
Sin pena, sin zozobra, sin recelo
De atrevimientos crudos y bestiales
De que usan en el mundo los mortales.

»¿Cómo creéis, oh dioses, que seguros
Podrán vivir aquéllos entre humanos,
Pues á mí, que gobierno etéreos muros,
Mil rayos disparando de estas manos,
El fiero Lycaón con hechos duros,
Soberbios pensamientos é inhumanos,
Trató de hacer traición, y la hiciera
(Cual hizo á muchos antes) si pudiera?»

Gran murmurio entre todos levantaron
De oir tan bravo insulto y osadía,
Y quién era el malvado preguntaron.
Cuando la mano pérfida quería
Matar con la Cesárea sangre el nombre
Romano, tal rumor cualquiera hacía.
Con tan crecido daño cualquier hombre
Temblaba de espantado, que temía
Perdida ver su patria y su renombre.
Ni menos grata á tí te parecía,
Augusto, la piedad que en ellos viste,
Que á Júpiter de ver la que allí vía.
El cual, ya que con mano y voz resiste
Al murmurar de todos, y callaron,
Otra vez con palabras los insiste,
Las cuales muy atentos escucharon.

«Perded cuidado (dijo), que yo os digo
Está pagando bien lo que merece
Aquel tirano pérfido enemigo,
En quien la crüeldad bien se parece.
Mas escuchadme, dioses, é id conmigo;

Diré el pecado, y pena que padece
Para castigo digno de su culpa,
Que tan abiertamente es sin disculpa.

»La infamia de este tiempo habiendo oído,
Y deseando yo que falsa fuera,
Dios en humana forma convertido,
Bajé de Olimpo á ver la tierra fiera.
Hallé más mal que yo tenía entendido,
Y el daño muy mayor que yo quisiera.
Largo sería contar lo que ha pasado;
Menor ví ser la infamia que el pecado.

»Por Ménalo (1), de fieras habitado,
Pasé; fuí por Cyleno y por Lyceo (2),
De hielos y de pinos adornado,
Y entré en Arcadia (3), reino deste reo,
Cuando el sol del camino fatigado
Entraba por las ondas de Nereo;
Luego con señas ser quien soy divulgo,
Comenzóme á adorar con ruego el vulgo.

»Con humil voz la gente me adoraba;
Mas Lycaón, que así tratar me vía

(1) El Ménalo, montaña del Peloponeso en Arcadia. Debió el nombre á Ménalo, hijo de Licaón, rey de aquella comarca. Habitaba allí el dios Pan.

(2) Cyleno, el monte más elevado del Peloponeso en la Arcadia. Mercurio tenía en la cima de Cyleno un templo y un bosque de limoneros.

Lyceo, montaña de Arcadia. En su cima, que se llamaba sagrada, habia dos templos, dedicado uno á Júpiter y otro al dios Pan.

(3) La Arcadia, comarca de Grecia en el Peloponeso, situada entre Messenia y Achaia, Elida y el país de Argos. Tomó el nombre de su tercer rey, llamado Arcos.

De la vulgar simpleza, se enojaba,
Y de ella escarneciendo se reía.
Al punto entre sí mismo concertaba
Tratar lo que trató, y ansí decía:
«Ver tengo por clarísima evidencia
»Si hay de este dios á hombre diferencia.»

»Determinó de muerte no pensada
Matarme, estando en sueño adormecido:
Esta experiencia es la que le agrada.
Ni con esto contento el descreído,
Mandó la cena fuese aparejada,
De humano cuerpo asado, y aun cocido,
Matando un preso de molosa gente,
Y púsole en la mesa prestamente.

»Yo viendo la maldad luego á la hora,
Mandé que su palacio se abrasase;
Cumplióla así la llama vengadora;
Él, espantado de esto, huye y vase
A las montañas fieras, donde agora
Aulla, como en vano procurase
Hablar, y como estaba, está rabioso,
Y de matar y sangre deseoso.

»Su vestidura en pelos se convierte,
Y los brazos en piernas, y él en lobo.
Sus mañas ejercita dando muerte
A los ganados simples del que es bobo.
Era antes cano, y de esa misma suerte
Es; si robaba, no ha olvidado el robo;
Tiene, como antes, ojos relucientes;
Los hechos y fiereza indiferentes.

»Cayó un palacio; pero no era solo
Digno de padecer, pues todo el mundo

Maldades usa, y de uno al otro polo
Las furias señorean del profundo;
¡Sus! castiguemos cuanto alumbra Apolo;
De mí me quejaré si no lo hundo.
Pues en pecar se han todos conjurado,
Padezcan pena digna del pecado.»

Aprueban unos la sentencia dada
Con voz; otros con seña suficiente
Demuestran que la dan por aprobada;
Mas cada cual no poca pena siente
En ver que se apareja la caída
Del animal más alto y excelente.
Ninguno hay de los dioses que no pida
Qué forma habrá en la tierra, si es privada
De una tan alta especie y entendida.
¿A quién será la honra encomendada
Del culto de los dioses? ¿Por ventura
Ha de ser de las bestias habitada?
Luego el Tonante á todos asegura,
Prometiendo formar otros humanos
Con admirable origen y natura.
Los rayos fulminosos en las manos
Tenía, para arrojar con leve vuelo;
Pero temió de casos inhumanos.
Temió no se inflamase el alto cielo,
De las vecinas llamas alterado,
Y se abrasase junto con el suelo.
A esto se allegó que por el hado
Se acuerda vendrá tiempo que la llama
La tierra, mar y cielo habrá quemado.
Los rayos luego deja; pero trama
Otra manera nueva de venganza;
Las aguas para ello al punto llama.
En la cárcel eolia á cierzo lanza,
Y á todos cuantos quitan las nubadas

Austro la libertad al punto alcanza.
Y con húmidas alas desplegadas
Vuela, cubierto el gesto de nublados,
La barba espesa llena de algaradas.
De sus cabellos canos remojados
La lluvia corre; siéntanse en su frente
Las nieblas, y en sus ojos papujados.
Las nubes con sus manos prestamente
Aprieta, y en el punto gran rüido
De andeluvios que caen la tierra siente.
Iris de mil colores su vestido
Concibe agua, que es el alimento
Que á los nublados tiene apercibido.
Echáronse los panes al momento,
Vana esperanza de los labradores,
Que pierden su trabajo y su contento.
Neptuno con sus fuentes y licores
Al hermano ayudó, que con despecho
Impetró sus socorros y favores.
Llamó á los ríos, vienen; de su pecho
Les dijo: «No usaré de policía
En el hablar, que agora es sin provecho.
»En suma sumamente yo querría
Derraméis vuestras aguas de manera
Que las corrientes vayan á porfía.»
Mandólo así. Al punto salen fuera,
Las fuentes abren, van sin ningún freno
Hasta la mar buscando su ribera.
Con el tridente él mismo hirió el terreno
Cuerpo, el cual conmovido de repente
Abrió lugar al agua en cada seno.
Viendo ocasión, con rápida corriente
Van por los anchos campos anegando
Ganados y arboledas juntamente;
Las casas y sus dueños ocupando,
Ocupando los templos y penates,

Ni aun á los relicarios perdonando.
  Si algún palacio pudo los combates
Del agua resistir, por ser muy fuerte,
Cubriólo el gran diluvio y sus debates,
  Y anególe la lluvia de tal suerte,
Que sus torres ocupan ondas fieras,
Y ya la tierra en agua se convierte.
  Todo era mar, ya no tenía riberas;
Éste al collado, el otro huir concluye
En barco, y otros van de otras maneras;
  Otro por donde aró remando huye;
Salta alguno en la viga de su techo,
El cual ve sin remedio se destruye.
  Lo que era verde prado ya se ha hecho
Apto lugar donde áncoras se prenden;
Las viñas se hacen mar á su despecho.
  Los marinos becerros ya se extienden
A do pacían las cabras; aun agora,
Ven las Nereidas cosas que no entienden.
  Vense estar en palacios á deshora
Los delfines entre árboles trepando;
El lobo entre el ganado nada y mora;
  Leones, tigres, cuervos van nadando;
Ni al jabalí su ira fulminosa
Pudo ir en este caso aprovechando.
  Buscados los lugares donde posa,
Y no pudiendo hallarlos, cae cansada
El ave, de descanso deseosa.
  El agua, con licencia tan sobrada,
Tenía los altos montes encubiertos,
Con nueva ola á ola acrecentada.
  Los más de los mortales fueron muertos,
De las crüeles ondas anegados;
Otros por hambre son de muerte ciertos.
v. 313   Focis, fértil región tenía apartados
De los Aonios campos los Acteos,

Y agora están con agua deslindados.
A donde un monte sube á los Astreos
Cuerpos, con dos alturas, cuya cima
Excede los nublados etereos.
Parnaso es éste, remedióse encima
Deucalión (1) aportando allí á deshora
Con sola su mujer, de gran estima.
Las Coricidas (2) Ninfas luego adora
Y todas otras santas deidades,
Y á Themis que era oráculo á la hora.
Nadie era tan amigo de verdades
Como Deucalión, y Pyrra era,
Amadores de Dios, y de bondades.
Júpiter, viendo el mundo de manera
Que mar por todas partes parecía,
Cosa de ver, pesada y lastimera,
Y que de tantos hombres uno había
Quedado solo, y de las hembras una,
Que ser entrambos justos conocía,
Quitó la obscuridad tan importuna
De nubes y de lluvias, con el viento,
Cuya fuerza á tal caso es oportuna.
Mostró la tierra al cielo en el momento
Y á la tierra también el claro cielo;

(1) Probable origen de esta fábula es lo siguiente. En la época en que Deucalión vino de Asia á Grecia, en el año 1574 antes de Jesucristo, por efecto de lluvias abundantísimas los ríos de Tesalia salieron de madre é inundaron la comarca; Deucalión, y los que con él pudieron librarse de la inundación, se refugiaron en el monte Parnaso. Terminada aquélla, volvieron á la llanura, y sus hijos fueron las misteriosas piedras que, arrojadas por Deucalión y Pyrra, repoblaron el mundo.

(2) Coryce era un antro consagrado á las musas, situado al pie del Parnaso. De su nombre recibían las musas el de Coricidas.

Cesó el furioso mar y movimiento.
  El Dios Neptuno ya arrojó en el suelo
El tridente, halagando la corriente;
Llamó á Tritón, que de purpúreo pelo
  Cubierto está los hombros; prestamente
Le manda publicase que cualquiera
Refrene el curso libre de repente.
  Tomó su concha al punto, la cual era
Desde el principio angosta, retorcida
A la más ancha parte, y de manera
  Sonó con ella, que su voz fué oída
Desde Oriente á Poniente, y al momento
Doquiera que se oyó fué obedecida.
  Tornaron mar y ríos á su asiento,
Parece que los montes van saliendo,
Mengua el agua y da al suelo crecimiento,
  Vanse las arboledas descubriendo,
En sus hojas el cieno demostrando;
Vase el mundo otra vez restituyendo.
  Deucalión, desque ve que está callando
El orbe destruído y asolado,
A Pyrra habló de esta arte sollozando
De afición dolorosa congojado:

  «Oh hermana, oh cara esposa, que has restado
De las humanas hembras sola una,
Con quien linaje y cama me ha juntado,
Y agora los peligros y fortuna.
En cuanto cubre el cielo no ha quedado
Más que los dos persona viva alguna,
Y aun de vida no estamos confiados,
Temiendo, como es justo, los nublados.

  »¿Qué ánimo tuvieras, dí, cuitada,
Si los hados sin mí te libertaran?
¿Cómo pudieras siendo sola hallada

Sufrir las penas que por tí pasaran?
Porque yo, si tú fueras anegada,
Quisiera que las ondas me anegaran;
Gustara no vivir, verdad te digo,
Si no quedaras viva tú conmigo.

»Pluguiera á Dios con las paternas artes
Reparar las ciudades yo pudiera,
Que haciendo hombres de barro en muchas partes
El alma racional les infundiera.
Agora acá y allá, y en todas partes,
En tí y en mí el linaje humano espera.
Dejáronnos los dioses inmortales
Por dechado y ejemplo de mortales.»

Calló y lloraba; luego determinan
Rogar á Dios; partiendo sin tardanza
A las aguas Cefísidas (2) caminan.
Y aunque no había del todo la bonanza
Que antes, por los vados conocidos
La corriente del río se abalanza
A do como llegaron, esparcidos
Sobre sí los licores, se tornaron
A los antiguos templos destruídos.
Y los altares suyos se mostraron
Herbosos, y sin luz las sacras aras,
De ver lo cual de lástima lloraron.
Y juntas con la tierra entrambas caras,
Besaron en el suelo, y sollozando,
Dijeron con palabras no bien claras:
«Themis divino, espirtu venerando,
Si las plegarias justas algo valen,

(1) Cephiso, rio de Beocia, célebre por la trasparencia de sus aguas. Cephiso fué padre de Narciso, y se le tributaron honores divinos.

Y la ira de Dios se va aplacando,
»Suplícote remedios se señalen—
Por tu divina voz, con que otras gentes
Al número pasado ya se igualen.»
A los humildes ruegos y excelentes
La Diosa conmovida, respondiendo
Les dijo las razones consiguientes:
«Id al punto, cubierta la cabeza
Y desceñidas vuestras largas faldas,
Buscad á vuestra madre y su grandeza,
Cuyos huesos tirad á las espaldas.»
Estuvo cada cual como pasmado
Un rato; pero Pyrra habló diciendo
Que no debía cumplirse su mandado.
Con titubante voz perdón pidiendo,
Le parecía error y gran afrenta
Ir los maternos huesos esparciendo.
Una vez y otra vez cualquiera tienta
Entender el oráculo admirando,
Y las palabras de él relata y cuenta.
Deucalión luego á Pyrra consolando,
Dice: «O me engaño, ó esta profecía
Injustas cosas no nos va mandando.
»La tierra es nuestra madre, y yo diría
Las piedras ser sus huesos, que debemos
Hacia atrás arrojar como decía.»
Movióse Pyrra. «Entrambos comencemos
(Dijeron) á probar aquel mandado,
Que aunque nos salga falso, ¿qué perdemos?»
Del arte que por Themis fué mandado,
Las piedras arrojaron prestamente,
Estando cada cual desconfiado.
Comienzan los guijaros de repente
(¿Quién lo podrá creer, si no confía
En el antigüedad que es excelente?)
A dejar su dureza y grosería,

Recibiendo en sí forma y crescimiento,
Aptitud milagrosa y policía.
Y luego que natura dió incremento
En ellas de blandura y de grandeza,
Bien que figuras de hombres al momento
Parezcan, más parecen de rudeza
Como estatuas marmóreas comenzadas
De imperfecta figura y gentileza.
Las partes que más blandas son halladas,
En carne se convierten; las ajenas
De la disposición á ser dobladas,
En huesos, y las venas quedan venas,
Y donde antes vacías se hallaban,
Se ven agora estar de sangre llenas.
Las piedras que por mano se arrojaban
Del hijo de Prometeo, con figura
De hombres al momento se adornaban.
Pyrra restituir también procura
Las hembras, y de tales recibían,
Siendo de ella tiradas, la hechura.
De allí tantos trabajos se ofrecieron,
De allí damos señal y documento
De do nuestras durezas procedieron.
Los otros animales al momento
Con su querer la tierra ha procreado
Con formas diferentes y talento.
Ya que el vapor antiguo fué exhalado
Con el calor del sol, y las lagunas
Con la solar virtud se han fecundado,
Crescieron las simientes oportunas
Cual en materno vientre alimentadas,
Tomando con tardar formas algunas,
Bien como suele el Nilo, ya tornadas
Sus siete bocas al antiguo vado
En las egipcias tierras empapadas.
Las cuales revolviendo el corvo arado

Los labradores hallan animales
Que del calor y el agua se han criado;
Perfectos unos, otros aun no tales,
Porque una parte es tierra, y otra vive
Mostrando de rudeza sus señales.
Cuando el calor con humedad recibe
Templanza, nace todo lo engendrado
De la amistad que en ambos se concibe.
Y, aunque es contraria el agua en sumo grado
Al fuego, la concordia discordante
Hace engendrarse todo lo criado,
Pues ya que el claro Febo rutilante
El agua de la tierra había embebido,
Especies mil nascieron al instante.
Unas como las que antes habían sido,
Otras monstruosas formas de animales,
Que hasta entonces jamás habían nacido.
Y aunque ella no quisiera engendrar tales,
Tú, Pythón, entre aquellos te engendraste,
Serpiente ignota á todos los mortales.
Con tu grandeza al mundo conturbaste.
¿Y quién no se espantara contemplando
El espacio de monte que ocupaste?
Al cual con mil saetas traspasando
Privó de vida el rubio dios Apolo,
Ponzoña sus heridas derramando.
Y aunque en monteses cabras había sólo
Sus flechas y su arco ejercitado,
Sonó el vencer del uno al otro polo.
Los pythios (1) juegos han de allí manado
Del nombre de la fiera, y la memoria

(1) Dice Pausanias que los juegos pythios los fundaron Jasón ó Diomedes, y el escoliasta de Píndaro atribuye su institución á Eurichocolo de Thesalia. Pausanias dice que lo hecho por éste fué restaurarlos.

El tiempo volador no habrá borrado.
Adonde quien llevaba la victoria,
De hojas de encina iba coronado
En honra del vencer, en premio y gloria.
No había laurel; las sienes y el dorado
Cabello entonces Febo rodeaba
De cualquier árbol verde acaso hallado.
Dafne Peneya (1) fué la que clavaba
Y primero clavó con pena extraña
A Febo, de quien siempre se quejaba.
Y no fué acaso, no, sino por maña
É ira del amor, que no oye ruego,
Cuya saeta al cielo y mundo daña.
Vióle con arco y flechas Delio luego
Que había muerto al dragón, y de esta suerte
Habló con presunción al niño ciego,
Que causa fué de su dolor tan fuerte:

«Rapaz desvergonzado, dí, ¿qué tiene
Que ver con esas armas tu persona?
Él arco y flechas sólo á mí conviene,
Que sé con ellas adquirir corona;
Cuya diestra soberbia agora viene,
Y por su causa el mundo me corona,
Pues sabe herir las fieras y enemigo.
¿Qué tienes tú, rapaz, que ver conmigo?

»El arco, las saetas, el aljaba
Convenirme á mí solo es más que cierto,
Pues agora á Pythón, que sojuzgaba

(1) Peneya, de Peneo, río que nace en la falda del Pindo y atraviesa la Tesalia de Occidente á Oriente. En sus orillas crece frondoso el laurel, y esto sin duda dió origen á la fábula de Daphne, nombre griego que significa laurel.

El medio monte, he con ellas muerto.
Tú trama tus enredos con la brava
Hacha de amor en quien no esté despierto.
No quieras nombre, no, con obra ajena,
Que la alabanza tal á nadie es buena.»

«Tu arco clave (dijo el dios Cupido)
A cuantos tú quisieres; mas yo quiero
Quedes de mi saeta agora herido.
Vendrás á confesar, según espero,
Ser mi valor en tanto más crecido
Que el tuyo, y mi poder más verdadero,
Cuanto los animales á quien hieres
Menores son que tú, que Febo eres.»

Diciendo de esta suerte, por el viento
Con sus ligeras alas va volando.
Sobre Parnaso para en un momento,
Dos flechas del aljaba aparejando
Diversas en efecto y en figura,
Desdén la una, otra amor causando.
La que en causar amor no tiene cura,
Es muy aguda y de oro rutilante;
Es la otra de plomo, bota obscura.
Con ésta hirió Cupido en el instante
A la Peneya ninfa. La dorada
Clavó en el dios Apolo nuevo amante.
Él ama, ella va como espantada
Del hombre de quien la ama de contino,
A casa sumamente aficionada.
Siguiendo va el intento y el camino
De Delia, casta diosa. Con tocado
Vendando su cabello de oro fino.
Aunque la piden muchos, han quedado
Menospreciados de ella, que en las fieras,
Bosques y montes pone su cuidado.

Ni cura del Amor ni sus maneras,
Ni de las bodas cura, ni Himeneo,
Huyendo de los hombres muy de veras.
Decíala el padre: «Hija, ya deseo
Tener un yerno; nietos ver querría;
Pues me los debes, cumple mi deseo.»
Mas ella, á quien delito parecía
Casarse, de vergüenza se bañaba
Con color que la rosa obscurecía,
Y con palabras blandas suplicaba
Al muy amado padre consintiese
Guardar virginidad, como pensaba.
Y para que mejor lo concediese,
Le dijo haberla Febo concedido
Que, como deseaba, casta fuese.
El padre consintió. Mas no ha querido
Consentir tu belleza tan sobrada,
Que á tu tan santo celo ha resistido.
Era de Febo Dafne deseada;
Espera de gozarla, y al presente
Su profecía se hallará burlada.
Cual se prenden las pajas de repente,
Quitadas las espigas, con la brasa
Que al valladar se enciende prestamente,
Cuando algún caminante á dicha pasa
Y pega fuego, ó deja allí la llama,
Saliendo el sol de su dorada casa;
Ansí en amor el rubio dios se inflama,
Y en esperanza funda sus cuidados;
Remedio sólo á quien de veras ama.
Contempla los cabellos no trenzados,
Dice entre sí: «Si así son excelentes,
¿Qué fueran si estuvieran bien peinados?»
Ve aquellos ojos tan resplandecientes
Cual dos luceros claros, rutilantes,
Su boca y sus mejillas refulgentes.

Alaba aquellos brazos elegantes,
Más que hasta la mitad arregazados,
Divinas manos, dedos semejantes.
Imagina los miembros ocultados,
Y juzga ser mejores. Ella huye
Que los vientos serían atrás dejados,
Cuyo desdén al amador destruye.

«Oh hija (dice Febo) de Peneo,
Espérate, suplico; Ninfa, espera;
No soy yo tu enemigo, ni deseo
Enojarte, aunque me eres cruda y fiera.
Cual cierva del leopardo, y al deseo
Del fiero lobo huye la cordera,
Y la paloma al águila, de esa arte
Procuras de mis manos escaparte.

»Amor me da de espuelas á seguirte;
Triste Ío, ¿por qué huyes tan de veras?
Mira no caigas, que podrán herirte
Tus blancas piernas las espinas fieras.
Las partes por do tú pretendes irte
Fragosas son. Suplícote que quieras
Ir tu ligero curso deteniendo,
Iréte más despacio yo siguiendo.

»Pero con todo eso considera
A quién ha satisfecho tu belleza:
No soy pastor, ni en la montaña fiera
Ganado guardo, oficio de bajeza.
Por no saber quién soy y mi manera,
Huyes de mí con tanta ligereza;
Quizá si mi persona conocieras,
Me esperaras, ó al menos no huyeras.

»Claros, Tenedos, Delfos y Patara (1)
Me sirven; es mi padre verdadero
El sumo Jove; por mí se declara
Lo pasado, presente y venidero.
La música inventé sonora y rara;
En tirar una flecha soy certero.
¡Mas ¡ay! que más lo es el que con ira
Clavó mi simple pecho con su vira!

»Remediador me llama todo el mundo;
Es invención, la medicina, mía;
De las hierbas yo sé el poder profundo;
Mas no quitan las hierbas la porfía
De amor. ¡Ay, triste yo, que me confundo
Viendo que estoy penando de tal vía,
Que mis artes, que son á todos medio,
No puedan á su dueño dar remedio!»

Quisiera más hablar; pero huyendo
La hija de Peneo va sin tiento,
Entonces aun hermosa pareciendo.
Alzábanse sus faldas con el viento,
Movíanse sus cabellos de oro fino,
Tomaba su belleza huyendo aumento;
Mas el mancebo y amador divino,
No pudiendo sufrir lo que perdía,
Tras ella apresuraba su camino.
Y de la misma suerte la seguía

(1) Claros llamábase una isla del mar Egeo, inmediata á Colophón. En ella había un templo célebre y un oráculo de Apolo.

Tenedos, otra isla del mar Egeo, entre Mytilena y el Helesponto, inmediato á Troya. Adoraban en ella á Apolo con el nombre de *Smyntheus*.

Patara, pueblo de la Lycia en el Asia menor.

Que suele el galgo vista en campo raso
La liebre y corren ambos á porfía.
Aqueste procurando con su paso
Cogerla; pero ella muy ligera
Pretendiendo escapar del duro caso.
Que el uno, semejante á quien tuviera
La presa que creía estar cogida,
Aprieta el diente fiero en gran manera;
La otra está dudosa de su vida,
Y escapa de la boca codiciosa
De quien se vió besada y no prendida.
Tal iba Apolo, tal la Ninfa hermosa:
A él hacía ligero la esperanza,
A ella hacía el temor ir presurosa.
Mas el que va siguiendo sin mudanza,
De las alas de Amor favorecido,
Es más ligero, y casi ya la alcanza.
Y sin dejar holgar la que ha seguido,
La tiene casi asida, resoplando
El oro en sus espaldas esparcido.
Mas ella con flaqueza desmayando,
De tan veloz carrera fatigada,
Ante las aguas de su padre estando,
De esta manera habló desconsolada:

«Favor, amado padre (si los ríos
Podéis favorecer), favor te pido;
Sorba la tierra ya los miembros míos
Con que tan bella Ninfa he parecido.
Y si á tan justo ruego das desvíos,
No me queriendo dar atento oído,
Transfórmame á lo menos la figura
Que me sirvió de daño y desventura.»

Su blando ruego apenas acabado,
De espasmo se ocupó su gentileza,

Habiéndola el sentido ya faltado.
Rodea sus entrañas la corteza,
Hojas son los cabellos, verdaderos
Gajos son ya los brazos de belleza.
Los pies agora, agora tan ligeros,
A la tarda raíz están asidos;
El rostro son los ramos postrimeros.
Y sólo está en los miembros convertidos
El resplandor que enantes poseía,
Y aun tiene al dios Apolo sin sentidos.
Que la diestra en el tronco puesto había,
Y parecía sentir el casto pecho
Que en la corteza nueva se escondía.
Y abrazado á sus ramas, sin provecho
Besa el madero, el cual aun rehusaba
Los amorosos besos con despecho,
A quien el sacro Febo comenzaba:

«Pues que mujer no puedes ser ya mía,
Serás, Laurel, mi árbol de contino;
Honrarás mi cabeza desde hoy día,
Desde este punto ansí lo determino.
Mi arpa ni mi aljaba no podría
Cobrar otro ornamento más divino:
Serás señal honrosa de victoria
Al capitán triunfante, y suma gloria.

»Ante el palacio augusto, la portera (1)
Serás perpetuamente, muy hermosa;
Veráste al roble antiguo ser frontera,
De todas alabanzas abundosa.

(1) Creen muchos comentadores que delante del palacio de los Césares había plantada una encina entre dos laureles (Ovidio, *Tristes*, lib. 1, 3. Valerio Máximo, libro XI, c. 3).

Y como gusto yo de cabellera,
También serás contino tú frondosa.
Y como yo soy mozo, tu figura
Será dotada siempre de verdura.»

Había dicho Febo, y abajado
Lo más alto el laurel ha consentido,
Que en lugar de cabeza lo ha inclinado.
Hay en Tesalia un bosque entremetido
En una alta floresta, verde, umbrosa:
Tempe es del fresco valle el apellido.
Por donde con corrida presurosa
De la raíz de Pindo va Peneo,
Revuelto en agua céler y espumosa,
Con el alta caída y su meneo
Obscureciendo el aire, y con rocío
Cumpliendo á las florestas su deseo;
Corriendo con tal fuerza y tanto brío,
Que más que á los cercanos, da tormento
El sonoroso curso de este río.
La casa es ésta, aqueste el aposento
Del gran Peneo, adonde está juzgando
Las aguas y las Ninfas, grave, exento.
Los caudalosos ríos van llegando,
Si den el parabién, ó den consuelo
Al viejo padre, inciertos y dudando.
El alamoso Sperchio (1), y en el suelo
Enipeo (2) sin sosiego, y el anciano

(1) Sperchio, río de Tesalia que nace en el monte Œta y desemboca en el golfo Maliaco, hoy de Negroponto.

(2) Enipeo, río de Tesalia que nace en el monte Othrys y es afluente del Apidano. Este nace en las montañas de Perrhebia, cerca del monte Olimpo. El Ampriso es otro río de Tesalia.

Apidano, y Ampriso, blando en vuelo,
El puro Aeas (1) y otros mano á mano,
Que cansando las aguas se han venido
Con ímpetu guiado al mar insano.
Inacho (2) sólo falta, que escondido
Allá en lo más secreto se aposenta,
En lágrimas su cuerpo derretido.
Por su perdida hija se atormenta;
Ni sabe si está viva, ó si ha cortado
La fiera Parca el hilo, y hace cuenta
Que la que en parte alguna no ha hallado,
Está en alguna parte, y vacilando,
Peores cosas teme el desdichado.
Vióla Jove volverse paseando
De las paternas aguas, y movido
Del amoroso gesto, al punto hablando,
Desta manera dijo enternecido:

«Oh virgen de semblante tan gracioso
Que á Júpiter mereces por amante,
Y habrán de hacer tus bodas venturoso
A no sé quién, á tí no semejante.
Entrate en este bosque ameno, umbroso,
Ó aquél (mostrólos ambos al instante)
Mientra el ardiente sol, que el mundo abrasa,
Del Mediodía al Occidente pasa.

»Pero si sola entrar al aposento
De las fieras te hace temerosa,
Haz lo contrario, y toma atrevimiento

(1) Aeas, río del Epiro, hoy Albania, y se le llama *Polina*.

(2) Inacho fué, según los poetas, hijo del Océano, y según Apolodoro, el primer rey de Argos, el reino más antiguo de Grecia.

Con dios acompañada, y vé gozosa.
Y no dios de por ahy, mas quien sustento
Cetro real con mano poderosa,
Quien de hombres y de dioses soy gobierno,
Quien disparo con furia rayo eterno.

»No huyas» (la decía); pero siendo
Los pastos y arboledas ya pasados
De Lerna y de Lirceo, va huyendo.
Cuando el Tonante valles y collados
Con una espesa niebla obscurecía,
Detúvola y gozóla sin enfados.
En este medio, Juno dado había
Al ancho campo vuelta con la vista:
Maravillóse en ver el claro día
Rendido á niebla escura, y su conquista
La pone en harta duda y da sospecha,
No siendo la razón ni causa vista.
Pues de la húmeda tierra no era hecha,
Ni la causaba el agua ó sus vapores,
Miró por su marido en quien sospecha,
Como quien tantas veces sus amores
Había sabido; y viendo que en el cielo
No le descubre, engendra más temores.
«Ó me engaño (decía), ó yo me duelo
Con justa causa»; y luego sin tardanza
Del alto cielo vino al bajo suelo.
Las nieblas en llegando esparce y lanza:
Sintióla su marido, y al momento
A Ío dió de vaca semejanza.
Mudada aun en becerra da contento,
Y dejando llevarse del engaño,
Después que la alabó con descontento,
Pregunta cuya es, de qué rebaño,
De dónde vino. Júpiter responde
La tierra haber parido el parto extraño.

Con esto, la ocasión de pedir dónde
Había sido formada y quién la hecho,
A la celosa diosa Jove esconde.
Pidiósela en merced. ¡Oh gran despecho!
No sabe qué se hacer: dársela, entiende
Es darla el corazón de en medio el pecho;
Pero si denegársela pretende,
Engendrará sospecha; la vergüenza
Pide sea dada, amor se lo defiende.
Abrazárase amor con desvergüenza;
Mas si el ligero don á Juno niega,
Podrá ser de delito le convenza.
Aun dada la combleza, no sosiega
Saturnia con temor y pecho amargo,
De su marido y hurtos derreniega,
Hasta entregarla y darla en guarda á Argo (1),
El hijo de Aristoro, de destreza,
Y encomendarle gran recato y cargo.
Tenía el pastor ceñida la cabeza
De cien ojos, que á veces descansaban
De dos en dos, durmiendo poca pieza.
Mas los noventa y ocho le guardaban,
Y á doquiera que estaba la cuitada,
Estando alerta todos la miraban.
Doquier que se pusiese era mirada,
Y aunque el pastor la cara tenga vuelta,
Del colodrillo suyo es oteada.
Consiéntela pacer de dia suelta,
Enciérrala, y aun átala, en queriendo
Debajo de la tierra el sol dar vuelta.
De amargo heno y hojas va paciendo,

(1) Argos, apodado *Todo ojos* probablemente por su astucia y vigilancia, era hijo de Aristoro y descendiente de Argos, hijo de Júpiter y de Niobe, fundador de la ciudad de Argos, á la que dió su nombre.

Por cama el duro suelo á do reposa,
Ajeno á veces aun de hierba siendo.
 Del agua turbia bebe, y cenagosa,
Y queriendo al pastor poner las manos
Humilde, pretendió imposible cosa.
 Procurando quejarse, fueron llanos
Bramidos sus querellas, de las cuales
Espantos la vinieron no livianos.
 Venida á las riberas paternales,
A do regocijarse ella solía,
Vióse en el agua, y vió sus cuernos tales,
 Que se espantó á sí misma, y se huía
El padre y las hermanas, ignorando
Quién fuese, pero ella los seguía,
 Que la tocasen todos procurando,
Y de su voluntad ella se ofrece
A ellos, que se estaban admirando.
 Al viejo padre á veces acaece
Dar la hierba sus manos extendiendo;
Ella las lame y besa, y se enternece.
 Y estando vivas lágrimas vertiendo,
Pidiérale socorro, si pudiera,
Su nombre y desventura descubriendo.
 Mas lo que con la lengua se hiciera,
Lo hizo en la arena su patada,
Descubriendo lo que ella descubriera.
 En vaca vió su hija transformada
El triste padre, estándole acuitando
Por la seña en el polvo señalada.
 Y su pescuezo y cuernos abrazando
De la becerra blanca, que gemía,
Con lastimeras voces exclamando,
Llamándose mezquino, ansí decía:

 «Triste de mí, mezquino, desdichado,
¿No te he buscado, hija, por ventura?

Agora sin buscarte te he hallado,
Y causa en tí mayor de mi tristura.
No me respondes ¡ay! sino arrojado
Gemido que declara tu amargura,
Á mis palabras suena tu bramido,
Habiendo, como puedes, respondido.

»Agora que casarte procuraba,
Tan grandes desventuras ignorando,
Y el obediente yerno ya esperaba,
Tras él los dulces nietos esperando,
Del rebaño le habrás con furia brava
A do tu sucesión irá bramando,
Y acabar con morir, dolor tan grave
(Que tal es mi desgracia) en mí no cabe.

»No puedo ver el fin del mal tan fuerte,
Do siento descontentos desiguales
Con acabar la vida y dura suerte,
Remedio universal á los mortales.
Porque, pues que cerrada está á la muerte
La puerta, á los que somos inmortales,
Jamás se acabará mi llanto interno,
Que para más dolerme soy eterno.»

Estando de esta forma lamentando,
El estrellado Argo se ahuyenta
Para diversos pastos caminando.
Yéndose á un alto monte, allí se asienta
En lo más levantado, y cuidadoso
Con toda la comarca tiene cuenta.
No pudo más sufrir el poderoso
Gobernador del cielo, ni consiente
El martirio de Ío tan penoso.
A aquel hijo llamó que la luciente

Maya (1) parió, mandándole que á Argo
La dulce vida quite incontinente.
No fué en ponerse los talares largo,
Tomó el sombrero y vara (2) causadora
De sueño y el cuidado, y dado cargo.
De cielo á tierra descendió á deshora,
Las alas y el sombrero se ha quitado,
La vara sólo lleva adormidera.
Como pastor guiaba su ganado
Por campos sin caminos y montañas,
Y mientras va en llevarlos ocupado,
Tocó una flauta, hecha de unas cañas,
Con dulce voz: alaba la armonía
Y las canciones Argos, tan extrañas,
Y codicioso de ella así decía:

»Quienquiera que tú seas, si consientes,
Aquí podrás conmigo estar sentado;
Advierte, hierba, y sombras convenientes
Mejores no las hay para el ganado.
En esta piedra ruego que te asientes,
Que no podrás estar más sosegado;
Dotado el campo está de hierba y flores,
Y sombra conveniente á los pastores.»

Asentóse Mercurio, y platicando
De muchas cosas, entretuvo el día
Tañendo su zampoña, y procurando
Con su sonora voz y melodía
Adormecer los ojos veladores.

(1) Maya era una pleiade, hija de Atlas, rey de Mauritania, y de Pleiona, hija del Océano.

(2) El caduceo, llamado así del latín *cadere*, caer, porque se le atribuía la virtud de apaciguar las contiendas y terminar las disputas.

Al dulce sueño Argos resistía;
Y aunque unos de la música y dulzores
Al plácido dormir están rendidos,
Otros están velando vencedores.
Y á la zampoña nueva dando oídos,
Pregunta del principio cómo y dónde,
Pues trae á los oyentes embebidos,
Al cual el dios Mercurio así responde:

«En los montes Arcádicos helados,
Entre las otras Ninfas, más hermosa
Fué una, que á los dioses engañados
Más de una vez dejó en la selva umbrosa.
Syringa la llamaban, que aceptados
Los ejercicios de la casta diosa,
Con su virginidad la veneraba
Y á su manera misma se trataba.

»Con el traje engañara de manera
Que parecía la diosa soberana,
Si el arco diferente no trajera,
Que era de cuerno, y de oro el de Diana,
Y así engañaba: ya de vuelta era
Del collado Liceo muy ufana,
Cuando la vió el dios Pan, y coronado
De pino, la ha de este arte comenzado:
«Acepta por marido, Ninfa hermosa,
Al dios que por mujer te haya aceptado.»
Dijera más, como ella presurosa
»Huyó por un lugar descaminado,
Hasta el ameno y plácido torrente
De Ladón (1), arenoso haber llegado.

(1) Ladón, río de Arcadia, célebre por la trasparencia de sus aguas.

»Y como de las aguas la corriente
La estorbó, suplicaban á cada hermana
Mudase su figura prestamente.
»Y cuando Pan su ansia y pena insana
Pensó acabar, habiéndola alcanzado,
Abrazando á su Ninfa soberana,
»Se halló con unas cañas abrazado,
Y mientra allí suspira, en un instante
Habiéndolas el viento meneado,
»Salió un sonido de ellas, semejante
A quien se queja dulce y amoroso,
Que aficionó en extremo al nuevo amante.
»Y dijo ansí: «De hoy más seré tu esposo
Y gozaré de tí de mil maneras,
Y esto tendré por prendas de reposo.»
»Y ansí de desiguales cañaveras
Con cera se ha forjado un instrumento,
Con el nombre á él acepto tan de veras.»
Habiendo de contar lo que yo cuento,
Mercurio vió al pastor tan zahareño,
Dormido con sus ojos todos ciento.
Callõ su voz, y confirmóle el sueño
A sus cansados ojos allegada
La poderosa vara del beleño.
Y sin tardar, con su recorva espada
Le degolló, cortando la cabeza,
Por donde con el cuello está juntada.
Echóle del peñasco con presteza,
Escribiendo en lo alto la hazaña
Con la sangre que corre, y su destreza.
Caído has Argo, y tu lumbrera extraña,
Que estaba en tantos ojos repartida,
Una tiniebla y noche te la empaña.
La diosa Juno, de esto condolida,
Recoge los cien ojos excelentes,
Y ennoblece su ave enriquecida.

Colócanse en su cola refulgentes
Como preciosas piedras, adornando
Los dorados plumajes relucientes.
Airóse al punto, y nada dilatando,
Una furia infernal tomó espantosa,
A la combleza Argólica espantando.
Y con furor secreto va furiosa
Por todo el universo desterrada,
De sí misma espantada no reposa.
Restabas sólo Nilo á la cuitada,
Y como fué cercana á la ribera
Miró hacia el cielo estando arrodillada.
Volviera más el rostro si pudiera
Al estrellado Olimpio, y lamentando
Con bramido muy triste en gran manera,
Parecía estarle á Júpiter quejando,
Y que ya diese fin á tanta pena
Con amorosas señas suplicando.
Con cara alegre Jove y muy serena,
Abrazando á Saturnia, la suplica
Cese su voluntad de furia llena.
Y que no habrá ya más la certifica,
Y jura la promesa, y por firmeza
Con la laguna Estigia testifica.
Amansada ya Juno, la belleza
Antigua tornó á Io, ya deshecha
De vaca la soez naturaleza.
Las sedas de su cuero ya desecha,
Los cuernos la descrecen, la figura
De los redondos ojos se la estrecha.
La boca es ya pequeña, la hermosura
Con los hombros y manos la ha venido
Del mismo modo antiguo y compostura.
La pata se ha en cinco uñas dividido,
No queda en ella cosa de becerra,
Sacada la blancura que ha tenido.

En dos pies se endereza y va por tierra;
No osa hablar, que piensa dar bramidos,
Cual suelen las novillas en la sierra.
Razonamientos hace interrumpidos;
Celébranla en Egipto por su diosa,
De lino los Egipcios revestidos.
Tiénese desde aquí por cierta cosa
Ser Epafo de Jove descendiente,
Generación ilustre, clara, honrosa.
Con la madre le adoran juntamente;
Faetón, hijo del Sol, le parecía
En bríos y en edad extrañamente.
Las bravezas del cual no pudo un día
Epafo ya sufrir, ni la locura
Que de su padre Febo le nacía.
Y hablar de aquesta suerte le procura:

«De simple sin jüicio y sin sentido,
Cuanto te dice crees á tu madre,
Y vives engañado, y presumido,
Pensando que es quien nunca fué tu padre.»
De la vergüenza pura reprimido,
No puede replicar cosa que cuadre,
Y del osado Epafo la injuria
A su madre relata con gran furia.

«Y porque más te duelas, madre mía,
Cuando tan gran denuesto me propuso
(La dijo), yo, que libre ser solía,
Callé afrentado, y me quedé confuso.
Pésame que á tan grande villanía
No pude responder como yo uso;
Ansí que si mi origen es del cielo,
Dame señal, remédiese mi duelo.»

Aquesto dicho, abrázase á su madre,

Por Mérope la ruega y por su vida
Le dé las señas propias de su padre.
Dúdase si del ruego conmovida
Brazos y ojos al claro sol alzase,
O por la extraña afrenta recibida
Al hijo de esta suerte replicase:

«Por este resplandor y rayo ardiente
Que nos oye y nos ve, te juro y digo
Que el mismo Sol que ves aquí presente,
Que es del mundo gobierno y cierto abrigo,
Te hizo. Si te miento, de repente
Me falte aquesta luz y de conmigo
Se parta, ni su ilustre rayo eterno
Muestre á mis ojos más, insempiterno.

»Ni para conocer y ver presente
El palacio real del Sol divino
(Pues nuestra tierra cerca está de Oriente)
Será enfadoso ó largo tu camino.
Si gustas de saber perfectamente
Si digo yo verdad ó desatino,
Parte luego, no creas á tu madre,
Pregunta al mismo Sol si es él tu padre.»

Saltó de regocijo aquesto oído
Faetón, y puesta tregua á sus cuidados,
En el cielo imagina estar subido.
Los de Etiopía y Indios abrasados
Dejando atrás, camina prestamente,
Y con pasos en nada descuidados
Ha llegado al paterno y claro Oriente.

LIBRO SEGUNDO.

El Alcázar Real de Febo era
De altísimas columnas, refulgente,
Con oro y con carbunclo en gran manera.
El techo de marfil resplandeciente,
Con las puertas de plata, do salía
En rayos claridad muy excelente.
La obra á la materia aun excedía,
Porque Vulcano había allí esculpido
El océano mar, la tierra fría.
Y el eminente cielo y agua ha sido
Con verdinegros dioses dibujada,
Y obra de cincel raro, escogido.
Tritón, Proteo (1) con cara demudada;
Egeón (2), domador de las ballenas,

(1) Virgilio (*Geórg.*, lib. IV, v. 387-450) y Ovidio (en el lib. VIII, v. 732 y siguientes) enumeran las distintas figuras que tomaba Proteo.

(2) Egeón, gigante llamado así entre los hombres, y por los dioses Briareo.

Con Doris (1) de sus hijas rodeada.
Nadando unas, otras de agua llenas,
Que, en peñas asentadas, se quitaban
De sus cabellos verdes las arenas;
A otras los pescados las llevaban,
No de un semblante todas ni distantes,
Porque bien ser hermanas demostraban.
La tierra con varones muy pujantes,
Ciudades, selvas, montes, bestias, fieras,
Ríos, ninfas y dioses semejantes.
Sobre esto están pintadas las esferas,
De seis en seis los signos en las puertas (2),
Que parecen sus formas verdaderas.
Donde Faetón llegando (descubiertas
Las casas de su padre, tan dudoso)
Entró por ellas, viendo estar abiertas.
Enderezó su paso presuroso
A la presencia paternal, parando
A do requiere el rayo luminoso.
De púrpura vestido el venerando
Sol, en un rico asiento está sentado,
Luz de mil esmeraldas resultando (3).
Estaban al siniestro y diestro lado
El día, el mes, el año y siglo humano,
Las horas con espacio limitado (4).

(1) Doris, hija del Océano y de Tethis, esposa de su hermano Nereo y madre de las Nereidas.

(2) Refiérese al ecuador, que divide el globo en dos hemisferios, el septentrional y el austral. La división del zodíaco en doce signos es de la más remota antigüedad. Bailly la cree anterior al diluvio.

(3) Hesiodo dice que el Día es hermano de la Luz é hijo del Erebo y de la Noche.

(4) Los griegos y latinos divinizaron los meses y eran objeto de adoración. El origen de la palabra *mensis*, según Cicerón, es *mensura*, medida. *Qui, quia mensa spatia con-*

De flores coronado está el Verano,
Y el caluroso Estío está desnudo,
Con corona de espigas de su mano.
El enmostado Otoño, sucio y rudo,
Estaba allí también con el Invierno,
Sus canas yertas con el hielo crudo.
De á do mirando el Sol con ojo eterno,
Que nada en este mundo se le esconde,
Atónito vió estar al mozo tierno,
Al ánimo del cual ansí responde:

«Faetón, generación que no eres dina
De tu divino padre ser negada,
¿Qué causa en estas partes te avecina?
¿Para qué comenzaste tal jornada?
¿Qué te movió, que mi casa divina
Quisiste de tí fuese visitada?
Dílo, que yo haré lo que conviene.»
Respondió luego el hijo de Climene (1):

---

ficiunt, menses nominantur (*De Nat. Deor.*, lib. II). Año es el tiempo que el Sol invierte en recorrer los doce signos del zodíaco. Los Egipcios representaban el año con una palmera de doce ramas, y los Griegos con una serpiente que, mordiéndose la cola, formaba un círculo.

El Siglo, considerado como el término más lejano de la vida humana, lo representaban con la figura de un anciano decrépito.

Homero llama á las Horas los ministros del Sol, los porteros del cielo. Los poetas fingieron que las Horas cuidaban los caballos del Sol, porque ellas nacían del curso de este astro, ó más bien, que éste sirve para medirlas y distinguirlas.

(1) Varias mujeres de los tiempos heroicos llamáronse Clymene, entre ellas la madre del divino Homero. La que cantó Ovidio era esposa de Merops, rey de la isla de Cos. Apolo la hizo madre de varios hijos, entre ellos Faetón.

«¡Oh luz del mundo inmenso tan notoria,
Eterno padre Febo! (si de nombre
De do me viene á mí perpetua gloria
Me permites usar, y tal renombre
Climene no me da con vanagloria
Por disculparse). Manda que me nombre
Tu hijo desde agora, y dame prenda
Por donde serlo claramente entienda.»

Acabó de decir, y el padre luego
Los rayos apartó de la cabeza,
Que estaban refulgentes como fuego,
Y habiéndole abrazado, al punto empieza:

«Contra razón negar tal hijo puedo.
Climene dice parto verdadero;
Cualquiera don que pidas te concedo,
Y así mostrar que soy tu padre quiero.
Y porque de que falte no hayas miedo,
Juraré la promesa yo primero
Por el lago que juran los eternos,
De mis ojos oculto en los infiernos.»

Apenas concluyó, cuando el mancebo
Pide el carro, caballos y gobierno
Del padre ilustre y rutilante Febo.
Pesóle haber jurado, y el eterno
Cetro y cabeza siempre meneando,
Palabras tales dice al mozo tierno,
Del prometer arrepentido estando:

«Por verte á tí dudar de tal manera,
Ha sido mi promesa vana y loca.
¡Ojalá que á mí lícito me fuera
Negar lo prometido! Pues revoca
Y enmienda tu deseo, que va fuera

De lo que á tu salud y gloria toca.
Pide bien, y daréte en el instante
(Dejado aquesto) todo lo restante.

»Pretendes cosas grandes, hijo amado,
Y dones indecentes á tus años.
Tú eres mortal, y no lo deseado;
Mira si tus deseos son extraños,
Que lo que ningún Dios habrá alcanzado
(Excepto yo), deseas por tus daños.
Al carro mío nadie satisface,
Bien que cualquier se huelgue en lo que hace.

»Regir ninguno puede el luminoso
Carro de fuego, si yo no le gobierno.
Ni aun el Rector del cielo poderoso,
Que á todos nos gobierna su gobierno,
Que dispara mil rayos con furioso
Poder, no regirá mi coche eterno.
Pues si es verdad que Júpiter no puede,
¿Quién puede más que Jove? ¿quién le excede?

»Al principio es camino muy fragoso,
Cuesta arriba, que yendo descansados,
A los caballos es dificultoso
Subir por los lugares arriscados.
En medio es en extremo temeroso,
Altísimo, do quedan espantados
Mis sentidos, y temo, estando en esto,
De ver la tierra y mar debajo puesto.

»Cuesta abajo es el último camino
Donde hay necesidad de regimiento.
Entonces aun el pecho alto, divino
De Tetis, que me acoge y da aposento
En sus aguas y reino cristalino,

Está con gran temor y pensamiento
Que tengo alguna vez de descuidarme
Y por el cielo abajo despeñarme.

»También has de advertir que el alto cielo
Se gira con eterno movimiento,
Y lleva las estrellas (que yo suelo
Resistir) su veloz revolvimiento (1);
Y con oblicuo curso me desvelo
Ir contra el suyo, sin cesar momento.
Ni su furor que lo demás convence
Se alabará jamás que á mí me vence.

»Finge que el carro tienes, ¿qué harías
Contra ambos polos y su ligereza?
¿De qué manera, dí, resistirías
Á su contrariedad y su presteza?
¿Allí piensas que hay bosques, caserías,
Ó ciudades de dioses de belleza?
Más áspero y dudoso es el camino
Que por formas de fieras va contino.

»Pongo que del camino fuese cierto,
Ni el miedo te eche al uno ni otro lado.
Mira que has de pasar en un desierto
Por los cuernos de un Toro (2) denodado,
Por el arco de Chiron (3), y el experto

(1) Para comprender bien el sentido de este pasaje, recuérdese el sistema astronómico de Tolomeo, que coloca á la Tierra en el centro del universo, girando á su alrededor el firmamento de Oriente á Occidente, con movimiento diurno rapidísimo, mientras el Sol tenía un movimiento anual en sentido contrario, es decir, de Occidente á Oriente.

(2) El toro es el segundo signo del zodiaco.

(3) Es decir, el signo Sagitario, que primero fué Centauro.

León (1) en ser cruel, feroz, airado.
Por Cancro (2) y Escorpión, cada cual fiera
Dobla los brazos, no de una manera,

»Ni tienes tan en pronto la regencia
De mis cuatro caballos animosos,
Que echando fuego van sin resistencia
Por boca y por narices poderosos.
Apenas aun consienten mi presencia,
Calientes ya sus ánimos furiosos;
Que aun con tener con ellos mil contiendas,
Repugna su cerviz las duras riendas.

»Amado hijo, mira yo no sea
Causa de don mortal; y pues agora
Tienes lugar, modérate, y desea
Dádiva que no sea matadora.
Pídesme prenda cierta do se vea
Que soy tu padre; dóytela á la hora,
Que temo que el temor es claro indicio
Serlo, pues que tu vida y bien codicio.

»Advierte, advierte Fáeton mi semblante;
Verás en él mi pena si es de hecho,
Y aun ojalá pudieran al instante
Entrar acá tus ojos en mi pecho,
Que vieras mi cuidado más pujante
Que has visto, y aun quedaras satisfecho.
En conclusión, como esto sólo dejes,

(1) El signo León fué llamado así porque representaba al león de la selva de Nemea.

(2) El signo Cancro ó Cáncer representa al cangrejo que Juno envió contra Hércules cuando éste combatía á la hidra de Lerna.

Pide, que á fe de mí jamás te quejes.

»De cuanto tiene el mundo, mar y cielo,
Puedes pedir, y no me pidas esto;
No tengas duda, pide sin recelo,
Que me hallarás á dártelo muy presto.
No quieras don que es antes desconsuelo,
Por el peligro y daño manifiesto.
¿Por qué me abrazas, necio? El juramento
Me obliga á que te dé todo contento.

«Por las estigias aguas he jurado
De no negarte cosa que pidieres.
Mas tú serás más cuerdo y moderado,
Si á mis exhortaciones consintieres.
No pienses que este don tan estimado
Que con tal eficacia de mí quieres,
Te quiero yo negar; pero querría
Que no murieses tú por causa mía.»

Ya dichos los consejos que él no ha oído,
Estaba en su propósito inflamado
En desear el carro que ha pedido.
Y luego por el padre fué llevado
Al alto coche, lleno de tesoro,
Por mano de Vulcano hecho y dado.
Eje, timón y ruedas son de oro;
Los rayos son de plata refulgente;
Los yugos con riquísimo decoro.
Las perlas con un orden excelente,
Y crisolitos ricos rutilaban
(Reverberando en Febo) extrañamente.
Mientras los ojos de Faetón miraban
Y admiraban la obra, del Aurora
Las coloradas puertas se mostraban.
Huyeron las estrellas á la hora,

Recogiendo sus huestes el lucero (1);
Y aunque salió el postrero, fué á deshora.
  Las tierras viendo el padre y hemisferio
Colorear, y la triforme Luna
Disminuir la luz que hacía primero,
  A las Horas mandó que de una en una
Unciesen los caballos al momento,
Viendo ya la ocasión ser oportuna.
  Las diosas cumplen luego el mandamiento,
Sacando los caballos vomitando
Fuego, hartos del ambrosío nutrimento.
  Enfrénanlos, los frenos resonando;
Luego el padre con sacra medicina
El rostro ungió del hijo suspirando,
  Porque sufrir pudiese la vecina
Llama, y los rayos suyos, al cabello
(Diciendo con suspiros), le avecina,
Dándosele á Faetón muy poco de ello:

  «Si hacer siquiera, hijo, quieres esto
Que te avisa tu padre sin consuelo,
Sé en refrenar más que en la espuela presto,
Que los caballos vuelan sin recelo.
En lo que más me aflijo y me molesto
Es detener su leve y recio vuelo.
Y en escoger sendero ten buen tino,
No tomes de cinco arcos un camino.

  »Va al través una vía que confina
Con tres zonas de en medio (dice Apolo),
Que al polo de Austro nunca se avecina,
Ni se llega tampoco al otro polo;
Si tienes tino, por allí camina,

(1) El planeta Venus.

Escoge aqueste por camino sólo.
El rastro del camino está patente,
Si sabes caminar discretamente.

»Si sabes caminar, detén el vuelo;
Ni subas más, ni bajes, que conviene;
Si le levantas, quemarás el cielo,
Con los celestes signos que contiene.
Si vas por bajo, abrasarás el suelo,
Con todo cuanto en sí la tierra tiene;
Luego para ir seguro no hay remedio
Sino que vayas siempre por el medio.

»Ni á mano derecha eches, al dorado
Y torcido dragón (1), ni á la otra mano
Declines, al altar (2) de do ha manado
El culto de los dioses soberano;
Vete por medio, y seas ayudado
Del curso de Fortuna; que más sano
Te sea (plega á Dios) que tú te has sido,
Habiendo, como has, tal don pedido.

»Mientra hablo, ya la noche á la ribera
Atlántica ha llegado, y la tardanza
Nos es muy menos libre que quisiera.
La Aurora cuanto puede se abalanza,
Las riendas toma ya, si en la primera
Sentencia que tuviste no hay mudanza;
Y si dudoso estás, yo te aconsejo,

(1) El Dragón es una de las constelaciones del hemisferio boreal.

(2) El Altar es constelación del hemisferio austral. Según los poetas de la antigüedad, es el altar en que Chirón inmoló un lobo, ó el altar en que los dioses juraron fidelidad á Júpiter antes de la guerra contra los Titanes.

Dejes mi carro y tomes mi consejo.

»Acepta mi consejo, que es el sano,
Mientras que hacerlo puedes al seguro;
Y en tanto que en el carro soberano
No estás, que te holgarás yo te aseguro.
Déjame á mí dar luz á cumbre y llano,
Que puedas tú mirar, porque te juro,
Si en este coche subes encendido,
Te pesará después de haber subido.»

Ocupa el carro Fáeton, animoso
Más que fuerte, y está de verse encima
Y de tocar las riendas ya gozoso.
Y regraciando el don que tanto estima
Al padre, veis que salen los caballos
De Febo, que en oíllos se lastima.
Ethón, Pyrois y Phlego, que nombrállos
Pudo el efecto, y Heoo relinchando,
Con llamas que es espanto de mirallos,
Con los pies los estorbos apartando,
De la ignorante Tetis alanzados,
Van por el ancho cielo caminando.
Cortando con los mismos los nublados,
Quedan atrás los vientos que partieron
De aquella misma parte denodados.
Mas la liviana carga no sintieron
Los caballos del Sol, que al yugo puesta
La gravedad de Apolo no tuvieron.
Y cual en alta mar la nave recta,
Que el necesario peso la fallece,
La cual quebrar al viento poco cuesta:
Así va el carro agora, que carece
De su rector, saltando por el viento,
Y bien que va vacío se parece.
Luego que lo sintieron, al momento

Dejaron los caballos el camino
Trillado, y van sin orden y sin tiento.
  El mozo se amortece y va sin tino;
Ni sabe do volver la incierta rienda,
Ni, á saberlo, tuviera tanto tino.
  Entonces los Triones (1) de estupenda
Llama en el mar vedado se bañaran,
Y por demás tentaron tal contienda.
  La serpiente polar, que la hallaran
Con frío, helada y encogida ante,
Que de la ver ningunos se espantaran,
  Se calentó y airó. En este instante
Diz que también, Boote (2), tú huiste,
Aunque en tenerte el carro era constante.
  Mas luego que Faetón infausto y triste
La tierra vió tan lejos, se demuda
Y de nueva tristeza se reviste.
  Su vista en tanta luz se ve desnuda
De luz, y su querer empedernido
En la sazón presente ya se muda.
  Ni caballos quisiera, ni haber sido
De Apolo hijo ya, ni ya quisiera
Haber, rogando al Sol, tanto valido.
  De buena gana á Mérope tuviera
Por padre, ya que así va el desdichado
Cual rota nave en la tormenta fiera,
  Cuando la acosa Bóreas más airado,
Y deja el marinero el gobernalle,
En sólo Dios y ruegos confiado.
  ¿Qué hará? ¿Qué cosa puede consolalle?

---

(1) Triones llamaron los antiguos á las siete estrellas más brillantes de la Osa mayor, representándolas en siete bueyes.

(2) Boote ó Boyero. Así llamaban los griegos á una constelación colocada detrás de la Osa mayor.

Ha andado mucho cielo, y es creíble,
A lo que piensa, debe más restalle.
  Y agora (do llegar es imposible)
Mira á Poniente, agora á Oriente mira;
No sabe qué se hacer, está inmovible.
  Ni les suelta la rienda, ni la tira,
Ni les sabe los nombres, y en el cielo
Ve cosas cada paso, que se admira.
  Ve formas que le causan desconsuelo,
De fieras espantables que no entiende
Por el discurso leve de su vuelo.
  Hay un lugar do el Escorpión se extiende
Dos arcos, cola y brazos señalando,
Con dos signos el cóncavo que prende.
  Viéndole el mozo estar amenazando
Heridas con la cola retorcida,
Soltó la rienda sin sentido estando.
  Sintiendo en las espaldas ser caída,
Van los caballos sin ninguna guía
Por el aire y región no conocida.
  Por do el furor y el ímpetu los guía,
Se abalanzan sin orden, alcanzando
A las estrellas fijas á porfía.
  Alto agora, y agora caminando
Cabeza abajo, con ligero vuelo,
Ya cerca de la tierra van llegando.
  La luna está espantada, allá en su cielo,
Que esté más bajo el carro del hermano
Que el suyo, y hay gran humo allá en el suelo.
  Cuanto un collado al cielo es más cercano,
Se seca y hiende más con fuego extraño,
El pasto con calor se vuelve cano.
  Quémase el árbol verde; por su engaño
Están los panes secos, que se abrasan,
Y aun todo aquesto fuera poco daño.
  Ciudades con sus muros ya se arrasan;

Los fuegos á los pueblos con sus gentes
Convierten en cenizas, y traspasan.
Selvas y montes arden muy ardientes.
Están Athos y Tauro, Cili y Tímolo
Y Oete (1), y el nombrado por sus fuentes
Ida, ahora seco, y Helicón, á Apolo
Y á las sagradas Musas dedicado,
Y el monte Oeagrio agora, entonces sólo
Emo (2); arde Etna, su fuego duplicado (3);
Parnaso, Cintho, Mícale (4) con Dimo,
Con Rhodope (5), que nieve le ha faltado;
Erix de Venus, Othris con Didimo (6),

(1) Athos, montaña entre Tesalia y Tracia, en la que Júpiter tenía un templo.

Tauro era el nombre que los griegos daban á lo de tamaño desmedido, y así llamaron la montaña más elevada de las conocidas en la antigüedad.

Timolo ó Tmolo, montaña de Frigia donde nace el río Pactolo.

Œte ú Œta, montaña elevadísima entre el Pindo y el Parnaso, que separaba la Tesalia y la Macedonia. Hércules murió en la cima de esta montaña.

(2) Emo ó Hæmos, montaña de Tracia, donde Orfeo fué desgarrado por las Ménadas. Desde entonces llamósele Oeagrio, porque Orfeo era hijo de Oeagro.

(3) El Etna, montaña de Sicilia, fué famosa en la antigüedad por las fraguas de Vulcano.

(4) Cintho llamábase una montaña situada en medio de la isla de Delos. Apolo fué apodado *Cinthio* y Diana Cinthia por haber nacido ambos en este monte, que les fué consagrado, y que hoy se conoce con el nombre de monte Castro.

Mícale era una montaña ó promontorio de la Jonia, inmediato á Efeso y al mar Egeo y frente al cabo de Neptuno en la isla de Samos.

(5) Rhodope era una montaña de Tracia, cuya cima tenía nieves perpetuas.

(6) Erix, monte y población de Sicilia, célebre por el

El sagrado Cyterón (1); ni ha valido
Su gran frialdad á Cáucaso ni á Mimo (2);
Nisa, Olimpo con Pindo se han ardido,
Los Alpes y Apenino nubiloso.
Todo el mundo ve Faetón encendido;
Ni sufre ya el vapor tan caluroso;
Con el aliento atrae el aire ardiente,
Y ve encenderse el carro luminoso.
La ceniza y monceñas que en sí siente,
No puede ya sufrir; de toda parte
Envuelto está en un humo muy caliente.
No sabe dónde está ni á dónde parte;
De negra obscuridad cubierto y lleno,
A arbitrio de su coche va sin arte.
Diz que entonces cobraron el moreno
Color los de Etiopía (3), y Libia tiene
Desde aquel tiempo seco su terreno.
Lloraron Ninfas porque las conviene
Buscar lagos y fuentes; sin embargo,

---

templo dedicado á Venus, que tomó de él nombre de Ericene, y por la tumba de Anquises.

Othrys, montaña de la Tesalia, habitación de los Centauros, donde, según Strabón, nace el río Enipeo.

Didimo, monte de Frigia, donde Jasón, capitán de los Argonautas, hizo construir un templo á Cibeles, llamada por ello Didimiana.

(1) Cyterón, montaña célebre cerca de Tebas, en Beocia, consagrada, según Pausanias, á Júpiter y á Juno; á Baco, según Virgilio, y según Plinio, á las Musas. Servio dice que Cyterón era una de las dos cumbres del Parnaso.

(2) Así se llamaba una altísima montaña de Asia.

(3) A propósito de tan raro fenómeno, pueden ser consultados, sobre las conjeturas de los antiguos, Bruck, *ad Propertius*, lib. IV, eleg. III, v. 10; y sobre las opiniones de los modernos, Haller, *Elementos de Fisiología*, tomo V, página 17 y sig.

Acrocorinto buscá á su Pyrene (1),
Boecia á Dyrces (2), á Amimones (3) Argo,
Que buscando cualquiera do se esconda,
Ño están seguras, aunque huyeron largo.
En medio humea Thanais de su onda (4),
Erimantho Focaico (5), con Peneo,
Ismeno, de ligera agua y honda (6);
Lycornas, Melas, Histro, Cayco, Alfeo,
Janto, que había otra vez de ser quemado (7),
Meandro, Eurota, Eufrates Tenareo (8);
Oronte y Termodón apresurado (9);

(1) Pyrene, fuente consagrada á las Musas en la falda del Acrocorinto.

(2) Dyrces, fuente inmediata á la ciudad de Tebas.

(3) Amimones, fuente inmediata á Lerna, llamada así de la ninfa Amimones.

(4) Thanais, río de Scitia que, según Tolomeo, Estrabon y Pomponio Mela, formaba el límite entre Europa y Asia. Hoy se llama río Don.

(5) Erimantho, montaña, río y bosque de Arcadia. El río pasaba por Focis.

(6) El Ismeno era un río, ó mejor dicho una fuente que nacía cerca de los muros de Tebas en Beocia, llamada primero *el pie de Cadmo*, porque después de matar el dragón á flechazos, Cadmo hundió el pie derecho en el limo, y al sacarlo surgió el nacimiento de un río.

(7) Alusión á la fábula de que, desbordado el Janto, iba á sumergir á Aquiles, cuando Vulcano arrojó tanto fuego en sus aguas que las abrasaron. Homero, *Iliada*, lib. XXI, v. 212-384.

(8) Tenareo ó Ténaro, promontorio del Peloponeso en Laconia, á cuya falda había un antro profundo, de donde salía un vapor negro y pestilente, lo que ocasionó que los poetas llamaran á este antro camino del infierno, y á veces al infierno mismo le denominaban Ténaro.

(9) El Oronte es un río de Siria, que nace en el Líbano y pasa por Antioquía.

Está Fasis y Ganges encendido,
Isperchio en sus peñascos inflamado.
El oro va de Tajo derretido,
Los cisnes en Caistro están ardientes,
Que con canto han á Lidia ennoblecido.
Va Nilo con sus aguas y corrientes
A esconder su cabeza, que hasta agora
Está donde jamás la vieron gentes (1).
Sus siete puertas quedan á deshora
Sin agua, polvorosas; parecían
Siete profundos valles á la hora.
Los ríos de Occidente ya se ardían;
Ismario, Rheno, Rhódano con Pado (2),
Stimón y Hebro, de agua carecían.
Tibre arde, á quien ha sido entregado
El señorío del mundo; ya al infierno
La luz ha por resquicios penetrado.
Espántase la reina y rey eterno
De ver luz en su reino ennegrecido,
A do sin ella usaban el gobierno.
El hondo mar agora se ha encogido,
Y lo que antes sus ondas ocupaban,
Es arenoso campo resequido.
Montes se ven que antes ocultaban
Las aguas, y las Cíclades se vían
Más juntas, y su número aumentaban.
Los peces al profundo se metían;
Ni los delfines corvos, como usaban,
Dar saltos en el aire se atrevían.

El Termodón llamóse antes Araxo, y en sus márgenes habitaban las Amazonas.

(1) "Sabido es que en la antigüedad no fueron conocidas las fuentes del Nilo."

(2) Pado (Padum) es el Po, al que Virgilio llama "el rey de los ríos" por ser el más caudaloso de Italia.

Los marinos becerros se arrojaban
(Privados ya de vida con la llama)
En el mar más profundo que hallaban.
Nerco y Doris (es antigua fama),
Con las hijas, debajo se escondieron
Del agua tibia. Ya la mar desama
Neptuno, cuyos brazos se extendieron
Tres veces, por salir del agua hirviendo,
Mas tres veces las llamas le impidieron.
Pero la Tierra (1) rodeada siendo
Del mar menguado, el hético semblante
De todo criador y reverendo,
Sacó de entre las aguas, que al instante
A sus entrañas fueron á esconderse,
Huyendo de la llama tan pujante.
Comenzó con temblor á conmoverse
(Temblando en ella todo), con la mano
Puesta ante el rostro por poder valerse.
Y habiéndose su cuerpo soberano
Bajado un poco más que estar solía,
Quejándose de fuego tan tirano,
Con sacra y triste voz así decía:

«Altísimo señor, si así te agrada,
Y yo merezco estar de aquesta suerte,
¿Por qué tu ira está tan sosegada?
¿Por qué tu rayo cesa, que es tan fuerte?
Concédeme, si debo ser quemada,
Que tu fuego me abrase y dé la muerte,
Y relevar el daño que me pena
Con el autor y causa de la pena.»

Apenas habló aquesto (había cerrado

(1) La Tierra era una de las divinidades más antiguas.

Su boca ya el vapor): «Señor, advierte,
Verás que mi cabello está tostado,
Ni mi vista con humo puede verte.
Mi rostro es de monceñas ocupado.
¡Cómo! ¿Mi premio en esto se convierte?
¿Tal fruto y galardón de tí se cobra
Por mi fertilidad y buena obra?

»¿Ansí quieres, señor, gratificarme
Porque consiento el rastro y corvo arado,
Y dejo todo el año cultivarme,
Y ofrezco verdes hojas al ganado?
¿Porque reverme trato y esmerarme,
Criando á los mortales lo sembrado?
¿Con este premio pagas, dios inmenso,
Mi cuenta con criar para tí incienso?

»Yo quiero merecer el inhumano
Castigo que me envías sin consuelo.
¿Qué mereció Neptuno soberano,
Que se alejan sus aguas de tu cielo?
Y si ni yo ni tu divino hermano
Te mueve, de tí mismo ten recelo;
Si con la vista andas rodeando,
Verás entrambos polos humeando.

»Si miras con tus ojos bien atento,
Verás entrambos polos aprendidos,
Y si los quema el fuego en el momento
Tus altos aposentos son caídos.
Apenas Atlas tiene sufrimiento
A sustentar los cielos encendidos.
Si el cielo, mar y tierra se trastorna
La confusión antigua luego torna.

»Aquel antiguo caos vendrá luego,

Porque (según yo veo) prestamente
Hará del cielo el avariento fuego
Lo que hizo de mil pueblos con su gente.
Luego, mi Dios, si vale humilde ruego,
Envíanos remedio de repente,
Mata la llama furibunda y presta
Si quieres no perezca lo que resta.»

Había la Tierra dicho lo contado,
Ni pudo proseguir más adelante,
Por causa del vapor así inflamado.
Retrajo á sí su cara, y al instante
Las cuevas más cercanas al infierno,
Por se librar del aire tan quemante;
Pero mostrando el daño el Padre Eterno
A los dioses, y Apolo bien culpado,
Subióse hasta el alcázar más superno,
De do suele arrojar el rayo airado;
Mas no tuvo nublados ni algaradas
Que del cielo pudiese haber lanzado.
Atruena, y con su diestra levantada
A la oreja, dispara un rayo luego
Contra Faetón con fuerza denodada.
Con un fuego crüel quitó otro fuego,
Habiendo juntamente despojado
De carro y vida al carretero ciego.
Cada caballo al punto se ha espantado,
Y saltando hacia atrás, se desunieron,
Y las quebradas riendas han dejado.
Allí el timón cayó, los frenos fueron
Dejados acullá, ya hunde la rueda,
Los rayos á otra parte se cayeron.
Mas Faetón cae, sin que tenerse pueda:
Su lucido cabello en un instante
La llama quema, y nadie se lo veda.
Así se cae la estrella rutilante

(Sereno el cielo), que aunque va corriendo,
Su curso es á caída semejante.
Muy lejos de su tierra al fin cayendo,
Eridano le acoge, y ha lavado
Su rostro, que con humo está estupendo.
Las Ninfas de Occidente han sepultado
Su cuerpo, que del rayo aun humeaba,
Con losa de epitafio señalado.
«Aquí yace Faetón, que gobernaba
El carro de su padre, y si ha caído,
Al menos su osadía fué bien brava.»
Mas el padre, de luto entristecido,
Cubierto el sacro rostro con despecho,
Estuvo por entonces escondido.
Y aun fama es (si es creíble) que no ha hecho
Sol en un día entero, y que la llama
Suplió su falta dando algún provecho.
Mas Climene, después que llora y clama
Lo que pide tal caso, va buscando
Los miembros de quien ella en vano llama.
Huesos y miembros iba pesquisando
Por todo el mundo: al fin halló que estaba
Su hijo en tierra ajena reposando.
Echóse en el sepulcro, do hallaba
Escrito el hijo, que ella tanto quiere,
Cuyo nombre con lágrimas regaba.
Ni menos cada Helíada se hiere
Llamando noche y día el muerto hermano,
Sobre el sepulcro cada cual se muere.
La luna con su curso soberano
Se muestra cuatro veces estar llena,
Mas ellas lloran siempre, y siempre en vano.
Ya tienen por costumbre aquella pena
(Que el uso hace costumbre); luego dellas
Faetusa, de más días, no serena,
Queriéndose postrar, echó querellas,

Porque doblar las piernas no podía,
Gritando al crudo cielo y las estrellas.
Y la blanca Lampecia, que quería
Ir á ver el por qué podría quejarse,
Con súbita raíz se detenía.
La otra, pretendiendo remesarse,
Las hojas por cabéllos arrancaba;
Dan gritos de que sienten transformarse.
De hacerse tronco ésta se quejaba;
La otra, porque ve los brazos hechos
Ramos, mientras cualquiera se admiraba,
Abraza la corteza por sus trechos
(Porque en madero duro se tornaban),
Las piernas, ingles, manos, hombros, pechos.
Las bocas solamente las restaban
Para de todo punto transformarse;
Con ellas á sus madres gritos daban.
¿Que había de hacer la triste, sino andarse
Aquí y allí, do el ímpetu la guía,
Y mientras puede en besos ocuparse?
Los cuerpos de los troncos pretendía
Quitar, y de los ramos que arrancaba,
La sangre cual de heridas les corría.
Cada cual que herida se hallaba,
«¡Ay madre, cesa ya, que despedaza
Tu mano nuestro cuerpo! reclamaba.
»El árbol que maltratas nos abraza;
Con Dios te queda.» Estándolo diciendo,
La voz de la corteza se embaraza.
De allí están tiempre lágrimas vertiendo,
Que en ámbar rico son del sol tornadas
Y sobre el claro Pado van cayendo.
Y son continuamente de él llevadas
A Italia, y las itálicas mujeres
Con ellas van soberbias y entonadas.

El hijo de Stenelo (1) (con quien eres
En sangre junto, y amistad ardiente,
Faetón), del todo ajeno de placeres,
A tanta maravilla estuvo ausente,
Y dejado el imperio (que regía
Los pueblos de Liguria sabiamente),
Con llanto que continuamente hacía,
A los peñascos duros atronaba,
De cuya queja Erídano se henchía.
En la selva, que entonces se aumentaba
Con las hermanas tristes, sin sentido
A grandes alaridos reclamaba.
Enflaqueció su cuerpo y su gemido,
Las canas se hacen plumas prestamente
Que han al cabello mismo parecido.
Del pecho sale el cuello largamente,
Ajúntanse sus dedos colorados,
Sus lados cubren alas de repente.
Su boca y dientes fueron ocupados
De pico voto, y ave nueva es hecho
Cisne, sus tristes miembros transformados.
Jamás del aire está muy satisfecho
Ni en Júpiter confía, que la llama
De que se acuerda tiene por despecho.
Estanques y lagunas pide y ama,
Los ríos escogiendo donde viva
Por ser contra las llamas que desama.
El padre de Faetón, con cara esquiva,
Sin parte de su luz estaba en tanto,
Cual cuando se nos cubre desde arriba.
Y el día y claridad desama tanto,

(1) El hijo de Stenelo se llamaba Cycno, era rey de Liguria y músico célebre. Su voz, su nombre y el dolor que le produjo la muerte de Faetón, hicieron imaginar esta metamorfosis.

Y á sí mismo, con luto muy airado,
Que no quiere ser sol, y tanto cuanto
Alzó la voz diciendo de enojado:

«Baste que desque el cielo fué criado,
Mi suerte siempre ha sido fatigada;
Pésame por haberme yo ocupado
En un trabajo tal, sin ganar nada.
A otro cualquiera sea el cargo dado
Del carro, do la llama va inflamada,
Y si ninguno admite el coche eterno,
Trate él mismo regirle insempiterno.

»Si nadie á los caballos y contienda
Se atreve, atrévase él, para que deje
Los rayos, cuando su furor entienda
Que ningún padre dellos más se queje.
Cuando en las manos tenga aquella rienda
Y sentado se viere en aquel eje,
Entenderá quizá no ha merecido
La muerte quien no bien los ha regido.»

Al triste Sol los dioses rodeaban,
Que tales cosas dice sin consuelo,
Y que á su oficio vuelva suplicaban.
No quería obscurecer el triste suelo
Negándole la luz, pues que sin culpa
Está con harta pena y desconsuelo.
También sus rayos Júpiter disculpa,
Y, como rey, le ruega no le enoje
Si no quiera pagar lo que le culpa.
Los sin orden caballos Febo coge,
Que estaban del espanto amedrentados,
Y en su dorado yugo los recoge.
Con espuelas y azotes hostigados
Son dél, dalos en rostro de contino,

Que son del hijo solos los culpados.
En tanto el poderoso Rey divino
Por todo el cielo se anda pesquisando
Si tiene daño el muro cristalino.
Y ya que el edificio remirando,
Entendió que en su fuerza firme estaba,
La trabajosa tierra está mirando.
Y aunque de todas partes la notaba
De mil miserias llena lastimeras,
Mas de su Arcadia en más cuidado estaba.
Sus fuentes la tornó, y en las riberas
Sus temerosos ríos ya corrían;
Dió verde hierba á campos y praderas.
Los árboles de hoja se vestían,
Mandó que las florestas al momento
Del arte reverdezcan que solían.
Y mientras viene y va con este intento,
De amor de una doncella se ve preso
(En Nonatria nacida) (1), y sin contento.
Fué tan ardiente el fuego y tan expreso,
Que se sentía quemar por claro indicio
En lo más interior de cada hueso.
No era hilar de aquesta dama (2) oficio
Ni adornar los cabellos extremados,
Que suele ser de otras ejercicio.
Mas antes los traía mal peinados,
Rodeada una venda á su cabeza,
Con cinta sus vestidos apretados.
Y agora con sobrada gentileza
De un arco armada, agora va inmudable

(1) Nonatria, montaña de Arcadia.
(2) Era Calisto, conocida también con el nombre de Helicea, hija de Lycaón, rey de Arcadia. Llamáronla *Parrhasis*, de Parrhasio, su hermano, fundador de la ciudad de Parrhasis en Arcadia.

Con un venablo, y suma ligereza.
Servía á Diana, á quien era agradable
Más que cuantas en Menalón había;
Mas no hay poder que pueda ser durable.
El sol pasaba ya del mediodía,
Cuando en un bosque espeso que allí estaba
Para pasar la siesta se metía.
Quitóse de los hombros el aljaba,
El arco flojo cuelga, y en el suelo
Se echó, que de verdura se adornaba.
Y para descansar con más consuelo,
Por cabecera puso la pintada
Aljaba, do la vió quien rige el cielo.
Y viendo que sin guarda está y cansada,
Dice: «Pues mi mujer no sabrá esto,
Y que lo sepa no se me da nada.»
Transfórmase en el hábito y el gesto
Que á la misma Dïana parecía,
Y comenzóla á hablar diciendo aquesto:
«Oh parte de mi casta compañía,
Amada virgen, ¿dó has ido cazando?»
Dijo ella levantada, que esto oía:
«Sálvete Dios, deidad, que yo juzgando,
Mayor serás que Júpiter juzgada,
Aunque el mismo señor lo esté escuchando.»
Ríese y oye, y ser más estimada
Quél mismo, su persona, le da gusto,
Y tiénela besándola abrazada.
Los besos que la daba no era justo
De virgen á otra virgen fuesen dados,
Y en no los moderar ha sido injusto.
Queriendo ya contar en qué collados
Había cazado, al punto la ocupaba,
Y cayeron entrambos abrazados.
No sin delito él se demostraba;
Por el contrario, ella dél se parte,

Cuanto podía en vano, y se cansaba.
¡Ojalá que pudieras tú hallarte
Presente, Juno, á lo que allí se hacía,
Porque quizá pudieras moderarte!
Ella, por cierto, más y más porfía
Desasirse; mas cual tierna doncella,
¡Oh! ¿quién vencer á Júpiter podría?
Venciόla, y fuése al cielo. Pero ella
Desama la floresta sabedora,
Y no quisiera más volver á vella.
Vase con tanta pena, que á la hora
Que sale, no se acuerda del aljaba
Ni el arco: vuelve, y tómalo á deshora.
Veis aquí que Dictina se emboscaba
Por Menalón, de vírgenes cercada;
Soberbia con la caza que llevaba.
Miró á esta Ninfa, y vista, fué llamada;
Ella huyó, á Júpiter temiendo,
Por no ser como de antes engañada.
Mas ya quel cetu y coro reverendo
De las Ninfas notó, llegó al instante,
Que no había allí traiciones entendiendo.
¡Ay, cuán difícil es con el semblante
No descubrir la culpa! No levanta
Los ojos, ni á quien era es semejante;
Ni ya como solía se adelanta,
Ni se va junto al lado de la diosa,
Ni osa ya tomar licencia tanta.
Mas callando encogida, temerosa,
Da indicio de la injuria recibida
El lustre de su cara vergonzosa.
Y fácilmente fuera conocida
De la diosa Dïana, si no fuera
Virgen; mas de las Ninfas fué sentida.
La nona vuelta de la luna era,
Cuando la diosa, de calor cansada,

Entró en un bosque ameno en gran manera,
Do corre un río de agua sosegada,
Con un murmurio dulce volteando
La blanca arena, que era dél trillada.
Loó el lugar, y con el pie tocando
Las frescas aguas, dijo: «No hay ninguno;
Desnudas refresquémonos nadando.»
Todas se desnudaron de consuno;
Parrhasis vergonzosa sola resta,
Difiriendo el bañar tan oportuno.
Viendo que en desnudarse tarda ésta,
Las otras el vestido le han quitado,
Y el cuerpo fué y la culpa manifiesta.
Procuraba encubrir el vientre hinchado
Atónita; mas Cinthia dijo: «¡Fuera!
No ensuciéis el corriente consagrado.»
Mandándola apartar, de tal manera
Que no pudiese más de allí adelante
Llamarse de su coro compañera.
Sabía ya la matrona del Tonante
El yerro, pero halo d ferido
En tiempo á su querer más importante.
A su tardar más causa no ha tenido;
Mas el muchacho Arcas (1) (cosa grave
A Juno) su combleza había parido.
Apenas de tal parto nada sabe,
Cuando con un mirar y afecto airado,
Y con semblante y voz nada süave,
A hablar de aquesta forma ha comenzado:

«¡Sí! no faltaba, adúltera, más de esto;
Que tu pecado el parto publicase,
Y el hecho de mi Jove deshonesto

(1) Arcas era rey de Arcadia, á cuya nación dió su nombre. Antes se llamaba Pelasgia.

Con claro testimonio se notase.
Pues no te alabarás; que aquese gesto,
Donde el amor de mi marido se ase,
Te quitaré sin duda prestamente
Que ni á él ni á tí, de hoy más, jamás contente.»

Dicho esto, del cabello la echa mano,
Con ella da en el suelo, que rogaba
Las manos ambas puestas, pero en vano.
Los brazos que extendía comenzaba
A sentir con el vello enyertecerse,
Y cada mano ya se la corvaba;
Cuyas uñas comienzan á torcerse
Al menester de pies aparejadas,
Y el alabado rostro á feo hacerse.
La boca y las facciones alabadas
Del sumo Jove, feas se han tornado,
Siendo sus cantidades aumentadas.
Y porque con palabras alcanzado
Misericordia no haya la cuitada,
La habla que tenía la ha quitado.
Su voz es espantable, ronca, airada,
Que parece que sale amenazando;
Mas del entendimiento no es privada.
Y con gemir continuo publicando
Sus quejas, ambas manos levantaba
Al cielo y las estrellas suplicando.
Y ser ingrato Júpiter notaba,
Aunque llamarle ingrato no podía,
En su sentido y pecho le culpaba.
¡Ay, cuántas veces sola se temía
Ver entre selvas, y á su casa amada
Y antiguas heredades se volvía!
¡Ay, cuántas veces fué bien acosada
Por riscos de los perros ladradores,
De sus ladridos yendo amedrentada!

Y cazadora huyó de cazadores,
Y vista alguna fiera se espantaba,
Olvidando su ser y sus errores.
Y siendo osa, osos desamaba,
Y los lobos también, aunque su padre
Entonces entre lobos se hallaba.
Veis Arcas sin saber qué es de su madre,
Andando de quince años persiguiendo
Fieras, busca lugar que más le cuadre.
Y mientras está sus redes extendiendo
Por el monte Erimanto, se ha topado
Con ella, que se para el hijo viendo.
Pareció conocerle, él se ha parado,
Y viendo que le mira atentamente,
Sin entender por qué, llegar no ha osado.
Hubiérala clavado prestamente,
Mas Dios lo prohibió, que en leve vuelo
Los convirtió en estrellas de repente.
Vecinos son allá en el alto cielo (1),
Do cuando Juno vido su combleza,
Quisiera reventar de desconsuelo.
A Thetis fué con suma ligereza,
Y al viejo Océano, y siendo preguntada
La causa del camino, les empieza
Diciendo la ocasión de su jornada:

«Pedidme qué es la causa que yo siendo
La reina de los dioses, dejo el cielo.
Otra lo está por mí ya poseyendo,
Y mienta yo, si puesto el negro velo
De la noche, no os muestro (lo que entiendo
Será mi sempiterno desconsuelo)
Estrellas, que ahora son recien honradas,

(1) Alude á las dos constelaciones llamadas Osa mayor y Osa menor.

Por mi mal en el cielo colocadas.

»La noche venga, verlas heys en breve
De celeste lugar estar gozando,
Allí do el postrer círculo se mueve
Que el eje extremo anda rodeando.
¡Ay! ¿por qué á mí ofender nadie se atreve
O de haberme ofendido esté temblando?
¡Que sola haciendo daño doy provecho!
¡O gran poder! ¡Oh qué gran cosa he hecho!

»¡Oh, cómo lo que puede se ha mostrado!
Quitéla el ser humano, veisla diosa;
Así castigaré cualquier culpado,
Así mi voluntad es poderosa.
De la su ser antiguo ya quitado
Aquel que yo la dí de fiera osa,
Cual á la hermana diò de Phoroneo
Y arraigue bien en ella su deseo.

»¿Por qué la diosa Juno repudiada
Por suegro á Licaón fiero tomando,
No se casa con ella, y colocada
La tiene ya en mi lecho venerando?
Mas vosotros, si ser menos preciada
Os toca, la que estuvo á vuestro mando,
Haced que los Triones no se vean
Bañados en el agua que desean.

»No permitáis se vean las estrellas
A cuya causa falta mi consuelo,
Que fueron por estupro de una de ellas,
Y á mi pesar honradas en el cielo,
Contentas, ni que nadie pueda vellas
Bañarse con las otras en el suelo (1).

(1) Las dos Osas colocadas en el hemisferio septen-

No toque el agua pura consagrada
La que por no ser pura está premiada.»

Los dioses de la mar han consentido;
Juno en su coche al aire se ha entregado,
A pintados pavones cometido,
Y tan recién pintados, degollado
Argo, como tú cuervo negro fuiste (1),
Siendo como eras blanco en sumo grado.
Porque esta ave que ahora negro viste,
A las palomas antes igualaba,
Cuando sin mancha nieve las reviste.
Ni en el cantar y voz ventaja daba
A los ansares, guardas del lucido
Senado, ni aun al Cisne no estimaba.
La lengua le dañó; por ella ha sido
Su blanquísimo lustre transformado
En el que agora tiene ennegrecido.
En toda Emonia nunca se ha hallado
Quien venciese á Coronis (2) de hermosa,
Y cierto á tí te ha Febo contentado
Mientras fué casta ó nada sospechosa;
Mas el ave de Apolo la ha sentido
Adúltera, perversa y engañosa.
Y porque su señor esté advertido,
Sin oir ruego va como sin tino,

trional jamás traspasan el horizonte, por lo cual decían los poetas antiguos que no se bañaban en el mar.

(1) Quiere decir que las plumas de los pavos reales del carro de Juno fueron pintadas con la sangre de Argos, tan rápidamente como el cuervo que era blanco se tornó en negro.

(2) Coronis era hija de Phlegias, rey de los Lapithos y padre de Ixión. Hubo una Coronis, hija de Coroneo, que fué amada de Neptuno y transformada en corneja, como se ve en la fábula siguiente.

Y, tras ella, corneja que le vido.
Y sabida la causa del camino,
Le pareció ser cosa la que hacía
De necedad extraña y desatino,
Y de esta forma al punto le decía:

«De mi consejo deja la jornada,
Que no te puede ser de algún provecho,
Y Dios te libre de tener en nada
El sano parecer de aqueste pecho.
Mira quién soy y en cuánto fuí estimada.
Hallarás que la fe me ha daño hecho,
Hallarás que por ser yo fiel he sido
Premiada con desdén no merecido.

»Porque en un tiempo Palas hubo dado
A tres hijas de Cécrope (1), metido
En un cesto, á Erictonio (2), que engendrado
Sin madre, de la tierra fué nacido,
En guarda, sin haberlas declarado

(1) Cécrope ó Cecrops, originario de Saïs en Egipto, fué á Grecia al frente de una colonia egipcia 400 años antes de la toma de Troya. Creen los comentaristas que el origen de la fábula de las dos naturalezas de Cecrops consiste en que este príncipe hablaba dos lenguas, la griega y la fenicia, ó porque instituyó el matrimonio, que unía al hombre y la mujer en una sola familia, ó porque mandaba en dos pueblos, el griego y el egipcio, ó, finalmente, según Demóstenes, porque reunía á la prudencia en el consejo, la audacia en la ejecución.

(2) Erictonéo ó Ericthon, cuarto rey de Atenas, tiene fama de ser el inventor de los carros. Acaso no fué más que el primero que atalajó cuatro caballos á su carro. Muerto después de cincuenta años de reinado, hacia el 1501 antes de Jesucristo, se le transformó en astro, creyéndose que forma parte de la constelación del Boyero.

Qué fuese aquello que iba allí metido,
Mandándolas por ley y por decreto
Que no escudriñe nadie su secreto.

»Metida entre las hojas deleitosas
De un olmo umbroso estaba yo acechando;
Pandroso y Herse estaban temerosas,
Lo encomendado fielmente guardando;
Aglauros atrevida, las nudosas
Lazadas de los miembros desatando,
Las llama, y ven que estaba allí cerrado
Un niño medio drago espernacado.

»A la diosa conté lo acontecido,
Y dióseme en merced bien merecida
Despedirme de sí, con tal partido
Que me es aun la lechuza preferida.
Mi dura pena muy bien ha podido
Amonestar las aves, que rendida
La lengua esté al silencio de contino,
Si no quieren pagar su desatino.

»Y pensaras que no fuí bien rogada
Para ser del servicio de esta diosa,
Preguntáselo tú, que aunque enojada,
Bien sé no negará tan clara cosa,
Porque de Coroneo fuí engendrada
En Focis claro, y siendo bien hermosa
Y por virgen y reina conocida,
De muchos mozos ricos fuí pedida.

»Dañóme la hermosura, porque andando
Con paso sosegado, como suelo,
La arenosa ribera paseando,
Quedó Neptuno preso á mi señuelo.
Y como con palabras suplicando

En vano me pidiese algún consuelo,
Determinó por fuerza conquistarme,
Mas yo con ligereza de escaparme.

»Dejada la ribera, voy huyendo
Por cima de la arena sin cansarme;
Socorro á Dios y hombres voy pidiendo,
Pero ninguno quiso allí ayudarme.
Por una virgen otra intercediendo,
Minerva se entremete á libertarme.
Tendí mis ambos brazos hacia el cielo,
Comencélos á ver con negro velo.

»En alas ví los brazos convertirse,
Y en negra pluma el manto que traía,
Que á mi pesar no quiso despedirse,
Aunque de mí arrojar le pretendía.
Las plumas en mi cuero ví ingerirse;
Quejarme quise, pero no podía;
Quise el desnudo pecho haber herido,
Y habíale ya la pluma revestido.

»Corría, ni como antes me estorbaba
La blanca arena, antes volitando
Por cima de la tierra caminaba,
Y en fin voyme en el aire levantando.
Y Minerva, que vió lo que pasaba,
Hizo elección de mí, considerando
Que quien entonces culpa no tenía
Sería para ella buena compañía.

¿Mas qué gané yo de esto, si sucede
Nictimine (1) en mi honra tan crecida,

(1) Nictimine fué hija de Epopeo, y al decir de otros, de Nicleo, rey de Lesbos.

Por un delito que saber se puede,
En nocturna lechuza convertida?
¿Cómo no sabes tú lo que concede
La Lesbia toda, que de amor herida,
Con su padre pecó, huyendo donde
De las aves y luz su culpa esconde?

El cuervo la replica: «Ruego y pido
Que este estorbar y aviso mal certero
Lo vea yo en tu daño convertido.
»Desprecio tu parlar y vano agüero»;
Y sin parar prosigue su camino,
Con la intención que iba de primero.
Contó el insulto á su señor divino,
Cómo á Coronis vido en adulterio
Con un garzón de Emonia. De mohino
Se cae á Febo el lauro y el salterio,
El semblante y color se le ha mudado
Y no se le ha mudado sin misterio.
Con justo enojo el ánimo inflamado
El arco y flechas toma; con despecho
Puso una vira, asesta y no ha errado.
Pasó el hermoso y malogrado pecho,
Aquel de quien mil veces él había
Quedado extrañamente satisfecho.
Herida, dió un gemido, y expelía
Tanta sangre, sacada ya la vira,
Que rosa el blanco cuerpo parecía
Y hablando con Apolo así suspira:

«Tomar de mí venganza de otra suerte
Fuera mejor, oh Febo, que no ha sido,
Debieras con razón entretenerte,
Siquiera hasta que hubiera yo parido.
A dos en una llevará la muerte,
Y pagará quien nada ha merecido

Si en mi delito grave no hay disculpa,
El tiempo del castigo á tí te culpa.»

No pudo más, que con la sangre junto
Echó la vida; queda incontinente
Sin alma el cuerpo helado, ya difunto.
¡Ay, cómo tarde Apolo se arrepiente
De tan crüel castigo, y se desama,
Por oir y creer ligeramente!
El ave ya aborrece que en la llama
De los helados celos le ha metido;
El arco y mano y la saeta infama.
Abraza el cuerpo frío allí caído;
Vencer el hado trata, do no hay ruego,
Usar su medicina no ha valido.
Y viendo aparejarse el sacro fuego
Para abrasar el cuerpo delicado,
Comienza á dar dos mil gemidos luego.
Gimió (que haber con lágrimas bañado
Su rostro es á los dioses defendido)
Cual suele la novilla haber bramado
Cuando ve su becerro estar tendido,
Que en su presencia, dando mil clamores,
El martillo le dió tras el oído.
Y ya que embalsamada con olores,
La abraza, y sus exquias solemniza
Con ansias, con suspiros y dolores.
El fuego paternal que amor atiza
No consintió que Febo consintiese
Tornarse sus entrañas en ceniza.
Del vientre y llamas hizo que saliese
El hijo, y á Chyrón (1) fuese entregado,

(1) El centauro Chyron era hijo de Filira y de Saturno, que tomó la forma de caballo para evitar los celos de su esposa Rhea.

Y lo profetizado consiguiese.
  De entre las blancas aves desterrado
Fué el cuervo, y el centauro se holgaba
Con el pupilo ilustre que le han dado.
  Del cargo honroso el medio fiera usaba,
Y veis aquí su hija do ha venido,
Esparcido el cabello que estimaba.
  A quien porque Chariclès ha parido,
Riberas de Cayco, se la ha dado,
Occirshoe por su nombre y apellido.
  Y no la satisfizo haber llegado
Al arte paternal; pero aun cantaba
Lo más secreto del eterno hado;
  Pues entendiendo ya que llena estaba
De espíritu profético, mirando
Al niño, de esta suerte le hablaba,
Su perfección y gracia adivinando:

  «Crece, niño, que á tí será debida
Sin duda la salud de los mortales.
A tí será licencia concedida
De hacer volver las almas infernales.
Osarás una vez tornar la vida,
A pesar de los dioses inmortales,
Y el rayo poderoso de tu abuelo
Te quitará el poder, la vida y suelo (1).

  »De dios te tornarás en cuerpo muerto,

(1) He aquí el sentido de esta predicción: Esculapio recibió en cierto modo nueva vida al nacer, pues fué extraído del vientre de su madre moribunda. Resucitó á Hipólito, hijo de Theseo, que su padre había entregado á la cólera de Neptuno. Este prodigio irritó á Júpiter, quien le mató con un rayo, convirtiéndole seguidamente en dios, al que adoraban en Epidauro.

Y de muerto serás en dios tornado.
Renovarás tus hados. Y tan cierto
A tí te ha de venir, oh padre amado
(Aunque criado fuiste con concierto
Eterno), de vivir terrible enfado,
Por no sufrir las penas tan extrañas
De sangre serpentina en tus entrañas.

»Será el dolor tan grande y el tormento
Que te dará el veneno de contino,
Que por darte los dioses más contento
Te volverán mortal el ser divino.
Acabarán las Parcas al momento
Tu estambre de hilar, y harán camino
Por do saldrá la pena que has sufrido,
Quitándote la vida y el sentido» (1).

De decir no acabó su profecía,
Y del interno pecho suspirando,
De hilo en hilo lágrimas vertía,
Y prosiguióla luego, comenzando:

«Previértenme mis hados, y á mi canto,
Y el uso de mi voz es impedido.
No hubiera de estimar mis artes tanto,
Pues del furor de dios me han causa sido.
Mejor me fuera huir de aqueste llanto,
Que no lo porvenir haber sabido.
Mi rostro ya otra cosa representa;

(1) El Centauro dejó caer sobre su pie una de las flechas de Hércules, teñida en sangre de la Hidra, y cuyas heridas eran incurables. Los terribles dolores le hacían pedir la muerte con instancia, pero era inmortal. Atendieron, sin embargo, los dioses su deseo, y pusiéronle en el cielo entre los signos del Zodiaco. Este signo es Sagitario.

Ya por manjar la hierba me contenta.

»Mi cara ya se muda, ya deseo
Por espaciosos campos ir corriendo;
Presto veré cumplido mi deseo,
Pues ya me voy en yegua convirtiendo.
Parézcome á mi padre, ya lo veo;
Mas ¿por qué en todo no? Yo no lo entiendo.
De fiera y hombre tiene la figura;
De fiera sola yo por mi ventura.»

Diciendo así, apenas fué entendido
De su querella justa lo postrero,
Habiendo sus palabras confundido.
Ni el sonido de yegua fué primero,
Sino de quien la imita; luego trata
De dar más de un relincho verdadero.
Cinco de dos se hicieron una pata;
Por el prado los brazos extendiendo,
La boca y cuello humano desbarata.
De mayor boca y cuello más horrendo
Se ve dotada, y ve la mayor parte
De ropa que se va ya cola haciendo.
Y como por el cuello se reparte
El dorado cabello, se ha quedado
En crines convertido de aquel arte.
El rostro, voz y nombre se ha mudado.
Llora Chyrón, y ruega vanamente,
A tí, dios Febo, le hayas ayudado.
Porque no es cosa justa que se intente
Deshacer lo que Jove había querido,
Ni para hacerlo estabas tú presente.
En aquel tiempo andabas embebido,
Apacentando en Elim tu ganado,
De pastoril zamarra revestido.
La mayor carga era tu cayado,

Trayendo en la otra mano un instrumento
De cañas desiguales fabricado.
  Dabas á Amor y Amor á tí contento;
Y en tanto que te estás regocijando,
Al son de la zampoña dulce atento,
  El ganado se va descarrïando,
A su albedrío sólo cometido,
Por los campos de Pylia repastando.
  Velo Mercurio, y ha tras él partido;
Con su arte hizo presa en este ato,
Y en las montañas mismas lo ha escondido.
  Un solo viejo supo de este trato,
Que las yeguas guardaba de Neleo (1);
La vecindad le puso nombre Batto.
  A éste tuvo miedo, y con deseo
De conservar su hurto, le ha sacado
Con semblante amoroso y buen meneo,
Y asido de la mano le ha hablado:

  «Buen hombre, sé quién fueres, si á esta tierra
Viniere alguno vacas pesquisando,
Dirás que no las viste en esta sierra;
Y porque así lo hagas, yo te mando
Esta blanca y lindísima becerra.»
Tomóla y respondióle el viejo: «Cuando
Yo hablare de este hurto, te prometo
Descubrir á esta piedra tu secreto.»

  La piedra le señala respondiendo.
Fingió Mercurio irse, y transformado
Voz y semblante, vuelve, y pretendiendo
Tentarle, de esta suerte le ha hablado:

  «Rústico amigo, ¿viste en esta parte

(1) Neleo, rey de Pylos, fué el padre de Néstor.

Algunas vacas ir descarrïadas?
Dílo, que yo me obligo á contentarte,
Si por ventura has visto van hurtadas.
Porque lo digas, mira, quiero darte
Dos reses de ellas mismas extremadas.
Si el hurto descubrieres tan secreto,
Un toro y una vaca te prometo.»

Viendo que el galardón era doblado,
El viejo dijo: «Yo las ví por cierto,
Hacia aquel monte en bajo del collado.»
«A mí me has á mí mismo descubierto»,
Le respondió, y el pecho fementido
En pedernal convierte duro y yerto (1).
Y tiene aquella piedra el apellido
Que el viejo mereció de parlería,
Habiendo nada de esto merecido.
Volado ya de aquí Cilenio había,
Los campos de Munichia traspasando,
Y hacia la docta Atenas se venía.
Del general Liceo remirando
El sitio, la frescura y arbolillos,
Fué ventura que fuese un día, cuando
A Palas coronados canastillos
De sacrificios llevan las doncellas,
Con reverencia y ánimos sencillos.
Viólas venir y vuela en torno de ellas,
Que es el derecho vuelo inconveniente,
Pues no se le concede más de vellas.
Cual el milano suele, que presente
Lo que sobró del sacrificio tiene,
No osar llegar por causa de la gente,

(1) El fundamento de esta fábula se encuentra en Homero. También la refieren Hesiodo, Apolonio de Rodas y Antonino.

Volar circularmente le conviene,
Y no alejarse mucho, rodeando
Aquel mismo esperar que le entretiene.
Sobre las torres áticas volando,
Mercurio va mirando las doncellas,
Un aire mismo siempre compasando.
Cuanto el lucero excede á las estrellas
En claridad, y á él Dïana, tanto
Herse en belleza pasa á todas ellas.
A sí y á todas honra, y entretanto
Que el volador su rostro considera,
Quedó fuera de sí con gran espanto;
Y pendiente en el aire, de manera
Se enciende y se derrite, que llegada
Al recio fuego haría la blanda cera,
Ó cual bala de plomo que arrojada
Con honda baleárica, volando
En el camino mismo va inflamada,
Y por el aire claro traspasando,
El fuego que en la tierra no tenía,
De bajo de las nubes va hallando.
Dejó el camino que antes proseguía;
No se encubrió, sino bajó de presto,
Fiando en la belleza que tenía.
Y aunque podía muy bien fiar en esto,
Compone su cabello y vestidura,
Por parecer mejor galán compuesto.
De la ropa mostrar también procura
El oro y guarnición, y aun con la vara
Aumenta y los talares su hermosura.
Llegó al alcázar, y en llegando pára.
Tres aposentos hay en lo secreto,
De conchas, de marfil y de obra rara.
El diestro de Pandrosos, y sujeto
A Aglauro está el frontero; mas vivía
En el de en medio Herse, no imperfeto.

La que el de á mano izquierda poseía
Vió venir á Cylenio la primera:
Qué quiere, y dé su nombre le pedía.
Él dios le respondió de esta manera:

«De Atlante nieto soy y de Pleyona,
De Júpiter celeste mensajero.
Comete su embajada á mi persona,
Y es él mi mismo padre verdadero.
Si de fidelidad ganar corona
Con Herse tú pretendes, yo no quiero
Mentirte: sabe cierto soy venido
Para ser tu cuñado y su marido.»

Miróle con los ojos que aun agora
A Herictonio en el cesto había mirado,
Secreto de Minerva su señora.
Y por la tercería ha demandado
Gran cantidad de oro, y entretanto
Que se lo da, le envía desdeñado.
Con tan airados ojos que era espanto,
La echó de ver Belona suspirando,
Que el peto la ha sonado tanto cuanto.
Acuérdase también allí de cuando
Contra su mandamiento fué profana,
El hijo de Vulcano escudriñando.
Vióla á Mercurio ingrata y á su hermana,
Y rica con el oro recibido,
De do con gran razón su enojo mana.
Partió al palacio sucio corrompido
Con negra podre á do la Envidia vive,
Que en el hondón de un valle está metido.
Allí no hay sol, ni viento se recibe;
Sombría casa, triste y perezosa,
Do perpetua tiniebla se percibe.
Y cuando allá llegó la poderosa

En las batallas, párase delante
De la maligna puerta tenebrosa;
Porque aunque pretendiera ir adelante,
No se le es concedido, y con el cuento
De su lanza ha llamado en un instante.
Abriéronse las puertas al momento;
Vió dentro estar la Envidia, que comía
Víboras, de sus vicios alimento.
Por no la ver, los ojos revolvía;
Mas ella muy despacio se levanta,
Dejado su manjar, y se venía
Hacia la misma diosa, y se quebranta,
Gimiendo y suspirando, de que vido
Tanta beldad y en armas fuerza tanta.
De amarillez su rostro revestido,
Flaquísima, en los huesos, y aunque vea,
Es su mirar ceñudo y retorcido;
De amarga hiel su pecho verdeguea,
Los dientes negros son, y de esta guisa
Su lengua de ponzoña se rodea.
No se hallará jamás en ella risa,
Sino la que de daño ajeno nace;
No duerme del cuidado que la avisa.
Mirando ingratamente lo que hace
Virtud, en los mortales poderosa,
Lo roe, disminuye y se deshace.
Y muérdese mordiendo la rabiosa,
Tomando en sí venganza del pecado,
Y aunque la quiere mal la sabia Diosa,
Desta arte brevemente la ha hablado:
«Con veneno mortal de tal persona,
A Aglauro, hija de Cécrope, inficiona.»
No la habló más, y pártese huyendo,
La tierra con la lanza meneando:
La Envidia la miró con ojo horrendo,
Y entre los negros dientes murmurando,

Martirio pasa bravo y doloroso,
Sus prósperos sucesos repensando.
Tomó un torcido báculo espinoso,
Y cubierta de nubes destruía
El más florido prado y más hermoso.
Y por adonde quiera que venía
Quemaba el verde campo, y al momento
Las altas dormideras recogía.
Ciudades, pueblos, casas con su aliento
Inficionó, y al fin de la jornada
Vió la ciudad Paladia y aposento.
De ingenios y festiva paz dotada,
Dotada de edificios, que era espanto,
Ciudad dichosa, y desto así se enfada;
Que detener apenas pudo el llanto,
De no ver qué llorar en toda ella,
Aunque la remiró de canto á canto.
Entrada ya en la casa, donde aquella
De Cécrope engendrada se aposenta,
El pecho emponzoñó de la doncella
Cumpliendo el mandamiento, y la atormenta,
De recorvas espinas rehinchendo
Su corazón á do veneno alienta.
De donde en todo el cuerpo va influyendo,
Y en medio del pulmón se ha derramado,
Que se está la cuitada deshaciendo.
Y porque de su mal tan extremado
Las causas no estén lejos, la presenta
La hermana, y casamiento fortunado.
Al Dios en forma humana representa,
Y todo lo engrandece, de manera
Que con dolor secreto la atormenta.
De noche plañe y llora; y cuando fuera
De la mar sale el Sol, también repite
El llanto y la congoja lastimera.
Y porque poco á poco se la quite

El ser, se va su cuerpo desliendo,
Cual hielo suele al sol que le derrite.
Y los dichosos bienes repitiendo
De la feliz hermana, que desama,
Se va de aquella suerte consumiendo.
Que la espinosa hierba si se inflama,
Gastar se suele al fuego poco fuerte,
Sin luz echar de sí, ni verse llama.
Por no ver tal, quisiera ver la muerte;
Parlar al padre quiso riguroso,
Como delito el caso y buena suerte.
Viendo venir en fin al nuevo esposo
De Herse, se ha sentado en los umbrales
Por despedir al sabio y poderoso,
A quien el Dios habló palabras tales,
Y de tan gran regalo, que hiciera
Enternecer los duros pedernales.
Mas ella respondió desta manera:

«No gastes más razones, que es en vano;
Pues no te he yo de dar atento oído.
No me he de levantar, tenlo por llano,
Hasta que te hayas tú de aquí partido.»
Replícala el esposo soberano:
«Estemos, pues, los dos con tal partido;
Que como yo he de estar aquí presente,
Aquí también tú estés eternamente.»

Hablando así, las puertas esmaltadas
Tocó con el caduceo, y al momento
Fueron abiertas ambas que tocadas.
Queriendo levantarse, fué su intento
Muy por demás; que apenas se movía,
Faltándola el antiguo movimiento.
Ponerse en pie por fuerza pretendía;
Sintió que sus rodillas están yertas,

Y el frío por las uñas se metía.
  Sin sangre están las venas como muertas;
Y como el cáncer cunde, va cundiendo
Hasta que al respirar cerró las puertas.
  No pretendió hablar; mas pretendiendo
Hacerlo, fuera en vano, que el camino
Se estaba de la voz endureciendo.
  El cuello y rostro es piedra, y no la vino
Blanco color; mas antes se ennegrece,
Como según quien era la convino.
  Vengado así Mercurio, desparece;
Y con ligero vuelo al cielo parte,
Y delante de Júpiter parece.
  Al punto que le vió, llamóle aparte;
Y sin contar la causa de su vía,
Le dió un recaudo, hablándole del arte
Que suele, y desta suerte le decía:

  «Ministro fiel é hijo, cuyo intento
Es ser ejecutor de mi mandado,
Toda tardanza aparte, en un momento
A Focis parte en vuelo presurado,
Y párate en Sidón, de cuyo asiento
A tu madre se mira el diestro lado,
Guiando á la ribera con gran cuenta
El ganado real, que allí apacienta.»

  De decir acabó, y al mismo punto
Del monte aquel ganado se salía,
Guiado á las riberas todo junto,
  Do la hija del Rey estar solía
De las doncellas Tirias rodeada,
Burlándose con gusto y alegría.
  No está la majestad bien abrazada
Con el amor. Aquel señor eterno,
La gravedad del cetro desechada;

Aquel rector y padre; aquel gobierno
De hombres y de dioses, cuya mano
Armada está de fuego sempiterno;
Quien mueve con la ceja cumbre y llano,
Se hace toro, y brama en la vacada,
Pisando el verde prado alegre, ufano.
Es su color de nieve no pisada
Ni del húmedo viento derretida;
El cuello y cada espalda bien formada.
Pequeños cuernos hechos por medida,
Al parecer tan lisos y tan puros,
Que la más rica perla va vencida.
Con ojos apacibles nada obscuros,
Y su semblante en nada temeroso,
De paz á todos hace mil seguros.
De ver tan blanco toro y tan hermoso,
La hija está de Agenor admirada,
Y más verle tratable y amoroso.
Mas, aunque manso, estaba amedrentada,
Y no osaba tocarle; pero luego
Se acerca, y le da flores más osada.
Alégrase el amante, cuyo fuego
Con la besar las manos se sustenta,
Mientras ve el fin de su apetito ciego.
Y con ella burlando se contenta
Agora, y otras veces va saltando
Por la pradera verde, y luego intenta,
El blanco lado en el arena echando,
Que le toque su dama con su mano,
Su miedo poco á poco desechando.
Y ofrece cada cuerno soberano
A ser con las guirnaldas ocupado
De las floridas hierbas del verano.
Y la real doncella (desechado
Todo temor), sin ver do se sentaba,
En el hermoso lomo se ha sentado.

Entonces poco á poco se llegaba
Júpiter hecho toro á la ribera,
Y ya del todo al agua se entregaba.
Por alta mar la lleva. Lastimera,
Fuera de sí, miraba deseosa
La orilla do volverse bien quisiera.
Con la derecha mano temerosa
Se tiene al blanco cuerno, y fundamento
Es de la izquierda el lomo; va penosa;
Ondéanse sus ropas con el viento.

LIBRO TERCERO.

Dejada la figura ya engañosa
Del falso toro, Júpiter amante
Se muestra en Candia á Europa (1) desdeñosa.
Su padre, que del hurto está ignorante,
Buscarla manda á Cadmo, y no la hallando,
Le condenó á destierro en un instante,
De pío y de cruel señales dando.
Buscado el mundo en vano á la contina
(¿Quién descubriera el hurto? ¿cómo ó cuándo?),
El hijo de Agenor se determina
Dejar su patria y padre, y al momento
Partir do su destino le encamina.
Y con humilde y manso acatamiento
Al oráculo ruega diga á dónde
Será mejor hacer de nuevo asiento,
Al cual el sacro Febo así responde:

(1) Europa era nieta de Neptuno por línea paterna y hermana de Cadmo. Muchos autores han creído que la hija de Agenor había dado su nombre á Europa, cuyos habitantes son blancos.

Llámase también Europa una Oceánida, y es apodo de Ceres, nodriza de Trophonio.

«En un desierto herboso y verde prado,
Verás una becerra regalada
Que nunca al yugo el cuello vió aplicado,
Ni del recorvo arado sabe nada.
Síguela por do fuere, y reparado
Habrás á do la vieres tú parada,
Funda allí tu ciudad, y por renombre
La llamarás Beocia de su nombre.»

De la Castalia (1) cueva había salido
Apenas Cadmo, cuando por el prado
Sin guarda la novilla al punto vido.
No trae señal de yugo ni de arado
En la cerviz; siguióla, agradeciendo
A Febo la respuesta que le ha dado.
Al río Cefiso y Panopea (2) habiendo
Dejado atrás, paróse de repente,
Y comenzó á bramar con gran estruendo.
Los cuernos altos revolvió la frente
Al claro cielo y vió la compañía;
Recostóse en la hierba prestamente.
El animoso Cadmo, que esto vía,
Alaba á Dios, los montes saludaba,
Besó la tierra que él no conocía.
Sacrificar á Jove aparejaba,
Mandó por agua ir los compañeros
Que para el sacrificio le faltaba.
A una selva fueron muy ligeros,
Antigua, no tocada, do una fuente
Hallaron entre varas y mimbreros.
Cubierta ésta de un arco conveniente
A tal lugar, de piedras apegadas,

(1) Castalia, fuente inmediata al antro donde acudió el oráculo; surgía al pie del Parnaso.

(2) Panopea, ciudad de la Fócida.

Do mana una agua pura eternamente.
En medio de estas ondas consagradas,
En su cueva el Dragón de Marte estaba,
Las crestas de oro puro señaladas.
De entrambos ojos fuego resultaba,
Tres órdenes de dientes, y otras tantas
Lenguas el ponzoñoso meneaba.
Y cuando los de Tiro con sus plantas
Y paso infortunado á la corriente
Llegaron, por coger las aguas santas,
Apenas las tocaron, la serpiente
Levanta la cabeza resoplando,
Con un silbar horrendo sumamente.
La fiera vista, al punto desmayando,
El agua de sus manos se ha caído,
Y atónitos de miedo están temblando.
El dragón escamoso, retorcido
En varias vueltas, muéstrase enarcado,
Habiendo de la cueva ya salido.
Y más del medio cuerpo levantado,
Otea la floresta, y es tan grande,
Como el que las dos osas ha apartado.
Y sin tardar los coge, agora mande
Las armas cada cual, ó la huída
Atentar por defensa se desmande,
O el miedo entrambas cosas le impida:
A éstos á bocados, y abrazando
Los otros, los despide de la vida.
Con soplo unos, otros acabando
Con funesta ponzoña, los destruye;
Del medio cielo el Sol lo está mirando.
Maravillado Cadmo, rederguye
La enfadosa tardanza de su gente,
Porque su sacrificio no concluye.
Partióse por su rastro diligente,
De una piel de león y lanza armado,

Y de un valor más que éstos excelente.
A la floresta fresca ya llegado,
Halló los cuerpos muertos extendidos
Y el culebrón sobre ellos rellanado
Lamiendo las heridas. Con gemidos
Les dijo: «Amigos fieles, esta diestra
Vengará los agravios recibidos.
»Y si Fortuna fuere tan siniestra,
Que su favor me niegue y compañía,
Prometo de quedar aquí en la vuestra.»
Su plática acabó, y al punto envía
Un gran sillar, con fuerza tan extraña,
Que una muy fuerte torre movería.
Mas este golpe horrible no le daña,
Porque el conchoso cuero la defiende,
Y así quedó sin daño la alimaña.
Pero su gran dureza no se extiende
A estorbar de la lanza la herida,
Que el recorvo espinazo clava y hiende.
La bestia, del dolor embravecida,
Retorció la cerviz á do tenía
La lanza en las espaldas ingerida.
Y mordiendo en el asta, pretendía
Sacarla; mas el hierro queda asido
Que dentro de los huesos se escondía.
Y sobre su braveza, embravecido
Con el reciente daño, la garganta
De sangre venenosa se ha extendido.
Echa espumajos, y es su fuerza tanta,
Que el aliento infernal que ha respirado
Inficiona la hierba y cualquier planta.
La tierra raspa; agora está enroscado,
Como una viga, agora está derecho,
Agora va del ímpetu llevado.
Tanto ruido hace como ha hecho
El río que sacaron avenidas

De su corriente antigua y vado estrecho.
El bravo hijo de Agenor, recogidas
Sus fuerzas, en la piel de que está armado
Recibe sus encuentros y heridas.
Una punta de lanza le ha tirado,
Con que mal de su grado le detiene;
El en morder del hierro se ha vengado.
Alguna sangre el verde prado tiene
Que de su fiera boca destilaba
Herida, pero no como conviene.
No podía Cadmo más, que le hurtaba
Volviendo atrás el golpe valeroso,
Y así de sus heridas escapaba.
Hasta que el fuerte mozo y animoso
Hincó la lanza en medio su garganta,
Y siguió la victoria deseoso.
Topó en un roble, y fué su fuerza tanta,
Y tanta su destreza que ha clavado
El cuello en el troncon de aquella planta.
El árbol con el peso se ha encorvado,
Y con razón se duele, pues se siente
Con su cola fierísima azotado.
Mientras que mira Cadmo á la serpiente
Vencida, y su grandeza considera,
Una voz ha sonado de repente.
No se certificaba de dónde era;
Al fin la oyó, quedó muy admirado
De oir que le habló de esta manera:
«Hijo de Agenor, dí que estás pasmado
Mirando la serpiente que has vencido,
Aun tú, serpiente, habrás de ser mirado.»
Quedó espantado Cadmo, y ha perdido
Color y voz de miedo, y á la hora
Su cabello erizado se ha sentido.
La diosa Palas, que es su valedora,
Bajó del alto cielo, y le ha mandado,

Cultivada la tierra, que á deshora
   Los dientes que del Drago habrá quitado
Siembre, porque serán el fundamento
Del venidero pueblo; no ha tardado
   Cadmo en ejecutar el mandamiento:
Aró la tierra y esparció los dientes,
Al suceso espantoso estando atento.
   Movieron los terrones las simientes,
Los hierros de las lanzas aparecen,
Y almetes con sus plumas diferentes.
   Poco á poco los hombres se parecen,
Los pechos y los brazos van creciendo,
Que de armas naturales se guarnecen.
   Cual suelen en los paños ir saliendo
En el teatro rico gente armada,
De poco en poco toda apareciendo (1),
   Con el nuevo enemigo demudada
La cara Cadmo, se ha determinado
De ejercitar la fuerza y el espada.
   Mas uno de aquel pueblo, que ha criado
La tierra, le mandó que prestamente
De la civil batalla esté apartado.
   Y esto diciendo, hiere á Manteniente
Uno de los hermanos, y es herido
Y muerto de otro él mismo de repente.
   Mas el que le mató quedó tendido,
Espirando aquella alma, que él había
Poco antes con los otros recibido.
   Acaban casi todos de esta vía,
Su madre con la sangre y la caída
Cada cual molestando que caía.
   De todos quedan cinco, y se convida

(1) En el teatro antiguo la cortina ó telón que cubría la escena, bajaba para descubrirla, y no subía, como ahora se hace.

Echión con la paz á los hermanos,
Las armas y la furia despedida.
  Mandóselo la Diosa. Dan las manos,
Y la fe se prometen; éstos fueron
De Cadmo compañeros soberanos,
  Cuando los edificios se hicieron
De la ciudad, que Apolo había mandado,
Y de éstos los Tebanos descendieron.
  Edificada Tebas (1), ya juzgado
Pudieras Cadmo ser por venturoso,
Aunque de padre y patria desterrado.
  Pues Venus bella y Marte poderoso
Habían tus suegros sido, y ya gozabas
De tal mujer el fruto generoso.
  Tantos hijos é hijas con que dabas
De mano al descontento, pues cercado
De nietos ya mancebos te hallabas.
  Mas no debe ninguno ser juzgado
Por bienaventurado mientras vive;
Hasta la muerte nadie sea loado.
  Un nieto, en tal ventura, te concibe
Primer causa de llanto, cuya frente
De ajenos cuernos viste se apercibe.
  Y vosotros, oh perros, que en la hirviente
Sangre de vuestro dueño os entregastes,
Sin culpa, á vuestros dientes obediente.
  Y aunque en buscar la causa tiempo gastes,
Hallarás ser desgracia, y no malicia,
Delito de Fortuna, y sus contrastes.
  Un monte había de sangre, y de codicia,

(1) Para cumplir el oráculo de Apolo fundó Cadmo la ciudad de Tebas. Es probable que al llegar Cadmo á aquella comarca estuviesen en intestina guerra los habitantes, llamados *Sparti*, del verbo griego, que significa *sembrar*. De aquí sin duda la fábula de los dientes sembrados.

De perseguidas fieras abundante,
Al tiempo que más sombras se codicia.
En medio de Poniente y de Levante
Estaba el Sol; llamó la compañía
Acteón, agradable y elegante.
Parte en coger las redes entendía,
Cansados y sangrientos, porque fueron
En caza venturosos aquel día,
Y estas palabras de su boca oyeron:

«Cuando otra vez esparza la Mañana,
En su carro de rosas asentada,
La luz por todo el mundo soberana,
Se acabará la caza comenzada.
Y pues del medio Cielo tan de gana
Abrasa el Sol la tierra fatigada,
Las redes recogidas, tengo intento
Gocéis de sombra amena y fresco viento.»

Cumplieron los varones que le oyeron
Con gran placer el mandamiento dado,
Y del trabajo dulce desistieron.
Había un lugar fresquísimo, poblado
De pinos y cipreses, do solía
Dïana descuidar de su cuidado.
Gargafie (1) el valle ameno se decía,
Al un cabo del cual está un frondoso
Lugar, donde hay nativa policía.
Que aunque parece un arco artificioso,
Fingió Naturaleza diestra el arte
Con el ingenio suyo poderoso.
Suena una clara fuente á la una parte,
Cuya corriente en verdes regaderas
Por entre frescas hierbas se reparte.

(1) Gargafie era un valle y una fuente de la Beocia.

Aquí, cansada de cazar las fieras,
La Diosa de las selvas se bañaba
Con sus castas y hermosas compañeras.
A donde luego al punto que llegaba,
A una de sus Ninfas dió las flechas,
El arco hermoso y la pintada aljaba.
Otra tomó la ropa, las estrechas
Ataduras desatan del calzado
Otras dos, de este oficio satisfechas.
En un hermoso nudo la ha juntado
Crocale (que es más diestra) su cabello,
Aunque ella tiene el suyo desatado.
Aparejan el baño y curan dello
Nife, Fiale y Rhanis en sus vasos,
Hiale y Pseca con semblante bello.
Y mientras que los miembros nada escasos
De belleza y primor Titania baña,
Llegó Acteón con sus inciertos pasos.
Ibase acá y allá por la montaña,
Sin saber dó los hados le llevaban;
Desnuda vió la Diosa y su compaña.
Las Ninfas que le vieron voceaban,
Hiriéronse sus pechos, y penosas
A su señora y diosa rodeaban.
Mas aunque son dispuestas y hermosas
Desde el ebúrneo cuello, es mayor que ellas
Y así fué por demás ser cuidadosas.
Cual suelen parecer las nubes bellas
Cuando las hiere el sol, ó la mañana
Rosada, ya que ausentes las estrellas;
Tal pareció la cara de Dïana,
Sin vestidura vista: vuelve el lado
Y el bello rostro atrás con harta gana
De haber en él mil viras empleado;
Echó mano del agua que tenía;
La cara y la cabeza le ha mojado,



Y haciéndolo, amenázale, y decía:

«Agora contarás que sin vestido
Bañándome me viste, á quien quisieres,
Si se te fuere acaso concedido;
Licencia tienes; hazlo si pudieres.»

Sin más decir, le pone en la cabeza
Cuernos de vividor ciervo, y al cuello
Da aumento, á las orejas agudeza.
Los pies y manos, piernas, brazos, vello,
En ciervo de manchada piel es vuelto,
Y también el pavor junto con ello.
Huye Acteón, y de se ver tan suelto
Quedó admirado, y viendo su figura
Y cuernos en el agua, ya resuelto
Que en ciervo se ha tornado, su tristura
Quisiera publicar, diciendo: «oh triste
De mí»; mas no fué tanta su ventura.
Ni el gemido de lágrimas se viste,
Esta es su voz, mas lágrimas no tiene,
De sólo el sexo antiguo se reviste.
No sabe si en el monte le conviene
Quedar, ó á su palacio dar la vuelta;
Entre vergüenza y miedo se detiene.
Mientras su voluntad no está resuelta,
Sus perros le han hallado, y han corrido
Con gana cada cual de darle vuelta.
Acuden los primeros con ladrido
Ignobate sagaz, y el Espartano (1)

(1) Designa Ovidio á los perros de Acteón con los nombres griegos, ó por su belleza, ó por su casta, ó por el color ó el país de que proceden, y nombra hasta treinta y seis. Los mejores perros de caza procedían de Creta, de la Arcadia ó de la Laconia.

Melampo, el otro en Creta fué nacido,
Y todos los demás, de mano en mano,
Ligeros más que el viento arremetieron,
Pamphago Dorceo, Oríbaso lozano.
De Arcadia naturales todos fueron.
Y el valiente Nebróphono y ligero
Pterela, y bravo Lélape con Teron;
Y el ventor Agre, con Hileo fiero
(De un jabalí poco antes mal herido),
Y Nape, hija de lobo verdadero.
Harpía con dos hijos le ha seguido;
Ladon, Pemenis, Promas, van corriendo;
Canache, Alce, Stacte han acudido.
El blanco Leuco y negro Asbolo, siendo
No menos diligentes, con el fuerte
Aelo en la carrera y Laco horrendo.
Thoo y Licisca corren de una suerte,
Y Ciprio, hermano suyo, y el frontino
Harpalos y Melantho á darle muerte.
Labros y Aglaodos van como sin tino,
Cuyo padre de Dictis fué venido,
La madre de Lacónica les vino.
Hylactor ladrador les ha seguido
Con otros muchos perros, que nombrarse
Habrá penoso enfado parecido.
Y todos, con deseo de entregarse,
Por do él siguió poco ha, le van siguiendo;
Él huye de su gente por librarse.
Quisiérales hablar así diciendo:
«Acteón soy vuestro amo sin consuelo;
¿Por qué me vais, ingratos, persiguiendo?»
Faltaron las palabras á su celo;
Acósanle ladrando de manera,
Que hacen resonar el claro cielo.
Hirióle Melanquetes la primera
En una espalda, y no con más desvíos

Theridama, Oresitropho que espera.
Que, aunque los dos salieron más tardíos,
Al triste de su amo han atajado,
Mordiéndole con furia y fieros bríos.
Y como detuvieron al cuitado,
Llegaron los demás con harta gana
De haber en él sus dientes empleado.
Para poder morder no hay parte sana.
Él gime, no como hombre, pero era
Más que de ciervo, la querella humana.
Con voz llorosa y ansia lastimera
Atruena la montaña conocida,
Y puesto de rodillas, á manera
De quien humildemente ruegue ó pida
Remedio, mueve el rostro; mas su gente
Los perros (como suele) más convida
Que le acosen y muerdan bravamente,
Y de placer dan voces, deseando
Tener á su señor allí presente.
Al nombre de Acteón, que están llamando,
Revuelve el miserable la cabeza;
De no le ver se están ellos quejando.
Quisiera estar ausente á su braveza,
O ya que allí sus hados le han traído,
Mirar, y no sufrir tan gran fiereza.
Cercado está de todos, y metido
En el triste el hocico, cada uno
Destroza al amo en ciervo convertido,
Y dicen que el furor tan importuno
De la Silvana Diosa no ha cesado,
Mientra él de vida tuvo rastro alguno.
No de una suerte el vulgo lo ha juzgado,
Que á unos ha, Dïana, parecido
Más cruda, que merece tal pecado.
Por esto, la dan otros apellido
De severa, y porfían que es bien dina

De la virginidad que ha poseído.
A dar razones cada cual atina;
Mas sola la mujer del gran Tonante
No tanto á una ú otra parte inclina.
Cuanto á gustar de daño semejante,
Que á la casa de Agenor acaece,
Pasando el odio antiguo en un instante.
Que á la combleza Tyria pertenece
En sus parientes tristes, cuya ira
Por otra nueva causa reverdece.
Por ver preñada á Sémele suspira,
Y á su marido enamorado della,
Por do su lengua recia como vira
Soltó con furia y rabia en tal querella:

«¿Qué me aprovecha á mí reñir en vano
Tantas veces con este mi marido?
A ella he de buscar, si es soberano
De gran Junón mi nombre y apellido;
Si reina soy, y con mi diestra mano
Dorado cetro debo haber tenido,
Yo la daré un castigo y pena fiera,
Si hermana soy de Jove y compañera.

»No sé si soy mujer, mas soy hermana
De quien continuamente yo me agravio;
Él adulterio hace bien de gana,
No durará la causa por que rabio.
Preñada de simiente soberana
Está, testigo cierto de mi agravio;
Y quiere haber p rido del Tonante,
Que apenas puedo ser la semejante.

»Apenas pude haber yo concebido
De quien ella ya quiere estar parida;
De su hermosura tanto ha presumido,

Que es por ella de Júpiter querida.
Pues no sea yo Junón, ni él mi marido,
Si él mismo no la priva de la vida,
Si yo no la engañare, si no hago
Que él la zambulla en el Estigio lago.»

Levántase á la hora de su asiento,
Y en una roja nube va escondida
A la casa de Sémele al momento.
Ni antes fué la nube despedida,
Que su divina forma despidiese
Y en una vieja fuese convertida.
A cada sien mandó que encaneciese;
Rugó la cara y miembros recorvados,
Con paso y voz de vieja, y pareciese
A Beroes Epidáurea (remirados
Sus ademanes todos), que era el ama
De Sémele y entiende sus cuidados.
Así que, platicando, urde y trama
De modo que viniese á ser nombrado
Júpiter, por quien Sémele se inflama.
Y así la habló, habiendo suspirado:

«Ojalá que amador tan generoso,
Con quien tan á tu gusto tú reposas,
No diga ser el Todopoderoso
Para engañar con esas y otras cosas.
¡Cuántos con un achaque mentiroso
Violaron camas castas, vergonzosas!
Ni ser Júpiter es causa bastante,
Sin darte lo que puede tal amante.

»Pídele, si es el Rey de los mortales,
Y lo criado todo está en su mano,
Que con las ceremonias y señales
Que goza el matrimonio soberano,

Venga á gozar de tí con celestiales
Isignias y semblante tan ufano,
Y cual visita á Juno allá en el cielo,
Te venga á visitar á tí en el suelo.»

Así informaba Juno á la ignorante
Hija de Cadmo; pide ella en viniendo
Una merced, sin decir qué, al amante,
El cual se la concede, así diciendo:

«La cosa que te diere más contento
Escoge, sin temer será negada;
Y porque más lo creas, juramento
Te hago á la laguna consagrada
(En cuyo venerando acatamiento
No se puede mentir) te será dada.
Mira si es juramento el que te hago,
Pues nuestro dios y miedo es aquel lago.»

Alegre con su mal y poderosa
Sémele más que debe, pues había
(Cumpliendo su demanda tan dañosa)
De acabarla, su amante así decía:

«Pues mi deseo no te es importuno,
Y te muestras, señor, agradecido,
Cual te suele gozar la diosa Juno,
Que por dios te confiesa y por marido
Al tiempo deseado y oportuno,
Cuando cogéis el fruto de Cupido,
Si tú eres sumo Jove verdadero,
Este don pido, tal gozarte quiero.»

Quisiera Dios tapar su hermosa boca,
Mas iba por el aire presurosa
Su voz y su demanda necia y loca.
Gimió porque era ya imposible cosa

No haber jurado, y ella deseado
Su mismo fin y muerte temerosa.
Tristísimo se sube al estrellado;
Atrajo los nublados con su cara,
Do agua, viento y truenos ha juntado,
Relámpagos y rayos que dispara;
Verdad es que procura deshacellos,
O mitigar su furia cierta y rara.
No quiere agora disparar de aquellos
Con que mató á Thipón el de cien manos,
Que es furia sin compás la que está en ellos.
Hay otros rayos algo más livianos,
Que son segundas armas de fiereza,
En fuego é ira menos soberanos.
Armados de estos su real alteza,
En la casa de Agénor ha parado;
No pudo el mortal cuerpo, y de bajeza
Sufrir el aparato acelerado
Del cielo, y con los dones que ha pedido
Atónito, es ardido y abrasado.
El imperfecto niño no nacido,
Del vientre de su madre fué sacado,
Y en el paterno muslo fué ingerido.
De allí (si es de creer) diz que acabado
El tiempo natural, á hurtas Ino
Su tía le ha en las cunas regalado.
A las Niseidas Ninfas el divino
Muchacho que escondiesen de allí dieron;
Criáronle en sus cuevas cual convino.
Mientra estas y otras cosas se hicieron,
Y al niño Baco, dos veces nacido,
Principios más seguros sucedieron,
Acaso Jove, habiendo bien bebido,
Se burlaba con Juno estando ociosa,
De los cuidados graves desasido.
Y dicen que entre una y otra cosa,

«Las hembras (dijo) recibir más gusto
En la lucha de Venus amorosa.»
A Juno la parece que es injusto
No lo negar, y entrambos de concierto
Lo preguntan á un hombre sabio y justo.
Tiresias (1) era, el cual estaba experto
Cuál tiene más razón, que la experiencia
De una y otra Venus le hace cierto.
Porque en una floresta, en su presencia
Estaban dos serpientes engendrando,
Y no pudo llevarlo con paciencia,
Con un bastón al uno y otro dando
Los apartó, y al punto (¡extraña cosa!)
Irse vió de hombre en hembra trasformando.
Vivió siete años vida tan penosa,
Y al cabo de los ocho caminaba
Por la floresta misma deleitosa.
Y ya que aquel lugar mismo llegaba,
Tornó á encontrar las sierpes como de ante;
Hiriólas con el palo que llevaba,
Y hablólas de esta suerte en el instante:

«Si á quien os hiere dais contrario sexo,
Quiéroos herir, por ver si aqueste dexo.»

Apenas los dragones ha herido,
Cuando le sobrevino la primera
Figura, el gesto de hombre despedido.

---

(1) Fué Tiresias, el adivino más célebre de los tiempos heroicos, el único que conservó el espíritu profético después de su muerte, y el hombre que vivió más tiempo, sin exceptuar á Néstor. Muchos mitólogos refieren que fué metamorfoseado por haber muerto una serpiente en el monte Cylleno ó en el Citherón. Quedó ciego por haber visto á Minerva desnuda, según dice Calímaco, y según Luciano, por haber dicho que los planetas eran de ambos sexos.

Así que fué juez de esta manera,
Y pronunció sentencia, confirmando
La de Jove por cierta y verdadera.
Sintiólo Juno, no como burlando,
Que grandemente de ello se contrista,
Según están las gentes publicando.
Privó al juez de la corpórea vista,
Mas Jove (porque no le es permitido
A un dios, que al hecho de otro dios resista),
Recompensando el daño recibido,
Al mismo concedió que adivinase,
En trueque de la vista que ha perdido.
Ninguno había en Aonia que no honrase
El nuevo adivinar, ni preguntado
En cosa alguna vano le hallase.
La primera de todas ha tentado
Liriope (1) hasta cuánto se extendía
La gracia que en aquello Dios le ha dado.
La cual, del río Cefiso vista un día,
Y en sus aguas clarísimas forzada
(Que no pudiera hacerse de otra vía),
De sola aquella vez quedó preñada,
Y parió un niño tal en hermosura,
Que pudo desde luego ser amada.
Narciso le llamó, de quien procura
Saber de aquel fatídico adivino
Si había de llegar á edad madura.
«Si no se viere, así lo determino»,
Responde, y la respuesta fué tenida

(1) La ninfa Liriope dió á luz un hijo que llamó Narciso. A la versión que de esta fábula da Ovidio, añade Pausanias otra muy distinta, cual es que Narciso tenía una hermana á él muy parecida y á quien tiernamente amaba. El único consuelo que tuvo, cuando la perdió, fué el de contemplar en el agua de una fuente el reflejo de su rostro.

Por vana mucho tiempo y sin camino.
  Mas el suceso y muerte nunca oída,
La novedad extraña de locura,
Contra opinión la hicieron ser creída.
  Porque de veintiún años su figura
Parece de muchacho y de mancebo,
Mas fué su condición de piedra dura.
  Mil mozos y doncellas que de nuevo
Vieron su perfección y gallardía
Deseaban gozar tan dulce cebo.
  Mas él con tal desdén los despedía,
Que aunque eran muy hermosas y hermosos,
Tocarse de ninguno permitía.
  Los ciervos ojeaba temerosos:
Vióle la ninfa Eco (1) en el instante
Con ojos y semblantes amorosos.
  La cual, como responde semejante
Acento, sin faltar, hablando alguno,
Así no sabe hablar jamás delante.
  Cuerpo tenía entonces, mas ninguno
La vió más replicar de lo postrero
De la razón que oía á cada uno.
  Juno la dió el castigo lastimero,
Porque como pudiese á su marido
Coger en adulterio verdadero,
  En medio del camino la ha tenido
Más de una vez con su parlar extraño,
Y en tanto se han las Ninfas acogido.
  Mas como vió Saturnia aqueste engaño,
La dice: «Con la lengua me has burlado,
Pero de hoy más haráme poco daño.»
  Con obra confirmó lo amenazado,

(1) Eco ó Echo fué hija de Ether y Tellus, y sufrió dos metamorfosis: la de su voz por la venganza de Juno, y la de su cuerpo por el desprecio de Narciso.

Que no puede hablar sino doblando
El fin de las razones que ha escuchado.
 Pues como vió á Narciso andar cazando,
Toda inflamada en fuego de quien ama,
Por sus pisadas iba caminando.
 Y cuanto más le sigue más se inflama
Con la vecina lumbre, como suele
De las brasas sacar azufre llama.
 Cuantas veces rogar que la consuele
Quisiera, con palabras amorosas,
De su naturaleza en fin se duele,
 Que la estorbó el principio de estas cosas,
Y á lo que la concede apareјada,
Por descubrir sus ansias congojosas,
 Espera alguna voz que replicada
Descubra su amorosa desventura
Y voluntad sincera enamorada.
 El hermoso mancebo, por ventura
De los demás galanes apartado,
Dió voces en el campo y espesura.
 «¿Quién está aquí?» «Está aquí», ha replicado
Eco; mas él, en torno remirando,
No viendo quién responde está pasmado.
 En alta voz que venga replicando,
Sin ver ninguno oye estando atento
Que como llama él le están llamando.
 Y no viniendo nadie en el momento,
«¿Por qué huyes de mí?» (la dice), y siente
Que en sus orejas suena el mismo acento
 De aquella voz, que en nada es diferente
De la que forma él tan engañado,
Deseando saber si había allí gente.
 «Juntémonos», replica, tan de grado
A ninguna otra voz le respondiera,
«Juntémonos», responde y no ha tardado
 En salir de la selva, porque espera

A su cuello hermosísimo abrazada
Gozar de su belleza en gran manera.
Vista la Ninfa, no la tiene en nada:
Huye, y huyendo escapa de sus manos
Que ya tenían la presa deseada.
«Permítanme los dioses soberanos
Morir, y no que en algo satisfaga
(La dice) á tus deseos tan insanos.
»La misma muerte antes me deshaga,
Que tú goces de mí.» No le responde,
Aunque con tal desdén la trata y paga,
Mas que goces de mí, y desde donde
Se vió menospreciada, vergonzosa
Se fué á las cuevas, donde está y se esconde.
Fatígala el amor, pero la cosa
Que la consume, mata y desfallece
Fué aquella despedida desdeñosa.
Su cuerpo con cuidados se enflaquece,
El húmedo se gasta, de manera
Que sólo voz y huesos permanece.
Y aun dicen que los huesos (la primera
Figura despedida) se han mudado
En piedra, y es la voz cual antes era.
Escóndese en las selvas de su grado,
Nadie la ve, de todos es oída,
Que sólo la voz viva le ha restado.
Así fué aquesta Ninfa escarnecida,
Con otras de los montes y los ríos,
Su esperanza amorosa despedida.
Y aun antes con desdenes y desvíos
Menospreció varones, requestado
Con amorosa cara y buenos bríos.
De donde alguno acaso desdeñado,
Las manos á los cielos levantando,
Venganza del agravio ha suplicado.
«Plegue á los altos dioses (dijo), cuando

Estuviere él amando de esta suerte,
De esta suerte se esté desesperando.»
Y fué de tal valor, tan justa y fuerte
La dura petición, que la Fortuna (1)
Desde allí le trató la acerba muerte.
Entre otras fuentes claras había una
Sin cieno, como plata refulgente
Jamás turbada de ocasión alguna.
Ni cabras, ni pastores, ni otra gente,
Ni ramo de algún árbol derrocado,
Ni fiera, ni avecilla, ni serpiente,
Habían aquel lugar encenagado,
Que de una verde hierba se cercaba,
Del licor mantenida, y aquel prado
Una arboleda fresca así guardaba,
Que el agua fría estaba sin sospecha
Del sol, aun cuando en Cancro aposentaba.
Vista la hierba, el mozo en ella se echa,
De la fuente clarísima atraído,
Y mientras que del agua se aprovecha
Para matar la sed, le ha sucedido
Otra mayor, y estando allí bebiendo,
Su vira le ha clavado el dios Cupido.
Estáse por sí mismo derritiendo,
Mirando su hermosura, que le asombra.
En el claro licor do se está viendo.
Esperanza vanísima se nombra
Aquello porque el triste está penado,
Porque piensa que es cuerpo lo que es sombra
De verse así se está como abobado,

(1) Ovidio no cita aquí á la Fortuna. *Ad sensit precibus Rhamnusia justis*. Rhamnusia, invocada contra Narciso, es Némesis, tomado el nombre de esta diosa de la justicia de una aldea del Atica llamada Rhamnusa, donde la representaba una estatua célebre, obra de Fidias.

Y sin poder mudarse está suspenso
Cual estatua de Paros celebrado (1).
De claridad, de luz, valor inmenso,
Notando en sus dos ojos más estrellas
Del estrellado cielo, á lo que pienso.
Las mejillas hermosas, que aun en ellas
No parecía señal de barba alguna,
De suma gracia y en extremo bellas.
Dedos de Baco dignos; no hay ninguna
Duda si los cabellos son hermosos,
Pues son los del hermano de la Luna.
El cuello de marfil, con amorosos
Semblantes, y color que está mezclado
Del blanco y colorado poderosos.
De ver tal hermosura está admirado,
Siendo él el admirable á causa desta,
Y el que desea, siendo el deseado.
El requestado es el que requesta (2),
El que abrasa se quema, y es pedido
El que pide, pregunta y da respuesta.
¡Cuántas veces en vano ha pretendido
Besar la fuente engañadora, y cuántas
En el agua los brazos ha metido
Pensando de hallarse! pero tantas
El miserable amante se ha burlado
Abrazando las aguas claras santas.
No sabe lo que ve, mas el cuitado
Con lo que mira y ve se está abrasando,
Y el error que le engaña le ha incitado.

---

(1) Alude al célebre mármol de extraordinaria blancura que se sacaba de la isla de Paros, en el mar Egeo, empleándole los escultores para las estatuas.

(2) El verbo anticuado *requestar*, tomado del latino *requirere*, es sinónimo en una de sus acepciones de *requerir*.

¿Para qué estás en vano procurando,
Oh necio, conseguir la semejanza
Que con huir te está martirizando?
En lo que ser no tiene tu esperanza
Se funda, y hallarás lo que se espera
Mudado, si hicieres tú mudanza.
Tu imagen, que en el agua reverbera,
Es ésa que te tiene tan rendido
Y te derrite así cual fuego á cera.
Contigo está, contigo aquí ha venido,
Y también partirá sin ningún ruego
Al tiempo que te hubieres tú partido.
Ni cura de comer ni de sosiego
Mirando la figura engañadora,
Y á sí mismo se abrasa con su fuego.
Levántase un poquito, y á la hora
A las cercanas selvas extendiendo
Los brazos, gime y suspirando llora,
Publicando su pena así diciendo:

«Decidme, selvas, pues que sois testigo
De tantos amadores, y habréis dado
Lugar idóneo y apacible abrigo
A más de un deseoso enamorado,
¿A quién fué Amor tan crudo, que conmigo,
Desventurado, mísero, cuitado,
En padecer tormentos compitiese,
Y como hago yo se deshiciese?

»¿En vuestra larga edad habéis sabido
Que hubiese algún amante tan extraño,
Que con tener presente lo que pido,
No puedo remediar mi grave daño?
¿A quién trató jamás así Cupido?
¿Quién enredado estuvo en tal engaño,
Que estando en mi poder lo que yo quiero

Y me agrada en extremo, peno y muero?

»Y porque más extrañamente pene,
Estórbame alcanzar mi dulce intento,
No el ancho mar, ni gran distancia tiene,
Ni fuerte muro ó monte mi contento,
Un poco de agua es la que detiene
Los dos que no gocemos el momento
Para ambos de gran gusto á lo que creo,
Pues se parece al mío su deseo.

»Que con semblantes mansos y piadosos
Hacia arriba en el agua va á besarme
Las veces que con besos amorosos
Quiero en las claras ondas emplearme.
¡Cuán poco es lo que impide los gustosos
Contentos que podrían beatificarme!
Quienquiera que tú seas, sal afuera;
¿Por qué me engañas, dí, de tal manera?

»Oh único mancebo en hermosura,
¿A do te vas? ¿por qué de mí rehuyes?
No es digna de huirse mi figura,
Ni parece que tú la redarguyes.
Pues muestras apariencias de blandura,
Y si tomar te quiero, tú no huyes,
Antes hacia la orilla, de allá dentro
Parece que me sales al encuentro.

»Y cuando yo me río, estás riendo,
Y si yo lloro, lloras al momento.
Las señas que hago, tú me estás haciendo,
Y á cuanto entiendo, visto el movimiento
De tu boca hermosísima, diciendo
Me estás dulzuras llenas de contento.
En respuesta quizá de aquestas quejas,

No llega el son, ¡ay triste! á mis orejas.

»Sin duda éste soy yo, ya lo he sentido;
No me burla mi imagen, por mí peno;
Yo enciendo el fuego adonde estoy metido.
¿Qué debo hacer de mí? ¿qué será bueno?
¿Será bueno pedir, ó ser pedido?
Hízome pobre el ser de bienes lleno,
Pues mi deseo es á mí gozarme;
De mí ojalá pudiera yo apartarme.

»¿Quién vió jamás deseo semejante?
Querría estar ausente de quien quiero;
Mi pena y mi dolor es tan pujante,
Que en el verano de mi vida muero.
Ni la muerte tal es que á mí me espante,
Pues ha de remediar un mal tan fiero.
Si llevase quien amo de ella palma,
Mas morimos los dos en sola un alma.»

Acabó de decir, y el sin aviso
Tornó á mirar la misma su figura
En la fuente do está su paraíso.
Las lágrimas turbaron su hermosura,
Turbándose las aguas do ella estaba:
Juzgándolo Narciso cosa dura,
Palabras semejantes pronunciaba:

«Espérame, no huyas, pues amarte
Por venturosa tengo y buena suerte;
Cruel, pues no me es lícito tocarte,
Concédeme á lo menos poder verte,
Y mi furor cebar en contemplarte,
Furor que acabará con sólo muerte.»
Y estando en esta angustia fiera y dura,
Por el pecho rasgó su vestidura.

Tornóse el blanco pecho colorado
De golpes, como suele la manzana
Que es blanca, y colorada de otro lado.
O cual la uva al madurar temprana,
En diversos racimos mal madura,
Toma el color de la purpúrea grana.
Y luego que se vió en el agua pura
No pudo más sufrir la pena fiera,
El duro hado y nueva desventura.
Mas como suele hacer la blanda cera
A poco fuego, y suelen las heladas
Al sol de la templada primavera
Derretirse, sus carnes delicadas
Se van con el martirio derritiendo,
De su secreto fuego desgastadas.
El lustre liso, claro y estupendo
Con blanco y colorado ya es perdido,
La fuerza y el vigor se va perdiendo.
El cuerpo por el cual ha padecido
La ninfa Eco, ya se ve deshecho,
Y aun ella se ha, de verle, enternecido.
Y aunque se acuerda bien del duro hecho,
Ninguna vez Narciso ha suspirado
Que no lance suspiro de su pecho.
Ni vez ninguna el mozo desdichado
Con sus manos se dió, que no se diese
La Ninfa, respondiendo al malogrado.
Ni se hallara que alguna vez dijese
«¡Ay triste!» que de boca de su amada
Palabras semejantes no entendiese.
Mirándose en el agua acostumbrada,
El último hablar que fué entendido
De aquella hermosa boca lastimada,
«¡Ay mozo hermoso en vano tan querido!»
Sonó, pero la Ninfa no se olvida
De haber lo mismo luego referido.

Y cuando dijo «adiós» por despedida,
Replica Eco «adiós», y en el momento
Su cabeza en la hierba fué tendida.
Y dió la muerte fin á su tormento,
Cerrando aquellos ojos admirados
De su mismo señor. Y aun no contento
Que acá fuesen de sí tan maltratados,
Pasando la laguna Estigia estaban
En mirarse á sí mismos ocupados.
Las Náyades y Dríadas lloraban,
Y Eco resonaba al triste acento,
Y el cabello dorado se mesaban.
El fuego se apareja en el momento,
Las hachas y las andas han traído
Con gran dolor y blando sentimiento.
No se halla el cuerpo muerto, y han creído
Que una flor amarilla fué tornado
Que de unas blancas hojas se ha ceñido.
Por la tierra de Acaya se ha sonado
El caso, y dado fama al agorero
Que aquel suceso había adivinado.
Pero Pentheo (1) llamábale hechicero,
Su adivinar por burla reputando,
Y objétale su vista y ruin agüero.
A quien Tiresias dice, meneando
La cabeza, de canas adornada,
Como varón que estaba amenazando,
Razones que él estima en poco ó nada:

«Si fueras tú también, como yo, ciego,
Pudieras alabar tu buena suerte,
Porque no vieras el sagrado juego

(1) Pentheo, rey de Tebas en Beocia, nieto de Cadmo. Esta fábula la tomó Ovidio de la tragedia *Las Bacchantes*, de Eurípides.

411 pag 42

De Baco (1), que será tu cruda muerte.
Tiempo vendrá (y pienso será luego)
Que llegará un varón hermoso y fuerte,
De Júpiter y Sémele nacido,
Que te dará el castigo merecido.

»Porque si tu traidor y duro pecho
Tuviere en adorarle rebeldía,
En mil pedazos te verás deshecho,
Y en pena de tan grande alevosía
Tu sangre ensuciará con tu despecho
Tu madre y sus hermanas, y este día
Ya tengo y tu castigo en mi presencia,
Pues sé que no has de hacerle reverencia.

»Verás por mil lugares esparcidos
Tus miembros, y tu sangre derramada;
Los montes, las florestas, los ejidos,
La tierra se verá de ella regada.
Y siendo tantos males padecidos,
Y á tu pesar mi ciencia autorizada,
Yo sé confesarás he sido extraño
En ver, aunque soy ciego, tu gran daño.»

El hijo de Echión embarazaba
Al profeta Tiresias, de él mofando,
Cuando con más fervor profetizaba.
Lo cierto de sus dichos va llegando:
Veis aquí viene Baco, cuya fiesta
Va por los anchos campos resonando.
La muchedumbre, más que el aire presta,
De hombres y mujeres va mezclada,

(1) Refiérese aquí á las antiguas orgías ó fiestas de Baco, distintas de las que posteriormente fueron célebres entre los Atenienses.

De gente honesta y gente deshonesta.
La fiesta también es solemnizada
Del vulgo bajo y de la ilustre gente,
Al nuevo sacrificio aficionada.
A quienes Pentheo dijo incontinente:

«De Marte descendientes, ¿qué locura,
Ó qué furor os tiene entontecidos?
¿Vale un trompeta tanto, que procura
Atronar retumbando los oídos?
O un engaño y mágica hechura,
Que los que nunca fueron conmovidos
Con armas en la guerra y gente armada,
Los venza agora otra de nonada.

»Decid, ¿no es extremado desatino
Que voces de mujeres y vil gente
Movida de locura y mucho vino
Os haya ya vencido prestamente?
Vosotros, viejos, cuya nave vino
Desde Tyro hasta aquí con tal corriente,
Do habéis vuestra ciudad edificado,
¿Habréisla agora sin batalla dado?

»Y vosotros, mancebos, mis iguales,
Que en armas y no en tirsos (1) sois expertos,
Y os conviene de yelmos y metales
Mejor que no de parras ir cubiertos,
Suplícoos que miréis los inmortales
Troncos de do venís, y estéis bien ciertos
Que aquel Dragón que á tantos ha acabado,
Su valor os dará si os ha engendrado.

(1) Era el tirso una pica ó lanza pequeña rodeada de pámpanos de vid ó de hojas de hiedra que ocultaban la punta, y la insignia de Baco y de sus sacerdotisas.

»A todos es muy bien notorio, sea,
Vuestro progenitor haber quitado
La vida á muchos solo, y nadie crea
En sangrienta batalla haber entrado
Más de por defender en tal pelea
La fuente clara y el lugar sagrado.
Pues él venció por poco á gente fuerte,
Por mucho, á vil canalla dad la muerte.

»Y si nuestra ciudad y sus moradas
El hado no quisiese conservallas,
Ojalá que yo viese derrocadas
Con fuertes tiros todas sus murallas.
El hierro y fuego y manos esforzadas,
En sanguinolentísimas batallas,
Ojalá que acabasen nuestras vidas
Y á bajeza no fuesen sometidas.

»Haber nuestro valor así perdido,
Sería caso en todo extremo fuerte.
Desventurada sólo hubiera sido,
No vergonzosa, nuestra triste suerte.
Mas un Thebano pueblo ser rendido
De un sin armas mozuelo, ¿quién no advierte
Que es una miserable y triste cosa,
De ser llorada digna, y vergonzosa?

»Es verdad que aunque es mozo es animoso,
Ó amigo de ejercicios militares;
Mas gusta de afeitarse y ser vicioso
De olores y regalos á millares,
Vestirse deshonesto, y tan costoso,
Que el oro y recamado en mil lugares
Veréis en su vestido, y el dorado
Cabello ungido, y de hojas coronado.

»Al cual, si me esperáis, aunque le pese,
Constreñiré y haré que en mi presencia
El falso padre y deidad confiese,
Y se publique á todos su demencia.
¿No le bastó que Acrysio le expeliese
Sin le tener respeto ó reverencia?
¿A Pentheo espantará y á los Thebanos
Un forastero vil de pocas manos?»

A sus criados manda prestamente
El capitán le traigan bien atado;
Y aunque lo tiene á mal toda la gente,
Y hanle ya reprendido y avisado
Su abuelo y Athamante, más se incita,
Y no tan solamente no ha cesado
Su rabia temeraria tan maldita,
Mas crece sus palabras entendidas;
Que cuanto más le estorban, más se irrita.
Yo he visto un río así con avenidas,
No habiendo impedimento, ir sosegado,
Sus aguas espumosas extendidas.
Mas si peñasco ó vigas ha topado
Su curso, se embravece, y va corriendo
Con un estruendo extraño acelerado.
Veis aquí ve volver como huyendo
Sangrientos sus criados, y llegaron;
Pregúntales por Baco, y respondiendo,
Haber á Baco visto le negaron;
Mas un su compañero maniatado
De la Toscana gente le entregaron.
Al cual con unos ojos ha mirado
Pentheo, con que espantara á quien le viera;
Y aunque apenas no le ha despedazado,
Sufriéndose, le habló de esta manera:

«¡Oh malaventurado, que has venido

A padecer la muerte y un tormento
Tan bravo, que á mil gentes habrás sido
Con tus terribles penas escarmiento!
Díme quién es tu padre y apellido,
Y adónde fué tu triste nacimiento,
Y por qué causa el nuevo sacrificio
Has tomado por trato y por oficio.»

Él dijo sin temor, muy sosegado:
«De Lydia soy, Acetes (1) es mi nombre,
Do fuí de bajos padres engendrado,
Ajenos de riquezas y renombre;
Ni me dejaron tierras ni ganado,
Ni tuve que heredar, porque era un hombre
Mi padre pescador, el cual pasaba
La vida con los peces que pescaba.

»Su hacienda y renta toda era aquel arte
El cual él me enseñaba, y me decía:
—No tengo más riqueza que dejarte;
Podrás vivir con esta industria mía.—
Y puédote afirmar, sin engañarte,
Que al tiempo que mi padre se moría,
Haciendo testamento en mi presencia,
Las aguas solas me dejó en herencia.

»Mas yo, que no tenía por deporte
En los peñascos ásperos estarme
Pescando, á mi vivienda dí otro corte,
Y desde luego comencé á emplearme
En mirar las Cabrillas, Carro y Norte,
Y á gobernar las naves aplicarme;

(1) Acetes es nombre tomado de una palabra griega, que significa el que no duerme, y el más propio de un piloto cuya vigilancia no le permitía descanso.

Y para dar muy buena cuenta de ellas,
La ciencia procuré de las estrellas.

»De los ligeros vientos y moradas
Y los seguros puertos nada escaso,
Las velas á los mismos entregadas,
Navegando hacia Delo, aporto acaso
A la tierra de Chío, y enfrontadas
Con diestros remos y seguro paso
Las riberas, alegre en hora buena,
Ligeramente salto en el arena.

»Pasada allí la noche, y parecidos
Los rayos ya de la rosada Aurora,
Llamé los compañeros, y venidos,
Amonestélos fuesen á la hora
Por agua dulce, y vengan proveídos,
Que ya para partirnos se hace hora.
En tanto yo notaba el movimiento
Que el cielo prometía con el viento.

»Vuelvo al navío, llamo la compaña,
Respóndenme, y Opheltes (1) fué el primero.
Había, reconociendo la campaña,
Hallado un mozo hermoso, prisionero
A su pensar, de forma tan extraña,
Que el rostro es de una virgen verdadero,
De vino y sueño tal, que no podía
Andar, y hablando apenas se entendía.

»Vestido, gesto y pasos considero.
Ninguna cosa ví que pareciese

(1) Opheltes era uno de los piratas tirrenios que robaron á Baco, y fueron metamorfoseados en peces y en pájaros.

Mortal, y dije á cada compañero,
Porque lo que entendía se entendiese:
—En este cuerpo hay dios; no sé yo empero
Qué dios (para decir verdad) se fuese;
Mas, oh señor, quienquiera que tú seas,
De tu favor suplico nos proveas.

»Con humildad, oh Dios, te pido y ruego
Alivies los trabajos que pasamos,
Y des perdón al vulgo tonto y ciego,
Ellos y yo también te suplicamos.
—Esa merced, Acetes, y ese ruego
(Replica Dictis) todos perdonamos.—
Dictis, á quien ninguno iguala apenas
En subir y bajar por las antenas.

»Lo mismo afirma Libio, con Melanto
El rubio, que la prora gobernaba;
Alcimedón también dice otro tanto,
Y el que á los remadores animaba,
Epopeo, y, en fin, todos, que era espanto;
Tanto la presa á todos contentaba.
—En mi paciencia (dije yo) no cabe
Con sacra carga profanar mi nave.

»Aunque todos queráis, yo contradigo.—
Sujeto está el navío á mi mandado,
Y póngome á la puerta, y mientras digo
Aquesto, de mi gente el más osado,
Que de su tierra, en pena y en castigo
De un homicidio, andaba desterrado,
Lycabas, estorbándole la entrada,
Me derrocó de sola una puñada.

»Y echárame en la mar, te digo cierto,
Si á una maroma acaso no me asiera,

Do estaba sin sentido casi muerto:
El hecho aprueba la canalla fiera.
Entonces Baco, tal como despierto
A tantas voces (Baco el mozo era),
Les dijo: «¿Qué hacéis? ¿qué es el ruido?
»¿Dó me lleváis? ¿ó quién me ha aquí traído?»

»Proreo le respondió: «No tengas miedo,
»Y dí dó quieres ir, que en el momento,
»Navegando al seguro manso y ledo,
»Pondré en ejecución tu mandamiento.»
«—A Naxos (1) me llevad, que allí yo puedo,
»Como en mi casa, daros aposento»,
Les dice, y ellos juran (y mentían),
Por los dioses del mar, que lo harían.

»Al viento velas me mandaron diese;
Estaba á man derecha Najos puesta;
Hacia allá procuré la nave fuese;
Opheltes dijo: «¿Qué locura es ésta?
»¿Qué haces? ¿dónde vamos? ¿qué interese
»Te mueve?» Yo jamás le dí respuesta,
Sino como primero navegaba;
Por sí de miedo cada cual temblaba.

»Del daño cuidadosos que venía,
Con señas me decían que tomase,
Dejada á Naxos, la contraria vía,
Y hacia la mano izquierda navegase.
Y aun alguno á la oreja me decía
A dó tenía deseo que aportase.
Admirado de verles de este talle,
—Acepte (dije) alguno el gobernalle.—

(1) Naxos, isla del mar Egeo, consagrada á Baco. Aun hoy se la llama Naxia.

»El gobernar y la traición dejando
La pérfida cuadrilla que lo entiende,
Están con gran congoja murmurando,
Y cada cual mi hecho reprehende.
De los cuales, Ethalion comenzando
A decir: «¡ Sí! ¡ De tí solo depende
»La universal salud de aquesta gente!»
Y ejercitó mi oficio prestamente.

»Y guiada la nave á su albedrío,
Tomó (dejada Naxos) otra vía;
Entonces Dios, cubierto el poderío,
Como quien el engaño agora vía:
El hondo mar miró desde el navío,
Y como que lloraba, les decía:
«¡ Oh marineros, no me habéis traído
»Al puerto deseado y prometido!

»¿Conque os he merecido tal engaño?
»¡Oh! ¿qué trofeo ó gloria vais ganando,
»Si á un niño solo y de socorro extraño
»Estáis muy muchos hombres engañando.»
Lloraba yo de su congoja y daño,
Y estaban los demás de mí burlando,
Y los que con los remos entendían
A toda furia el hondo mar herían.

»Júrote por el mismo (que sin duda
Es dios muy favorable) que te digo
Verdad, de todo engaño tan desnuda,
Cuanto de fe, no siendo yo testigo.
Paró en el mar la nave, y no se muda
Más que si diera en secadal consigo.
Los compañeros todos admirados
Estaban en los remos empleados.

»Al viento están las velas desplegando,
A vela y remo navegar queriendo;
Mas las hiedras los remos estorbando,
Y con recorvos lazos impidiendo
Están, y los corimbos varïando
Las velas, y él su lanza bien blandiendo,
Que las hojas la cubren diestramente
Y racimosos pámpanos su frente.

»Parecía estar de tigres rodeado,
De linces y cervales muy pintados (1).
De verle así la gente se ha admirado
Saltaron de la nave los cuitados.
Ni sé si la locura lo ha causado,
Ó el gran temor; y todos chapuzados,
El primero que pudo de ellos verse
Fué Medón, que comienza á ennegrecerse.

»Comienza á ennegrecerse y doblegarse
El espinazo corvo, de manera
Que Licabas le advierte transformarse
En cualquier monstrüosa bestia fiera.
Mas al que habla vieras ensancharse
La boca, y su nariz repanda era,
Y el cuero humano, todo endurecido,
Estaba ya de escamas revestido.

»Mas Libis, que los remos ha querido
Quitar, porque le estorban, vió sus manos
Haberse en chicas alas convertido;
Los lazos y maromas tan profanos,

(1) Los tigres, linces y panteras estaban consagrados á Baco. Este acompañamiento de fieras expresa sin duda las visiones y fantásticas imágenes que turban la vista y la razón de los hombres embriagados.

Habiendo con los brazos pretendido
Otro apartar, sus hechos fueron vanos,
Porque sin ellos tronco corcovado,
Y con falcada cola al mar se ha echado.

»Por toda parte saltan y rocían,
Con la caída el hondo mar hiriendo.
Agora chapuzados se hundían,
Otra vez sobre el agua pareciendo.
Y á manera de baile se venían
Con lascivos meneos sacudiendo,
Y el agua recibida están echando
Por las narices anchas resoplando.

»Ya de veinte (que tantos en la nave
Venían), sólo yo triste restaba,
Temblando que aun apenas el süave
Consuelo de aquel Dios me aprovechaba.
Decíame: «Tu temor es bien se acabe;
Aporta á Chío»; fué como mandaba.
Llegado, entré en su santo sacrificio,
Y ser su sacerdote es ya mi oficio.»

»He dado (dijo Pentheo) á tus rodeos,
Extraña y falsa trama, atento oído,
Por ver si habrán tus tardos devaneos
Mis iracundos bríos consumido.
Cúmplanse ya, criados, mis deseos;
Arrebatad de presto al fementido,
Y atormentado fiera y bravamente,
Se entregue á cruda muerte incontinente.»

Del triste echaron mano, y bien atado
Con más de una cadena y lazo fuerte,
En una obscura cárcel fué cerrado.
Y en tanto que aparejan á la muerte

Cruel los instrumentos hierro y fuego,
Que había de padecerla de esta suerte,
Las puertas de la cárcel sin su ruego,
De suyo (según fama) se cayeron;
Los grillos y cadenas cesan luego.
Ni por eso las furias se perdieron
Del hijo de Echión, que ya no envía,
Sino él mismo se va para Citeron,
Do las voces sonaban, y se oía
El retumbar del monte consagrado
Con la gente de Baco que allí había.
Cual el feroz caballo, que ha escuchado
El son de la trompeta, está furioso,
Y á la batalla muy aficionado;
Así, escuchando Pentheo el sonoroso
Aullar de los Bacantes, se embravece,
Y está más iracundo y más fogoso.
Casi en medio del monte, se parece
Un campo, do no hay árbol, que le cerca
Una arboleda espesa y le guarnece.
De los del sacrificio estaba cerca,
Las sacras ceremonias profanando,
Y vele la primera, y se le acerca
Su madre, que arremete, y arrojando
Su tirso, la primera le ha herido
Su Pentheo, y sus entrañas traspasando.
Y á voces dice: «Hermanas, ¿no habéis vido
El jabalí errado? No conviene
Que se me escape á mí sin ser herido.»
La turba loca luego aprisa viene,
Y todas le persiguen al cuitado,
Que el gran temor más blando ya le tiene.
Ya se condena, y dice que ha errado,
Y del pecado hecho se dolía,
El cual, herido, triste y acosado,
A Autonoe pide ayuda, y la decía:

«Amada tía Autonoe (1), cuyo pecho
Se debe enternecer de mi tormento,
Por el amor tiernísimo y estrecho
Que te tengo y te debo, que al momento
Me des favor, no pase aqueste hecho
Tan áspero y cruel, y el sentimiento
Del caso de Acteón aquí te mueva,
Pues su memoria en éste se renueva.»

Mas ella está de Acteón ignorante,
Y la derecha mano del que ruega
De un golpe le derriba en un instante.
La otra tía Ino, que allí llega,
Le ha derribado la siniestra mano,
Estando del furor de Baco ciega.
Quisiérase quejar del inhumano
Y hecho tiranísimo, extendiendo
Los brazos á su madre, y fuéle en vano.
Porque juntar las manos pretendiendo
No tuvo que juntar, y así no sabe
Sino estar las heridas descubriendo,
Diciendo: «Mira, madre.» Mas Agabe,
Aquesto visto, aulla, y en el cuello
Le hiere, porque el triste ya se acabe.
Cortóle la cabeza, y el cabello
El viento mueve, y ella toma gloria,
Por ver que por su industria se hizo aquello.
Y dice á su cuadrilla: «Mi victoria
Es esta obra, hermanas, que yo he hecho,
Que tan extraña es como notoria.
»Los frondosos vestidos no ha deshecho
En el otoño el viento tan de presto,

(1) Autonoe, cuarta hija de Cadmo y esposa de Aristeo, hijo de Apolo y de la ninfa Cyrrene; fué madre de Acteón.

Cual los miembros de Pentheo á su despecho.»
  Con tal ejemplo escarmentando el resto
De las Tebanas, toman por oficio
Sacerdotisas, que curaban desto:
De incienso hacer á Baco sacrificio.

LIBRO CUARTO.

La hija de Mineo dice empero
Que no se haga á Baco sacrificio,
Pues Jove no es su padre verdadero.
Y tiene á sus hermanas, que en el vicio
De la infidelidad la son hermanas,
Conformes en palabras y ejercicio.
Aparejar las obras soberanas
De Baco el sacerdote había mandado,
Y cesar las serviles y profanas.
Las amas y criadas, adornado
El pecho de pellejos, destrenzadas,
Y el cabello esparcido y coronado,
Con tirsos disfrazados, bien armadas,
Las manda salgan luego, lana y lino
Y las demás labores olvidadas.
Saliendo, sacrifican al divino
Que llaman Baco, Bromio y aun Lieo,
Hijo de fuego, inventador del vino;
Niseo, Thioneo, y padre Nicteleo,
Dos veces engendrado y dos nacido,
Yaco, y sacro Evan, y Eleleo,
Con otros muchos nombres que has tenido,
Libero padre, entre la griega gente,

Porque has mancebo siempre parecido,
 Muchacho eterno, y eres sumamente
Hermoso, á quien te mira allá en el cielo
Venciste del Oriente al Occidente.
 Parece, si te muestras en el suelo
Sin cuernos (1), tu cabeza de doncella.
Por tí los malos tienen desconsuelo.
 Pues á Pentheo y Licurgo (2), con aquella
Canalla de Tirrenos marineros,
Supiste castigar en forma bella.
 Tirar tu carro haces Linces fieros;
Los Bacantes con ánimo sencillo
Te siguen y los Sátiros ligeros.
 Y el titubeante y flaco vejecillo,
Que apenas con el báculo se tiene,
Te sigue caballero en el asnillo (3).
 Doquiera que tu coche y gente viene,
Los mozos y las mozas dan clamores,
Y alábante del arte que conviene.
 Campanas repicando y atambores,
Y gaitas y panderos, te suplican
Las Tebanas las trates con favores.
 Y al santo sacerdote no replican,
Sino ejecutan todas su deseo,
Y á hacerte sacrificios ya se aplican.
 Mas las rebeldes hijas de Mineo,

(1) Represéntase á Baco con cuernos, ó por haber sido el primero que unció los bueyes al yugo de la carreta, ó como emblema de la desvergüenza de los borrachos, ó acaso porque, según costumbre de los orientales, llevaba turbante de dos puntas en forma de tiara.

(2) Licurgo, rey de Tracia, quiso extirpar las viñas de sus Estados; pero Baco le hizo delirar, y en tal estado se cortó las piernas con la misma hacha de que se valía para cortar las cepas.

(3) Alude á Sileno, instructor y compañero de Baco.

Hilando estambre ó lana, profanaban
La fiesta con extraño devaneo.
Y á todas sus criadas molestaban
Que ninguna de su labor se aparte,
Y de aquellas mujeres que allí estaban,
Habló hilando una, y fué de esta arte:

«En tanto que otras dejan su ejercicio,
De sí y de sus haciendas olvidadas,
Y en el fingido y vano sacrificio
Están, como borrachas empleadas;
Nosotras, que escogemos por oficio
A mejor diosa ser aficionadas (1),
Paréceme aliviemos al momento
Nuestra labor con cualque dulce cuento.

»Iráse el tiempo así, sin que sintamos
Trabajo en los trabajos comenzados;
Y pues callando todas trabajamos,
No es bien que los trabajos sean doblados.
No lo serán, si á veces recontamos
Historias de los tiempos ya pasados,
Y atienden las orejas tan ociosas
Al relatar gustoso de estas cosas.»

Aprueban las hermanas su sentencia,
Y mandan que ella sea la primera
Que la lengua ejercite y la elocuencia.
Por saber muchas, ésta considera
Por do comenzará, y está dudosa
Si contará la historia verdadera
De Babilonia, hija de la diosa

(1) Esta diosa era Minerva, que presidía todos los trabajos hechos con lana.

Derceto (1), á quien con ruegos muy continos
(Mudada en pez su forma milagrosa),
Teniendo los estanques por divinos,
La han perpetuamente venerado,
Los fieles sus devotos Palestinos.
Ó si será mejor haber contado,
Cómo, tomadas alas, se ha subido
La hija en altas torres, do ha morado (2).
Ó cómo en mudos peces convertido
Ha Nais los mancebos con su canto,
Hasta que en sí lo mesmo ha padecido.
Ó si dirá la causa, que hace espanto,
Por qué el moral que blanco fruto daba,
Cubierto hora le dé de negro manto.
A este cuento más se aficionaba,
Que no es vulgar, y la hebra retorciendo
Del apurado copo que hilaba,
La fábula comienza así diciendo:

«En la ciudad que dicen fué cercada
De ladrillado muro y gran altura (3)

(1) Era Derceto una gran divinidad de los Asirios. Irritada Venus, la hizo enamorarse de un joven sacerdote, de quien tuvo una hija llamada Semíramis. Para ocultar su deshonra precipitóse en un lago cerca de Ascalón, y allí fué metamorfoseada en un monstruo que desde la cintura arriba era mujer, y hacia abajo pez.

(2) Esta hija es Semíramis, reina de Babilonia, legisladora y conquistadora. Después de un reinado memorable, abdicó en su hijo Ninias, que la hizo matar, publicando, para ocultar su crimen, que había desaparecido volando en figura de paloma.

(3) Las murallas de Babilonia, según Quinto Curcio, tenían cien codos de altura; las flanqueaban cincuenta torres, y podían pasar sobre ellas juntos dos carros tirados por cuatro caballos.

Por la reina Semíramis, criada
Fué Tisbe, en el extremo de Natura.
Y fué esta hermosa virgen adamada
De Píramo, su igual en la hermosura;
Que así era él entre todos excelente,
Como ella entre las damas del Oriente.

»Del tierno amor fué causa, y su contento,
La vecindad que juntos se criaron,
Y con la edad también tomaba aumento
La fe, que á veces ambos se entregaron.
Que sin dudar parara en casamiento.
Mas los padres de entrambos lo estorbaron,
A pesar de los cuales se querían,
Y en llama igual sus ánimos ardían.

»Cada cual muestra en señas su conceto,
Que nadie para en ello, ni lo advierte;
Y cuanto el fuego dulce es más secreto,
Tanto es más estuoso, bravo y fuerte.
Una pared, acaso por decreto
Del dios de amor, y su dichosa suerte,
Común á entrambas casas, les convida
A verse por do estaba un poco hendida.

»Ninguno había notado la hendidura
(¿Qué ignora Amor?); estaba reservada
A vosotros, amantes do Natura
Ninguna cosa hizo no extremada.
Y no dejáis pasar la coyuntura,
Antes la boca cada cual pegada,
Con blando estilo de vosotros dino,
A la amorosa voz hacéis camino.

»Requiebros regalados conferían,
Con lenguaje de Amor, desnudo de arte;

Y á veces el aliento recibían,
Píramo á ésta, Tisbe á la otra parte.
«Envidiosa pared, ¿por qué (decían)
»Quieres contraria á tal querer mostrarte?
»Si los cuerpos juntarse consintieras,
»O á lo menos las bocas, ¿tanto hicieras?

»Ni tampoco queremos ser tenidos
»Por ingratos á tí, que nos has dado
»Lugar por do llegase á los oídos
»El dulce razonar enamorado.»
Conceptos semejantes referidos,
El uno aquí, el otro allí sentado,
Se despidieron ambos y besaron
Mas no del arte que ellos desearon.

»Las luces de la noche ya quitadas
Con la rosada Aurora de otro día,
Las hierbas del rocío aljofaradas
El Sol con su calor secado había.
Viniéronse al lugar do regaladas
Razones uno á otro se decía
Quejándose, y que engañe se concierta
Cada cual al portero de su puerta.

»Conciertan, engañados los porteros,
Salirse á media noche de su casa,
Dejando la ciudad y padres fieros,
Y el haber de gozarse tan con tasa.
Y por no hacer diversos paraderos,
Más adelante aun el concierto pasa;
Que entre los dos amantes se convino
Parasen al sepulcro del rey Nino,

»Y á la sombra se escondan al instante
De un árbol, que á una fuente está cercano,

Que era moral, y parecía abundante
De moras, más que nieve todo cano.
La convención contenta á cada amante,
Con esperanza firme muy ufano,
Ya entraba el tardo Sol su claro coche
En el agua, do sale el de la noche.

»Salióse Tisbe astuta, disfrazada,
Sin que ningún portero se lo sienta,
Y de amor y tinieblas rodeada
En Píramo pensando va contenta.
Al sepulcro de Nino ya llegada,
Y al árbol dicho, en bajo de él se asienta,
Que Cupido la presta su osadía,
Y veis una leona que venía.

»Venía una leona de repente,
Sangrienta de una presa y espumosa,
Por refrescarse en la cercana fuente,
Y para mitigar su sed rabiosa.
Vióla de lejos Tisbe, y prestamente
De miedo de la fiera entrar se osa
En una obscura cueva, y en el suelo
Huyendo se le cae de encima un velo.

»Después de con mucha agua haber hinchado
El fiero vientre, al monte se volvía,
Y el manto ensucia y rasga que caído
A la medrosa Tisbe se le había.
Salió más tarde Píramo, y venido,
El rastro de la fiera conocía.
Perdió el color, y visto ensangrentado
El manto, de esta suerte ha comenzado:

«Acabará una noche obscurecida
»La vida á dos amantes, de los cuales

»Merecías, Tisbe, tú gozar de vida
»Larguísima, y alientos inmortales.
»Yo, yo soy el traidor, yo el homicida,
»Que he dado la ocasión á tantos males,
»Pues te mandé vinieses sin tu esposo
»De noche y á lugar tan temeroso.

»Ó ya que tal mandé, no fuí el primero
»Que al concierto llegase, y la postura.
»¡Oh fieras que habitáis aquí, no quiero
»Mayor merced ni más cabal ventura
»De que rasguéis mi cuerpo, y vuestro fiero
»Estómago me deis por sepultura!
»Mas de medrosos es llamar la muerte,
»No de animoso pecho bravo y fuerte.»

»El destrozado velo que cubierto
Había traído Tisbe, levantado,
A la sombra del árbol del concierto
Se fué con él, y ya que le ha besado,
Y un río caudal de lágrimas abierto
El conocido manto saludado,
«Recibirás (le dice) en compañía
»De la sangre de Tisbe y á la mía.»

»Y creyendo su Tisbe ser difunta,
Con un dolor extraño y desconsuelo,
Desenvainó la espada y en la punta
Se arroja, y boca abajo da en el suelo.
A las espaldas sale, y sale junta
La roja sangre, caminando al cielo,
Haciendo tal rüido á la salida,
Cual agua, el plomo, ó fístula rompida.

»De la amorosa sangre rociadas
Las blancas moras, luego se tiñeron,

Y siendo las raíces empapadas
Del árbol, fruto negro produjeron.
Las ansias y congojas no quitadas
Que el miedo y el peligro la pusieron,
Se vuelve Tisbe y busca en un instante
Con los ojos y el alma al fiel amante.

»Por no engañar al dulce enamorado
Se viene aún temerosa de la fiera,
Y el peligroso trance ya pasado
A su señor y bien contar espera.
Miró el lugar, y el árbol ya mudado
Reconocido, duda si aquél era;
Que el color que en las moras se veía
Incierta y sospechosa la tenía.

»Mientras la triste estaba así dudando,
El cuerpo medio muerto vió en el suelo
Que estaba el miserable palpitando.
Volvióse luego atrás con gran recelo,
Y sin color y ánimo, temblando,
Cobra nuevo pavor y desconsuelo,
Cual suele el mar turbado hacer rüido
Si es con pequeño viento conmovido.

»Mas bien reconocidos sus amores,
Arranca los cabellos de oro fino,
Suelta la rienda á llantos y dolores,
Hiere su blanco pecho, de ello indino.
Abraza su amador con mil clamores,
Hinchió la herida de un licor divino
Que de sus dos luceros destilaba,
Y besando su rostro le llamaba.

«¡Oh Píramo, mi bien! ¿qué duro hado
»Os me robó, mi gloria, vida mía?

»Respondedme, señor, que sois llamado
»De vuestra Tisbe misma y alegría;
»Levantad vuestro rostro, ya postrado.»
Al nombre de su dama, que él oía,
Los ojos medio muertos abre, y mira
Su diosa, y vista, ciérralos y espira.

»La cual, después que el manto conocía,
Que le dejó la fiera bien sangriento,
Y vió la vaina de marfil vacía,
Renovó su llorar y su tormento.
«Tú te mataste, Píramo (decía),
»Y fué la causa amor y el instrumento,
»Y pues tampoco á mí no me ha faltado,
»También seré yo de ánimo esforzado.

»Y pues jamás espero, amigo, verte,
»Seguirte muerto pienso, de manera
»Que si fuí causadora de tu muerte,
»También me llamarán tu compañera.
»Y si era nuestro amor tan fino y fuerte
»Que á muerte solamente se rindiera,
»Por te cobrar, mi bien, daré la vida,
»Y la muerte al amor será rendida.

»¡Oh miserables padres, que habéis sido
»De nuestro acerbo fin la causa cierta!
»En nombre de los dos os ruego y pido
»(Si la piedad del todo no está muerta)
»Que aqueste duro caso conocido
»Y nuestra fe secreta descubierta,
»Los que el amor, la muerte y la ventura
»Juntó, juntéis en una sepultura.

»Y tú, moral, que tienes encubierto
»El cuerpo miserable de un amante,

»Y antes de mucho puedes estar cierto
»Cobijarás á dos de aquí adelante.
»En memoria del uno y otro muerto,
»De frutas negras muéstrate abundante,
»Y en honra de dos sangres derramadas,
»Producirás las moras enlutadas.»

»Su querella tristísima acabada,
Con suspirar profundo y llanto ardiente,
De pechos se arrojó sobre la espada,
De la sangre de Píramo aun caliente.
De padres y de dioses fué aceptada
Tan justa petición, pues al presente
Están los dos en una sepultura,
Y negra cualquier mora bien madura.»

Llegado al cabo el lastimero cuento
Por la discreta Alchitoe, fué notado
En las demás un tierno sentimiento.
Y ya que breve tiempo fué pasado,
A Leucothoe contar perteneciendo,
Habiendo las hermanas ya callado,
A otro dió principio así diciendo:

«También aqueste Sol que alumbra el suelo
Venció el Amor (contemos sus amores):
Dícese que este dios, desde su cielo,
Fué el primero que vió con qué favores
Gozó de Venus Marte (porque él velo
Primero todo), y fueron pasadores
De celos, que le van de parte á parte,
Ver los sabrosos ratos del dios Marte.

»No pudiendo sufrir lo que veía,
El adulterio al punto manifiesta
Al feo Vulcano, dios de la herrería,

Con el lugar do pasa aquella fiesta.
Ni se acordó del arte que sabía,
Ni de su condición á celos presta.
El hijo de Junón lo supo apenas,
Cuando hizo sutilísimas cadenas.

»El resto echó del arte que profesa,
Y ha tan sutiles lazos fabricado,
Y de hierro cadenas tan apriesa,
Como negocio pide tan pesado.
La más delgada estambre sería gruesa
Habiéndose con ellos cotejado,
Ó la más delicada telaraña,
Que la vista mirándolos se engaña.

»Los celos el ingenio adelgazaron,
Que casi el tacto y vista se engañaba;
Y ya que á su contento se acabaron,
Para tomarlos juntos los armaba.
El adúltero y Venus se acostaron:
La red de tal manera puesta estaba,
Que en medio de sus gustos abrazados,
Se vieron descubiertos y enredados.

»A su placer efectuado aquesto,
Las puertas de marfil abrió el marido;
Los dioses entran, viéronlos de gesto
Que todos á reir se han conmovido,
Y estar de aquella suerte deshonesto
Tomara alguno de ellos por partido.
A costa de Vulcano y de su duelo,
Duró este cuento mucho en todo el cielo.

»Trató vengarse Venus, no olvidada
Del agravio é injuria vergonzosa,
Y está con su poder determinada

A quien dió causa al daño ser dañosa.
Hijo de Hyperïón (1), ¿esa ilustrada
Forma, color y vista tan hermosa,
Qué te aprovecha á tí que el mundo abrasas,
Si agora estás ardiendo en nuevas brasas?

»Y aquel que habías de ver de polo á polo,
A tu Leucothoe miras solamente,
Poniendo en una virgen, rubio Apolo,
La vista al universo conveniente,
Por mirar á la cual sin duda sólo
Pareces más temprano en el Oriente,
Y chapuzas más tarde el carro eterno,
Aumentando las horas del invierno.

»Y alguna vez tu luz al mundo falta,
Y quedan los mortales espantados,
Y el vicio que en el alma tienes, falta
En tus hermosos rayos eclipsados.
Ni el carro de tu hermana menos alta,
Sino el Amor, los tiene tan mudados.
Tu rubio en amarillo convertido,
No es obra suya, no, mas de Cupido.

»Por ésta mueres sola; sola tiene
Poder en tí Leucothoe y su hermosura.
Que ni la hermosa madre te detiene
De Circe (2), ni de Rhoda (3) la frescura;
Ni se te acuerda ya de tu Climene,

---

(1) Hyperión era hijo de la Tierra y del Cielo, padre de la Aurora, del Sol, de la Luna y de todos los astros.

(2) La madre de Circe fué la ninfa Persa, en quien Apolo tuvo cuatro hijos.

(3) Rhoda, ninfa de la isla de Rhodas, era hija de Neptuno y de Venus. Apolo tuvo con ella siete hijos.

Ni tampoco de Clicie (1), que procura
Gozar de tí celosa y lastimada
De verse con las otras olvidada.

»Leucothoe, á quien Eurínome ha parido,
De la olorosa Arabia la más bella,
Causó de Clicie y las demás olvido;
La cual creciendo con dichosa estrella,
Como su madre á todas ha vencido
En hermosura, vence la hija á ella.
Su padre Orchamo en Persia fué excelente
Rey séptimo, de Bello (2) descendiente.

»Los caballos de Febo ilustre tienen
Debajo el cielo occidental su pasto,
Do el cansancio reparan con que vienen,
Cobrando nuevo esfuerzo en el repasto;
Y mientra en su dehesa se detienen,
Que por hierba les da de ambrosía abasto,
Y la noche prosigue su camino,
Al aposento amado el Sol se vino.

»Donde en forma de Eurínomes entrando,
A la hermosa Leucothoe vió sentada
Entre criadas doce, que hilando
Está con todas ellas ocupada.
Besóla como á hija, y dijo: «Mando
»Que quede aquí Leucothoe sin criada;
»Salíos afuera, no quebréis mi fuero
»De hablar con ella á solas lo que quiero.»

(1) Clicie era una ninfa hija del Océano y de Thetis.
(2) Bello, hijo de Neptuno y de Lybia, fundador de Babilonia, fué el primer rey y el primer dios de los Asirios.

»Sálense todas, queda sin tercero
Con la bella Leucothoe el rubio Apolo.
«Yo soy (la dice) el ojo verdadero,
»Que miro desde el uno al otro polo;
»Yo mido el año, y siendo yo lucero,
»La tierra lo ve todo por mí solo.
»La luz del mundo soy, y tú la mía.»
Espantóse Leucothoe que le oía.

»La rueca se le cae de temerosa,
Y aun el temor aumenta su hermosura;
Deshizo el Sol la forma mentirosa,
Y muestra su hermosísima figura.
Atónita la dama de una cosa
Tan sin pensar, y de una luz tan pura,
Del resplandor vencida su querella,
Desde entonces dejó de ser doncella.

»De envidia muere Clicie, porque cierto
La amaba el Sol inmoderadamente;
El adulterio al padre ha descubierto,
Rabiosa de ira, celos y ansia ardiente.
El cual cruel y más que peña yerto,
Sin escuchar disculpa conveniente
De la fuerza, enterró viva á su hija,
Y con muy mucha arena la cobija.

»Con sus ardientes rayos disipaba
El claro Sol aquel montón de arena,
Y á tí, Leucothoe suya, lugar daba
Para salir de su sepulcro y pena.
Mas ya no había lugar, porque ya estaba
De fuerza tu cabeza y vida ajena,
Debajo tanta carga soterrada,
De vital sangre y de calor privada.

»El caso más atroz y lastimero
Fué éste para el Sol, según es fama,
Después que el malogrado carretero
Faetón quemó la Tierra con su llama.
Los miembros fríos calentó primero,
Para resucitar la bella dama,
Y viendo que es en vano, el cuerpo hermoso
Bañó con suave néctar oloroso.

»Con tierno sentimiento y desconsuelo,
De ver que es por demás cuanto le ha hecho,
La dice: «Tocarás al fin al cielo,
»Sacando de este daño tal provecho.»
Empápase de olor el duro suelo;
El cuerpo derretido ya deshecho,
Rompiendo los terrones, se levanta,
Vuelto en vara de incienso sacrosanta.

»Mas el ilustre autor del claro día,
Jamás á Clicie quiso, y bien pudiera
Disimular la pena y parlería,
Pues el amor de todo causa era.
Secóse del querer que le tenía,
Dábala en rostro cada compañera,
Y de noche y de día está sentada
Al sereno, desnuda y desgreñada.

»Estuvo nueve días de esta suerte,
Sin comer ni beber sino rocío
Y lágrimas, contenta en sólo verte,
Oh Sol, y fué tan grande el desvarío,
Que en el suelo pegada se convierte
En tornasol, y no perdió su brío,
Pues la violada flor de que se adorna,
Donde quiera que vas á tí se torna.»

Ya puesto fin al cuento, fué increíble
A algunas de ellas; otras respondían
Que al verdadero dios todo es posible;
Mas que tal fuese Baco no creían.
Callaron las hermanas, y que cuente
Alchitoe otro, todas la pedían.
La cual, mientras arroja diestramente
La lisa y diligente lanzadera,
Haciendo que su tela se le aumente,
Encomenzó á decir de esta manera:

«De aquel amor vulgar no diré nada
Del mudable pastor Dafnis Ideo,
Que en piedra le mudó su Ninfa amada,
Cuando sintió mudado su deseo.
De tal dolor el alma está cercada
De los amantes, ni tampoco creo
De Scythón (1) será bien haber contado,
Que en hombre y en mujer se ha transformado.

»Ni de aquel que antes Celmo (2) ser solía
Y agora está en diamante convertido,
Fidelísimo nuncio y compañía
A Júpiter eterno no crecido.
Callaré los Curetas (3), que podría
Contar cómo de pluvias han nacido,
Y á Croco y Smilaz, que sus amores
Les transformaron en pequeñas flores.

»Entretendré los ánimos contando

---

(1) Scythón es un personaje mitológico poco conocido.
(2) Celmo fué transformado por Júpiter en diamante para castigar su indiscreción.
(3) Los Curetas formaban un pueblo fabuloso de la isla de Creta, cuya mitología era obscura y confusa.

La dulce novedad por do se infama
Salmacis (1), una fuente, donde entrando
Cualquier varón, de tal pierde la fama,
Que el varonil vigor desamparando,
Él sexo cobra y condición de dama;
La fuerza de la fuente es manifiesta,
La causa oculta á muchos, y es aquesta.

»En las Ídeas cuevas han criado
Las Náyades un niño, que ha nacido
De Venus y Mercurio (2): fué traslado
Del padre y de la madre y apellido,
Porque en su rostro hermoso y alindado
Cualquiera de ellos fuera conocido.
Llegó á quince años, y al momento olvida
Los patrios montes y el sagrado Ida.

»De visitar los ríos deseoso,
Y lugares ignotos, se holgaba,
Y el ejercicio, que era trabajoso,
Con gusto de los ver recompensaba.
Las ciudades de Lycia vió curioso,
Y á los pueblos de Caria visitaba.
Llegó á un estanque fresco y excelente,
Cuya agua es hasta el suelo transparente.

»La cual no enturbian fieras alimañas,
Ni se estorba la vista de otra cosa;

(1) Salmacis era una fuente de Caria á cuyas aguas se atribuía la propiedad de afeminar á cuantos las bebían ó en ellas se bañaban. Strabón dice que los poetas han atribuído á la fuente la molicie característica de los habitantes de aquella comarca.

(2) El origen de esta fábula es sin duda que Mercurio y Venus tenían un templo cerca de la citada fuente.

No nacen dentro lagunosas cañas,
Ni es con carrizo ó juncos enojosa.
Ni allí veréis las verdes espadañas,
Sino un agua purísima y hermosa;
Los bordes guarnecidos de verdura,
Arguyen de artificio á la Natura.

»Aquí una Ninfa tiene su aposento,
Ni á caza ni á tirar aficionada,
Ni á correr, de quien sola y de su intento
La ligera Dïana sabe nada.
Es fama que de su entretenimiento
De sus hermanas mismas fué culpada,
Y que diversas veces la acusaban,
Y con palabras tales la hablaban:

«Salmacis, no conviene estar ociosa;
Toma el venablo ó la pintada aljaba»;
Mas ella determina no hacer cosa,
Porque en ningún trabajo se ocupaba.
Sino agora en su fuente deleitosa
Sus miembros hermosísimos bañaba;
Agora peina, y mira sus cabellos,
Y aprende en ella el ornamento dellos.

»Estar diversas veces se la antoja
De un cendal delgadísimo adornada,
Ó sobre la más fresca y blanda hoja,
Ó sobre verde hierba recostada.
Y cuando de hacer nada ya se enoja,
De varias flores coge una manada.
Y acaso en esto entonces entendía,
Cuando miró al galán por quien moría.

»Y aunque en hablarle estaba su contento,
Y toda dilación la era penosa,

Compúsose primero, y su ornamento
Mereció pareciese bien hermosa.
Llegóse á él, y comenzó al momento
Con habla mansa, dulce y amorosa:
«Oh mozo, que mereces ser tenido
»Por dios, y si eres dios, serás Cupido.

»Y si no eres el Dios de los amores,
»Sino mortal, dichosos los que han sido
»De tanta y tal beldad progenitores,
»Y el ama que á sus pechos te ha tenido.
»Y si tienes hermana, más favores
»Con colmo de ventura más cumplido,
»Tendrá cualquier doncella venturosa
»Que hubieres elegido por esposa.

»Y si tienes mujer, no pierdes nada;
»A hurto de ella goce tu hermosura
»La que, si no la tienes, y te agrada,
»Poderlo ser tendrá por gran ventura.»
No dijo más la Ninfa; fué notada
Vergüenza en el mancebo, y su figura
(No sabe qué es amor) tomó colores
Que la inflamaron más en los amores.

»Un tal color se nota en la manzana
Del árbol donde el sol continuo hiere,
O en el marfil teñido, ó en Dïana,
Si el blanco en colorado mudar quiere.
Cuando aprovecha poco, que de gana
En los metales toque quien quisiere (1).

(1) Creían los paganos que los mágicos de Tesalia podian, por medio de sus encantamientos, atraer la luna sobre la tierra, siendo entonces preciso, para hacerla volver á su sitio gran ruido de diversos instrumentos de metal.

Y á la Ninfa habló, que le pedía
Los besos que á su hermana dar podría.

«Si no me dejas, huyo (la responde),
»Y dejaré esta estancia por dejarte.»
Salmacis replicó: «Pues vete adonde
»Quisieres, que jamás podré enojarte.»
Y vuelto el paso atrás, se va, y se esconde,
Sin le perder de vista, en cierta parte,
Y por entre unas hojas le acechaba;
Él, libre, acá y allá se recreaba.

»Y sin temer que alguno le acechase,
Sobre la verde hierba se pasea,
Ya que en la fuente clara se bañase
El agua le convida y le recrea.
Y como hasta el tobillo en ella entrase,
Juzgóla estar del arte que desea.
Quedó para bañarse sin vestido,
Y de verle la Ninfa, sin sentido.

»Abrásase, y está centelleando
Salmacis con los ojos que le vía,
De la forma que suele, resultando
De espejo el Sol, en el más claro día.
Sufrir se puede apenas, dilatando
Apenas su contento y alegría;
Desea ya abrazarle estrechamente,
Ya puede mal sufrir ser continente.

»Tocándose él los lados soberanos
Con sus hermosas palmas, entra á nado,
Y estriba á veces con los pies y manos
En el estanque fresco deseado.
Los ojos de la Ninfa tan insanos,
Notando están su dulce enamorado.

Que así cubría el agua el cuerpo raro,
Cual blancas azucenas vidrio claro.

»Y dice á grandes voces: «Yo he vencido,
»No puedes escaparte de ser mío.»
Y dejado á la orilla su vestido,
En medio se arrojó del claro río.
Forzados besos coge, y le ha tenido
Contra su voluntad á su albedrío;
Por fuerza toca el pecho, y se recrea
Mientras por todas partes le rodea.

»En fin, se pega tan estrechamente
Con el mancebo y desdeñoso amigo,
Cual suele hacerse entre águila y serpiente
Que se sintió en sus uñas, que consigo
Los pies y la cabeza y alas siente
Ligadas, ó cual suele al enemigo
El pulpo dentro el mar tener atado,
Ó verde hiedra á tronco rodeado.

»Porfía Hermafrodito, y siempre niega
El gozo que la Ninfa pretendía;
Mas ella á todo el cuerpo se le pega,
Y dice: «No aprovecha tu porfía;
»No podrá tanto la Fortuna ciega
»Que me pueda quitar tu compañía.
»Dioses, mandad que ningún tiempo ni arte
»A mí de aqueste, ó á éste, de mí, aparte.»

»Oyéronla los dioses, y consiente
La voluntad divina suplicada.
Dos cuerpos se hacen uno de repente;
Dos caras una, hermosa y delicada.
Cual el árbol que crece juntamente
Con la púa en sus ramos ingertada,

Así los dos en uno se aumentaron,
Después que estrechamente se juntaron.

»Los miembros ajuntados de tal arte,
Ni fueron dos, ni fué la forma una;
Mas antes remirada en cualquier parte,
Parece que son ambas, y ninguna.
Y viendo que las aguas de do parte
Le habian mudado así por su fortuna,
Y el varonil semblante afeminado,
Los dioses, de esta suerte, ha suplicado.

»Con voz, no de varón, como solía,
Las manos juntas, dice: «Ruego y pido,
»Eterno padre mío y madre mía,
»Pues tengo gesto de ambos y apellido,
»Que el que en esta agua entrare clara y fría,
»Hagáis salir del arte que he salido,
»Medio varón.» Los padres consintieron,
Y en el estanque tal virtud pusieron.»

El cuento era acabado, y todavía
Las hijas de Mineo profanaban
La fiesta y nuevo dios á quien se hacía.
Súbitamente oyeron donde estaban
El ronco son que hacian los tamboriles,
Las gaitas y panderos que tocaban.
Estaban entendiendo en cosas viles;
Olían los ministros, y aun oían
El son de los discordes ministriles.
Ya las delgadas telas que tejían
(¡Quién lo podrá creer!) eran de suerte,
Que parras, más que telas, parecían.
También la vestidura se convierte
En yedra racimosa, y otra parte
Tornarse en fértil cepa ya se advierte.

Aquello que pudiera aprovecharte,
De hilo poco ha, se vió sarmiento,
Y de la estambre el pámpano se parte.
Las uvas toman lustre en el momento
Del purpúreo color de su vestido,
Dotadas de decente crecimiento.
Ya era el claro día despedido,
Y el tiempo que ni es claro ni es obscuro
Sobre la tierra era ya venido.
Temblar el techo vieras con el muro
De la profana casa, y parecía
En muchas partes luz de fuego puro.
Y el aullar horrendo ya se oía
De fieras alimañas aparentes,
Ya cada cual hermana se escondía.
Y mientras á lugares diferentes
Se acogen, de la luz que las ofende
Huyendo, y de las llamas tan ardientes,
Los brazos se hacen alas, y se extiende
Un cuero por sus miembros delicado,
Que todos los encierra y comprehende.
Ni jamás hasta ahora han atinado
(Porque andan en tinieblas) qué accidente
Las ha de aquella suerte transformado.
Cada una de ellas vuela, y bien lo siente;
Mas no son plumas causa de este vuelo,
Sino alas de pellejo transparente.
Y pretendiendo hablar por su consuelo,
Su voz es pequeñísima, mirando
El cuerpo, y muestra bien su desconsuelo.
Celebran casas, selvas rehusando
Y luz; volar de noche las agrada,
Y el nombre de la tarde van tomando.
Por toda Tebas era celebrada
Entonces la deidad tan memorable
De Baco, y á doquiera está ocupada

Su tía en publicar el espantable
Poder del nuevo dios y soberanas
Hazañas de valor inestimable.
Ni de dolor ó penas inhumanas
Hasta entonces sabía, sacado uno,
Y fué el que la causaron sus hermanas.
Gloriosa la vió estar la diosa Juno
Con hijos y marido tan pujante,
Y con favor del poderoso alumno.
Sufrir no pudo gloria semejante,
Y rabiosa en extremo como fiera,
Consigo misma habla en el instante,
Y comenzó á decir de esta manera:

«Pudo el bastardo Baco malnacido
Convertir y anegar los mareantes,
Y hacer que al hijo mismo que ha parido
Su madre despedace, y los semblantes
Mudar de las hermanas, con vestido
De cuerpos y alas nunca vistas antes,
¿Y Juno no podrá sino quejarse
Del daño recibido sin vengarse?

»Quejarme sólo basta que yo pueda,
Y con ese poder me satisfaga.
A do llega el furor, bien llano queda,
El enemigo enseña que yo haga.
Fortuna ha derribado de su rueda
A Pentheo. Yo daré la misma paga
A la furiosa Ino (1), que procura
Castigo semejante á su locura.»

Hay un camino obscuro, cuesta abajo,
Que hasta el Infierno temeroso cala,

(1) Ino era hermana de Semele y esposa de Athamas.

Do reverdece el ponzoñoso Tajo,
Do la laguna Estigia siempre exhala
Espesa niebla, y es por do caminan
Las almas de fortuna no muy mala.
La amarillez é invierno aquí dominan;
Van por allí tan ciegas, tan inciertas,
Que á la ciudad Estigia nunca atinan.
La cual está dotada de mil puertas,
Capaz á recibir de paz y guerra
A todas, porque siempre están abiertas.
Que así como los ríos de la tierra
Recibe el hondo mar continuamente,
Este lugar las almas todas cierra.
Ni se verá jamás no conveniente,
Por ser pequeño, á pueblo ó gente alguna;
Mas antes muchas llegan que no siente.
Almas en arte varias y en fortuna,
Sin cuerpos y sin huesos, van errando,
Bien que se ocupa en algo cada una.
En el audiencia unas abogando;
En corte otras; otras en oficios
Se están como en la vida ejercitando (1).
Son otras castigadas por sus vicios;
Ir por aquí sufrió la diosa Juno,
Dejado el cielo y celestiales quicios.
A do luego que entró, y uno por uno,
Tembló con su presencia lo bajero;
Con tres ladridos se mostró importuno
El ladrador horrendo Cancerbero (2);
Las hijas de la Noche llama ella
Terribles diosas de semblante fiero.

(1) Homero (*Odisea*, cap. XI) representa á las sombras abogando en el tribunal de Minos.

(2) El Cancerbero era el perro de Plutón y portero de los infiernos.

La cárcel para cárcel era bella,
Cuyas puertas, cerradas con diamante,
Muestran ser imposible salir de ella.
Estaban asentadas al instante,
Peinando por cabellos las serpientes;
Y como á Juno ven estar delante,
Entre las otras sombras diligentes,
Se levantan de aquel lugar (asiento
Le llaman de perversos delincuentes)
Do Titio (1) las entrañas da al tormento,
Tres veces tres yugadas ocupando
Su cuerpo de increíble crecimiento.
Tántalo está las aguas deseando
Que á la boca le llegan, y desea
El árbol cuya fruta está tocando.
Sísifo (2) tras la piedra va en pelea
Que se le ha de caer, y con la rueda
Ixión (3) tras sí mismo se rodea.
Y las hijas de Dánao (donde queda
La fe matrimonial despedazada
Sin que la sangre defenderla pueda,
Pues cada cual, perversa como osada,
A su marido y primo dió la muerte)
Cogiendo en baño el agua está ocupada,
Pues toda cuanta cogen se las vierte.
Los cuales ya que vistos de la Diosa
Condenados á eterna y mala suerte,
Y mirados con cara desdeñosa,

(1) El origen de todas estas ficciones se encuentra en el cap. XI de la *Odisea*.

(2) Sísifo, rey de Corinto, célebre por su trapacería, fué arrojado al infierno por encadenar la Muerte en su palacio.

(3) A Ixión, rey de Tesalia, lo mató un rayo de Júpiter por haber intentado seducir á Juno.

A Ixión el primero, y al momento
A Sísifo habló como quejosa:
«¿Qué causa puede haber porque tormento
Eterno sufra éste, y que su hermano
Atamante soberbio esté y contento,
»Que á mí y á mi marido soberano
Menospreció continuo»? Y prosiguiendo
Mostró que su venida no era en vano,
Ni el odio con que viene pretendiendo
Que el palacio real de Cadmo caya,
Y que Atamante fuese enloqueciendo,
Á trueco de lo cual pasó la raya,
Mandando, prometiendo y aun rogando
Las Diosas que el negocio efecto haya.
Junón estaba esto deseando,
Levántase Tesífone turbada,
Las canas y cabeza meneando,
Y apartó las culebras denodada,
Para dar la respuesta que la toca,
Con rabia fiera, hedionda, endemoniada,
Y de esta suerte dijo con su boca:
«No es menester hablarte por rodeo,
Ó responderte con obscuro velo;
Al punto cumpliremos tu deseo:
Señora, vete á tu sagrado cielo,
Dejado un reino odioso, triste y feo,
Do está todo pesar y desconsuelo,
Y no estés de este caso cuidadosa.»
Partióse luego Juno bien gozosa.
Saturnia torna alegre, y á la entrada
De Olimpo la lavó con un rocío
La hija de Teumante su criada.
Y sin tardar, la Furia con un brío
De diablo, toma un hacha negra, ardiente,
Con que amenaza á todos desafío.
Vistióse de una ropa prestamente

Teñida en sangre, y cíñese al momento,
De una torcida é infernal serpiente.
Salió vestida así de su aposento
El triste luto y miedo en compañía,
El pavor, la locura y descontento.
Llegó al palacio Eolio, que tremía
(Según se cuenta); vista su presencia,
De amarillez la puerta se teñía.
El Sol tuvo por bien de hacer ausencia,
Los monstruos vistos, Ino se ha espantado,
Y Atamante también sin resistencia
Salir de su castillo inficionado
Trataban; ocupóles la salida
La Furia con semblante desdichado.
Tendió los brazos, suena sacudida
Su cabello de víboras poblado,
Y cada cual culebra conmovida
Parte en los hombros cae: está ocupado
Con otra el infernal pecho y garganta,
Que silbado han el aire envenenado.
Ponzoña vomitando y sangre tanta,
Las lenguas esgrimiendo diligentes,
Que cualquier de ellos con razón se espanta.
Sacó de entre las otras dos serpientes,
Arrójalas entrambas al instante
Con sus manos pestíferas ardientes.
Dió con ellas á Ino y á Atamante,
En cuyos tristes senos se quedaron,
Dando disgusto á ellas semejante.
Porque congojas graves inspiraron
En sus ánimos aujios sin contento,
Que al cuerpo no hirieron ni llegaron;
Sino la pena dura y el tormento,
Y el golpe de su tiro congojoso,
Enderezó á su solo entendimiento.
Consigo trajo un vaso ponzoñoso,

De un licor espantable, como fiero,
Que en la composición era monstruoso.
Espuma de la boca de Cerbero,
Veneno de la Hidra, los errores,
Olvido de lo justo y verdadero.
Traiciones, rabias, lágrimas, furores,
Deseo de dar muerte, bien molido
Con otras cosas tales ó peores.
Mezclado todo junto, y recibido
En un perol, con sangre bien reciente,
A do según el arte fué cocido.
Trayéndolo á una mano diestramente,
Con la cicuta verde, quedó hecho
Ponzoña, al menester muy excelente.
La cual vertió en el uno y otro pecho,
Mientra ambos de temor están temblando,
Que las entrañas suyas ha deshecho.
Entonces en circuito meneando
Alrededor de sí la hacha ardiente,
El fuego con el fuego continuando,
Cumplido lo mandado prestamente,
Se parte vencedora al reino obscuro,
Ciñéndose primero la serpiente;
Y vuelto ya Atamante loco puro,
A voces dijo: «Hola, compañeros,
Aquí es el puesto y paso más seguro.
»Una leona y dos hijuelos fieros
Me pareció pasaron, y por eso
Tended la red en estos paraderos.»
Y sigue á su mujer loco sin seso,
Cual si una fiera fuera, y de su seno
Le arrebató á Learco dulce peso.
Que con risueño rostro y muy sereno
Al padre los bracitos extendía,
De su mísera muerte bien ajeno.
Al cual, como con honda, recio envía

A un peñasco duro do muriese.
La triste de su madre que tal vía,
O que el veneno ó pena lo hiciese,
Aulla y va huyendo desgreñada,
Cual si juicio ó tino no tuviese.
A Melicerta toma, y ocupada
Del pequeñito niño, á Baco llama,
Y entonces fué de Juno más mofada,
Que dijo: «De esta suerte gane fama
Contigo tu criado.» Está pendiente
Sobre la mar, que con tormenta brama,
Una arriscada peña, cuya frente
Se extiende sobre el agua, socavada
Por la más baja parte extrañamente
Con las saladas olas, do algarada,
Aunque con furia grande sea venida,
Se puede despedir de hallar entrada.
De á do, de su locura conmovida
Y aun esforzada, Ino se ha arrojado,
De sí ni de su hijo condolida.
Ni el miedo de la muerte la ha estorbado.
Al golpe el hondo mar quedó espumoso.
El caso fué de Venus lamentado,
Que visto aquel castigo riguroso
De su nieta, que no le merecía,
Con un semblante grave y amoroso,
Hablando al dios Neptuno le decía:

«Oh santa deidad de las honduras,
Neptuno poderoso, tío amado,
A quien vecino al cielo y sus alturas
El mando y el gobierno fué entregado.
Conmuévante, señor, las penas duras
De mi generación, que el mar airado,
Con sus profundas olas la deshace,
Si de lo que me pesa no te place.

»Suplícote (si no te da contento
Ver en el mar Jonio chapuzados
A los que ves) proveas al momento
A tus marinos dioses sean juntados:
Dirán que tengo mucho atrevimiento,
Mas aun en algo están de mí prendados,
Pues recibí renombre y ser, en suma,
Del hondo mar y la marina espuma.»

Neptuno concedió su manso ruego,
Y les mudó en la forma que desea,
Pues que de hombres los hizo dioses luego.
Y á la madre llamó Leucothea,
Y Palemón al hijo, procurando
Que con el ser el nombre nuevo sea.
Las Tebanas matronas, rastreando,
Siguieron las pisadas de su Ino,
Estando ciertas de su muerte, cuando
El paradero de su rastro vino
A dar en el peñón, y la lloraron
Con sentimiento, más del que convino.
Cabellos y vestidos se rasgaron
Por Cadmo y por su casa desolada,
Que tantas desventuras la acabaron.
Y fué la diosa Juno bien culpada
De poco justa, y contra su combleza
Por harto vengativa reputada.
Diciendo ser más cosas de crueza,
Que de justicia santa, aquellos prestos
Castigos, y aun indignos de grandeza.
Mas sus razonamientos inmodestos
No sufrió Juno, y dijo: «Yo seguro
Que se pueda notar en vuestros gestos
»De qué suerte me vengo, y cómo curo
El blasfemar, y murmurar de esa arte.»
Siguióse al amenaza el hecho duro.

Que la que de piedad tenía más parte:
«Seguir pretendo (dijo), Reina mía,
Tu rastro hasta en la mar, do iré á buscarte.»
Y ya que del peñon saltar quería,
A él se vió pegada á su despecho,
De suerte que mover no se podía.
La otra, mientras quiere herir el pecho
Con el acostumbrado y triste llanto,
Cada brazo sintió de piedra hecho.
Señala aquélla el mar, mas entretanto
Que para tal efecto el brazo extiende,
La mano que extendió vió ser de canto.
Los dedos vieras de ésta, que pretende
Mesarse, entre el cabello quedar yertos,
Y cada cual se queda en lo que entiende.
Mas otras, que en los mismos desconciertos
Se hallaron, son en aves convertidas,
Y sus cuerpos de pluma van cubiertos.
Que en el marino seno detenidas,
El agua tocan todas á porfía,
A las saladas olas abatidas.
El hijo de Agenoro no sabía,
Ser dioses de la mar su hija y nieto,
Mas antes de su muerte se dolía.
Y á tantos males viéndose sujeto,
De tanto luto y monstruos enfadado,
En su ciudad no pudo estar quieto.
Salióse de ella y fuése desterrado,
Y no de su fortuna tan quejoso,
Cuanto de la del pueblo desdichado.
Con su mujer se parte y va penoso,
Y llegaron los dos á Esclavonía
A cabo del camino trabajoso.
Pesados de la edad y la porfía
Del duro hado, entrambos recontaban
Con más dolor y pena que alegría.

De cuando en su ciudad y casa estaban,
En su principio cada cual advierte;
Y mientras del trabajo se admiraban,
A Harmonia dijo Cadmo de esta suerte:

«¿Si acaso aquel Dragón era sagrado,
A quien quité la vida con mi lanza,
Cuyos dientes sembré bien confiado
De coger fruto igual á mi esperanza?
Que si de él algún Dios tenía cuidado,
Y pretende tomar de mí venganza,
Al mismo ruego y pido que al presente
Me convierta en figura de serpiente.»

Apenas acabó lo dicho, cuando
Sintió crecer escamas en su cuero,
Y el vientre suyo irse prolongando
Cual si de Drago fuera verdadero,
Y siente todo el cuerpo goteado
De negro y verdinegro, y vuelto fiero
El pecho por la tierra cae postrado,
Juntáronse sus piernas, y él entiende
Que en cola serpentina se han juntado.
Los brazos solos restan, y esos tiende
(Lágrimas por su rostro destilando
Aún de hombre) á su mujer, á quien pretende
Mover á compasión, de esta arte hablando:

«Llégate á mí, mujer, mujer mezquina,
Más que cuantas mujeres han nacido:
Date prisa á llegarte más aina,
Que me haya en otra forma convertido.
Mientras que tengo mano, aunque vecina
A ver su ser antiguo ya perdido,
Tócala si te huelgas de tocarme,
Que todo ya en dragón siento mudarme.»

Quisiera más hablar, pero al momento
Su lengua por el medio fué hendida,
Faltando las palabras al intento.
Y cuando su desastre le convida
A querellarse, silba, que Natura
Dejó su voz en silbos convertida.
Rasgada su mujer la vestidura,
Hiriendo con la mano el duro pecho,
A su marido vuelto en tal figura,
Palabras dijo tales con despecho:

«Oh Cadmo, el ser monstruoso en el instante
Desecha, y en el tuyo te repara.
¿Qué es esto, Cadmo? ¿dó está tu semblante,
Tus hombros, pies y manos, y tu cara?
¿Dó tu color y todo lo restante?
Oh Dioses celestiales, ¿por qué pára
El poder vuestro en Cadmo solamente?
¿Por qué no me hacéis también serpiente?»

No bien lo que refiero había acabado,
Cuando ella lame el rostro, conociendo
El caro seno y el regazo amado.
Y aunque Dragón la abraza, pretendiendo
Llegar como solía al dulce cuello,
Los compañeros suyos lo están viendo,
Y están fuera de sí de sólo vello;
Mas ambos en dragones se volvieron,
Súbitamente comenzando á sello.
Y el pecho por la tierra entrambos fueron
Hasta llegar á un monte allí cercano,
Donde los dos entraron y vivieron.
Agora con semblante casi humano,
Jamás á ningún hombre dan heridas,
Ni tampoco las temen de su mano.
Acuérdanse que fueron convertidas

En dragos sus personas racionales,
Y tienen amistades no fingidas.
A su perdido ser, y tantos males,
Con gran razón consuelo sumo daba
Un nieto de trofeos inmortales,
A quien la India y Grecia celebraba,
Sujetas á su fuerza y valentía,
Y templos cada cual le edificaba.
Acrisio sólo era el que quería
Negar en su ciudad á Baco entrada,
Aunque del mismo tronco descendía.
Y niégale el traidor con mano armada
Ser dios; pero también él descreído
Á Perseo (1) hizo injuria señalada.
Que, aunque le parió Dánae, concebido
De dios, tenía por grande desvarío
Haberse Jove en oro convertido.
Mas presto (tanto es el poderío
De la verdad) él mismo se arrepiente
De haber tratado al nieto con desvío
Y profanado á Dios, porque al presente
El uno vió en el cielo, y por el viento
Al otro vió volar ligeramente
Con el despojo ilustre, en el momento
Que á Medusa del cuello había quitado
La cabeza de víboras sin cuento.
Y habiendo desde lo alto ensangrentado
Las lívicas arenas que pasaba
Con la victoria insigne señalado,
De cada gota al punto se engendraba
Una serpiente fiera en el arena,
Que en sí las recibía y animaba.

(1) Perseo, rey de Argólida, hijo de Júpiter y Dánae, y uno de los héroes más célebres de la antigüedad, fué fundador de Micenas y divinizado después de su muerte.

De donde aquella tierra quedó llena
De víboras, culebras y serpientes,
Que á los habitadores causan pena.
Por fuerza de los vientos diferentes,
A forma de una nave, fué llevado
De allí por varias tierras, varias gentes
Que, sobre ellas, en vuelo levantado,
Con gran contentamiento las veía,
Habiendo á todo el orbe vuelta dado.
Tres veces vió el ardiente Mediodía;
Tres el Septentrión, ora al Oriente,
Agora á su contrario el vuelo guía.
Inclinándose el día al Occidente,
En el reino paró del rey Atlante (1),
Medroso de la noche ya presente.
Y en tanto que el lucero se levante
A despertar los rayos del aurora,
Pidió posada. El Rey era gigante.
Que en la tierra, do el Sol las nubes dora,
Cuando la noche viene con su velo,
Que al mundo y los mortales descolora,
Gobernaba la última del suelo,
Y la mar, do aposentan los cansados
Caballos del que alumbra tierra y cielo.
Innumerables vacas y ganados
En sus dehesas mismas poseía,
Do á su placer andaban repastados.
Ningún vecino tierra allí tenía;
Cada árbol era de oro, y de oro era

(1) El gigante Atlas ó Atlante era hijo de Japeto ó de Urano ó de Neptuno y hermano de Prometeo, rey de Mauritania. Famoso por sus conocimientos astronómicos, fué el inventor de la esfera, y de aquí que se le represente llevando la esfera sobre los hombros.

El fruto que cada árbol producía (1);
Y Perseo le habló de esta manera:

«Huésped señor, si vos tenéis en algo
La sangre ilustre y la caballería,
Pues Júpiter es tronco de do salgo,
Bien cierto estoy estimaréis la mía.
Y si estimáis valor, yo tanto valgo,
Que os pondrá admiración mi valentía.
Mandadme así que sea aposentado,
Que del camino vengo fatigado.»

Mas él, con la memoria que tenía
De una respuesta que se le hubo dado
Por la Parnasia Temis, que decía:
«Oh Atlas, vendrá tiempo que el dorado
Arbol que te produce fruto de oro,
Se verá de ese mismo despojado.
»Y el que ha de hacer la presa en tu tesoro,
A quien tan alto título es debido,
Será generación del alto coro.»
Del poderoso Júpiter nacido,
Temeroso de aquesto, su arboleda
Dorada había entre montes escondido
El Rey, y con sospecha que le queda,

(1) Refiérese al jardín de las Hespérides, hijas de Héspero, hermano de Atlas. Hesiodo lo coloca más allá del Océano, á la extremidad del mundo. Apolodoro, ajustándose á la tradición más seguida, dice que estaba hacia el monte Atlas. Encuentra Vosio en esta fábula un cuadro de los fenómenos celestes. Las Hespérides son las horas de la noche; el jardín representa el firmamento; las manzanas de oro las estrellas; el dragón el zodiaco ú horizonte que corta el ecuador en ángulos oblicuos; finalmente, Hércules ó el sol roba las manzanas de oro, es decir, hace que desaparezcan aparentemente del cielo las demás estrellas.

Un terrible dragón por guarda puso,
Que á cuantos allá van el paso veda.
Allende de lo cual tenía por uso
No admitir extranjero, si venía;
Y viendo á Perseo hablar, quedó confuso,
Al cual de aquesta forma respondía:

«Si quieres no perder aquella gloria
De tus hazañas, que te da contento,
Y pretendes que dure la memoria
De tu soberbio y vano nacimiento,
Camina, si no en tí haré notoria
A todos tu mentira y escarmiento,
Y que tan á tu costa el caso salga,
Que Jupiter ni tu valor te valga.»

Con obras y amenazas expelía
A Perseo, que cortés y comedido,
Y como fuerte á veces respondía:
«La fuerza no es igual; ¿mas quién ha sido
En fuerza igual al animoso Atlante
De todos cuantos hombres han nacido?
»Pues tu soberbia (dice) va adelante,
Y tienes mis hazañas por de viento,
Yo te daré una paga que te espante.»
Y de la parte izquierda en el momento,
Vuelta la cara atrás, le manifiesta
El rostro de Medusa muy sangriento.
Cuán grande es Atlas hecho monte resta;
Los hombros se convierten en collados;
Las barbas y cabellos en floresta.
Las huesos son en piedra transformados,
Y lo que era cabeza ahora es cumbre,
Y son allí sus miembros aumentados.
Y de suerte creció la muchedumbre
(Mandólo Dios), que en él se asienta el cielo

Con todas sus estrellas y su lumbre.
Quitaba de la noche el negro velo
El oriental lucero, que nacía
Despertando las obras en el suelo.
Y en la cárcel eterna puesto había
Los vientos Eolo, cuando, pretendiendo
Perseo volar, las alas se ponía
En ambos pies, y el líquido aire hendiendo,
Volando va, su corvo alfanje al lado,
Movidos los talares con estruendo.
Atrás diversas gentes ha dejado;
Llegó á Etiopía con ligero vuelo,
Y al reino de Cefeo (1), do ha hallado,
Atada sin razón y sin consuelo,
A Andrómeda, que á muerte la condena
El más injusto oráculo del suelo.
Hamón, que mereciendo aquella pena
La madre, por su lengua dió respuesta
Que pagase la hija culpa ajena.
La cual, luego que vió en la roca puesta,
Atada con durísima atadura,
Que á un monstruo de la mar estaba expuesta.
Tanta era su beldad, tal su hermosura,
Que si el cabello el viento no moviera,
Creyera estatua ser de piedra pura.
Y si el hermoso rostro no tuviera

(1) Cefeo era rey de Etiopía, ó más bien de Fenicia, conocida entonces con el nombre de Joppia, y uno de los Argonautas. Después de su muerte fué transformado en constelación. Cassiope, madre de Andrómeda, tuvo la vanidad de creerse más bella que Juno ó que las Nereidas. Para vengar esta injuria, inundó Neptuno los Estados de Cefeo, quien, conforme al oráculo, tuvo que exponer su hija á un monstruo marino para que tuviese fin este desastre.

De lágrimas de aljófar rociado,
De miedo de la horrible bestia fiera,
No pudiera quedar desengañado,
Y apenas lo quedó, cuando ignorante
Del amoroso fuego fué tocado.
Y vista una belleza semejante,
Se olvida casi de ejercer su vuelo,
Y pídela, poniéndose delante,
Diciendo así, la causa de su duelo:

«¡Oh digna, no de lazos semejantes,
Sino de ver tus miembros rodeados
De aquellos con que Amor á los amantes
En afición estrecha tiene atados!
Suplícote, señora, no te espantes;
Díme tu nombre y tierra, y cuáles hados,
O qué razón te puso en la cadena,
Que á tal beldad parece bien ajena.»

Calló, que siendo él hombre y virgen ella,
No le osa responder, y se tapara
Con sus hermosas manos la doncella,
Si atada como está no se hallara;
Y siéndola imposible, vergonzosa,
De lágrimas bañó su hermosa cara.
Y vuelta en el color purpúrea rosa,
A Perseo, que pregunta con porfía,
Comienza á descubrirse sospechosa.
Que si no respondiese, pensaría
Que por no descubrirle algún pecado
Enorme suyo, no le respondía.
Su nombre y de su tierra ha publicado,
Y cuánta confianza había tenido
Su madre en su hermosura le ha mostrado.
Y aun no el negocio todo referido,
Sonó la mar, que el monstruo horrendo viene

Con fierísimo estruendo embravecido,
  Y el ancho mar debajo el pecho tiene;
Da voces la tristísima doncella;
Su padre y madre están como conviene,
  Entrambos miserables; pero ella
Con más razón y causa, ni traían
Remedio que pudiese defendella,
  Sino en medio de entrambos la tenían,
Y con el justo miedo de la fiera,
Con sentimiento amargo la plañían;
A quienes Perseo habló de esta manera:

  «Bastante tiempo os queda para llanto,
En que os entregáis amargamente;
Mas para remediar peligro tanto,
Paréceme brevísimo el presente.
Si siendo Perseo yo, de Jove santo
Y la encerrada Dánae descendiente,
A ésta me entregara por marido,
Sin duda fuera á todos preferido.

  »Habiendo yo vencido la fiereza
De la hija de Foreo con mi mano,
Y yendo con extraña ligereza
Por el aire cual pájaro liviano;
Librando allende de esto tal belleza,
Como lo haré, placiendo al soberano,
Si respondéis á mi merecimiento,
Librada dármela heis en casamiento.»

  Aceptan el partido, y la doncella
Prometen (¿quién dudara?), suplicando
Reciba el reino paternal con ella.
  Y veis aquí, cual suele navegando
Surcar el hondo mar á su despecho
La nave, los remeros trabajando,

Partía las olas el furioso pecho
De la marina bestia por su cebo,
Y estaba del peñasco tanto trecho
Cuanto un tiro de honda; y el mancebo,
Estribando en la tierra, se abalanza
En el aire que ilustra el rojo Febo.
La sombra vió en la mar, á quien se lanza
El monstruo con bravísima fiereza;
Mas él con gran destreza y gran pujanza,
Cual águila de suma ligereza,
Visto el dragón al sol en campo raso
Que á su dorado lomo se endereza.
Que porque no la hiera, vuelto acaso
El hocico crüel en la escamosa
Cerviz se aferra, y no le hiere paso.
El biznieto de Abante el monstruo acosa
En vuelo por el aire levantado,
Con su certera diestra y animosa.
Y en la derecha espalda le ha acertado,
Metiendo todo el hierro de manera,
Que hasta el anzuelo corvo le ha llegado.
Herida de tal arte va la fiera
Fremiendo por el agua, y se endereza
Agora por el aire muy ligera.
Chapúzase otras veces con braveza;
Agora va al través con furia tanta,
Cual jabalí feroz, que en poca pieza
Espera ver la turba que le espanta
De perros sobre sí. Mas Perseo huyendo
Sus golpes, por el aire se levanta.
Y el lado y las costillas escogiendo
Por partes más sin conchas, animoso
Con el alfanje agudo está hiriendo.
Y á las veces la cola, do el bravoso
Marino monstruo fiero en pez acaba,
Con ímpetu es herida riguroso.

El agua tinta en sangre vomitaba,
El aire circunstante rociando,
Que al volador las alas empapaba,
Y en ellas Perseo mas no se fiando,
Miró un peñón, del cual la suma cima
Está fuera del mar quieto, y cuando
Se mueve está cubierta, y puesto encima
Estribando de nuevo le ha herido,
Y el monstruo fiero ya se desanima.
Por las ijadas suyas ha metido
De tres á cuatro veces bravamente
El hierro, por lo cual quedó rendido.
El vocear y aplauso de la gente
La ribera del mar hinchó y el cielo.
Casiope y Cefeo prestamente
(Desnudos de la pena y desconsuelo,
Y llenos de contento y alegría)
Saludan á su yerno y su consuelo,
Y cada cual confiesa que él había
Sido el reparador y la coluna
De su casa real, que se caía.
Andrómeda, ya suelta de Fortuna
Y de lazo cruel, se viene andando,
De la batalla el precio, y causa una.
El vencedor con agua está lavando
Las manos, que ensució la sangre fiera,
Con extraño cuidado procurando
Que el rostro de Medusa no se hiera,
Y sobre blandas hojas extendidas
Por el arena blanca en la ribera
Le pone, y unas varas que nacidas
Halló en el mar, arranca, y puestas fueron
Debajo; y como son recién cogidas
Y vivas, el veneno concibieron
Del monstruo, al cual al punto que tocaron,
En rama y hojas yertas se sintieron.

Del caso extrañamente se admiraron
Las Ninfas de la mar, y de curiosas,
En otras muchas varas lo probaron.
Y viendo que así sale, están gozosas;
De las cuales quedó en el mar simiente,
De donde nacen varas milagrosas.
Y su naturaleza está patente
En el coral (1), que dentro el mar es vara,
Y fuera se hace piedra de repente.
El vencedor al punto se prepara
A hacer el sacrificio que debía
Por victoria tan grande como rara.
De césped tres altares componía
A tres eternos dioses: en el lado
Izquierdo, el de Mercurio se ponía;
El de Minerva tiene colocado
A la derecha parte, con decoro
Decente; en medio puso el más honrado,
A tí, gobernador del alto coro,
A quien devotamente venerando,
Mandó sacrificar un bravo toro;
A Mercurio un becerro procurando
Ofrecer, y á Belona, su deseo,
Una vaca en su altar sacrificando.
Ya Andrómeda, aun entonces sin aseo,
Del vencimiento premio allí recibe,
Mandándolo el Amor y el Himeneo.
Gran copia de perfumes se apercibe;
Enraman las ventanas, y contento
En ánimo de todos se concibe.
Aquí y allí sonaba el dulce acento
De cantos é instrumentos, que son ciertas
Señales de alegría, y al momento

(1) En la antigüedad se creía que el coral era una planta marina.

Las puertas del palacio están abiertas
De par en par; las mesas se pusieron,
De aparato riquísimo cubiertas.
Al convite los grandes acudieron
Del rey Cepheo, á do con alegría
Comieron todos juntos y bebieron.
El sabroso licor de Baco había
Los ánimos de todos alentado;
Y alzadas ya las mesas, inquiría
El animoso y nuevo desposado,
Del traje de la tierra, á quien dió cuenta
Lyncides, del negocio preguntado;
Y el hábito y costumbres le recuenta,
Añadiendo razones de lo que era,
De suerte que de oirle se contenta,
Y luego le habló de esta manera:

«Fortísimo varón Perseo, nacido
Entre los valerosos excelente,
Si no te es grave, te suplico y pido
Que tu excelencia agora aquí nos cuente
Con qué virtud ó artes has podido
Salir con una empresa tan valiente,
Cual fué quedar Medusa degollada,
Por cabellos de víboras poblada.»

A quien responde Perseo en el instante,
Que había un lugar llanísimo, cercado
De fuerte muro, al pie del frío Atlante,
A la entrada del cual habían morado
Las Fórcidas hermanas (1), con el uso

(1) Al colocar á las hijas de Forcis al pie del monte Atlas, antes de que Perseo hubiera cortado la cabeza de Medusa, olvida Ovidio lo que acaba de referir respecto á

De solo un ojo entrambas, y ha contado
Del arte que á robarle se dispuso,
En tanto que una á otra le prestaba,
Y la sagacidad que en ello puso.
Y cómo por caminos do topaba
Fragosos montes y peñascos duros,
Con gran constancia yendo caminaba.
Y al fin, llegado á los Gorgóneos muros,
Topó fieras y hombres piedras hechos,
De haber visto á Medusa mal seguros.
Mas él en el escudo, ante sus pechos,
Miró como en espejo su figura,
Por donde sus encantos son deshechos.
Y viendo que dormía muy segura,
Con todas sus culebras, la cabeza
Del cuello la quitó con mano dura.
Y Pegaso, de suma ligereza,
Con otro hermano dijo haber nacido
De la materna sangre y su fiereza.
Y el peligroso curso referido,
Qué mares y qué tierras con su vuelo,
Los cuenta haber debajo sí tenido,
Y á qué estrellas llegó del alto cielo,
Habiéndole sus alas levantado
A tanta alteza desde el bajo suelo.
Que hubiese sus sucesos acabado,
La gente no pensaba que le oía,
Cuando él calló; mas fuéle preguntado
Por uno de los grandes que allí había,
Por qué entre las hermanas sola ésta
Los cabellos de víboras tenía.
A quien dió Perseo al punto tal respuesta:

---

la metamorfosis de Atlante en montaña, hecha por Perseo, llevando la cabeza de Medusa.

«Pues me preguntas cosa señalada
Y digna de contar, la causa ha sido,
Que aquesta que yo dejo degollada,
Bellísima en extremo había nacido,
Y fué de mil mancebos deseada,
Queriendo cada cual ser su marido,
Y aunque sus miembros todos eran bellos,
Parece más hermosa en los cabellos.

»Testigos fidedignos he yo hallado
De sus madejas de oro y su belleza,
Y dicen que en el templo consagrado
A Palas, la privó de su limpieza
Neptuno, y por no ver tan gran pecado,
Tapó con el escudo la cabeza
La diosa, y á delito tan enorme
La pena y el castigo fué conforme.

»Porque no se alabasen de haber hecho
Sin pena desacato tan patente,
Cada cabello de oro á su despecho
En víbora se torna prestamente.
Y agora en la armadura de su pecho
Ha puesto por blasón claro excelente,
Para dejar los hombres admirados,
Los cabellos en víboras tornados.»

LIBRO QUINTO.

Mientra el hijo de Dánae relataba
En medio de los grandes este cuento,
Un gran tropel de gente resonaba,
Que con clamor terrible, el aposento
Hacía retumbar, el cual no era
Para solemnizar el casamiento.
Antes arguye mas batalla fiera,
Y el banquete pasado transformarse
En guerra repentina lastimera.
Al mar airado puede compararse,
De los rabiosos vientos conmovido,
Que hasta el profundo quiere trastornarse.
Fineo temerario causa ha sido
Y autor primero de tan gran estruendo,
Que delante de todos atrevido,
Jugando de una lanza, entró diciendo:

«Vesme aquí, vesme aquí que sólo vengo
A vengar la mujer que me robaste.
De mí me vengaré si no me vengo,
Aunque en el caso el ser y vida gaste.

No te me escaparás; aquí te tengo,
Que agora á fe tu vuelo no te baste,
Ni te ha de aprovechar haber nacido
De Jove, en oro falso convertido.»

Quiere arrojar la lanza, y fué de presto
A se poner Cefeo por defensa,
Y á grandes voces dice: «¿Qué es aquesto?
¿Quién te hace, hermano, hacerme tal ofensa?
¿Es éste á tal trabajo premio honesto?
¿A tal merced es justa recompensa?
¿Así merece ser remunerado
Quien ha del monstruo á Andrómeda librado?

»La cual no te quitó, si bien se advierte,
El valeroso Perseo con su mano,
Mas la divinidad terrible y fuerte
De las marinas Ninfas, y el insano
Hamón, y el fiero monstruo que de suerte
Venía feroz, crüel, bravo, tirano,
Que en brevísimo tiempo que tuviera,
Mi hija y mis entrañas se engullera.

»Quitótela el peligro en el momento
Que habia de perecer, y fué librada;
Si acaso no pretendes mi tormento,
Y te le da, su vida libertada,
¿Con qué semblante pides casamiento
De la que en tu presencia fué ligada,
Y siendo esposo y tío de la triste,
En aquel trance ayuda no la diste?

»Y sobre todo tienes en despecho
Que la haya otro cualquiera defendido,
Y el premio de tan claro y alto hecho
Le quitas; que si tal te ha parecido,

Y muestras de él estar tan satisfecho,
¿Por qué de aquel peñasco no has querido
Quitarla, do sin duda pereciera,
Si nadie sino tú la defendiera?

»Pues es así, permite salga cierto
El galardón á tal merecimiento.
Que allende que se hizo por concierto,
Se debe á su valor y su ardimiento,
Pues que por Perseo sólo no ví muerto
En mi vejez mi gozo y mi contento.
Ni entiendas se prefiere el mozo fuerte
A tí, Fineo, no, sino á la muerte.»

A esto no replica, sino fiero
A Perseo y á Cefeo está mirando,
Y duda á quién es bien herir primero.
Y el tiro breve tiempo dilatando,
Blandiendo el asta con su fuerte mano,
La ira su vigor acrecentando,
Tiróla contra Perseo, pero en vano;
Hincóse en el estrado, do no para
El fuerte Perseo, sino sale ufano.
Y con la misma lanza le pasara,
Y su braveza, el enemigo pecho,
Si del sagrado altar no se amparara.
A do Fineo huyó después de hecho
El desacato, y fuéle injustamente
Valerse del altar de gran provecho.
Pero la lanza se clavó en la frente
De Retho, el cual después de su caída,
Y de sacarle el hierro, de repente
Da coces en la tierra, y la herida
Salpica con la sangre en mil lugares
Las mesas, acabando allí la vida.
Aquello visto, en ira los vulgares

Furiosos, desde entonces se encendieron,
Y hubo en ello dares y tomares,
Y muchos que afirmaron y dijeron
Que el yerno con Cefeo convenía
Muriese, pero entrambos se valieron.
Cefeo del palacio se salía,
Los dioses protestando, y el derecho
Que el huésped en su casa ya tenía.
Y como aquel agravio á su despecho
Hacían al fuerte Perseo soberano
Servicios mereciendo por su hecho.
No se descuida Palas del hermano;
Mas antes le da ánimo, y defiende
Con su escudo, del vulgo ciego, insano.
Allí estaba Attis Indo, que se entiende
Debajo el agua pura haber nacido
De Ganges, que es el tronco do desciende.
Porque una hija suya le ha parido,
Que se llamó Limniace, y él era
En el extremo hermoso, que pulido.
Apenas de su edad es primavera;
De una púrpura ropa está adornado,
Bordada de riquísima manera
De puro oro, y de oro trae colgado
Un hermoso joyel al blanco cuello
Y de olorosa mirra aderezado
El rubio y hermosísimo cabello,
Que allende el natural le hacía hermoso
El ornamento puesto encima de ello.
Y no se hallaba hombre más mañoso
En el tirar de un arco á puntería;
Mas era en le flechar aún más gracioso.
Hacer aquesto entonces pretendía
Subido en un troncón, que estaba puesto
En el altar, adonde el fuego ardía.
A do le hiere Perseo, y fué tan presto

El golpe, como duro, bravo y fuerte,
Que le despedazó el hermoso gesto.
 Mas Licabas Asirio que lo advierte,
Y era tan deudo suyo como amigo,
Viéndole estar luchando con la muerte,
 Su arco arrebató, y al enemigo
Amenazando dice: «La pelea,
De aquí adelante, tómala conmigo;
 Que yo te haré que el gozo breve sea
Que el mozo con su muerte te ha causado,
Que infamia, más que fama, te acarrea.»
 Apenas acabó, cuando flechado
El arco, una saeta de él dispara
Con ánimo brioso y denodado.
 Con la plegada capa se repara
Del golpe Perseo, y la ligera vira
Quedó colgada en ella, do se para.
 El biznieto de Abante con gran ira,
El harpe por Medusa celebrada
Tomó, con que tal golpe al pecho tira,
 Que le pasó de sola una estocada;
Y él con los ojos, que iban á cerrarse,
Saliéndosele el alma apasionada,
 A su Attis miró, por inclinarse
Hacia do estaba él, y juntamente
Muriendo, con la muerte consolarse.
 Y veis aquí Forbante, descendiente
De Mitión, y Anfimedón trataron
De pelear con ánimo valiente.
 Y entrambos en la sangre resbalaron,
Y cayendo en el suelo, ya querían
Levantarse, y no fué como pensaron.
 Pues delante de sí la espada vían,
Que á entrambos estorbó con varia suerte,
A causa de la cual los dos morían.
 Por el lado hirió con golpe fuerte

A éste y á Forbante en la garganta,
Y así murieron juntos mala muerte.
  Mas al hijo de Actoro, que levanta
Una hacha, que era el arma que traía,
Mató también, mas no con gloria tanta;
  Porque, dejada el harpe, arremetía
A un vaso, señalado con grandeza,
Y con pulida hechura, que allí había.
  El cual, con ambas manos y braveza,
Tiró al triste Eriteo, y no le yerra,
Pues que le hizo pedazos la cabeza.
  Lanzando roja sangre cae en tierra;
Murieron otros muchos juntamente,
Que fueron compañeros en la guerra:
  Polidemon, de reyes descendiente;
Abaris, Caucáseo, Flegia y Clito,
Y el cabelludo Eliz, y otra gente.
  Los muertos eran tantos y el conflicto
Tal, que pisar sobre ellos convenía;
De ver lo cual, Fineo está marchito.
  Y no teniendo brío ni osadía
De estar propincuo á Perseo, desde afuera
Arroja un dardo, y dió do no quería.
  Porque á Ida acertó, el cual no era
De uno ni otro bando, y mal herido,
A Fineo habló de esta manera:
  «Pues que por enemigo me has tenido,
De quien hiciste tal, recibe agora
Herida, cual de tí la he recibido.»
  El dardo que de sí sacó, á la hora
Quería arrojar; no pudo desmayado
Con tanta sangre, que cayó á deshora.
  Odites, entre todos reputado
Por más cabal, después del rey Cefeo,
De mano de Climeno está postrado.
  A Protenor también hería Hipseo,

Y á él Lincides, do también estaba
Emación el anciano, con deseo
De toda rectitud, porque temblaba
Por la gran reverencia que tenía
A los sagrados dioses que adoraba.
El cual, porque la edad le prohibía
El pelear, pelea platicando,
Y las malvadas armas maldecía.
Abrazado al altar está temblando;
Cortóle la cabeza Cromis luego,
La cual cayó en las brasas murmurando.
Espira el alma en medio el sacro fuego.
También Protea y Hamón allí murieron,
Aunque eran invencibles en el juego
De cestos (1); mas con ellos no pudieron
Vencer á las espadas, ni la Ceres
Y vendas á tí, Alfito, te valieron.
Y tú, hijo de Japeto, que no eres
Para batallas bueno, sino ante
Para con tu vihuela dar placeres;
Venido á casamiento semejante
Para solemnizar la boda y fiesta,
A quien Petalo dijo, con semblante
De burlador: «Cantar se ha lo que resta
En el infierno»; y dióle una estocada,
Tan cierta y peligrosa como presta,
Por la siniestra sien; quedó bañada
La tierra en sangre adonde fué caído,
Y la vihuela no desamparada.
Mas antes ya muriéndose, ha movido

(1) El cesto era un guante de cuero de buey, guarnecido de plomo, hierro ó bronce, que servía de arma á los que disputaban el premio del pugilato. Por medio de correas sujetábanse estos guantes á las manos y á los brazos hasta el codo.

Sus cuerdas con los dedos que solía,
Y acaso lastimero fué el sonido.
No le duró á Petalo el alegría
De haberle muerto mucho, porque el fiero
Licormas le vengó, cual convenía.
Arrebató una tranca de madero,
Y dióle en las cervices de manera,
Que acocotado cae como un ternero.
El Garamante Pélates quisiera
Quitar la tranca á la siniestra puerta;
Mas disparó Corito una ligera
Saeta, que la diestra, do le acierta,
Al poste le clavó, á quien clavado
Abante proveyó de muerte cierta.
No se cayó muriendo; mas colgado
Se queda de la mano al poste asida,
Y Menalio quedó también postrado.
Debajo el estandarte y acogida
De Perseo, do trocó con cruda muerte
El riquísimo Dórilas la vida.
Riquísimo era Dórilas, de suerte
Que entre los Nasamones nadie había
Tan hacendado en tierras, ni que acierte
La orden de tratar la granjería
Como él, ni tanto vino y pan cogiese
En toda la comarca do vivía.
Y quiso la ventura que le diese
Bactreo en la ingle izquierda una estocada
(Lugar muy peligroso), y que muriese.
Y viendo el alma casi ya exhalada,
Le dijo: «La que ocupas desde agora,
De tanta tierra te será dejada.»
Mas sobre sí la diestra vengadora
Del valeroso Perseo presto siente,
Con una lanza roja, que á deshora
Sacó del cuerpo de otro, y aun caliente

Por la nariz le dió, y una brazada
A la cerviz parece prestamente.
Y con braveza y furia denonada,
Favorecido bien de la Fortuna,
La vida á Clito y Dano fué quitada.
Que aunque era una su madre, no fué una
La muerte de los dos, ni la herida
Que los envía á la infernal laguna.
Porque una gruesa pica fué metida
A Clitio por los muslos; pero Dano
La misma con los dientes tiene asida.
También mató la valerosa mano
A Celedón Mendesio con divina
Destreza, con que el campo deja llano.
Y Astreo, cuya madre es Palestina,
Y el padre no se sabe quién se sea,
Murió, y aunque á las veces adivina
Etión el Sagaz, hora no crea
Le bastará, que morirá engañado
Del ave que otras veces le recrea.
El armero también quedó postrado
Del rey Toactes, con Agirte infame,
Por muerte de su padre desdichado.
Y aunque ha hecho mucho, no hay para qué
Tan presto á la victoria, que le resta [llame
Mucho más, pues no hay quien no reclame
Con mano armada y con fiereza presta,
Venganza de él, á tuerto y sin justicia,
Y es una voluntad de todos ésta.
Esposa, suegro y suegra con codicia
De su favor, á todos intimaron
A voces el agravio y la malicia.
Y con acentos tristes se quejaron
En vano, que el ruido y vocería
De armas y caídos lo estorbaron.
Mas la Belona diosa, que tenía

El palacio sangriento, ha renovado
La matanza y crüel carnicería.
Fineo y mil sodados le han cercado,
Sobre él caen saetas tan apriesa,
Cual el granizo suele apresurado.
Validas las espaldas de una gruesa
Columna, los contrarios encendidos
Espera, y se defiende, aunque les pesa.
Por ambos lados y ambos los oídos
Las armas le pasaban, y tenía
Los ojos de mirarlas impedidos.
Molfeo Caonio más le perseguía
A la siniestra parte; al otro lado
El árabe Etemón le sacudía.
Como la hambrienta tigre, que ha escuchado
En dos diversos valles dos bramidos
De diversas manadas de ganado,
Que ya quisiera estar do los oídos,
Y no sabe dó ir primeramente;
Así el dudoso Perseo, recogidos
Sus bríos, cuál será más conveniente,
A éste herir, ó al otro, está dudando;
Mas ha ahuyentado á Molfeo de repente,
Pasándole una pierna, y no curando
De perseguirle más, quedó contento
De ver que va huyendo y cosqueando.
Pero aunque fuera de contrario intento,
Ethemón le da prisa de tal suerte,
Que irle no pudiera en seguimiento.
El cual, furioso, y de su cruda muerte
Deseoso en extremo, asesta al cuello
De Perseo un golpe loco, bravo, fuerte.
Y sin poder dañarle en un cabello,
La espada en la columna se quebranta,
Que á su señor hirió sin entendello.
Porque se le ha hincado en la garganta

La parte que saltó; pero no era
Mortal la herida, aunque al herido espanta.
  Mas al que con congoja lastimera
Los brazos ya sin armas extendía
Temblando, y escaparse así quisiera,
  El animoso Perseo sacudía
Tal golpe con el harpe Mercurina,
Que á la barca Carónica le envía.
  Y viéndose acosado, determina
Buscar otro remedio, y amonesta,
Si alguno á serle amigo allí se inclina,
  Diciendo: «Pues á mí ya no me resta
Sino pedir remedio al enemigo,
Y aquesta turba vil me es tan molesta,
  »Vuelva la cara al punto el que es amigo.»
Y descubrió el semblante Gorgoneo,
Que cubierto traía siempre consigo.
  Tesalo replicó: «Tal devaneo
A otro ofenderá»; y aparejaba
Tirarle una saeta. En el meneo
  Y la figura misma que se estaba,
Quedó de piedra mármol, y el cercano
Amphix, que por los pechos procuraba
  Herir con el espada, pero en vano,
A Lincide animoso, en el semblante
Que estaba, yerta vió su diestra mano.
  Y así, ni volvió atrás, ni fué adelante;
Mas el Nileo falso, que decía
Con cara mentirosa y arrogante
  Que del copioso Nilo descendía,
En señal de lo cual traía pintados
Los ríos con que el padre discurría
  En el escudo, unos plateados,
Dorados otros, dijo de esta suerte,
Con gestos y desgarros entonados:
  «Si consolarte quieres con tu muerte

Dichosa, Perseo, y tú dichoso en ella,
Pues que te le ha de dar varón tan fuerte,
»Advierte quién yo soy, y padecella
De tan ilustre mano, y tan valiente
Atribuiráslo á tu benigna estrella.»
La parte de la voz remaneciente
Quedó interclusa en medio del sonido;
La boca abierta queda de repente.
De suerte que ninguno así le vido
Que no entienda pretende hablar; empero
Á la voz el lugar está impedido.
Mas Erix, que con rostro altivo y fiero
Los culpa de cobardes, y convida
A acometer con él al hechicero,
Ya estaba para hacer su arremetida,
Con voluntad soberbia y denodada,
Y cada planta al suelo queda asida.
Su imagen es de piedra, pero armada,
Y sin moverse calla, y ha perdido
El brío y fortaleza señalada.
Tuvieron éstos bien su merecido;
Mas Aconteo, que ayuda al mozo fuerte,
En piedra fué sin culpa convertido.
A quien mientra Actiages se convierte,
Pensando que está vivo, y le procura
Herir, sonó el espada, de la suerte
Que si acertara en una piedra dura.
Quedó admirado de ello, y entretanto,
De piedra se vió hecha su figura,
Y en el semblante agora muestra espanto.
No quiero nombrar más, porque mi intento
Es no me detener en ello tanto;
Sólo diré que había dos veces ciento
Que en esta guerra, visto el Gorgoneo
Semblante, fueron piedras al momento.
De la batalla injusta ya á Fineo

Le pesa, y no me espanto, pues que vía
Tantas estatuas, varias en meneo.
Los suyos hechos piedras conocía;
Llamábalos, creyendo se engañaba;
Al toque, ser de mármol entendía.
Y visto que ninguno le ayudaba,
Las manos puestas iba, pretendiendo
Del valeroso Perseo (á quien hablaba)
Perdón, con voz humilde así diciendo:

«Pues has vencido, Perseo, la figura
Del monstruo Medusino de aquí aparta,
Que hace á quien le mira piedra dura,
Antes que el triste de mirarla parta.
Que ni tu enemistad, ni coyuntura
De verme rey (que yo me tengo harta),
Me compelió á la guerra que te he dado.
Por sola mi mujer he peleado.

»Por sola mi mujer tomé ardimiento
De pelear contigo, que has vencido.
Y aunque en tu caso hay más merecimiento,
Ser yo debía en tiempo preferido.
De no te la haber dado á tu contento
Estoy, oh fuerte Perseo, arrepentido.
Concédeme siquiera la huída;
Tómalo todo, déjame la vida.»

A quien decía esto, sin osarse
Volver hacia los ojos de quien ruega,
Responde Perseo: «Bien pudiera darse
A un cobarde tal, que no lo niega,
Lo que, Fineo, pides; mas dejarse
Con vida el que á la infamia así se entrega,
Es cosa injusta; pero sé esforzado,
Que no serás con hierro ni tocado.

»No estés tan temeroso, cobra brío,
Que no pretendo más que en escarmiento
De tan perverso y fiero desvarío,
Dejar señal de un loco atrevimiento.
Que en la casa real del suegro mío
Estarás, sin que faltes un momento,
Para que mi mujer, que así se duele,
A su esposo mirando se consuele.»

Aquesto dicho, revolvió el escudo
A do la cara vuelto había Fineo,
Que bien quisiera huir, pero no pudo,
Porque estorbó al cuitado su deseo
La ya yerta cerviz, manifestando
El miedo en su postura y su meneo.
El humor de sus ojos queda helado,
Y él hecho piedra, pero en ella escrito
Su poco brío y ánimo apocado.
Porque las manos puestas y marchito
Quedó, y el vencedor á su contento
De tan penoso trance libre y quito.
El cual con su mujer en el momento
Partió para su tierra, y en llegando,
De castigar á Preto tuvo intento.
Que á su crüel abuelo desterrando,
Por fuerza de armas le ha desposeído,
Y gobernaba él tiranizando.
Al cual no ha de Medusa defendido
La gente de su guarda y fortaleza,
Que él ha con tan ruin título adquirido.
Y con lo hecho todo, tu dureza,
Rey de Syrifo, Polydecta extraño,
Está como solía en su entereza.
Que á fuerza de virtud, con tanto daño
Y tal trabajo habida, no se ablanda,
Antes estás más áspero y tacaño.

Y en tu furor é ira detestanda,
Parece que no hay fin, y de tal suerte
Tu lengua contra Perseo corta y anda,
Que afirmas ser ficción lo de la muerte
De Medusa; serás certificado
Bien á tu costa, Perseo al punto advierte.
Cerrad los ojos todos, y mostrado
A los del Rey el monstruo que traía,
En pedernal le deja transformado.
Hasta aquí tuvo Palas compañía
Al fuerte hermano, y de Syrifo parte,
Metida en una nube, y ya se vía
A Giaro y Cipro á la derecha parte.
Por acabar más presto su camino,
El ancho mar pasó de parte á parte.
Entró por Tebas, y á Helicona vino,
A do después que estuvo ya parada,
Al coro docto, virginal, divino
De las hermanas dijo sosegada:

«La fama de una fuente hecha acaso
En este sacro monte, me ha traído,
Que con su dura pata abrió Pegaso,
De la sangre Gorgónica nacido.
Víle nacer á él, y agora paso
A sólo averiguar si lo que he oído
De la admirable fuente es cierto, y dónde.»
A Palas luego Urania así responde:

«Por cualquiera ocasión, Diosa excelente,
Que veas nuestras casas venturosas,
Estamos con razón extrañamente
Contentas, ufanísimas, gozosas.
La fama que has oído de la fuente,
Cuyas aguas son éstas milagrosas,
Es verdadera, y del extraño caso

La origen y la causa fué Pegaso.»

Mostró las sacras ondas á la Diosa
La Musa, que admirada está notando
El principio de aquella rara cosa.
Los bosques y florestas rodeando
Con su divina vista, y cuevas vía,
Moradas de aquel coro venerando.
Do cada hierbecita distinguía
Su diferente flor, y son sin cuento
Las que el hermoso prado poseía.
Dichosas por oficio y aposento
A las hermanas nueve reputaba,
Con tal lugar y tal contentamiento.
A la cual una de ellas replicaba:

«Señora, que sin duda fueras parte
De nuestro santo coro, si pudieras
De tu virtud rarísima escaparte,
Que te ha empleado en cosas más de veras.
No tengo boca yo para negarte
Tus alabanzas, siendo verdaderas;
Que el sitio y ejercicio y suerte es buena,
Si nos dejase la malicia ajena.

»Si hubiese puerta á la traición cerrada,
Ó muro alguno contra el mal deseo,
No nos faltaba, sacra Diosa, nada;
Mas no hay segura cosa, á lo que creo.
Cualquier doncella quédase espantada
De cada viento, que aun agora veo
Al pérfido Pyreneo denodado,
Que en mí desde aquel punto no he tornado.

»Adaulia y toda Focis éste había
Con soldados de Tracia sujetado,

Habiendo en guerra injusta y tiranía
El cetro y reino todo conquistado.
Viónos venir el falso en compañía,
A visitar los templos del sagrado
Parnaso, y venerando falsamente
Nuestra deidad, nos dijo incontinente:

«Señoras de Meonia, yo os suplico
»(Porque nos conocía) que en mi casa
»Y alcázar, aunque pobre, falto y chico,
»Os acojáis mientra el nublado pasa
»(Llovía muy bien); que en otro menos rico,
»Y do en lo necesario habría más tasa,
»Han tenido otros dioses aposento.»
Con él nos fuimos todas al momento.

»Del tiempo y sus ofertas convencidas,
A su palacio fuimos, y en entrando,
Las nubes fueron todas esparcidas,
El bravo Cierzo al Austro desterrando.
Quisiéramonos ir, pero impedidas
Ños vimos del traidor, que acerrojando
Las puertas, á forzarnos ya se esfuerza.
Huímos con las alas de su fuerza.

»Cada una de sus plumas se socorre;
Quedóse él tan corrido, que de presto
Á lo más alto de su techo corre,
Diciendo: «Por do fuisteis iré presto.»
Y subido en la más subida torre,
Se abalanzó, y cayó rasgando el gesto,
A do cualquier traición aposentara,
Y quebrados los huesos de su cara.»

Aun hablaba la Musa, y se sentían
Sonar ligeras alas por el viento,

Y voces de los ramos descendían.
Las cuales saludaban, y al momento
Tritonia preguntó: «¿Qué voz es esta,
Que nos saluda con tan cierto acento?
¿Hacia cuál parte está de la floresta
La gente que nos habla?»; y no era gente,
Sino aves de una lengua aguda y presta.
Nueve picazas son, que amargamente
Se están de su fortuna querellando,
Que entonces se posaron de repente
Sobre los verdes ramos, imitando
Cualquier razón que oían, y lo advierte
Minerva, que se está maravillando,
A quien habló la Musa de esta suerte:

«No ha mucho que en castigo de su brío,
En aves fueron éstas convertidas,
Vencidas en un bravo desafío,
Y de sus desatinos convencidas.
Varón que gran riqueza y señorío
Tuvo en Tesalia, y tierras escogidas,
Piero, fué de aquestas tristes padre;
Euippe Macedónica su madre.

»Preñada nueve veces, y cercana
A parir, invocó la poderosa
Lucyna nueve veces; quedó ufana,
Con nueve necias hijas, y gozosa,
Por ver la ejecución de cierta gana
Que la salió después bien peligrosa.
Á Tesalia y á Grecia atravesando,
Aquí llegó y entró desafiando.

»¡Oh Diosas, sólo en Tespia (1) celebradas!

(1) Tespia era un pueblo de la Beocia, situado al pie del Helicón, y, según Plinio, al pie del Parnaso.

No engañéis más al vulgo indocto y necio
Con vuestras voces vanas entonadas,
Porque el preciar de un tonto es menosprecio;
Si estáis en vuestras gracias confiadas,
Gran ocasión tenéis de ganar precio.
Disputad con nosotras. No sois parte
Para vencer con voz en gracia ó arte.

»El número es igual, y si os conviene
No disputar, dejadnos al momento
La fuente Medusea é Hippocrene;
Más premio no queremos. Si contento
Os da no le tener, cada cual viene
Con firme voluntad y pensamiento,
Siendo vencida, de irse desterrada
A la montosa Macedonia helada.

»Y porque el vencedor mejor se entienda,
Las Ninfas presentamos por jüeces
Que juzguen y diriman la contienda,
Presentes siendo al disputar á veces.
Vergüenza fué de gentes tan sin rienda,
Tan necias y tan locas y soeces
Escuchar desafío; pero fuera
Mayor no le aceptar en gran manera.

»Las Ninfas por jüeces ya nombradas,
Juraron por los ríos y laguna
Estigia, de juzgar no aficionadas,
Guardando su derecho á cada una.
Las sillas son de piedra, do sentadas,
Oyeron ya cantar sin suerte á una
Las guerras de los dioses inmortales,
Loando los Gigantes tan bestiales.

»Alaba los Gigantes con mentira,



Los hechos de los dioses deshaciendo,
Y dice que temblando de la ira
De Typhón, fueron hasta Egipto huyendo.
El hijo de la Tierra como vira
Tiró tras todos ellos pretendiendo
Vencerles, y que sólo se escaparon
Porque en diversas formas se mudaron (1).

»Y dijo que en marón se había tornado
El poderoso Jove en poco rato,
Y en Libia en esta forma es adorado.
Y Delio se hizo cuervo, Diana gato,
Baco en cabrón se torna, y en pescado
La diosa Venus verse la fué grato.
En cigüeña Cilenio se transforma,
Tomó Junón de blanca vaca forma.

»Hasta aquí con su cítara cantaba,
Y nosotras oimos entretanto.
Calló, y la gente toda que escuchaba
Estaba ya pidiendo nuestro canto.
Mas, señora, quizá que á tí te agrava
Oirle, que lugar no tienes tanto.
—Por cierto (dijo Palas) no me vaya
Hasta que oído vuestros versos haya.

»No partiré de aquí (la sacra Diosa
Responde) sin oir la melodía
De vuestra voz»; y en una hierba umbrosa
Sentada oyó la Musa, que decía.
A una de nosotras más graciosa
El cargo del cantar se cometía
Levántase de hiedra coronada,

(1) Según Eusebio, esta metamorfosis de los dioses fué el origen del culto que en Egipto se les tributó.

Miró si la vihuela está templada.

Tocando con donaire su instrumento,
Al canto dió principio deseado,
Diciendo así con delicado acento
Al menear de dedos concertado:
«La diosa Ceres fué quien tuvo intento
Primero de romper con corvo arado
La tierra, y la primera sembradora,
De leyes y alimentos fundadora (1).

»No se posee cosa que no sea
Merced y don de su benigna mano.
Cantar pretendo de ella, y nadie crea
Que aunque mi canto sea soberano,
Podrá llegar á do llegar desea;
Que es tan alto su fin y tan ufano,
Que ojalá que ella misma me dignase
Á que como merece la alabase.

»La gran Sicilia echada fué á Typheo
Por lancha de su honda sepultura,
Y tiene opreso el cuerpo giganteo
Que osó esperar las sillas del altura.
Preténdese él soltar, mas su deseo
Es vano, pues en vano lo procura.
Debajo de Peloro está su diestra,
Y tú, Paquin, oprimes la siniestra.

»Sus piernas señaladas en grandeza
Ocupa Lilibeo por su pena;
El alto Etna agrava su cabeza,

(1) Decíase de Ceres que era fundadora de leyes, porque, como madre de la agricultura, al fijar las propiedades había establecido los fundamentos de las leyes.

Haciendo vomitar al triste arena
Y llamas escupir, con tal fiereza
Que su boca las da por larga vena,
La carga descargarse procurando,
Está montes y pueblo meneando.

»De ahí la tierra tiembla, y el eterno
Gobernador del mundo soterraño
Se teme que la misma hasta el infierno
Se hienda, y á las almas haga daño
Con la luz, de la cual es su gobierno
(Si con paz ha de ser) del todo extraño,
Y para remediar tan grave cosa,
Salió de su morada tenebrosa.

»Del tenebroso reino do temblaban,
En un carro ha salido el gran tirano;
Cuatro caballos negros le tiraban,
Por remediar peligro, que es tan llano·
A la isla llegó de do manaban
Los terremotos, visto cuán en vano
Tenía temor, pues todo está tan fuerte,
Sin miedo va seguro con su suerte.

»Estaba bien seguro el fundamento
Siciliano, y nada se caía,
A causa de lo cual quedó contento,
Siendo imposible ya lo que temía.
Paseando se iba con intento
De dar de mano á su melancolía,
De su monte Ericina le ha mirado,
Y al hijo volador así ha rogado:

«Mis armas y mis mañas, hijo mío,
Mi gran poder, dulcísimo Cupido,
Conviene que el que tiene el señorío

Por suerte del Infierno, vaya herido
Con flecha, de tan alto poderío
Que tal valor al tuyo esté rendido.
Á tí se humillan todos los mortales,
Tú domas á los altos inmortales.

»Al sumo Jove vences soberano,
Y tienes sujetado á cautiverio
Al que gobierna tierra y mar insano.
¿Pues hay en el Infierno más misterio?
¿Por qué no empleas tu invencible mano
Acrecentando de ambos el imperio?
¿Por qué no van tus llamas al profundo,
Pues es tercera parte de este mundo?

»Y aun hágote saber que allá en el cielo
Hay quien estima en poco nuestro mando.
¿No ves cuán libre es Palas, que me duelo
De estarlo, amado hijo, imaginando;
Y cómo descuidada acá en el suelo
Diana está de ser de nuestro bando?
Y digo que si tú lo consintieres,
Virgen será la hija de la Ceres.

»En la esperanza misma confiada
Pretende virgen ser á tu despecho,
Mas si reinar conmigo no te enfada
Anúdala á su tío en lazo estrecho.
De decir acabó, cuando él, tomada
Su aljaba, escogió para tal hecho,
Entre mil viras una más certera,
Más justa al arco, más aguda y fiera.

»Con la rodilla flecha el duro cuerno
Y enclava el corazón, hasta allí exento,
Del dios Plutón, que rige el negro infierno

De penas rico y pobre de contento.
Cabe el fogoso Etna y su gobierno
Está Pergusa un lago, do el concento
De cisnes se frecuenta de manera
Que no oye más Caistro en su ribera.

»Cercada el agua está de una floresta
Contino verde, tal que los calores
Del Sol, en el mayor ardor y siesta,
Como con velo quita y nacen flores.
En el húmedo suelo, do está puesta
Frescura y variedad de mil colores,
Verano es siempre allí; no faltan hora
De aquel fresco lugar Favonio y Flora.

»A do mientra Proserpina pasea
Con sus iguales llenas de alegría,
Y cortando violetas se recrea
O blancas azucenas, y cogía
Con tanta priesa, que vencer desea
Las otras, y el regazo y seno hinchía,
La vió Plutón, y en ese mismo instante
La amó y robó, salió tan fino amante.

»La Diosa, muy turbada, con tristeza
Su madre y compañía á voces llama,
Mas á la madre más, y luego empieza
A desgarrarse toda, llora y clama.
Caíansela las rosas, y simpleza
Había tan grande en esta moza dama,
Que con se ver del arte que se vía,
De las caidas flores se dolía.

»Subió en su coche el robador amante;
Tomó las riendas llenas de herrumbre;
A los caballos manda que al instante

Se partan con más priesa que es costumbre.
Por los estanques altos de quemante
Sulfúrea agua tanto como lumbre
De los Pálicos (1) parte, y por do fueron
La gente que de Bachis (2) descendieron.

»Cabe Aretusa en Pisa está cercado
De un mar angosto un lago, do vivía
Cíanes, una Ninfa, de extremado
Semblante, entre las otras que allí había.
El estanque su nombre había tomado
De su señora, que saliendo vía
Venir el nuevo amante con la diosa,
La cual conoce y siente va penosa.

«No pasaréis de aquí, que no conviene
»(Les dice) que de Ceres te hagas yerno,
»Contra su voluntad, y quien te tiene
»Robado el corazón y vuelto tierno,
»Debía venir rogada, y no cual viene
»A ser por fuerza reina del Infierno;
»Mas conforme al amor señor obraras,
»Si en trueco de robarla la rogaras.

»Porque si comparar pequeñas cosas
»Con grandes me es agora concedido,
»Entre las otras Ninfas muy hermosas

---

(1) Los Pálicos eran dos hermanos gemelos, hijos de Júpiter y de la ninfa Thalía. Dieron su nombre al pueblo de Pálica y al lago inmediato, cuyas sulfurosas aguas estaban siempre hirviendo.

(2) Las Bachiadas eran una familia corintia, originaria de Bachis, rey de Corinto, ó de Bacchia, hija de Baco. Desterradas de Corinto, fueron á Sicilia, donde fundaron la ciudad de Siracusa.

»Anapo por su dama me ha elegido.
»Y oídas sus razones amorosas,
»Le escogí por amante y por marido,
»Y me casé con él regocijada,
»Y no como Proserpina espantada.»

»Estorba con los brazos el camino
Diciendo aquesto Cíane al momento.
No pudo más sufrir el Saturnino,
Mas antes con terrible movimiento,
Por medio de las aguas le convino
(Movido con su cetro el bajo asiento)
Abrir la tierra, por la cual adentro
Su carro y sus caballos baja al centro.

»Quedó tan triste Cíane y corrida
De ver que va Proserpina robada
Y que en su sacra fuente no fué oída,
Mas antes de Plutón fué profanada,
Que sin querer consuelo, derretida
En lágrimas, fué en agua transformada.
Pudieras ver sus miembros ablandarse,
Los huesos, antes yertos ya doblarse.

»Las uñas su dureza habían dejado,
Y en agua se convierte de repente
Lo que en su cuerpo era más delgado,
Los dedos, piernas, pies, cabello, frente.
Porque los miembros chicos han tomado
Aquella nueva forma fácilmente.
Después los hombros, pechos y los lados
En ríos se transforman delicados.

»En conclusión, tan dura fué su pena,
Que breve tiempo pudo transformarla,
De suerte que estragada cada vena

Quedó sin sangre, y á querer palparla,
Estando ya de vida y cuerpo ajena,
Fuera imposible cosa, ni mostrarla
En el licor en que se convertía
Que mezclado á su fuente ya se había.

»En tanto de la madre temerosa
Fué por demás Proserpina buscada.
Porque en toda la tierra dejó cosa
Sin pesquisar, y aprovechaba nada.
Tan diligente anduvo y cuidadosa,
Que un punto no la vieron descuidada,
Sin maternal afecto verdadero,
Ni la rosada Aurora ni el Lucero.

»Dos pinos arrancó, y en el fogoso
Etna los encendió, con que se alumbre
Estando obscuro el aire y tenebroso,
Y así la busca valle, llano y cumbre.
Y cuando con el manto luminoso
Desmayan las estrellas de su lumbre,
La hija amada busca diligente
De do se pone el Sol hasta el Oriente.

»Seca de sed, cansada del camino,
Quisiera refrescar la amarga boca:
Acaso vió una casa á do se vino,
Pajiza era, y á las puertas toca.
Salió una vieja, y conoció el divino
Semblante, y su riqueza fué bien poca,
Pues á su sed con zumo satisfizo
De puchas de cebada que antes hizo.

»Bebió con mucho gusto el agua dada
Sin lo advertir la soberana Diosa;
Vióla un muchacho, y con desvergonzada

Cara la dijo: «Cierto sois golosa.»
Quedó la sacra Ceres enojada,
Y de vengar la injuria deseosa,
Con el hordiate mismo le rocía
El rostro, que acabado no le había.

»La cara se manchó descomedida,
Y en piernas ambos brazos se mudaron,
Una cola á sus miembros fué añadida,
Que porque dañen poco se abreviaron.
De forma que menor fué su medida
Que de una largatija, y gotearon
Su cuerpo unas estrellas, y llamado
De allí es Stelio, que huye acelerado.

»Huía de la vieja congojosa,
Que atónita de verle está llorando,
Y su monstruoso ser tocar no osa,
Castigo de su yerro detestando.
Y por la tierra dura y pedregosa
A do esconderse iba procurando,
De cuerpo y de colores proveído,
De do nació su nombre y apellido.

»Querer contar las tierras es muy largo,
A do buscó la Ceres su hija cara:
Por todo el mundo anduvo, y á mi cargo
Que si más mundo hubiera, más buscara.
Tornó á Sicania, á do con rostro amargo
Volvió á buscarla, y á la fuente, para
De Cíane que nuevas de ella diera,
Si en agua trasformada no estuviera.

»De quien, aunque decirla no podía
Porque la boca y lengua le faltaba,
Con señas manifiestas lo hacía,

Pues delante sus ojos la mostraba
La cinta que caído se le había
En el sagrado estanque do ella estaba,
Y como lo ha la Diosa conocido,
Quedó de nuevo fuera de sentido.

»Renueva su dolor y sentimiento,
Cual si supiera entonces ser robada
La amada hija, y sufre tal tormento,
Que de pasión está desatinada.
Sus pechos hiere, mésase sin tiento,
Aun no sabe á qué tierra fué llevada,
Y culpa á todas, y á cualquiera trata
Cual si cualquiera fuera muy ingrata.

»Con un semblante airado, fiero, extraño,
Razones iracundas y mohinas,
Las llama ingratas, y de un don tamaño
Cual es simiente y mieses más que indinas.
Y por hallar el rastro de su daño,
En tí, Trinacria, las injurias finas
A tí se dicen y en tu honor se toca,
Con ásperas palabras de su boca.

»Ni con las maldiciones satisfecha
Quebró la reja aguda y corvo arado,
Los instrumentos rústicos desecha,
Y de los labradores se ha vengado.
No tratan de sembrar ni se barbecha,
Que les mató los bueyes y ganado,
Y manda de rabiosa prestamente
Que no produzca fruto la simiente.

»Y la fertilidad que ser solía
Por todo el ancho mundo celebrada,
De aquella tierra ya sin alegría

Esparcida la triste está postrada.
La mies que más medrada parecía,
En un momento queda desmedrada,
Y cuando representa hierba verde,
Ó por mucha agua ó gran ardor se pierde.

»Y las golosas aves las sembradas
Destruyen por cumplir con sus antojos,
Del viento y las estrellas son dañadas,
Del lijo y pungentísimos abrojos.
No hay trigos, ni centenos, ni cebadas,
Sin grama inexpugnable á cien mil ojos,
Y visto que este daño no se excusa,
Levantó su cabeza allí Aretusa.

»De las Eleidas ondas sale afuera
La sagrada Aretusa (1), demostrando
Corresponder con ansia lastimera
Al celo de la Diosa venerando.
Y comenzó á hablar de esta manera,
Los húmedos cabellos apartando
A entrambos lados, por dejar patente
La boca hermosa y la serena frente:

«¡Oh madre de la virgen pesquisada
»Por todo el universo, y abundancia
»De pan, con que la tierra está dotada
»De agricultura, industria y de ganancia!
»No estés con pena y ansia congojada,
»Ni culpes á la misma con instancia.
»Pues no merece pena en haber hecho
»Lugar al robador á su despecho.

(1) Creían los antiguos que el río Alfeo, después de bañar la Élida, atravesaba el mar sin mezclar sus aguas, é iba á confundirse con la fuente Aretusa, cerca de Siracusa.

»Y no es mi patria, no, por quien suplico
»Perdón, aunque en extremo le deseo:
»De Pisa soy, lugar hermoso y rico;
»Mas en Sicania agora me recreo.
»Y ante tí, Diosa eterna, testifico
»Que es este sitio tal que yo poseo,
»Por quien pido perdón, que en lo restante
»No pienso lo hay mejor ni semejante.

»Porque me haya movido de mi asiento
»Tomándole en Ortigia, fatigada
»Con tanto mar, señora, tengo intento
»De darte cuenta de ello, ya pasada
»Tu pena, tu cuidado y tu tormento,
»Cuando te sienta estar desenojada;
»Que para relatarte mi ventura,
»Mejor sazón espero y coyuntura.

»Por bajo de la tierra es mi camino
»Hasta llegar aquí, do miro al cielo
»Y reconozco el lustre tan divino
»Del estrellado manto, que no suelo.
»Pues mientras que corriendo yo camino
»Por la lag unaEstigia, sin consuelo
»A Proserpina ví por estos ojos
»Mostrándome en los suyos mil enojos.

»Vila de angustia y de temor cercada,
»Mudado su semblante soberano;
»Pero también estaba coronada
»Por reina y por mujer del gran tirano.»
La madre, aquesto oído, de espantada
Quedó como una piedra, ni en su mano
Fué no mostrar dolor, porque en el punto
Perdió contento y seso todo junto.

»Y arrebatado un coche sube al cielo,
Con el semblante lleno de tristeza.
Sin tino, desgreñada, sin consuelo,
Ante el Tonante puesta, al punto empieza:
«No pienses alto Dios que dejo el suelo
»Y vengo á la presencia de tu alteza;
»Ajena de contento y alegría,
»Por menos que la sangre tuya y mía.

»Muévate, soberano Rey y eterno,
»Tu hija, si su madre no ha podido,
»Y no te muestres padre menos tierno
»Por haber yo á Proserpina parido;
»La cual buscada con afecto interno,
»Agora sin pensar ha parecido,
»Si es parecer perderse, ó si es tenida,
»Sabiendo donde está, por parecida.

»Sufriremos haber robada sido,
»Con tal que el robador la restituya,
»Porque un ladrón no es justo sea marido
»De quien tan justamente es hija tuya
»(Si no pierde por mí).» Aquesto oído,
Para aliviar el llanto y pena suya,
El sacro Jove la mostró tal gracia,
Que pareció dolerle su desgracia.

»Y respondiendo, dijo: «Nuestra prenda
»Y nuestra carga es de entrambos ella;
»Mas no será razón se reprehenda
»Una hazaña tal, que si entendella
»Queremos como es justo, fué contienda
»De Amor, y su intención no fué ofendella,
»Sino servirla con afecto tierno:
»¿Y qué deshonra es tener tal yerno?

»Por cierto, si tú quieres, sacra Diosa,
»No nos será tal yerno vergonzoso,
»En quien cuando faltara toda cosa,
»Bastaba ser de Jove poderoso
»Hermano, cuanto más que es poderosa
»Su mano, cual lo es ésta, y decir oso
»Que no le hago ventaja en cosa alguna
»Más que en la suerte próspera y fortuna.

»Pero, pues tan de veras deseado
»Has su divorcio, volveráse al cielo
»Proserpina, con tal que ni un bocado
»Haya probado allá debajo el suelo;
»Que así está por las Parcas concertado.»
Quedó con esto Ceres con consuelo,
La cual por cosa cierta ya tenía
De recobrar su hija, y su alegría.

»Por cierto lo tenía, pero crea
Que el hado inevitable se lo veda,
Pues mientras que Proserpina pasea
Por un jardín de frutas y arboleda,
De un árbol que de fértil la recrea,
Una granada corta y come leda,
Sacando con su boca y con sus manos
Del amarillo casco siete granos.

»Con solo siete granos el ayuno
Quebró la soberana y sacra Diosa;
Lo cual de todos no miró ninguno
Sino Ascalafo, á quien parió la hermosa
Orfne de su Aqueronte, que importuno
Al punto descubrió toda la cosa,
Y siendo por él, crudo, publicada,
De se poder tornar quedó privada.

»Privada de volverse y de contento,
La reina del Infierno dió un gemido,
Y el profano testigo en el momento
Pretende sea en ave convertido.
Y para conseguir su fin é intento,
De pico, pluma y ojos proveído
Le ha la cabeza loca mal mirada
Con el agua de Flegetón regada.

»Y privado de sí, se está cubriendo
Con rubias alas ya sobrevenidas,
Y aun apenas las plumas sacudiendo
Que en los brazos sintió recién nacidas,
En la cabeza crece, y va sintiendo
Que sus uñas se tornan retorcidas,
Y en buho se convierte, sucio y fiero,
De luto á los mortales cierto agüero.

»Bien puede parecer que tales penas
Ha éste por parlero merecido.
Pero decid vosotras, oh Sirenas,
¿Por qué la pluma y pies os han nacido
De aves, en los rostros nada ajenas
De vírgenes hermosas? ¿Si ha esto sido
Porque cuando Proserpina cogía
Las flores era en vuestra compañía?

»A quien, después que en vano habéis buscado
Por todo el universo, deseasteis,
Porque se viese bien vuestro cuidado,
Buscarla por la mar, adonde entrasteis
Con alas que en el punto se os han dado,
Que haberlas de los dioses procurasteis
Y os visteis de repente proveídas
De plumas, aun apenas no pedidas.

»Mas porque aquella voz en quien Dios puso
Poder para ablandar los pedernales,
Y aquella lengua que hace estar confuso
El oído de todos los mortales,
No perdiese el gracioso y dulce uso,
Quedasteis con los rostros virginales,
Con bocas, voces, lenguas muy süaves,
Y en todo lo restante fuisteis aves.

Pero el sagrado Jove se ha metido
En medio del hermano y triste hermana,
Y habiendo en dos mitades dividido
El año, tal contienda queda llana.
Mandando que se esté con su marido
La una, y con su madre soberana
La otra (1), y que Proserpina in eterno
Del cielo diosa sea y del infierno.

»En ese mismo punto se convierte
El pecho de las diosas y semblante,
De triste alegre, tantc y de tal suerte,
Que la que al dios Plutón parecía ante
Estar, cual suele el condenado á muerte,
Al sol desanublado es semejante,
Y Ceres con su hija ya contenta,
A tí Aretusa quiere pedir cuenta.

»Demanda la razón de tu huída
Y conversión en consagrada fuente;
Las ondas enmudecen do metida
Sacaste la cabeza prestamente,
La cabellera verde humedecida

(1) Esta ficción nació sin duda de que la Luna, es decir, Diana ó Proserpina distribuye su luz por semestres á cada uno de ambos hemisferios.

Apartando de tu serena frente,
Por recontar, cumpliendo su deseo,
Los antiguos amores de tu Alfeo.

»De las Ninfas de Acaya fuí yo parte
(Dijiste), y no cualquiera, sino una
Que en saber bien cazar tuve tal arte,
Que nunca fuí igualada de ninguna;
Y aunque era fuerte, tuve en cualquier parte
Renombre de hermosa, y mi fortuna
En esto era de mí tenida en nada,
Y suele de otras ser bien estimada.

»Mas yo, de puro rústica, tenía
Vergüenza de me ver llamar hermosa
En tanto grado, que me parecía
Delito ser tenida por graciosa.
Cansada de cazar y sol venía
De Stimfalo (1) (me acuerdo), selva umbrosa,
Y aunque el calor ardiente me abrasaba,
Con mi trabajo grande se doblaba.

»Mas hállome unas aguas, y consuelo
A mi necesidad muy oportuno,
Tan claras, que en el más bajero suelo
Los guijos se contaran uno á uno.
No había remolino ni recelo
De movimiento áspero ninguno;

(1) Stinfalo se llamaba una población, un río, un lago, una fuente y una selva en la Arcadia, que recibieron tal nombre de Stinfalo, hijo de Elato y de Laodicea, y rey de Arcadia. Refiere una antiquísima tradición que en las márgenes de este río vivian unas aves monstruosas, llamadas *Stinfalilidas*, que destruyó Hércules; pero, según Plinio, estos animales son fabulosos.

Mas antes á la vista parecía
Que apenas el corriente se movía.

»Los álamos y salces y otras plantas,
Por sola su ventura allí plantadas,
Hacían sombra á las aguas frescas santas
De cuyo humor estaban sustentadas.
Al punto que llegué mojé mis plantas
Y entré hasta las rodillas, y quitadas
Las blandas vestiduras, me echo á nado,
Por verme en el contento deseado.

»Pongo en un corvo salce mi vestido,
Arrójome en el agua, y voy nadando
El sagrado licor habiendo herido,
Con piernas y con brazos estribando.
Y mientras con el cuerpo así movido
Me dejo ir por las ondas deslizando,
No sé qué murmurar oí en lo hondo;
A la ribera salgo, á do me escondo.

»Salíme á la ribera más cercana,
Y al punto, de sus aguas dijo Alfeo:
«¿A dó vas, Aretusa? Vuelve, insana»,
Con un hablar tan ronco como feo.
Yo comencé á huir de buena gana
De aquella misma suerte que me veo,
Desnuda digo, que el vestido mío
A la otra parte estaba de este río.

»Desnuda corro, no reparo en nada;
Mas él con más contento me seguía,
Por ir á su entender aparejada
A lo que él crudo hacer de mí quería.
Cual del halcón, con ala acelerada,
Se escapa la paloma, yo huía;

Mas él me sigue á mí con el estruendo
Que á las palomas va el halcón siguiendo.

»A Orchomenón llegué, y él tras mí viene
A Psophis, y Erimanton el helado;
Siguióme hasta Menalion y Cilene,
Y Helin, que hasta allí no me he cansado.
En el correr ventaja no me tiene,
Sino que con mi cuerpo delicado
No pude yo durar como él podía,
Que él trabajar mejor que yo sufría.

»Huir con todo eso determino
Por más de un monte, campo, peña y canto,
Corriendo por camino y sin camino.
Dábame el sol de espaldas; entretanto
Su sombra ví ante mí, si no me avino
Que no la viese yo, sino mi espanto.
Mas cierto de sus pies oí el rüido,
De que un horror terrible me ha venido.

»Oyendo de sus pies el fiero estruendo
Quedé espantada, y más cuando movida
Sentí la venda con que ato y prendo
Mi cabellera, en fin de la corrida,
Del aire de su aliento; y no pudiendo
Pasar más adelante, ya vencida,
Asida soy, doy voces, pues no corro:
—¡Diana sacra, dadme aquí socorro!

»¡Dadme favor, señora, pues yo era
Aquella á quien mil veces vos hicistes,
Entre las otras Ninfas, vuestra armera,
Y vuestra aljaba y arco me rendistes!—
A esta rogativa lastimera,
Llorosas voces con acentos tristes,

Movida fué la Diosa, y me procura
Cubrir al punto de una nube obscura.

»Buscábame cubierta el ignorante
Alfeo, aquella nube rodeando;
Dos veces me ha cercado en un instante,
«¡Aretusa, Aretusa!» voceando.
¿Qué ánimo tendría? semejante
A la cordera que oye ir aullando
Los lobos carniceros bravamente
Y en torno del corral andar los siente;

»O el que la liebre tiene temorosa
En su cama escondida, de do advierte
La turba de los galgos codiciosa
De darle alcance, golpe y cruda muerte,
Que sin se osar mover, está medrosa
Esperando el suceso de su suerte;
Y como no vió rastro hacia otra parte,
Estáse quedo, que de allí no parte.

»La nube y el lugar do estoy cercaba;
Tomóme á mí de verlo un sudor frío
Tal, que mi cuerpo todo goteaba,
Y del cabello rubio cae rocío.
No moví aparte el pie, que no manaba,
Y en fin ví convertido el cuerpo mío
En unas aguas puras al momento
En menos tiempo que ha que te lo cuento.

»Conóceme mudada en agua pura
El río, y en el punto se transforma
En sí, desamparada la figura
De hombre, por poder en mejor forma
Ajuntarse conmigo; mas procura
Librarme de él Dïana de esta forma:

Rompió la tierra, y por allí me hundo,
Saliendo aquí en Ortigia á ver el mundo.

»Parezco aquí en Ortigia, que me es grata
Con el renombre de la sacra Diosa.»
Aquí calló Aretusa, y luego ata
Al carro los dragones (1) deseosa
La fértil Ceres, que con tino trata
Dar orden que la tierra esté abundosa,
De se ir á Atenas, do llegó al momento
Rodando con su coche por el viento.

»Y dada á Triptolemo (2) la simiente,
Mandó que parte de ella sea sembrada
En tierra inculta, y parte prestamente
En otra largo tiempo barbechada.
La orden por el mozo conveniente
Ya por Europa y Asia estaba dada,
Y hacia Scitia su curso enderezaba,
Do Linco, rey entonces, gobernaba.

»A su casa real había llegado
Cuando le pidió el rey por do venía,
Y de su patria y nombre preguntado
Y causa del vïaje, respondía:
«Atenas es mi tierra, y soy llamado

(1) Estos dos dragones ó serpientes pueden ser imagen alegórica de los sabios consejos con que Ceres previno á Triptolemo contra todos los peligros.

(2) El nombre Triptolemo significa *que abre los surcos.* Parce ser fundamento de esta fábula la introducción del culto de Ceres en el Ática por Triptolemo, rey de Eleusis, que se hizo iniciar en los misterios de la Diosa. El carro, arastrado por dragones alados, es el buque en que este príncipe recorrió los mares de Grecia para llevar cereales á diversas comarcas y enseñar el arte de sembrarlos.

»Triptolemo de todos, y mi vía
»Ni ha sido por el mar, ni por el suelo
»Mas por el aire con ligero vuelo.

«Y de la diosa Ceres traigo dones,
»Que por los anchos campos esparcidos,
»Darán á los humanos galardones
»En mieses y alimentos convertidos.»
El bárbaro, notadas sus razones
Y sus poderes tantos entendidos,
Quedó de envidia lleno en gran manera
De quien autor de tal merced les era.

»Y en su real palacio recibido,
Matarle al primer sueño pretendía.
En Lince fué por Ceres convertido
Cuando clavarle el pecho ya quería;
Y al ateniense mozo defendido,
De nuevo por el mundo luego envía.»
Aquí acabó Calíope su canto;
Las Ninfas sentenciaron entretanto.

»Fué la sentencia luego pronunciada
A nuestro gusto en la sagrada curia,
Y cada cual doncella condenada
Con mucha desvergüenza nos injuria.
Allí repliqué yo como enojada:
—Pues argumentáis la culpa con tal furia
Del desafío, tiempo no se gaste,
Que no hay paciencia ya que á tanto baste.

»Razón es corresponda á tal soltura
De gente loca, que tan mal lo mira,
Castigo en proporción á su locura,
Dejándonos llevar de nuestra ira.—
Las hijas de Piero en risa pura

Echaron mis razones, y se admira
Cada cual al momento que quisieron
Respondiendo ofendernos, y se vieron.

»Con muchos ademanes pretendían
Hablar de mano todas, voceando;
Las alas por las uñas les salían;
La pluma va los brazos ya poblando,
Y unas á otras en sus caras vían
Crecer el pico, é ir acrecentando
Las aves en el monte y selva umbrosa
Con su transformación tan monstrüosa.

»Y en su pecho queriendo dar palmadas,
Haciendo con los brazos movimiento,
Se vieron en el aire levantadas
Sin tener en los montes escarmiento.
Y aun en picazas vueltas, son dotadas
De la facundia antigua y vano intento,
Y ronca parlería procurando,
Con gran cuidado estar contino hablando.»

LIBRO SEXTO.

Había la diosa Palas escuchado
A la sagrada Musa, y alababa
Sus versos y el castigo justo dado.
  Y así consigo misma razonaba:
Loar muy poco es, sin ser loada,
Y en su favor razones alegaba.
  Ser la divinidad menospreciada
Es mal, y justamente se castiga
Cualquiera que á los dioses tiene en nada.
  Y el ánimo revuelve á su enemiga
Arachne (1), cuya suerte brevemente
Será razón ahora aquí se diga.
  En lino y lana fué tan excelente

---

(1) Dice Plinio que Arachne, hija de un hombre de humilde origen, natural de la Lydia, inventó el arte de hacer telas y redes, y que se ahorcó de desesperación. La semejanza de su nombre é industria con los de la araña fué sin duda motivo de esta metamorfosis.

Maestra, que á la Diosa no quería
Rendir ventaja, ante entre la gente
En público y secreto se decía
Que á la Minerva misma no estimaba;
Tan grande era en su arte y policía.
Su fama por el mundo no sonaba
Por patria ó padre ilustre; el artificio
Tan raro y extremado la loaba.
De Idmón, que era el padre, fué el oficio
Con púrpura teñir la seca lana;
La madre ya era muerta, que á jüicio
Común no la debía tener ufana,
Porque era semejante á su marido,
De ruin estofa, pobre y aldeana.
Mas ella había ganado y adquirido
Por los pueblos de Lydia gran renombre,
Aunque en pequeña casa había nacido.
Por ver las obras suyas no había hombre
Que no viniese, y por aquesto sólo
En toda parte tuvo fama y nombre.
La Ninfas de las viñas de Timolo
Dejaron sus moradas, y acudieron,
Y las Ninfas también del río Pactolo.
Y no sólo contentas estuvieron
De ver las vestiduras acabadas,
A do de sus labores muestras vieron;
Mas aun cuando las manos delicadas
De Arachne las labraban y tejían,
De todas ellas eran admiradas.
Estaban espantadas cuando vían
Hacer vellones de la tosca lana,
La cual lavada apenas conocían,
Y cardarla y peinarla tan ufana,
Con sus hermosos dedos, imitando
Las nieblas que se ven en la mañana.
Que hilando estuviese, que labrando,

Dijeras ser de Palas (1) enseñada,
De que ella se desprecia, no estimando
Maestra tal; mas antes injuriada,
Decía: «Venga esa diosa si quisiere;
Veremos quién merece ser loada.
»Que si en hacer labores me venciere,
O en otros ejercicios de otra suerte,
Yo me pondré á la pena que me diere.»
Minerva en una vieja se convierte,
De canas su cabeza proveyendo;
Su cuerpo sustentando poco fuerte
De un báculo, la entra así diciendo:

«No en todo, aunque penosa, se desecha
La antigua edad, pues de los largos años
Resulta la experiencia que aprovecha
Para remedio cierto de mil daños.
Si precias mi consejo, satisfecha
Sin duda quedarás de tus engaños.
Honrarás á los dioses inmortales,
Competirás con solos los mortales.

»Da la ventaja á Palas, santa diosa,
Demándala perdón de tus errores,
Con voluntad humilde y deseosa
De remisión, y habrásla con favores.
Porque la contrición es poderosa
A convertir los grandes pecadores
En justos, y será cual yo te digo;
Que Dios de los humildes es amigo.»

Con semblante furioso y enojado

(1) Estimaban los griegos á Pallas habilísima en el arte de trabajar la lana.

La mira, y por mirarla de esta suerte,
La comenzada hebra no ha acabado.
Y apenas se resiste, y se convierte
Su ira en el denuedo demostrada,
En ira menos brava y menos fuerte,
Y respondió á Minerva disfrazada:

«Caduca vieja, cuyo entendimiento
Por la sobrada edad está perdido,
Si visto hubieras ya tu acabamiento,
Hubiera para tí muy mejor sido,
Siquiera de tu hija ó nueras ciento
(Si tantas tienes) sea aquesto oído.
Yo sé lo que me cumple; ¿quién te manda
Venir tan tonta á mí con tal demanda?

»Y porque de tan necio desengaño
No entiendas me resulta algún provecho,
En mi opinión me quedo, y á mi daño,
Pero á contento mío y tu despecho.
Porque la misma Diosa, si tamaño
Es su poder, que haga lo que he hecho.
¿No viene á competir? Venga la Diosa,
O véla tú á decir por qué no osa.»

«Entonces vesla, vino» (la responde),
Y su figura muestra en el momento,
Que en la de vieja más ya no se esconde.
Honraron el divino acatamiento
Las Ninfas y mujeres que allí estaban
De Frigia, mas no hizo movimiento
La virgen de temor, aunque mostraban
Vergüenza sus mejillas coloradas,
Mas luego como de antes se tornaban,
Cual cuando del Aurora están rosadas
Las nubes, y del sol recién nacido,

En breve tiempo blancas son tornadas.
El mismo parecer que había tenido
Sustenta, y da de ojos en su hado,
Pensando como loca haber vencido.
Porque la sacra Diosa no ha curado
De amonestarla más ni más, rehusa
El desafío casi comenzado.
Y pues ninguna de ellas ya se excusa,
Antes de un parecer entrambas fueron
De aquella misma suerte que se usa,
Entre las dos, dos telas se urdieron,
Que á cada cual su estambre satisfizo,
Y en diversos lugares se pusieron.
Y atada ya la tela con el lizo,
Divídenla con una cañavera,
Que el menester que suele entonces hizo.
Entretejía la aguda lanzadera
La trama, con los dedos arrojada,
Y extremada destreza en gran manera.
Y con los dientes era golpeada
Del peine do la estambre va metida,
Por ambas cada cual arregazada.
Y en su ejercicio dulce embebecida,
Engañan el trabajo, pretendiendo
Vencer cada una y no quedar vencida.
La púrpura de Tyro entretejiendo,
Señalando unas sombras delicadas,
Que poca diferencia van haciendo,
Cuales son en el aire señaladas,
De los rayos del Sol que reverbera,
Después de las copiosas algaradas.
En el arco que cerca media esfera,
Adonde mil colores resplandecen,
Que aunque diversos son en gran manera,
Los ojos de los hombres se embebecen,
Y engañan discerniendo la pasada

De uno en otro. Tanto se parecen.
Mas la verdad purísima notada,
Son muy contrarios. Hanse aprovechado
En su labor extraña y delicada,
Del oro entretejido, recamado,
Que en su lugar causaba gran contento
Á quien las bellas telas ha mirado.
Ibase produciendo un argumento
Antiguo, porque Palas va pintando,
Por conseguir el fin del sacro intento,
Su pleito con Neptuno, que fué cuando
Sobre nombrar á Atenas pleitearon (1),
Y el Promontorio iba dibujando
De Marte, do los dioses se sentaron
Para jueces, seis á cada lado,
Que gravedad real representaron,
Su rostro á cada cual tan apropiado,
Que en él se manifiesta cada uno,
Y Júpiter cual rey está pintado.
Hacía con el tridente al dios Neptuno
Herir las duras peñas, y salía
De tal herida el mar muy oportuno.
A la ciudad nombrar como él quería,
Para sí toma escudo, yelmo y lanza,
Y el pecho con el peto defendía.
Y finge que hería sin tardanza
La tierra con la punta, y al momento,
Por conseguir victoria y alabanza,
Salió con la herida y movimiento,

(1) Refiere San Agustín que, según dice Varrón, al fundar Cecrops á Atenas, encontrando un olivo y una fuente, consultó al oráculo de Delfos, el cual contestó que Minerva y Neptuno tenian derecho á dar nombre á la nueva ciudad, y que reunidos el pueblo y el Senado decidieron en favor de la Diosa.

La blanca oliva llena y abundante
De fruto, y del monstruoso nacimiento
Se admiran los jüeces al instante.
El fin fué la victoria, y porque vea
Su émula qué espera en lo restante
De una soberbia tan proterva y fea,
Pintó en los cuatro cantos la osadía
De otros cuatro tales, y pelea.
De suerte que muy claro se entendía,
Por distinción diversa, ser pintura
En que mostraba el pago que tenía.
Arachne, la primera que procura
Pintar fué Hemo y Ródope Traciana,
Que se nombraron dioses de la altura,
Y por su pretensión tan loca y vana,
Helados montes son los que antes eran
Vestidos de natura y carne humana.
Los miserables hados se pusieron
En el cantón segundo de Pigmea,
Que en grulla á su despecho la volvieron.
Y transformada así, para que vea
Qué cosa es un osado atrevimiento,
La mandan que contino esté en pelea
Contra su pueblo, y de este mandamiento
Autora fué Junón. Al otro canto,
Antígone se ve con descontento
Pintada, que estimó su forma tanto,
Que á Juno se antepuso, y convencida
De tal delito, que fué grave cuanto
Bastó para que fuese convertida
En ave, y Laomedón no la valiese,
Ni el Ilión la excusase, que vestida
De blanca pluma el cuerpo no se viese
Cigüeña, que batiendo el colorado
Y largo pico, á sí no se aplaciese.
En la postrera esquina está pintado,

Privado de sus hijas, hechas gradas
Del templo, el miserable y desdichado
De Cynara, que siendo transformadas,
Llorando las abraza, y parecía
Del agua de sus ojos ser bañadas.
La orla de la tela que tejía,
De ramos es de oliva placentera;
Su obra con su árbol concluía.
En su labor Arachne la primera
Que dibujó con seda y filos de oro
Fué la engañada Europa, de manera
Que quien mirara el mar y blanco toro,
Dijera que era vivo, y parecía,
Según la rara mano y el decoro,
Que ella llamaba á gritos, y pedía
Favor á sus doncellas, y miraba
La ribera dejada, do venía
El agua, que por poco la tocaba,
Temiendo, sobre el toro se recoge,
Y tras aquello luego dibujaba
A Asterie, á quien hecho águila coge
Júpiter, y por otra enamorada,
La figura de blanco cisne escoge.
Y cómo la persona disfrazada
En Sátiro, á la hija de Nicteo
De dos muchachos hizo estar preñada.
Y cómo en fin gozó de su deseo
Contigo, hermosa Alcúmena, mudado
En Anfitrión todo su meneo.
Y cómo, vuelto en oro, se ha gozado
La recogida Danae, y hecho fuego,
De Aegina, hija de Asopo, se ha burlado.
Y en forma de pastor, con blando ruego,
De Mnemosine goza, y en serpiente
Le torna por Deoyda el niño ciego.
También á tí te pinta incontinente,

Neptuno, que en becerro te mudaste
Para gozar de Arne, y de repente,
  Mudado en Enipeo, procreaste
A Otho y Efialte, y en carnero
Escondido, á Bisálpida engañaste.
  Sintióte ser caballo verdadero
La rubia Ceres, y sintió otro tanto
Medusa, y con contento placentero
  Te sintió ser delfín también Melantho.
Tan al propio y al vivo dibujaba
Los cuerpos y lugares, que era espanto.
  Con rústico semblante se mostraba
Agora Febo, agora transformado
En Halcón y en León le demostraba.
  Y cómo el mismo Febo había engañado
A Isse, con tomar de pastor forma.
Y cómo Baco á Erígone ha burlado,
  Y para aqueste efecto se transforma
En falsa uva, y muestra en la manera,
Que al doblado Chyrón Saturno forma.
  Y con sutil requive la postrera
Orilla de la tela guarnecía,
Del cual alrededor cercada era.
  Donde atadas con yedra entretejía
Diversas flores, puestas de tal arte,
Que ni Palas ni Envidia allí tenía,
  Aunque la miren toda y cada parte,
En qué reprehender. Por do se enciende
En ira, con la cual para ella parte.
  Y la tela arrebata, y reprehende
El desacato de pintar en ella
Los yerros de los dioses, y pretende
  Romperlos, y rompiólos, con rompella.
Y con su lanzadera prestamente
La frente hirió Arachne diestra y bella,
  De que la desdichada así se siente,

Y tan corrida está de ver aquello,
Que no quiere vivir entre la gente.
Echó de presto un lazo al blanco cuello,
Y ya colgada de él, la belicosa
La solivió con lástima de vello.
Y díjola: «No mueras, maliciosa;
Mas quédate colgada, y mando y quiero
Que guardes esta ley tan rigurosa.
»Y porque del linaje venidero
No estés segura, quede sentenciada
Tu sucesión por este mismo fuero.»
Aquesto dicho Palas, apartada,
Con el zumo al momento la rocía
De la hierba por Hécates hallada.
Lo cual apenas hecho, se caía
De la cabeza hermosa aquel cabello
Que el oro más subido obscurecía.
Las narices y orejas caen con ello;
Pequeñísima se hace su cabeza;
El cuerpo, ya gentil, dejó de sello.
Las piernas, donde estaba la belleza
Que podía ser, al punto se han tornado
En dedos de sutil delicadeza,
Pegados en el uno y otro lado;
Y lo que de ella resta, está ocupando
El vientre, y siendo araña ha procurado
Sacar materia idónea, vomitando
Para sus telas el estambre y trama,
El ejercicio antiguo ejercitando.
La Lydia toda del suceso brama,
Y por los frigios pueblos va volando
Del caso extraño la parlera fama.
Habíala conocido Niobe, cuando,
Doncella siendo, en Sypilo vivía,
Y en Meonia se estaba recreando.
Y aunque su desacato y pena había

Sabido, la soberbia y desafío,
No quiso escarmentar, como debía.
  De muchas cosas la nacía su brío;
Mas ni el marido y sangre, do vinieron
Los dos, ni su palacio y señorío,
  Ni todo junto la desvanecieron
(Aunque la daba aquello extraño gusto),
Cual los hijos é hijas lo hicieron.
  Y si ella no se diera nombre injusto
De madre más dichosa que ninguna,
Que se le dieran todos fuera justo.
  Mas ensoberbecióla su fortuna,
Y fué abatida, por tenerse en tanto,
Con pena á culpa tal muy oportuna.
  Porque profetizó la sacra Manto,
Del divino Tiresias procreada,
Movida del espritu suyo santo,
Y dijo así, de todas escuchada:

  «Tebanas, procurad con gran frecuencia
A Latona y sus hijas dar ofrenda,
Con tanta devoción y tal conciencia,
Que vuestro incienso no se reprehenda.
Y el cabello llevad, sin diferencia
De verde lauro ornado y blanca venda.
Oid que os amonesto, gente loca,
La Diosa es la que habla por mi boca.»

  Al punto la obedecen, y adornaron
Las Ismenias mujeres su cabeza,
Y sus devotos ruegos comenzaron.
  Y veis aquí con suma gentileza
Niobe bizarrísima venía,
Cuyo ornamento aumenta su belleza,
  Con mucha guarda y noble compañía,
Trayendo á fuer de Frigia su vestido,

Que el oro recamado ennoblecía.
Y cuanto su furor ha permitido
Hermosa, meneando su cabello,
Que lleva por los hombros esparcido.
Con un semblante airado como bello,
En medio se paró, y al punto advierte
El sacrificio; y no pudiendo vello,
Habló soberbia á todos de esta suerte:

«¿A dó tenéis, Tebanas, el sentido?
¿Qué furor es aqueste? ¿qué locura
Haber á los presentes preferido
Los dioses nunca vistos del altura?
Si no es así, ¿por qué habéis encendido
Esta llama á Latona, y mi hermosura
Y mi divinidad está olvidada?
¡Oh gente sin prudencia mal mirada!

»Estantalo mi padre y éste sólo
Fué digno de tocar las sacras mesas.
Porque pariese aquélla al rojo Apolo,
¿Ofrendas se la deben y promesas?
Mi abuelo es quien, con uno y otro polo,
Contino las cervices tiene opresas.
¿Mi madre de las Pléyadas hermana,
Y es más que yo la madre de Dïana?

»El sumo Jove es padre de mi padre,
Y él engendró á Anfión, que es mi marido;
Yo soy (si alguna hay) dichosa madre,
Pues que catorce veces he parido (1).

---

(1) Los autores antiguos no están de acuerdo acerca del número de hijos de Niobe. Herodoto dice que eran dos hijos y tres hijas; Hesiodo, diez hijos y diez hijas; Ho-

No puede haber loor que no me cuadre;
Mi mando es de los Frigios muy temido;
Yo reina soy de Tebas verdadera;
De Cadmo sucesora y heredera.

»Acá y allá que mire, veo riqueza
Inmensa; en mi real casa pomposa
Formóme tan gentil naturaleza,
Que esto bastaba sólo á ser yo diosa.
Siete hijos de suma gentileza
Y siete hijas, cada cual hermosa,
Me suben y colocan en el cielo;
Mirad si halláis á mi soberbia suelo.

»Pues es así, decidme: ¿cómo veo
En todos tal locura y osadía?
Que anteponéis á mí la hija de Ceo,
Á quien negó lugar la tierra fría
Para parir la triste, y su deseo
El cielo, ni la mar no la cumplía;
Que vuestra Diosa, agora venerada,
De todo el mundo anduvo desterrada.

»Y como de ninguno era admitida,
Andaba vagamunda y sin sosiego,
Hasta que Asterie, en Delos convertida,
Con pena de tan gran desasosiego,
La dijo: «Tú en la tierra perseguida,
»Y yo en la mar; juntémonos te ruego.»
Y dióla en sí lugar, mas movedizo,
Do luego de dos hijos madre se hizo.

»Parió de un parto dos; mas ¿qué hace al caso,

mero y Propercio, doce hijos. Píndaro dice que fué veinte veces madre.

Habiendo siete tantos yo parido?
Dichosa soy, que nadie es tan escaso
Que este nombre me niegue á mí debido;
Y aunque en ventura y dicha á todos paso,
Ninguno dudará que lo que he sido
Y soy me ha de durar en sempiterno,
Porque la Copia me ha entregado el cuerno.

»No tiene la Fortuna señorío
En mí, cuyo poder es ya tamaño,
Que, aunque con su soberbio poderío
Me quiera perseguir, no me hará daño.
Aunque me quite mucho, tanto es mío,
Y mi valor tan grande y tan extraño,
Que más me ha de quedar en mucho extremo:
Con tantos bienes ya ningún mal temo.

»Fingid que me quitasen algún día
Del pueblo de mis hijos parte alguna;
Con todo, tan sin ellos no estaría
Que no tuviese más de uno y una.
Dejad el sacrificio, suso vía ,
La guirnalda á mis ojos importuna
Del molesto laurel, y tal simpleza
A nadie más le caiga en la cabeza.»

Dejaron la corona y sacrificio,
Y á la santa Latona venerando,
Hicieron entre dientes el oficio.
La Diosa se indignó de suerte, cuando
Aquello vió pasar, que ya quisiera
Vengarse de un delito tan nefando.
Los hijos la cansaban de manera,
Y su soberbia madre cuan de grado
Con ellos ella estaba placentera.
Y sobre el monte Cyntho, en el collado

Más alto, á sus dos hijos de tal arte
Habló Latona, que de lo pasado,
Diciendo de esta suerte, les dió parte:

«Veisme aquí vuestra madre, y animosa
Con tales hijos tanto y tan ufana,
Que no daré ventaja á nadie en cosa,
Sino es á Juno sola soberana.
De mí se duda agora si soy diosa,
Y si lo consentís, de buena gana
Me quitarán los templos conocidos
Y tantos años antes concedidos.

»Y no es aquesto sólo mi tormento;
De las palabras ásperas me duelo
Con que la hija de Tántalo, sin tiento,
Quitó mi sacrificio y mi consuelo,
Sus hijos prefiriendo y su contento
A vosotros y el mío, y en el suelo
Osó con lengua tal, como su padre,
Llamarme (véase así) huérfana madre.»

Quería rogarles. Febo ha respondido:
«No gastes tiempo en esto, que conviene
Gastarle en el castigo merecido.»
El mismo parecer Dïana tiene,
Y por el aire, con ligero vuelo,
Cada uno hasta llegar á Tebas viene.
Cada cual de las nubes hizo velo
Para estar disfrazado. Muy cercano
A los muros estaba un ancho suelo,
Do, por ser espacioso, fresco y llano,
Con coches y caballos cada día
Era pisado á una y otra mano.
Y parte de los hijos que tenía
Amphión, en caballos poderosos

224

Andaban con extraña gallardía.
De carmesí bordados los hermosos
Jaeces y con frenos de oro fino,
Corriendo y paseándose gozosos.
De los cuales, Ismenio, que fué dino
De ser el mayorazgo, gobernaba
Un brioso caballo, cual convino.
Y mientra en caracol le galopaba
Con espumoso freno, á su despecho,
«¡Ay de mí, que soy muerto», voceaba.
Y una vira clavada está en su pecho;
Soltó las riendas luego de la mano,
Y poco á poco al lado cae derecho.
Muy cerca de él estaba el otro hermano,
Que de la leve flecha oyó el sonido,
De quien pensó huir, pero fué en vano.
Que le ha á Sypilo agora acaecido
Cual suele al marinero que adivina
Tormenta, y remediarla ha pretendido.
Para lo cual al punto determina
Calar las velas todas, que del viento
Süave se recata y amohina.
Así, al caballo freno da al momento;
Mas poco la huída le aprovecha,
Aunque va con ligero movimiento.
Porque tras el cuitado va derecha,
Y en su cerviz se hinca desde el cielo
La vengadora, aguda y presta flecha.
Estaba boca abajo, y en el suelo
Cayó de aquella suerte, traspasado
A la garganta el hierro, y fué su duelo
De forma, que en la tierra revolcado,
Con su caliente sangre la teñía,
Y estaba el duro suelo colorado.
El desdichado Fédimo ya había
Con Tántalo (que el nombre y apellido

Del padre de su madre poseía)
El ejercicio usado despedido,
Y á la lucha paléstrica inclinados
El uno al otro se han muy bien asido.
Y estando con los pechos enfrontados,
Procuran derrocarse; mas cayeron
De sola una saeta traspasados
Los cuerpos juntos ambos, y gimieron
Entrambos de un dolor, y juntamente
Sus moribundos ojos se volvieron.
Las almas exhalaron de repente;
Alfenor lo miraba, y ver el pecho
De los hermanos tal, lloró agriamente.
A calentar los miembros va derecho
Que el frío de la muerte está ocupando;
Mas la piedad le ha sido sin provecho.
Porque le clavó Delio al punto, cuando
Con más blandura de ellos se dolía,
Las internas entrañas traspasando.
Y parte del pulmón se parecía
En la saeta corva ya sacada,
Por do la sangre y alma se salía.
La cual á Damasithon fué clavada
En la nerviosa corva, donde acaba
El muslo y es la pierna comenzada.
Mas, mientras que sacarla procuraba,
Herirse por el cuello de otra siente,
Que hasta las mismas plumas se le clava.
La sangre la ha expelido, y prestamente
El aire barrenando sale afuera,
Con forma y con sonido conveniente.
El último, Ilioneo, que quisiera
Escaparse rogando, ya extendía
Los brazos, y decía de esta manera:
«¡Oh dioses todos (que él aun no sabía
Que el manso ruego á todos los del cielo

En este caso no les convenía),
»Perdonadme os suplico!» y á su celo
(La vira irrevocable disparada)
Estaba ya movido el dios de Delo.
Murió el cuitado herido casi nada,
Mas en el corazón, y fué bastante
La herida á ser su ánima exhalada.
La fama de desastre semejante,
El llanto y el dolor de sus criados
La madre avisa, y manda que se espante
Y enoje de que fuesen tan osados
Los dioses, y pudiesen tan de hecho
Dejar á sus contrarios destrozados.
Amphión, su dolor y su despecho
Y vida acaba al punto traspasando
Con una aguda espada el triste pecho.
¡Cuán otra es esta Niobe de cuando
Al pueblo poco antes maldecía,
Porque á Latona estaban venerando!
La cual, con gran soberbia y gallardía,
Por la ciudad briosa paseaba,
A quien el pueblo honraba y aun temía.
Pero la triste agora tal estaba,
Que á su enemigo mismo lastimara,
Y los ya muertos hijos pesquisaba.
Hallándolos, con ansia nunca paia
De dar besos sin orden y sin tino;
Los brazos alza al cielo, y en la cara
(Diciendo así) mostró su desatino:

«Susténtate crüel de mi tormento
Latona, fiera más que tigre Hircana;
Hártese con mi daño de contento
Tu crudo corazón y furia insana,
Y ese rabioso pecho de alimento
Satisfarás á tu apetito y gana.

Pues que mis siete hijos tienes muertos,
Salta, porque tus triunfos ya son ciertos.

»Triunfa, triunfa, enemiga victoriosa.
Mas ¡ay! ¿por qué te llamo vencedora?
Más tengo yo infeliz que tú dichosa,
Y muy mejor que tú soy aun agora.
Aun después de estas muertes, no hay en cosa
Que comparada á tí no sea señora:
No pienses, cruda, no, que me convenzo,
Que aun después de estos daños yo te venzo.»

De decir acabó, cuando el flechado
Arco hizo un sonido, cuyo espanto
A todos (salvo á Niobe) ha turbado;
La cual osada es por su mal tanto.
Estaban las hermanas enlutadas,
Vestidas de dolor, de pena y llanto,
Esparcido el cabello, desgreñadas,
Haciendo lastimero sentimiento
Delante de las camas ocupadas
Con los hermanos muertos, y al momento
A una (traspasado el tierno pecho
Con una vira) la faltó el aliento
Besando un muerto hermano, y el despecho
De Niobe otra de ellas aliviando,
Herida ocultamente á su despecho
Cayó y cerró la boca, sino cuando
El alma apasionada se salía,
El miserable cuerpo ya dejando.
Otra cayó, que por demás huía,
Sobre la cual cae otra, y de esta suerte
Aquesta muere, aquella se desvía.
Y entregadas ya seis á fiera muerte
Con diversas heridas, mas cualquiera
Cruel, inevitable, extraña y fuerte.

Restaba la menor y la postrera,
299 A quien con todo el cuerpo y vestidura
Cubría su madre ansiada y lastimera.
Y así decía la triste sin ventura:
«De muchas, no te pido sino una,
La una y la menor, Latona dura.»
Y en tanto que rogando la importuna,
Aquella por quien ruega muerta vido,
La cual quedó esperando su fortuna.
Entre hijos é hijas y marido,
Ya muertos, se ha sentado sin consuelo,
Huérfana ya de todo y sin sentido.
Quedó con tantos males como un hielo:
No mueve su cabello ningún viento;
Su rostro muestra bien su desconsuelo.
No hace con los ojos movimiento.
Ninguna cosa en ella se parece
Dotada de vital virtud ó aliento.
La lengua y paladar se empedernece,
No pueden sus arterias menearse,
Y todo como piedra se endurece.
Sus brazos ya no pueden emplearse
En bravos ademanes; está yerta,
Que su cerviz no puede ya doblarse.
Aunque moverse quiera, esté bien cierta
Que no lo harán sus pies, y vuelta en canto,
Aun dentro en las entrañas está muerta.
Pero ocupada siempre en triste llanto,
Y de un furioso viento arrebatada
Con tanta ligereza que era espanto,
En la cumbre de un monte fué clavada (1),

(1) Dice Pausanias que en la cumbre del monte Sypilo veíase una roca que desde lejos parecía una mujer agobiada por el dolor, pero de cerca no tenía tal forma. Ovidio imaginó transportar á Niobe á esta montaña y transformarla

Y en mármol convertida, siempre llora,
Derretida en su tierra la cuitada.
  Tenida fué por diosa y por señora
De todos y de todas, y temida
Latona más, desde este punto y hora.
  Y como suele hacerse, reducida
Por el presente hecho á la memoria
Alguna cosa tal acaecida,
  De los presentes uno por dar gloria
A la sagrada Diosa refiriendo
Hazañas suyas, una no notoria
A todos encomienza así diciendo:

  «En Lycia no se fueron sin castigo
Del menosprecio ciertos labradores.
Por cuyo bajo estado, lo que digo
Ignora el vulgo, y todos sus errores.
Yo del lugar y estanque soy testigo,
A quien la pena de estos pecadores
Con el suceso extraño y milagroso
Ha hecho en la comarca ser famoso.

  »Porque mi padre, ya de edad cargado,
Que caminar por ella no podía,
Por unos bueyes suyos me ha enviado
Que hacia aquel mismo lago los tenía,
Y porque los trajese á buen recado
Me dió por mayoral y compañía
Un rústico de Lycia, y aun pariente
De aquella miserable y loca gente.

  »Con quien mientras los pastos yo rodeo,

---

en roca, para expresar lo inmóvil y muda que la dejó su aflicción. Calímaco, Apolodoro, Diodoro de Sicilia y otros escritores de la antigüedad han referido la fábula de Niobe.

En medio del estanque, ennegrecido
De hollín, un viejo altar advierto y veo,
De tremolantes cañas guarnecido.
«Favorece te ruego á mi deseo»
(Mi compañero dijo), y repetido
Por mí lo mismo, ruégole me cuente
Cuyo era aquel altar allí presente.

»De qué Náyade ó Fauno el ara era
Le pido, ó de cuál Dios: él me responde:
—«Mancebo, este lugar es de manera
Que grande dignidad aquí se esconde.
No es de edad montana, ni cualquiera
La que se precia de él. Sino quien donde
Parir en todo el mundo no ha tenido,
De Juno perseguida habiendo sido.

»Que vagabunda andando fué aceptada
De Delos movediza, apenas cuando
En isla más ligera transformada,
Andaba por las aguas fluctüando.
Adonde en una oliva recostada
(Victoria de Minerva), ya llegando
El tiempo, dos parió de un solo parto,
Con pena de Junón y dolor harto.

»Huyendo va de allí recién parida,
De la adversa mujer del gran Tonante,
Cargada con sus hijos, perseguida
De la manera misma que era de ante.
Y á la raya de Lycia ya venida,
Con gran calor y sed llegó al instante,
Que con terrible ardor en gran manera
Quemaba el Sol los campos de Chimera (1).

(1) Llámase Chimera ó Quimera una montaña de la

»De dar los sacros pechos acababa
A los recién nacidos, cuando advierte
Que al pie de un hondo valle un lago estaba,
Y en él una agua de mediana suerte.
Beber en tanto extremo deseaba
Que á ella en un momento se convierte
Hacia unos labradores que cortaban
Mimbres y lisos juncos que allí estaban.

»Sentóse de rodillas, porque pueda
A su gusto beber del agua helada.
La rústica canalla se lo veda,
Con quien platica ella, apasionada:
—«El uso de las aguas libre queda
A todos; pues á mí, ¿por qué, cuitada,
Me la negáis? ¿No veis que la Natura
Le dió común á toda criatura?

»Las aguas ni los rayos refulgentes
Del claro Sol, y el aire, no han tenido
Particular señor, mas á las gentes
En común les es dado y concedido.
Amigos, pues, y hermanos, parad mientes
Que á lo que todos gozan he venido,
Y no á lo ajeno; consentid, os ruego,
Que mate aquí mi sed, calor y fuego.

»Mirad que estoy tan seca que aun apenas
La voz puede salir por la garganta,
Que secas tiene ya todas las venas
Por falta de humedad: mi sed es tanta.

Lycia que, según Servio y Plinio, arrojaba llamas por la cumbre, y en la cual vivian muchos leones, cabras y serpientes. De ello sin duda formaron los poetas el monstruo con cabeza de león, cuerpo de cabra y cola de serpiente.

Mis carnes de cansancio y sudor llenas
No quiero aquí lavar, y así me espanta
Que no me consintáis, cual yo deseo,
Beber de esta agua ó néctar que aquí veo.

»Esta agua para mí nectar sería,
Sería para mí la misma vida:
Si me la queréis dar, confesaría
A causa vuestra serme guarecida.
Muévanos estos niños, compañía
A su penosa madre, que os convida
Cada cual, sus bracitos extendiendo»
(Y estábanlo, por dicha, al punto haciendo.)

»¿A quién tan blando ruego no moviera?
Pues éstos, con intento porfiado,
Con voluntad cruel, pesada y fiera,
La estorban el estanque deseado.
Ni la bastó rogar de tal manera,
Y allende de esto le han amenazado
Que si de allí no parte en el momento,
La harán ir rebumbando como un viento.

»Y no contentos de esto los villanos,
Crüeles y groseros porfiaron;
Las aguas del estanque con las manos
Y con los pies perversos enturbiaron;
Saltando acá y allá los inhumanos,
El cieno de lo bajo levantaron.
La ira de beber quitó el deseo;
No quiere hablarles más la hija de Ceo.

»No quiere más rogar á tan ruin gente,
Ni hablar palabra menos que de diosa.
Al cielo alzó sus manos de repente,
Como quien pide á Dios alguna cosa,

Y dijo:—«En este estanque eternamente
Viváis»; y lo que pide deseosa
Al punto vió cumplido, de manera
Que en bajo el agua gusta estar cualquiera.

»Y agora se chapuzan, y nadando
Están allá debajo alguna pieza,
Mas otras van arriba demostrando
Encima de las ondas la cabeza.
A la ribera salen, y saltando
Se tornan á meter con ligereza;
Las lenguas ejercitan injuriosas,
De maldecir continuo codiciosas.

»Y habiendo la vergüenza desterrado,
Aunque debajo el agua, en ella intentan
El maldecir nativo, acostumbrado,
Porque diciendo injurias se contentan.
Su voz ya es ronca, y háseles hinchado
El cuello, y los agravios con que afrentan
A todos, han sus bocas grandes hecho,
Y su cabeza toca el cuerpo y pecho.

»El espinazo es verde, y la más parte
Del cuerpo, que es el vientre, les blanquea.
Fáltales el pescuezo de tal arte,
Que no le verá nadie que les vea.
Y vueltas nuevas ranas, no se parte
Ninguna del estanque, y las recrea
El agua cenagosa, do saltando,
El desatino suyo están pagando.»

Un no sé quién de Lycia que acababa
De relatar lo dicho del tormento
Del Sátiro otro de ellos se acordaba.
Al cual vencido, con el raro acento

De la palustre caña, dió un castigo
Apolo, cual su loco atrevimiento.
  Y al vencedor decía: «¿Por qué conmigo
Lo haces tan mal, estando arrepentido?
A mí me pesa competir contigo»,
  Gritaba; mas al fin no le ha valido,
Porque de su pellejo fué privado
En pena del pecado cometido.
  Todo él era una llaga, y ha manado
Por todas partes sangre, de manera
Que estaba el miserable aparejado
  Para que cada cual testigo fuera
De los desnudos nervios, y advirtiendo
Los pulsos y las venas conociera.
  Podíase ver el pecho, do moviendo
Se estaba el corazón y las entrañas,
Porque era transparente y estupendo.
  Doliéronse de penas tan extrañas
Los Faunos, con los Sátiros hermanos,
Que son la Deidad de las montañas.
  Lloraron sus sucesos inhumanos
Las Ninfas, con Olimpo entonces claro,
Pastores y vaqueros comarcanos.
  La fértil tierra concibió del raro
Y tierno sentimiento la corriente
De lágrimas, en seno nada avaro.
  De do formadas aguas prestamente,
Un río dicho Marsias ha engendrado
En Frigia, liquidísimo, excelente.
  Ejemplos semejantes refiriendo,
Al caso torna el vulgo variable
De Amfión y su casa, conociendo
  Que la soberbia extraña, detestable,
De Niobe, ocasión de todo era,
A quien con sentimiento lamentable
  Lloraba Pelops solo, de manera

Que rasga de los pechos el vestido,
Con ansia congojosa y lastimera.
Y el hombro de marfil se ha parecido
Que era el izquierdo, el cual como el derecho
Al tiempo del nacer de carne ha sido.
Mas después que su padre le ha deshecho,
Y sus miembros los dioses ayuntaron,
Faltándole el siniestro á su despecho,
Al punto de marfil se le formaron,
Con el cual quedó Pelops (1) como de antes,
Que el hombro con el alma le tornaron.
Los grandes y señores circunstantes
(Pedíanlo sus ciudades) acudieron
A consolar desastres semejantes.
Micena, Sparta y Argos, de éstas fueron,
Y Calidón (entonces no enfadosa
A la ceñuda Febe), y concurrieron
Orchomene y Corinto, con graciosa
Mixtión de sus metales y su arreo,
Con Patra y Cleón, poco poderosa.
Micina y Pilo, aquella de Neleo,
Con otra, de dos mares rodeadas,
Y Trecen aun no corte de Pitheo.
Y las que allende el mar edificadas
Estaban á la vista del estrecho,
Para este mismo efecto son llegadas.
Mas ¿quién podrá creer que no lo ha hecho
Atenas? No por ser descomedida,

(1) Pelops, rey de la Elida, hijo de Tántalo, es uno de los personajes más célebres de la antigüedad. Instituyó ó restableció los juegos olímpicos, y se le tributaron después de su muerte honras divinas. Tenía un templo en Olimpia, inmediato al de Júpiter. Refiere Clemente de Alejandría que el *Palladium* de Troya estaba hecho con huesos de Pelops.

Pues lo dejó de hacer á su despecho.
  Estaba con ejército impedida,
Porque del Ponto Euxino mucha gente
La tiene fatigada y oprimida.
  Mas el Tracio Tereo no consiente
La bárbara canalla, á quien expele
Con ánimo y socorro de valiente.
  La cual victoria y claro nombre fuéle
De suerte, que Pandion, deseoso
De ser su suegro, hace que se vele
  Con Progne atento, que era poderoso
En armas y riquezas, descendiente
De Marte, en las batallas victorioso.
  No fué casamentera, ni consiente
La sagrada Junón, ni el Himeneo
A tal ayuntamiento está presente.
  Ni allí se halló la gracia; su deseo
A efecto traen las Furias infernales,
Autoras de la cama y del arreo.
  Alúmbranles con hachas funerales;
Presente estuvo el Buho, con la gracia
Que él suele dando agüeros, con los cuales,
  Casados y hechos padres en desgracia,
El día de la boda y nacimiento
De Itis era fiesta en toda Tracia.
  La cual, con alegría y gran contento,
Les dan el parabién. Tan escondido
Está lo que ha de dar contentamiento.
  Por la balanza el Sol había subido
De Libra cinco veces justas, cuando
La hija de Pandion al marido
Estaba así diciendo y regalando:

  «Si tengo algún valor para contigo,
Ó si, señor, me quieres, como es justo,
Venga mi hermana, véngase conmigo,

Ó envíamela á ver, si te da gusto;
Cualquiera de estas dos (sin duda digo),
Será la cosa de que más yo gusto;
Demándala á mi padre, y díle crea
La volverás al punto que la vea.»

Mandó fletar navíos, y al momento
Aporta á las orillas de Pireo
Remando el mar y dando vela al viento.
Y luego que á su suegro vió Tereo
Y saludó, en mal punto ha conferido
La causa del camino y el deseo
De Progne, por el cual había venido
Prometiendo volver á Filomena
Con gran presteza, y veis, con nunca oído
Aparato, ella viene muy serena,
Venciendo á su atavío la hermosura;
De aquella misma suerte que se suena
Que andan en los bosques y espesura
Las Náyades y Dríadas contino,
Si fuese tal su arreo y compostura.
No menos, visto rostro tan divino,
Tereo se abrasó, que aristas canas
Teniendo bravo fuego por vecino,
O cual el heno ú hojas más livianas;
No sin razón por cierto, pues su cara
Excede en hermosura á las humanas.
Para lo cual le inclina y le prepara
Su complexión y tierra extrañamente
A do lujuria torpe en nadie es rara.
Por vicio suyo arde, y de su gente
Tentado está de corromper la guarda
Y fe del aya suya diligente.
También con grandes dádivas aguarda
Acometerla y darla su riqueza,
Aunque su Estado todo gaste y arda;

Ó robarla y gozar de su belleza,
Y después defenderla noche y día
A fuerza de sus armas y destreza.
¿Para qué cosa no tendrá osadía
Un desfrenado amante? Ya en su pecho
El amoroso fuego no cabía.
Cualquier tardanza sufre á su despecho,
Tornaba á su recado, deseoso
Que el suegro aquel placer hubiese hecho
A Progne, pretendiendo cauteloso,
Debajo aquel color (como él pensaba),
Cumplir con su apetito lujurioso.
Hacíale Amor facundo, y si rogaba
Más de lo que era justo, respondía
Que Progne, su mujer, lo deseaba.
Con lágrimas á veces lo pedía,
Como si su mujer le suplicara
Intentase también aquella vía.
¡Oh soberano Dios! ¡Cuán á la clara
Se engañan los mortales! El intento
Y medios de traición, tan torpe y rara,
A Tereo fué principio y fundamento
Para ser por piadoso reputado,
Tomando la maldad por argumento.
Por la cual fué de todos alabado,
Y más que lo desea la cuñada,
Y alcanzarlo del padre ha procurado.
Que al cuello de Pandion abrazada,
Por la salud de entrambos le pedía
La dejase ir á ver su hermana amada.
Mirábala el cuñado, y parecía
Que estándola mirando la gozaba,
Y con los dulces besos que veía
Y los abrazos tiernos, aumentaba
Ardor aquel su fuego tan nefando,
Con que el furor perverso le quemaba.

Y cuantas veces ella está abrazando
Su padre muy amado, ser quisiera
Su padre; ni más pío fuera, cuando
Lo fuera, que no siéndolo, lo era.
Con el rogar de entrambos persuadido
Pandion, queda alegre y placentera
La hija, y hale mucho agradecido
Tan gran merced, pensando que aquel día
Había para los dos dichoso sido.
En el cual la desdicha les venía:
Ya el Sol con sus caballos el camino
Diurno, casi, casi concluía.
Manjares en la mesa; en oro el vino
Se pone, y en cenando se acostaron
En camas adornadas cual convino.
Mas los ardores no se le quitaron,
Estando ausente de ella al rey Tereo,
Porque antes más de veras le inflamaron.
La gracia repitiendo y el meneo,
Las manos y el semblante tan perfeto,
El movimiento raro, el raro aseo
De do (como desea) lo secreto
Fingiendo, añade leña al bravo fuego,
Sin que pudiese el sueño hacer efeto.
De día era; levantóse luego;
Aparejó el vïaje, lo cual viendo
Pandion, convencido de su ruego,
La hija le encomienda, así diciendo:

«Pues la piedad me fuerza, yo concluyo,
Y te doy á mi hija, fiel Tereo,
Cual ambas quieren, pues que con el suyo
Entiendo que conforma tu deseo.
La caridad, gobierno y trato tuyo
Para con este espejo en que me veo,
Amado yerno, ruégote que sea

Tal, que el amor de padre en tí se vea.

»Y por aquel señor que rige el cielo,
Al punto que pudieres (será larga
Cualquier tardanza), tornes el consuelo
De mi vejez solícita y amarga.
Y tú, si de mi duelo tienes duelo,
Vuelve aliviar, oh hija, aquesta carga,
Que se alivia teniéndote presente:
Harto basta que esté tu hermana ausente.»

Diciéndolo besaba su hija cara,
Y las derechas manos les pedía,
Regando con mil lágrimas su cara,
En prendas de que presto volvería,
Y ruega que á la hija y nieto ausente
De su parte encomiende. No podía
Hablar con mil sollozos, porque siente
Un daño, de que el triste es adivino,
Que apenas se despide últimamente.
Luego que á la pintada nave vino
La hermosa Filomena, y con los remos
Abrieron por las ondas el camino,
El bárbaro clamó: «¡Vencido habemos!
¡Conmigo traigo el bien de mi contento!»
Apenas diferiendo los extremos
De su sobrado gozo, siempre atento
Mirándola, cual suele allá en su nido
El águila poner en un momento
La liebre que en las uñas ha traído,
Y mirar la cuitada que no tiene
Lugar para salir do la han metido.
Remado el hondo mar como conviene,
Llegaron á su puerto, y brevemente
Salieron, que cada uno de ellos viene
Cansado de la mar, á do la gente

Dejando, se metió con su cuñada
Por una selva obscura diligente
El bárbaro Tereo, y la cuitada,
Sin ánimo y color, á su despecho,
Por la montaña adentro fué llevada.
Y llorando la triste sin provecho,
Temblando y preguntando por su hermana,
La descubrió el traidor su fiero pecho.
Y confesada su nefanda gana,
Con una virgen sola forcejeando,
Cumplió su voluntad furiosa, insana.
Forzada, daba gritos, invocando
La hermana y viejo padre vanamente,
Y sobre todo á Dios; y está temblando,
Cual suele la cordera que se siente
Herida, y desasida de la boca
Del cano lobo y su rabioso diente,
Que siempre está pensando que la toca,
Y á su entender jamás está escapada,
De puro miedo vuelta como loca;
Ó como la paloma, ensangrentada
La pluma con su sangre, está temiendo
Las uñas á do estuvo engarrafada.
Y luego que en sí vuelta, deshaciendo
La cara y los cabellos hebras de oro,
Sus brazos y su indigno pecho hiriendo,
Así le dijo con angustia y lloro:

«¡Oh bárbaro cruel, oh crudo pecho
De lágrimas piadosas no movido!
¡Qué poca mella en tí, traidor, ha hecho
El lloro de mi padre enternecido!
¡No has tenido respeto ni al derecho
De mi hermana, pues eres su marido,
Ni á mi virginidad, pues me forzaste,
Malvado, que con todo diste al traste.

»Combleza de mi hermana yo soy hecha;
Tú de las dos marido, y mi enemigo;
¿Por qué no queda Progne satisfecha,
Dándome cruda muerte por castigo,
Y quedas tú, perverso, sin sospecha,
Poniéndome á mí misma por testigo
Con tal maldad y pena semejante,
Que nadie en crueldad te va delante?

»Plugiera á Dios que fuera tal mi suerte
Que antes de ayuntamiento tan nefando,
Mi vida se trocara con la muerte,
Sin culpa y sin pecado yo quedando.
Mas si el señor eterno aquesto advierte;
Si es algo su poder, gobierno y mando,
Y no se feneció todo conmigo,
Yo espero de vengarme en tu castigo.

»Yo seré pregonera de tus mañas,
Diciendo, sin vergüenza, quién tú eres.
Los pueblos, las ciudades, tus extrañas
Traiciones oirán; y si hicieres
De suerte que cerrada en las montañas
Salir no pueda, no por eso esperes
Será secreto, que sabrálo el cielo,
Y si Dios hay en él, el monte y suelo.»

Quedó tan temeroso como airado,
Oído aquello, el bárbaro tirano;
Y del temor é ira estimulado,
Desenvainó la espada, y echa mano
Al dorado cabello, que enlazara
Un corazón fierísimo, inhumano.
Atrás la ató las manos, y holgara
La triste de acabar deshonra tanta
Con que el traidor la vida le quitara.

No sólo de la espada no se espanta,
Mas antes verse muerta deseando,
Extiende su hermosísima garganta,
Y al fiero fementido desdeñando,
Y llamando á su padre aun hasta agora,
Hablar con grande instancia procurando
Su lengua coge, y córtala á la hora
Con la espada cruel, dejando sola
La raíz de la misma á la señora.
En la tierra caída ensangrentóla,
Y murmurando tiembla de la suerte
Que suele hacer la cercenada cola
De la culebra, y ya cercana á muerte
Palpita, y acabándose su vida
Al rastro de su ama se convierte.
Y esta maldad perversa concluída,
Se dice (si es creíble) que ha tornado,
Con lujuria jamás de nadie oída,
A provocar su cuerpo maltratado,
Con quien cumplió cien veces su apetito
Bestial, crüel, traidor, desatinado.
Y como si estuviera libre y quito
De tanto mal, tornarse determina
A Progne, cauteloso y muy marchito.
La cual, de su desastre no adivina,
Pregunta por su hermana á su marido;
Mas él, con falsedad como él malina,
La dice que era muerta, con gemido
Y lágrimas fingidas, que pudieron
A Progne persuadir y fué creído.
Tan grandes sentimientos se hicieron
Por la mujer del falso disoluto,
Que las galas quitadas, la trajeron
Vestidos convenientes á su luto.
Armó una tumba vana, procurando
Honrar la hermana muerta bien sin fruto,

La suerte desastrada lamentando
De Filomena, no como pedía
Insulto tan atroz y detestando.
Por todos doce signos ido había
Apolo, y alumbrando ya el postrero,
El año se acabó como solía.
¿Qué había de hacer la triste? que el portero
Que la dejó Tereo fué tan duro,
Que no parecía hombre, sino acero.
Y el paso la prohibe un alto muro,
A do quedó cerrada, y siendo muda
No lo podía decir á buen seguro.
¡Qué ingenio da el dolor ó cómo ayuda
La pena, la miseria y descontento,
O la necesidad cómo es aguda!
Urdió una blanca tela en un momento,
Tramándola con seda colorada,
A do escribió el extraño atrevimiento.
Y estando ya perfecta y acabada,
A una su criada se la entrega,
Sin que de lo que lleva entienda nada.
A quien con ciertas señas pide y ruega
Que lo llevase á Progne su señora;
La cual se parte, y al palacio llega
Del rey Tereo, y presentó á la hora
A su mujer la tela, no sabiendo
Lo que la daba en ella, y á deshora
La desplegó y sus letras releyendo,
Su miserable suerte entiende, y calla
(Y fué mucho poder); mas el horrendo
Dolor cerró su boca, y nunca halla
Su lengua cómo muestre tanta pena,
Ni hay términos bastantes á mostrarla.
Lugar no hay de llorar; del todo ajena
De todo, sino sólo de venganza,
Que por fas ó por nefas será buena.

Entonces celebraban la alabanza
De Baco las Tracianas, y solía
Hacerse á tercer año aquella danza.
En Ródope de noche retiñía
El son de las trompetas y metales,
Que el sacrificio no se hacía de día.
La Reina, desechadas las reales
Insignias y palacio, va arreada
De armas y vestidos bacanales.
De noche sale, y lleva rodeada
Con venda la cabeza, y la cervina
Piel de la parte izquierda va colgada.
Con una lanza al hombro determina
Salir, acompañada de criadas
Que doquiera la siguen que camina.
Conmovida de furias, incitadas
Del áspero dolor que la atormenta,
Las tuyas, Baco, finge. Y ya pasadas
Las selvas, allegó do se aposenta
Su triste Filomena, y aullando
Las voces bacanales representa.
Las puertas de la casa quebrantando,
Sacó la muda hermana, á quien reviste
Del hábito de Baco, procurando
Cubrir con verde yedra el rostro triste,
Y á su ciudad la lleva sin sentido,
Y á su palacio; á do cuando te viste,
Cuitada Filomena, te ha venido
Un horror y un espanto temeroso,
Y el color de tu cara se te ha ido.
Entrada en una pieza, el vergonzoso
Rostro descubre Progne de su hermana,
A quien quiso abrazar con amoroso
Semblante; mas la frente soberana
Abaja de vergüenza en su presencia,
Cual si su culpa fuera clara y llana.

Y estando de esta suerte, su inocencia
Mostrar jurando quiso, por testigo
Poniendo á Dios del caso y la violencia
Que el pérfido cuñado y enemigo
Había con ella usado; pero en vano
La lengua ha pretendido lo que digo.
Por la lengua y la voz sirvió la mano,
Con señas, y la Reina que lo vía,
Movida de un terror terrible, insano,
Las lágrimas y llanto reprimía
De Filomena, con la rabia ardiendo,
En quien su misma ira no cabía,
Y con sólo su hermana, así diciendo:

«No se ha de hacer con lágrimas aquesto,
Sino con hierro, ó mira si tú tienes
Instrumento peor; que yo protesto
De vengar las injurias con que vienes.
A cualquier hecho feo está dispuesto
Mi intento, y mi palabra esté en rehenes.
Quemaré de cimiento al rico techo
Palacio, y á un autor de tan malhecho.

»Ó si abrasarlo todo no me basta
Para satisfacción de mi deseo,
Los ojos, lengua y miembros, que ser casta
Te prohibieron, del traidor Tereo,
Con hierro arrancaré, ó al que contrasta
Nuestro contento, á quien ya ver deseo,
Sacaré el alma, sin que alguien le valga,
Dándole mil heridas por do salga.

»Quemar la casa y al autor con ella
De tan crüel hazaña, ó arrancarle
Las partes que tu honra y ser doncella
Te robaron, ó al fin atormentarle,

Es cosa grande, y ver ésta ó aquélla
Deseo ya; mas no sé si matarle
Ó desmembrarle vivo más conviene.»
Estando en esto Progne, su Itis viene.

De la llegada suya se resuelve
En la venganza, viéndole delante,
Y con crueles ojos á él se vuelve,
Diciéndole: «¡Oh, cómo eres semejante
Al padre que te hizo, y no otra cosa!»
Un hecho triste forja en el instante,
De su secreta ira en sí furiosa.
Llegado el niño, al punto saludaba
La madre, casi en verle ya piadosa;
A quien con los bracitos abrazaba
Y con regalo blando requería,
Y (cual los niños suelen) la besaba.
Enternecióse cierto, y ya tenía
La ira contra el hijo menos fiera,
Y constreñidas lágrimas vertía.
Mas luego que se vió de tal manera
Que en el intento suyo vacilaba,
Vuelta ya de piedad cual blanda cera,
Miró á su hermana al tiempo que miraba
Al niño, y á los dos considerando,
De esta manera á sí se preguntaba,
Enterar su designio procurando:

«¿Por qué pretende el uno regalarme,
Y la otra, por la lengua que la falta
Imposibilitada de hablarme,
Callando manifiesta en sí su falta?
¿Cómo éste madre, no puede llamarme
Aquélla hermana? Tu progenie alta
Advierte, Progne, y á Tereo fementido,
Traición es la piedad con tal marido.»

Y sin tardar á Itis arrebata,
Del arte que la tigre Hircana aprieta
Por los sombríos montes la cervata.
Y luego que á la parte más secreta
Del alta casa llegan, procuraba
El niño con manera muy discreta
Regalar á su madre, y la llamaba
«¡Oh, madre, madre!» que ya vía su hado,
Y como antes solía la abrazaba.
Mas ella con el rostro no mudado
Y un alfanje crüel al hijo hiere
Por do se junta el pecho con el lado.
Un solo golpe basta, de uno muere.
Filomena le corta la cabeza,
Y le parte, aun no muerto, como quiere.
Y hace que del triste parte cueza,
Y parte en asadores chirriando,
Dé manifiesto indicio de crueza.
La casa con la sangre está manando,
Y puesta ya la mesa, luego llama
A Tereo á su convite detestando,
Echando en el palacio cierta fama
Que ha de ser el banquete celebrado
Al uso de su tierra, y esto trama.
Fingiendo sólo al Rey no ser vedado
Estar presente al santo sacrificio,
Mas no ha de estar con él ni aun un criado.
Sentóse el miserable sin juicio
En la silla real de sus pasados,
Trajeron el manjar á su servicio.
Metió los mismos miembros engendrados
De él mismo, y sus entrañas, en su vientre,
Los sentidos tenía tan asombrados.
«Haced que Itis (dijo) acá se entre.»
No puede Progne su crüel contento

En sí sufrir, y hacer se reconcentre.
Y deseando ser de su tormento
Primera anunciadora, le responde:
«Dentro está lo que pides», y él atento
La pieza remirando, pide á dónde
Estaba el caro hijo, mas delante
La muda Filomena corresponde,
Desgreñada el cabello, con semblante
De Baco, y á Tereo dió en la cara
Con la cabeza de Itis, y al instante
Más que jamás poder hablar holgara,
Por vengarse y decir palabras tales
Cual mereció traición tan torpe y rara.
Derriba el rey Traciano las reales
Mesas, y á grandes gritos con despecho
Invoca las hermanas infernales.
Y tienta si pudiese abierto el pecho
Los miembros vomitar que había comido,
Y llora y se maldice sin provecho.
Agora de sí dice que había sido
Sepulcro de su hijo desdichado,
Agora va corriendo embravecido
Contra las dos crueles que ha engendrado
Pandion, el espada puesta á punto;
Mas ellas van con paso acelerado,
Y creyeras sus cuerpos á aquel punto
Por el aire volar, y en fin volaban,
Que las nacieron pluma y alas junto (1).
Mas á diversas partes caminaban:
Una á las selvas y otra va al poblado,
Cuyas plumas indicio cierto daban,
Y agora dan del caso desastrado,

(1) Filomena fué metamorfoseada en ruiseñor, y Progne en golondrina, ó viceversa, según otra tradición apoyada por el testimonio de Anacreonte (oda XII).

Y muerte, pues se muestra el duro pecho
Con la sangrienta pluma señalado.
  La pena, la congoja y el despecho
Dan á Tereo mucha ligereza
Para vengar delito tan mal hecho.
  En ave se convierte, su cabeza
De crestas guarnecida y coronada
Y un pico señalado de grandeza,
  Que le quedó en lugar de larga espada,
Y llámanle Abubilla, cuya cara
Al parecer de todos está armada.
  Dolor tan grave y ocasión tan clara
Pudieron acabar la triste vida
Del viejo padre; antes que acabara
  Ericteo le sucede, recibida
Jurisdicción y cetro y la corona;
Y es cosa entre los hombres no sabida
  Cuál dé más lustre á su real persona,
La rectitud ó mucha valentía,
Que con entrambas juntas se corona.
  El fausto nacimiento visto había
De cuatro hijos y otras tantas hijas,
Las dos de igual valor y gallardía.
  Tú, Procri, eras la una, y regocijas
A Céfalo contigo venturoso,
Que en tus amores siempre más le aguijas.
  El viento Cierzo no fué tan dichoso,
Que le estorbaban Tereo y los Tracianos,
Y estuvo mucho tiempo deseoso
  De Oritia y sus donaires soberanos,
Con quien no fuerza, sino ruegos quiso
Usar; mas visto que eran todos vanos,
  Indignóse consigo, y arrepiso
De haber tratado de ellos, lleno de ira
Por su mal miramiento y poco aviso,
Dijo así con razón cual quien se admira:

«¿Por qué dejé mis armas y crueza,
Mis animosas fuerzas y amenazos,
Y usé de ruego, de quien es bajeza
Usar quien tiene tan potentes brazos?
Violencia me conviene con braveza;
Con ésta quito nubes y embarazos
Del cielo, y en la mar con ella hago
Terrible tempestad, crüel estrago.

»Los robles con la misma más nudosos
Arranco de raíz; granizo y nievo;
El mismo yo los ánimos bravosos
De mis hermanos de vencida llevo
En el inmenso cielo (mis furiosos
Bríos en menos campo yo no muevo),
Y cuando á pelear con ellos entro,
Los truenos engendramos del encuentro.

»Con tanta furia y ánimo acometo
Los furibundos vientos mis hermanos,
Que los fogosos rayos del aprieto
Resultan, que son obra de mis manos.
Y de las canas nubes que yo aprieto
El fuego sale. Espanto á los humanos,
Y si entro en las cavernas de la tierra,
A las bajeras almas hago guerra.

»El mismo yo, si en las entrañas entro
De la pesada tierra, y la sustento
Con mis espaldas grandes, hacia el centro,
La hago hacer temblando sentimiento.
Este hubiera de ser primer encuentro,
Cuando trate de suegro y casamiento;
Que rogar á Ericteo fué mal hecho,
Sino hacerlo mi suegro á su despecho.»

Palabras tales dijo, ó no menores,
El bravo Cierzo, habiendo sacudido
Sus alas, instrumentos voladores.
Del cual sacudimiento ha sucedido
En todo el mundo un viento acelerado,
Y el ancho mar helado se ha sentido.
Y habiendo por las cumbres desplegado
Su polvorosa capa, trastornaba
Con su furor el suelo que ha soplado.
Y con las rubias alas abrazaba
La temerosa Orithia, como amante,
Y con obscuridad se disfrazaba.
Volando, se aumentó su ardor quemante,
Ni quiso que su vuelo feneciese,
Hasta que vió los Cíconas delante.
Y como el robador allí se viese
Con la dama de Atenas en la mano,
Y todo á su contento sucediese,
Orithia se casó con el tirano
Helado, y de dos hijos se hizo madre
De un parto, y su semblante soberano
En ambos trasladó, ni que no cuadre
En ellos, ella tiene cosa alguna;
Las alas sólo tienen de su padre.
Mas dicen que nacieron sin ninguna
Pluma Calays y Cetes, y estuvieron
Hasta que barba y alas sale á una.
Que procediendo el tiempo les nacieron,
Como á las aves, plumas en los lados,
Y sus mejillas rubias parecieron.
Pues los primeros años ya pasados,
Y hechos ya mancebos, se embarcaron
En la primera nave (1) muy osados.

(1) Con la frase *prima petiere carina* no quiere decir Ovidio que el Argo fuese la primer nave conocida de los

Y por el mar ignoto navegaron,
Con los bravos de Minia, enderezado
El curso á Colcos, donde conquistaron
El famoso vellón, que era dorado.

griegos, sino que fué el primer barco construído en forma de galera, buque cuyo casco es muy alargado. Los barcos griegos eran hasta entonces de una forma casi redonda, y no apropiados para largas navegaciones.

LIBRO SÉPTIMO.

Ya por el mar los Tésalos remaban,
Y habían visto á Fineo (1) desdichado,
A quien pobreza y ceguedad cansaban.
Y los mozos que el Cierzo había criado,
Las vírgenes Harpías desterraron
De ante el cuitado viejo fatigado.
Sufrieron muchas cosas, y pasaron
Debajo la bandera y estandarte
Del ínclito Jasón, y al fin llegaron
Al cenagoso Fasis (2), de do parte
La gente á ver al Rey, y le pidieron
El vellocino de oro (3). De su parte

(1) Fineo, rey de Tracia fué castigado con la pérdida de la vista y al suplicio de las Harpías por haber abusado del dón de la adivinación.

(2) El Fasis, río de la Colchida que desemboca en el mar Negro.

(3) Phryxo, hijo de Athamas, rey de Tebas, tuvo que expatriarse sobre un carnero con lanas de oro que le dió

Los extranjeros recibidos fueron
Con buena gracia, y él los apercibe
Del horrendo trabajo á que vinieron.
Entretanto Medea en sí concibe
Terrible fuego, bien que rehusaba;
Y viendo su furor, que no recibe
A la razón, de esta arte se hablaba:

«Por demás contradices, oh Medea;
No sé qué Dios estorba el presupuesto;
Lo que me admira en mí no sé qué sea,
Ó sin dudar Amor es como aquesto.
¿Por qué, por qué razón no me recrea
La forma en que mi padre se ha dispuesto
Mandar? Mas me parece mandamiento
Durísimo, y lo es á lo que siento.

»¿Por qué quien ahora ví, ya finalmente
Deseo con temor que no perezca?
Y de este miedo tal, que es evidente,
¿Qué causa puede haber que bien parezca?
El fuego concebido, que se siente
En tu virginal pecho, desparezca,
Si puedes, desdichada; si pudiese,
Sería más sana, y ojalá sí fuese.

»Mas una poderosa y nueva fuerza
Me fuerza á mi pesar, y sin derecho.
Razón me pide uno, Amor me fuerza
Que quiera y ame otro á mi despecho,

Mercurio. Al llegar á Colchos lo sacrificó al dios Marte y colgó el vellocino en las ramas de una encina sagrada. Después de su muerte se apareció su sombra al rey de Colchida y le predijo que el destino del reino iba unido al del vellocino de oro.

Y aunque á verlo mejor razón me esfuerza,
Y tenerlo por bueno, es sin provecho,
Pues siendo de mí misma yo enemigo,
Lo bueno apruebo y lo contrario sigo.

»Hermosa virgen siendo, y heredera
Del reino paternal, ¿por qué deseas
Marido de región tan extranjera?
Tu tierra puede darte con quien seas
Dichosa; cuanto más que no está fuera
Tu huésped de peligro, ni tú creas
Que no podrá morir; mas con todo eso,
Él viva, y déle Dios muy buen suceso.

»Rogar á Dios que viva sin amarle,
Es lícito; ¿qué cosa ha cometido
Jasón porque merezca difamarle?
¿A quién, si no es cruel, no habrá movido
Su edad, virtud, linaje? y si faltarle
Pudiera esto, fuera conmovido
Cualquiera, sólo en ver tan gran belleza;
A lo menos en mí no halló dureza.

»Si no le favorezco en este caso,
El soplo de los toros le hará daño,
Ó acometiendo será muerto acaso
Del escuadrón de su semilla extraño.
O si puede escapar de aqueste paso,
No escapará de aquel dragón tamaño.
Si tal yo consintiere, decir quiero
Que tengo corazón de duro acero.

»Confiésome por hija, si tal hago,
De la más cruda tigre que ha nacido,
Y que es mi pecho hierro, y que me pago
De entrañas de peñasco endurecido.

¿Por qué cuando él perece en aquel trago,
No le estoy remirando, y he querido
Hacer que sean mis ojos reputados,
Mirándole, por fieros y malvados?

»¿Por qué á los toros no amonesto y pido
Que vayan contra él con más braveza,
Y á los que de la tierra habrán nacido
No mando en él mostrar su gran fiereza,
Y al Drago velador que embravecido
Se muestre, y muestro yo mi gran crueza?
Mejor lo quiera Dios, aunque acabarlo
Me estaba á mí más bien que no rogarlo.

»Pues ¿cómo entregaré yo á quien me hizo
Y el reino suyo, y trataré que haya
Salud un no sé quién advenedizo?
¿Que vencedor por mí, sin mí se vaya,
Y se case con otra, y el granizo
Del áspero dolor sobre mí caya?
Muera el ingrato, si él ha de hacer esto;
Mas no promete tal su hermoso gesto.

»No puedo yo creer que á do se halla
Tan gran valor de ánimo y nobleza,
Olvido habrá ó traición; porque pensalla
En tan graciosa cara, es gran bajeza.
Daráme antes su fe; para guardalla
Haré testigo á Dios. ¿Pues qué tibieza
Con tal seguro tienes, dí, Medea?
Ayuda á quien por tí ser vivo crea.

»S n te tardar ayuda y favorece
A tu Jasón, que á tí será debido.
El cual solemnemente, cual merece
Tal acto, se dará por tu marido.

Y por la Grecia toda, do esclarece
Su nombre, irá tu fama y apellido;
Serás de cada madre celebrada,
Y de sus hijos vida reputada.

»¿Así que he de dejar mi cara hermana,
Hermano y padre, dioses y contento
Y patria natural, partiendo ufana,
Dejándome en poder al leve viento?
Mi padre es crudo; bárbara y tirana
Mi tierra; en mi hermano yo no siento
(Por ser aún niño) serme muy devoto,
Y mi hermana también es de mi voto (1).

»Grandísimo es el dios que está en mi pecho.
Pequeñas cosas dejo, grandes sigo.
El título me viene de derecho,
De haber librado el escuadrón amigo,
Y la Greciana nave, del cual hecho
Se me podrá seguir, con lo que digo,
Noticia de lugares más gustosos,
Ciudades, pueblos, aun aquí famosos.

»Veré cuál es el arte y policía
De gente tal, que tanta fama tiene,
Gozando de quien yo no trocaría
Por cuanto el universo en sí contiene.
Que siendo él mi marido, yo sería
Dichosa, de lo cual también me viene
Ser á los dioses cara, y desde el suelo
Llegar con la cabeza al alto cielo.

(1) Calciope, hermana de Medea y esposa de Phryxo, temerosa de que sus hijos no recibieran la herencia paterna se interesaba á favor de los griegos.

»Mas ¡ay! ¿cómo es posible que tal diga?
Que dicen que hay peñascos que se encuentran
En medio el ancho mar, y la enemiga
Caribdis, á las naves que allá entran
Agora sorbe el agua, y da fatiga,
Tornándola á lanzar, y reconcentran
En el profundo mar los aullidos
Los perros que á tí, Scyla, están ceñidos (1).

»Por cierto yo teniendo á quien bien quiero,
Y en el regazo de Jasón echada,
Navegaré sin miedo por el fiero
Y largo mar, sin sospechar en nada.
O si temiere, mi temor espero
Me tendrá por mi esposo congojada.
¿Qué llamas desposorio? Gentil nombre
Hallaste á tu delito y buen renombre.

»Graciosamente llamas, oh Medea,
A la notoria culpa y manifiesta;
Mejor será mirar lo que desea
Tu voluntad, más libre que modesta.
Si adviertes lo que tanto te recrea,
Hallarás ser traición; luego no resta
Sino poner remedio á tanto daño,
Mientra evitar se puede mal tamaño.»

Ante ella, en acabando, se pusieron
Vergüenza, honestidad, piedad á punto
De guerra, y á Cupido acometieron.
Salíase huyendo, casi ya difunto,

(1) Alude al estrecho de Mesina. Caribdis es el cabo de la isla de Sicilia que de un lado lo forma y Scila el del continente italiano que por el otro lo limita.

Amor, y al templo de Hécates (1) guiaba
Medea su camino en aquel punto,
El cual, entre arboleda umbrosa estaba
En un secreto bosque, y ya su fuego
Amortiguado casi no quemaba.
Cuando miró á Jasón, y creció luego
La medio muerta llama, de manera
Que se tornó á rendir al niño ciego.
Su cara se inflamó, como si fuera
Centella disfrazada con pavesa,
Que el soplo de algún viento la encendiera.
Tomando aumento y fuerzas tan apriesa,
Que hasta llegar á ser cual ser solía,
La furia de su furia nunca cesa.
Así, su blando amor, que parecía
Que no era amor, como antes se ha inflamado
Con la presencia hermosa que allí vía
De su Jasón, el cual había llegado
Acaso tan hermoso, que pudieras
Haber á la amadora perdonado.
Mirábale, y estaba tan de veras
Atenta, cual si entonces él llegara.
Notando sus facciones y maneras,
No piensa que es humana aquella cara:
La sin juicio estáse en él mirando,
Que de ninguna suerte se repara.
Mas luego que la diestra el huésped dando
La comenzó á hablar pidiendo ayuda,
Con baja voz y con semblante blando,
Y la protesta y jura, si le ayuda
En este trance bravo y riguroso,

(1) Hecates presidía los encantos. Era lo mismo que Proserpina, Diana y la Luna. Llamábase Luna en los cielos, Diana en la tierra y Proserpina en los infiernos. De aquí el nombre de triple diosa.

De se casar con ella muy sin duda,
Con rostro le responde lagrimoso:

«Entiendo lo que haré, que no me engaña,
No, alcanzar la verdad en este caso,
Sino la fuerza del amor extraña
Escaparás sin falta de este paso,
Usando de mi don y de tu maña;
Y siendo vencedor, no seas escaso
De fe y agradecer, y no te pido
Más que me cumplas bien lo prometido.»

Por el sagrado y santo sacrificio,
Y la triforme Hecates él la jura
De se acordar de tanto beneficio.
Y por el Sol, á quien no hay cosa obscura,
Que es padre de su suegro venidero,
Sucesos y peligros la asegura.
Creyóle, y con afecto verdadero,
De hierbas encantadas le enriquece,
Aprende el uso, fuése placentero.
Los ojos con que el cielo resplandece,
Había la blanca Aurora de otro día
Con su luz ahuyentado, y ya parece
Que el campo del dios Marte se hinchía
De pueblos circunstantes y otras gentes,
Por ver lo que de allí resultaría.
Sentóse el Rey en medio de valientes
Criados, con su cetro marfilino
Y púrpura é insignias excelentes.
Estando en esto, un par de toros vino,
Con los pies de metal, echando fuego
Por las narices de diamante fino.
La hierba del vapor tocada, luego
Se enciende, y como el horno ardiente suena
O la piedra, que en él pasó tal juego

Que en cal se convirtió, si se ve llena
De agua, concibiendo del rocío
Ardor. Así, sonó con larga vena
El pecho de los dos, y con tal brío
El fuego allá encerrado, y se revuelve
Amenazando el fiero desafío.
Mas aunque tan feroces, se resuelve
El hijo de Eson de acometellos,
Y cada cual terrible al punto vuelve,
El rostro y cuernos, que la punta dellos
De hierro era, al mozo que venía
Sin pensamiento alguno de temellos.
Con los hendidos pies la tierra hería
Cada cual, y la misma en los oídos
De fumosos bramidos retiñía.
Las Tesalas quedaron sin sentidos
Y sin calor, de miedo, y los alientos
Fogosos de Jasón no son sentidos.
Son de tan gran poder encantamientos.
Halaga con la osada diestra el cuello
De cada toro, y ambos mal contentos
Al yugo unidos, á pesar de sello,
El corvo arado tiran, surqueando
Un campo do jamás se hizo aquello.
Estánse los de Colchos admirando,
Y las mujeres, con clamor valiente,
Su ánimo y valor acrecentando.
En un yelmo recoge prestamente
Los viboreznos dientes (1), que procura
Sembrar por el barbecho ; la simiente
Cayó en la tierra, que la dió blandura,
Y mediante el encanto y el veneno,

(1) Minerva había regalado á Œéta, algunos de los dientes de la serpiente muerta por Cadmo.

Tomó de nuevos cuerpos la figura.
Cual el infante en el materno seno
Se perfecciona, y toma forma humana
De sus miembros el número ya lleno,
Y en el vientre se está de buena gana
Hasta que la sazón es ya llegada.
De salir á gozar la soberana
Luz del aire común; así formada
La gente en las entrañas do se encierra
Del fértil campo, y ya perfeccionada,
Nació para batalla y cruda guerra,
Y (lo que admira más) salió blandiendo
Las armas, que parió también la Tierra.
Los cuales como vieron pretendiendo
Las lanzas arrojar al mozo griego,
De agudos hierros, con furor horrendo,
El ánimo y color perdieron luego
Los compañeros suyos temerosos,
Y aun ella, que seguro le hizo el juego.
Que como vió con ánimos furiosos
Ir tantos enemigos contra uno,
Hiriéndole continuo tan briosos,
Sin sangre, fría y sin aliento alguno
Se sienta, y amarilla entre sí reza
Encanto al menester bien oportuno.
Con que pretende tengan fortaleza
Las hierbas que ella misma le había dado,
Acógese á sus artes y destreza.
Entonces él, con ánimo esforzado,
Tiró un guijarro entre la gente armada,
Con que quedó seguro; pues mudado
El escuadrón, la lanza y el espada
Contra sí mismos, con sus mismas manos
Menean y braveza no pensada.
Mátanse unos á otros los hermanos
En la civil batalla, á do cayeron

Con heridas y golpes inhumanos.
  Los Griegos á Jasón al punto dieron
El parabién de tanto vencimiento;
Mil veces abrazado le tuvieron.
  Hacer lo mismo fuera tu contento,
Bárbara; mas vergüenza que te inflama
Estorbó no llegase al fin tu intento.
  Que si el temor de no perder tu fama
No lo estorbara, hubiérasle abrazado;
Mas haces lo que puedes con tu llama.
  Que es alabar á Dios porque le ha dado
Tan buen suceso, y contentarse dello
En su secreto pecho enamorado.
  Mas para concluir y echar el sello,
Adormecer el Drago sólo falta
Con las bastantes hierbas á hacello.
  Que con tres lenguas y la cresta alta,
Y dientes corvos, señalado estaba
Velando siempre sin que hubiese falta.
  Siendo terrible guarda, que guardaba
El árbol de oro, á éste ha derramado
El zumo con la hierba que llevaba
  Del río Leteo, y hale relatado
Tres veces las palabras poderosas
Para engendrar un sueño sosegado,
  Y detener las olas espumosas
Del mar turbado y más corriente río
Cuando van más soberbias y furiosas.
  Y luego que del sueño el poderío
En los ignotos ojos ha venido,
Gozó Jasón del oro, y con un brío
  Soberbio, del despojo conseguido
Y autora de tal don partió gozoso,
Que era otro tal y demas bien cumplido.
  Llegó con su mujer y victorioso
A los puertos Yolcíacos, tomando

Refresco, de que viene deseoso.
  Ancianos y matronas en llegando
Agradecen á Dios el beneficio
De los venidos hijos, procurando
  Solemnizar el santo sacrificio
Con oloroso incienso derretido
En sacro fuego, y no faltó al oficio
  Becerro, que por todos ofrecido,
Con los dorados cuernos suplicase
Fuese aceptable. Pero no ha venido
  Esón, y no era mucho que faltase,
Cercano con sus años á la muerte,
Aunque presente hallar se desease,
Por do su hijo dijo de esta suerte:

  «Esposa dulce mía, á quien confieso
Deber lo que yo soy, aunque me has dado
Tanto, que excede al crédito el exceso
De tu merecimiento sublimado,
Si el poder del encanto llega á eso
(¿A qué no llega?), estoy determinado
Pedirte que á mi padre seas servida,
Quitando de mis años, dar más vida.»

  Diciéndola esto, lágrimas vertía;
Mas ella, más piadosa ya que cuando
Desamparó á su padre, respondía,
Terneza tal en sí disimulando:

  «Marido mío, dí: ¿qué desatino,
Ó qué traición echaste por la boca?
¿Parécete que puedo yo hacer dino
A alguno de la vida que á tí toca?
No lo permita Hécate; sin tino
Pediste petición injusta y loca;
Mas yo procuraré que á Eson veas

Trocado muy mejor que tú deseas.

»La larga edad y los continuos daños
Del suegro mío estoy determinada
Con mi arte discreta, y sin tus años,
Mejor que pides sea renovada;
Con tal que en mis intentos tan extraños
De la triforme Diosa sea ayudada,
Y su favor al tiempo que se llegue
Ocasión de pedirle no me niegue.»

Tres noches le faltaban á la Luna
Para juntar los cuernos y mostrarse
Redonda al mundo, llena y oportuna.
Para poder mejor comunicarse,
Y siendo ya llenísima, ha mostrado
La luz y claridad que podía darse.
Salió con el vestido arregazado,
Descalza, del palacio, y esparcido
El cabello en los hombros, no peinado.
Con vago paso sola se ha venido,
En medio del silencio y noche obscura,
Cuando todo animal está dormido.
Al tiempo que la sierpe en la espesura,
Sin dar algún rüido rastreando,
Parece que está muerta en su figura.
Los árboles y el aire están callando,
Y solas las estrellas reluciendo,
Sus rayos rutilantes disparando.
A quien sus brazos ambos extendiendo
Se revolvió tres veces, rocïada
Otras tres veces su cabeza siendo
Con el agua que coge arrodillada
De un río, y tres bostezos grandes dando,
Y en la tierra durísima humillada,
De esta manera encomenzó hablando:

«¡Oh noche, de secretos guardadora
Fielísima, y estrellas que en el cielo
Con la dorada Luna al punto y hora
Aparecéis que falta el dios de Delo!
¡Oh tresdoblada Hécate, señora
Do hallo en mis intentos yo consuelo,
Encantos, artes mágicas, ó hierbas
Y tierra que con ellas los conservas!

»¡Oh aire, vientos, montes, lagos, ríos,
Y Dioses todos de la noche obscura,
Con todos los silvanos y sombríos
Que habitáis en los bosques y espesura!
Estad presentes á los actos míos,
Con el favor de quien cierta y segura
Volver hago las aguas á sus fuentes,
Las peñas admirándose presentes.

»Con vuestra ayuda y mis encantos hago
Que el mar tempestüoso se sosiegue,
Y el sosegado haga tal estrago,
Que con sus olas hasta el cielo llegue.
Yo hago los nublados y deshago;
Doy viento al mundo, y mando que se niegue;
A las culebras rompo las gargantas
Con mis palabras mágicas y santas.

»Los robles duros y los vivos cantos
Asidos á la fría y seca tierra,
Y las selvas con ella, con mis cantos
Conmuevo, y á los montes hago guerra,
Haciéndolos temblar con mis encantos,
Bramar el suelo y almas que él encierra
Salir de sus antiguos monumentos,
Rendidas á mis altos mandamientos.

»También á tu pesar te traigo, Luna,
Sujeta á mi poder la fuerza tuya,
Aunque el metal tocado, en forma alguna
Tus penas y trabajos disminuya.
Y aun hice yo tu carro, ya más de una
Vez amarillo, y tal la color suya
Ve la rosada y rubicunda Aurora,
A causa del veneno que en mí mora.

»Vosotros con los toros me habéis dado
Poder para matar su bravo fuego,
Y su libre cerviz al corvo arado
A su despecho sujetasteis luego.
Los serpentinos hijos inflamado
Habéis en cruda guerra por mi ruego,
Y al velador dragón echasteis sueño,
Al vellocino dando griego dueño.

»Necesidad de zumos tengo agora,
Tan poderosos y en virtud tamaños,
Que la vejez cansada al punto y hora
Conviertan en la flor de tiernos años.
Así lo cumpliréis, pues se mejora
La luz de las estrellas, que de extraños
Y voladores dragos no es creíble
En vano venga carro tan terrible.»

Un coche á la sazón había venido
De aquéllos por los aires delicados,
A do en el mismo punto que ha subido,
Halago los pescuezos enfrenados,
Y tomadas las riendas, va volando,
Los ligeros dragones incitados.
La Tesálica Tempe despreciando,
Y vistas las regiones, moderaba
Las serpientes. En Osa pesquisando

Las hierbas do virtud hallar pensaba,
Y las que el alto Pelion poseía,
Con Otris y con Pindo remiraba.
En Olimpo, mayor que Pindo, hacía
La misma diligencia, con cuidado
De lo que á su negocio convenía.
Y parte de las muchas que ha hallado
Arranca de raíz; mas otra parte
Con la hoz de metal las ha segado.
A la ribera Apídana se parte,
Do muchas de ellas recoger espera,
Y en Anfryso. Tú, Empeulyste, parte
También, y dióla Sperchio, y la ribera
Del río Peneo, y Bebis la juncosa
Contribuyó las hierbas que debiera.
Cogió también la hierba poderosa
En Anthedón Euboyca, no vulgada,
Mudado Glauco en forma milagrosa (1).
Nueve noches y días ocupada
En esto, de los dragos voladores
Por todo el campo y tierras fué llevada.
Cuando volvió, de solos los vapores
De las cogidas hierbas han gustado;
Las sierpes sólo el toque y los olores,
Y el cuero viejo luego han desechado.
Llegada, el varonil contacto huye;
No quiso entrar debajo de tejado.
De césped dos altares estatuye;
El de Hécates á man derecha ordena.
A la diosa Juventa se concluye
A la otra mano, y ambos de verbena
Y de campestres hojas rodeando,

(1) Ovidio refiere la metamorfosis de Glauco en el libro XIII, v. 923 y siguientes.

Los puso al menester de forma buena.
Dos hoyos no muy lejos procurando
En la tierra hacer, do se recoja
Lo necesario al acto venerando.
De la garganta sale sangre roja
De una res negra, que ella degollaba,
Y en las fosas cayó. Sobre ella arroja
De tibia leche un vaso, y otro echaba
De miel líquida, y reza juntamente,
Y los terrenos Dioses invocaba,
Rogando al dios Plutón que no se intente
Privar de vida al viejo, y fué rogada
La robada mujer que lo consiente.
Y de que están propicios enterada
Con sus prolijos ruegos, ha pedido
Que ante el altar y pompa consagrada
El cuerpo de Eson flaco sea traído,
Y habiendo sus encantos recitado,
Quedó en profundo sueño adormecido.
Y púsose cual muerto recostado
Sobre las hierbas que ella había dispuesto
A la manera y forma de un estrado.
Mandó irse á Jasón, mandó ir el resto
De gente y de criados que allí estaba;
Mandado, cada cual huyó de presto.
Los ardientes altares rodeaba
Medea, sus cabellos esparcidos
Al modo bacanal, y remojaba
Cirios, en muchas partes divididos,
En el hoyo de sangre, y ensuciados,
Los pone en los altares encendidos.
Ilustrando los miembros arrugados
Tres veces á Esón con llama ardiente,
Y con azufre tres, y son lavados
Otras tantas con agua extrañamente.
En este medio tiempo al fuego hervía,

Con blanca espuma en el perol caliente,
Una mezcla de cosas que tenía
Para su menester aparejadas,
De que un electüario componía.
Allí coció raíces, que cortadas
En el valle Tesálico habían sido,
A su sazón y tiempo acomodadas.
Simientes, flores, zumo ennegrecido
Y piedras que del más lejano Oriente
Con gran curiosidad había traído.
Y las arenas que la recorriente
Avenida de Océano ha lavado
Echó, y echó con ellas juntamente
El nocturno rocío aljofarado
De la Luna, de noche recogido.
Ni de la carne y alas se ha olvidado
De la infamada Strigia (1), y ha añadido
Las entrañas del lobo incierto y fiero
Que suele verse en hombre convertido,
Y el delicado y escamoso cuero
De Chelydro serpiente y Cynifeo,
Y un hígado de ciervo todo entero.
Y para ejecución de su deseo,
El pico y la cabeza sobrepuso
De una corneja, que era, á lo que creo,
De novecientos años, y confuso
Con estas y otras cosas no nombradas,
El don para Esón á punto puso.
v. 278 Y con un ramo seco meneadas
De seca oliva, luego prestamente

(1) El Strix era un ave nocturna y fabulosa á la que se atribuía el instinto de acudir á las cunas de los niños para chuparles la sangre. Ovidio la describe en los *Fastos*, libro VI, v. 133.

De arriba abajo todas son mezcladas.
Y apenas el calor el palo siente
Del poderoso y raro cocimiento,
Y veis se torna verde de repente.
Naciéronle hojas verdes al momento,
Y de aceitunas luego está cargado,
Y todas de maduro crecimiento.
En cualquier parte que ha la espuma echado
El fuego, y gota alguna se ha caído,
Se torna el seco suelo verde prado,
De rosas y de flores revestido,
Do blanda hierba y pasto se levanta,
Del extraño poder enriquecido.
Viendo esto, abrió Medea la garganta
Al arrugado viejo, permitiendo
Salir por la herida sangre tanta
Cuanta él tenía, y luego rehinchendo
Del poderoso zumo aquel vacío,
Sucede un caso raro y estupendo:
Que al punto que ha bebido el cuerpo frío
Aquel licor por boca ó por herida,
En el cabello y barba el poderío
Se vió, pues la blancura despedida,
De negro se reviste, y la flaqueza
Está ya en fuerza y brío convertida.
La suciedad de viejo, la bajeza,
Amarillez y arrugas han huído,
Y vino en su lugar la gentileza.
El cuero con la carne se ha extendido;
Y como en sí tal fuerza y brío sienta,
Admírase Esón, y el que ha vivido
Tan largos años, tiene agora cuenta
Con pocos; que los otros olvidando,
Memoria tiene sólo de cuarenta,
El ánimo y valor también mudando,
Dejado con los años el de viejo.

La cual monstruosidad considerando
 El sacro Baco, tuvo por consejo,
Pues ve que podía ser, mudar los años
A sus amas, y halló buen aparejo
 En la hechicera y zumos tan extraños,
Que lo hizo así, como él se lo ha pedido;
Y porque nunca cesen los engaños,
 Fingió tener bravo odio á su marido,
Y con gran humildad llegó á la puerta
De Pelias, y sus hijas han salido,
 Que él con vejez no pudo, y siendo abierta,
La recibieron ellas, á las cuales,
Con diabólica astucia y encubierta,
 Atrajo á su amistad; y fueron tales
Sus palabras, que á ellas las contenta
Oirla referir, entre otros males,
 La mucha ingratitud, la poca cuenta
Que Jasón con sus méritos tenía;
Y mientras que la edad mudada cuenta
 De Esón, cuan despacio ella podía,
A las hijas de Pelias da esperanza,
Que al padre suyo así renovaría.
 Esta merced la piden sin tardanza,
Prometiendo sin fin gratificalla
Si de ella (como esperan) tal se alcanza.
 Pareciendo dudar, un poco calla,
Con gravedad fingida suspendiendo
Los ánimos, intentos á rogalla,
Y luego prometiólo, así diciendo:

 «Porque entendáis que puedo lo que digo,
Y confiéis en la promesa mía,
Y conozcáis en mí un afecto amigo
Con que serviros quiero, bien sería
Agora presentaros por testigo
El más viejo carnero, padre y guía

De vuestras reses; tráiganle, que quiero
Tornarle con mis hierbas en cordero.»

Un carnero viejísimo traído
Al punto es, que su flaqueza espanta,
El cuerno tras las sienes retorcido.
Del cual como ella abriese la garganta
Con un cuchillo, habiéndose manchado
El hierro apenas, luego se levanta
La maga, y el carnero degollado,
Sobre el potente zumo en un caldero
Al fuego puesto, al punto ha chapuzado.
Los miembros se abreviaron, carne y cuero;
Quemáronse los cuernos y los años,
Y en medio del perol baló cordero.
Adonde daba saltos muy extraños,
Y retozando iba procurando
Las tetas; del suceso y de los baños
Las Pélides se quedan admirando,
Y después que cumplió lo prometido,
Le están con más instancia suplicando.
Tres veces los caballos (que metido
Se habían en Hebro, y de él ya se salían)
Había el ilustre Febo desunido,
Y en el sublime cielo relucían
La cuarta noche todas las estrellas,
La lumbre repartiendo que solían,
Cuando en el fuego rápido y centellas
La falsa encantadora el agua puso,
Con hierbas sin virtud, ni fuerza en ellas,
Y un sueño semejante á muerte, el uso
Y mágicas palabras engendraron
En el Rey y su guarda, y se dispuso
Cada cual de las hijas, que se entraron
Con ella, de la misma convocadas,
Al lecho paternal, que rodearon,

Y fueron de Medea así incitadas:

«¿De qué dudáis sin ánimo, cuitadas?
Habiendo visto muestra tan patente,
Apretad con buen brío las espadas,
Sacad la vieja sangre prestamente,
Para que yo las venas evacuadas
De sangre nueva hincha de repente.
Vuestro rugoso padre, viejo, cano,
La edad y vida tiene en vuestra mano.

»Si la piedad os mueve, y fundamento
Tenéis para tan alto beneficio
En esperanza firme, y no de viento,
A vuestro padre haced tan buen servicio.
Que tales hijas deben al momento
Manifestar se emplean en su oficio,
Renovar á su padre procurando
La sangre vieja y la vejez sacando.»

Cada una de esta suerte persuadida,
Se muestra más malvada, cuanto era
En la piedad y amor más encendida.
Y aquella fué traidora la primera,
Por no lo ser, que al viejo padre ama
Con afición más tierna y más sincera.
Aunque le hieran, el herir desama
Cualquiera de tal arte, que se vuelve
Por no ver sus heridas cada dama,
Y á herirle sin mirarle se resuelve.
El levanta los miembros medio muerto,
Y en su sangre el cuitado se revuelve.
Tentando á levantarse, y descubierto,
Los amarillos brazos ha tendido
Entre tantas espadas, y ya cierto
De su desastre, que presente vido,

«¿Qué hacéis, oh hijas! (dijo); desdichado
Quien á tal tiempo y punto os ha traído.
»¿Quién es de corazón tan acerado
Que os arma contra mí por darme muerte,
Acelerando mi maligno hado?»
Los ánimos y manos de tal suerte
Se las cayeron, de congoja tanta,
Que se desmayan, y la Maga advierte
Que el viejo, que de viejo así se espanta,
Quisiera más hablar, y prestamente
Cortó con las palabras su garganta,
En el agua metiéndole caliente,
La cual si en los dragones no volara,
Llevara recompensa conveniente.
Huyó con gran presteza y nunca pára,
Subiendo sobre Pelion, monte umbroso,
Y el palacio de Chiron; ni repara
En Otrín, antes va sobre el famoso
Lugar que fué por causa conocido
Del antigo Cerambo (1), que el furioso
Impetu de las aguas ha huído
De Deucalión, estando el mundo todo
Debajo el mar airado sumergido
Por gracia de las Ninfas de tal modo,
Que con ligeras alas va volando
Por no quedar cubierto de agua y lodo.
A la Eolia Pitanen va dejando
A mano izquierda, con el espantoso
Dragón de piedra largo (2); y admirando
Dejó á la misma mano el bosque umbroso

(1) Cerambo habitaba en el monte Othrys, y se refugió en el Parnaso para librarse del diluvio. Allí fué metamorfoseado en caracol ó en escarabajo.
(2) Estas palabras indican probablemente la serpiente de Lesbos.

Ideo, donde Baco ha defendido
El hijo con efecto milagroso.
Porque el becerro, en ciervo convertido,
Encubre el hurto, y pasa la hechicera
Do el padre de Corito (1) está metido
Debajo poca arena, y por do Mera (2)
Los anchos campos espantó ladrando
Con un ladrido nuevo en gran manera.
Y la ciudad de Euripilo pasando
Do las mujeres Coas (3) se sintieron
Cornudas en el mismo tiempo, cuando
La gente de armas de Hércules se fueron,
Y la Febeya Rhodas, los Telchinas (4)
Y Alisios, que por Júpiter se vieron
Chapuzados, no en aguas cristalinas,
Sino infernales, de ellos enojado
Por sus hechicerías tan malinas.
También los altos muros ha pasado
De Carteya, ciudad de la isla Cea,
Do Alcidamas había de estar pasmado
Viendo poder nacer, porque lo crea,
Del cuerpo de su hija una paloma
Apacible, de suerte que recrea.
De allí el camino al lago Hyrio toma,

(1) Coryto era hijo de Paris y de Œnone, y célebre por su belleza.

(2) Mera fué una perra de Icaro, elevada como éste al rango de astro porque con sus ladridos indicó el sitio en que mataron á su dueño los pastores del Atica.

(3) Las mujeres de Coas fueron transformadas en becerras por atreverse á decir que eran más bellas que Venus.

(4) Los Telchinas eran poderosos magos adorados en Jalisia, una de las tres más antiguas ciudades de la isla de Rodas.

Y á la Cigneya Tempe (1) (celebrada
Por un súbito Cisne) luego asoma.
Porque en aquel lugar tenía prendada
Filio su voluntad á un niño hermoso,
A quien servía sin le faltar en nada.
Domesticadas aves y un furioso
León, tratable y manso, le había dado:
Ni con esto contento el enfadoso
Muchacho, le ha insistido y ha mandado
Que amanse un toro: hízolo, y pedido
No se lo quiso dar, amohinado
De verse tantas veces despedido.
El niño, de que no le ha satisfecho
Indignado, al amante ha respondido:
«A tí te pesará de lo que has hecho,
Desearme le has dar», y despeñóse;
Pensaron que se habia pedazos hecho
Los que le vieron, pero convirtióse
En cisne, y con sus alas, en el viento,
Sin padecer peligro, sustentóse.
Mas Hirie, madre suya, en el momento,
Que estaba libre y salvo no sabiendo,
Hizo por él tan tierno sentimiento,
Que se está por sus ojos derritiendo
En agro lloro y lágrimas continas,
De sí un estanque y de su nombre haciendo.
A Pleurón estas tierras son vecinas,
Do Combe se escapó con ala presta
De las heridas fieras y malinas
De sus hijos; y tanto el vuelo apresta
Que ve los Calabreses campos, donde
El rey con su mujer hecho ave resta.

(1) Esta Tempe no es la de Tesalía, sino la de Beocia al pie del monte Teumeso.

A la derecha mano corresponde
Cillene, do Menofrón como fiera
Usaba con su madre, ni se esconde
Cefisón, que con ansia lastimera
El caso de su nieto lamentaba,
Que Febo en un becerro convirtiera.
Y el alcázar de Eumelio, que lloraba
Por su querida hija, convertida
En ave, que en el aire ya volaba.
En fin, de los dragones fué traída
A Corinto Pirénida, do fueron
Al comenzar del mundo (si es creída
La gente antigua y viejos que lo vieron)
Mortales hombres milagrosamente,
Que de pluviales hongos procedieron.
Mas después que Medea rabia ardiente
De celos, concibió y vió encendido
El palacio real, y con caliente
Sangre de sus dos hijos, que ha vertido,
Manchó por se vengar la cruda espada,
Y de Jasón las armas ha huído (1).
Fué en los Dragos Titánicos llevada
Con vuelo ligerísimo, parando
En la ciudad de Atenas, que admirada,
Justísimo Fineo, estuvo, cuando
Con el antiguo Périsa (2) saliste

(1) Jasón abandonó á Medea por la hija de Creón, rey de Corinto. Para vengarse hizo Medea por medio de sus hijos un regalo que estaba envenenado á la nueva esposa de Jasón. Cuando ésta lo recibió vióse con su padre y esposo presa de las llamas. A la vista del fuego mató Medea á sus hijos y se alejó de Corinto.

(2) Alude sin duda á la esposa de Periphas, rey de Atenas, anterior á Cecrops, que, á ruegos de Apolo, lo

Y entrambos juntamente os vió volando,
Y tú con nuevas alas te sentiste
De Polifemon nieta (1). A ésta Egeo
Y al hospedaje suyo no resiste.
De condenarse digno (á lo que creo)
Por este caso solo, pues casado
Cumplió con la hechicera su deseo.
El incógnito hijo había llegado,
Que con su gran virtud y valentía
Al Istmón de dos mares ha librado,
Para matar á quien Medea hacía
Mixtión de las ponzoñas pestilentes
Que desde Scithia allí traído había,
Nacidas (según cuentan) de los dientes
Del Cancerbero. Hay un ciego valle
Y un sumidero obscuro á todas gentes,
Del cual hacia lo bajo va una calle,
Por do el famoso Hércules valiente
Contra su voluntad pudo sacalle.
Y aunque la luz del sol huir intente
La vista retorciendo, bien atado
Con lazos de diamante extrañamente,
El mastinazo fiero fué sacado,
Y de maldita rabia conmovido
A un tiempo con tres bocas ha ladrado,
Y con espumas blancas esparcido
Los campos, que cuajadas (según piensan)
Y habiendo de la tierra recibido
Nutrimento, crecieron, y dispensan
Veneno, con el cual el alimento

metamorfoseó Júpiter en águila, dedicándole á la guarda de sus rayos.

(1) La nieta de Polifemon era Hatcyona, hija de Segrón que la arrojó al mar para castigarla por su licenciosa vida y que fué transformada en pájaro.

Que el campo les ha dado recompensan.
Y porque su perverso nacimiento
Es sobre duras peñas, los villanos
Le llamaron Acónito (1). Al momento
Esta ponzoña dicha, con sus manos
Como á enemigo al hijo el padre daba
Por persuasión y engaños inhumanos
De su mujer movido, que pensaba
Que á su enemigo mismo daba muerte.
Theseo aquel veneno procuraba
Beber, cuando su padre Egeo advierte
En el ebúrneo pomo de su espada
Las insignias de su progenie fuerte.
Al punto le tomó la copa dada
Por no le hacer morir. Pero Medea
Con una niebla obscura fué librada.
El padre, aunque ver libre le recrea
El conocido hijo, está pasmado
De peligro y traición tan torpe y fea,
Viendo en cuán poco estuvo no haber dado
Lugar á tal maldad, y las ofrendas
A los sagrados templos ha enviado.
Como conviene á hombre de sus prendas,
Enciende santo fuego en los altares,
A do mataron toros, que con vendas
Los cuernos van atados, y cantares
Dijeron los de Atenas de alegría,
Que nunca más ajenos de pesares
Se vieron todos ellos que aquel día.
Ocúpanse en convites los ancianos,

(1) La etimología de la palabra latina *Aconitum*, es otra palabra griega que significa, piedra de afilar. Véase Nicandro, *Alexiphomarca*, XLII. Teofrastro cree que el nombre de esta planta procede de Acón (Aconitum), aldea de Bithynia que producía mucho acónito.

Y el vulgo, que ingenioso le hacía
El vino, cantó versos muy galanos,
Diciendo así: «Fortísimo Theseo,
La fuerza y valentía de tus manos
»Admira á Marathón, pues el Creteo
Y fiero toro muerto les libraste
Cumpliendo su justísimo deseo.
»Que are en Cremiona (1) sin contraste
Seguro el labrador, también ha sido
Merced y don con que le aseguraste.
»Por tí el ladrón Perífito ha caído,
Epidauro y Cefisia vió la suerte
De Procustas cruel á tí rendido.
»Y la cereal Eleusis vió la muerte
De Cerción, y á tu causa perecía
Scynis, que empleó mal su fuerza fuerte.
»El cual las gruesas vigas que quería
Y los pinos altísimos domaba
Por sólo ejecutar su tiranía.
»Porque á los miserables que tomaba,
Atándolos á dos diversos pinos,
Con suma crueldad despedazaba.
»Tambien aseguraste los caminos
A la Lelegia Alcátoe, destrozando
A Scyrón con castigos de tí dinos.
»Y del ladrón los huesos arrojando,
La tierra les deniega sepultura,
Ni se la da la mar; y, en fin, nadando
»Se dice que tornados peña dura,
En diversos peñascos convertidos,
El nombre de Scyrón en ellos dura.
»Si los renombres tuyos merecidos,
Y tus años, señor, contar queremos,
Los años quedarán bien oprimidos.

(1) Comarca próxima á Corinto.

»Por tí, varón fortísimo, hacemos
Sacrificios en público, y honrarte
Probando el sacro vino pretendemos.»
El palacio real, de la misma arte
Que el vulgo, le alababa, que no había
Tristeza en la ciudad ni en una parte.
Pero con todo eso no tenía
Seguro el gozo Egeo, defendido
El hijo, porque no se ha la alegría
Sin mezcla de pesar; que no ha nacido
Placer sin su contrario. Darle guerra
Pretende Minos, que aunque muy valido
Con naves por la mar, y por la tierra
Con gente de armas, siéntese más fuerte
Por el furor de padre que le aterra.
Movió las justas armas por la muerte
Del valeroso Andrógeo; pero antes,
Para que le suceda bien la suerte,
Convoca los amigos circunstantes
Por la mar, y doquier que entrada halla
Con flota de navíos tremolantes.
Atrajo á Anafe (1) sólo con rogalla,
Y con promesas, pero á Astipalea (2)
A su favor rindió con la batalla.
De aquí le sucedió como desea
Con Micón (3), y Cimolio, la gredosa,

(1) Anafe, isla del Mediterráneo en el mar de Creta. Llámase hoy Nanfio.

(2) Astipalea, isla del mar Egeo.

(3) Micón, una de las Cycladas. Cimolio, una de las Sporadas en el mar de Creta.

Telon, hoy Termia.

Siryfnón una de las Cycladas, frente á la isla de Eubea.

Sythonis, nombre dado á una parte de la Tracia, limítrofe á Macedonia. La fábula de Arnen transformada en

Y Telón, que con flores se hermosea.
A Siryfnón la llana, y la famosa
Paros, también las hizo de su cuenta,
Con Arnen, que otro tiempo fué quejosa
De Sythonis, traidora y avarienta,
Que la entregó por oro, recibido
Precio de la traición que la contenta.
Y vió por esta causa convertido
Su ser en el de graja, que aun agora
El desear del oro no ha perdido.
Mas la mano de Minos vengadora
No pudo aprovecharse de Oliaro (1);
Negó el favor también la llevadora
De aceite, Pepareto (2); con Giaro
Dídimo, Tenos, Andros, rehusaron
Favorecer varón tan fuerte y claro.
Por el siniestro lado navegaron
A Enopia los de Minos. Reino era
De Eaco, y Enopia le llamaron
Los viejos; mas el Rey, de otra manera
Que Egina le llamó, tomando el nombre
Del de su madre. Sale luego afuera
El vulgo, que desea ver un hombre
De tal valor, tan digno, tan valiente,
Dotado de tal gracia y tal renombre.
A recibirle salen prestamente
Telamón y Peleo, y el tercero



mochuelo. es muy poco conocida, como otras muchas de las que refiere Ovidio en este libro.

(1) Oliaro, islote del archipiélago griego.

(2) Pepareto, una de las Cycladas, hoy Seraquino.
Giaro, hoy Joura, una de las Sporadas.
Dídimo, una de las islas eolias, cerca de Sicilia.
Tenos, una de las Cycladas, hoy Tine. Andros, la primera de las Cycladas.

Foco, progenie alta y excelente
De Eaco, el cual salió postrero
Con gravedad del viejo, preguntando
La causa del vïaje al caballero.
Por la muerte del hijo suspirando
El rector de cien pueblos que lo advierte,
A la pregunta suya replicando,
Al Rey ha respondido de esta suerte:

«Rey poderoso, sólo á suplicarte
Me des favor ha sido mi venida,
Y entre mi gente de armas vaya parte
De la tuya, extremada y escogida.
Muévome con ejército de este arte,
Para vengar la injuria recibida
De mi hijo muerto, de que yo me duelo,
Y dándome favor me das consuelo.»

Eaco le responde: «Vana ha sido
Tu petición, en eso no se hable;
Que aunque yo te lo hubiese prometido,
La gente de mi reino no es mudable.
Los Atenienses han establecido
Tregua con mi ciudad inviolable,
Y tenemos con ellos gracia, cuanta
No se hallara con nadie tener tanta.»

Partióse triste Minos, replicando:
«Esa amistad te costará bien cara.»
Y tuvo por mejor amenazando
Vengarse, que en la guerra, do gastara
Sus fuerzas, y á su flota navegaba;
Y quien desde los muros la mirara,
Pudiera verla, cuando ya llegaba
Una nave de Atenas, y en el puerto
Seguro y amigable se paraba.

Adonde viene Céfalo con cierto
Recado de su patria, y en saliendo,
Quién era no fué luego descubierto
A los hijos de Eaco; mas siendo
Pasado largo tiempo, y remirado,
Le fueron poco á poco conociendo.
Y habiéndose las diestras todos dado,
Le llevan á Palacio, donde él iba
De su belleza antigua acompañado.
Con un ramo en la mano de su oliva,
En medio de dos hijos de Pallante,
Clitón y Butes, y llegado arriba,
Los Atenienses éntranse delante,
Y besadas las manos, su embajada
Dió el valeroso Céfalo al instante.
Socorro pide, siendo relatada
La tregua y amistad de sus pasados,
Con tanta reverencia consagrada.
Y añade que están todos congojados,
Y Acaya y Grecia en gran peligro puesta
Por Minos codicioso y sus soldados.
Después que con facundia tan honesta
Demanda, y con su aviso testifica,
Con el cetro en la mano la respuesta
Eaco de esta suerte significa:

«Ilustres Atenienses, yo me corro
Que á demandar vengáis lo que es tan vuestro.
No me pidáis, sino tomad socorro,
Gastando en él la fuerza y reino nuestro.
Y bien puede salir mi gente al corro
Con ánimo, valor y esfuerzo diestro;
Que (gracias doy á Dios) á mí me sobra
Con que poder haceros buena obra.»

«Mas antes, ojalá que siempre sea

(El animoso Céfalo replica)
Tu ciudad de la forma que desea,
De tales ciudadanos llena y rica.
Tanto gallardo mozo me recrea,
A do su gran valor se testifica.
Con todo eso, muchos echo menos
Que en otro tiempo ví, no menos buenos.»

Eaco dió un gemido, y con tristeza
Al caballero dijo de esta suerte:
«Lloroso fué el principio y de aspereza;
Después fué la Fortuna menos fuerte.
¡Ojalá yo pudiese su dureza
Por extenso decir! Por no tenerte
Suspenso mucho tiempo, determino
Contarte, no por orden, lo que avino.

»En huesos convertidos y ceniza
Están los de quien tienes tú memoria.
Y fué lo menos que me martiriza,
Según mis cosas vueltas ví en escoria.
Cayó una pestilencia (1), que la atiza
La ira de Junón sobre mi gloria
Y tierra, porque el nombre la amohina,
Siendo, como es, de su combleza Egina (2).

»En tanto que este mal pareció humano,
Y la nociva causa está latente,
Tentamos el remedio con la mano,
Del arte sobre todas excelente.
La obra de los médicos fué en vano

(1) Puede ser comparada esta descripción de la peste con la que hace Virgilio en el libro III de las *Geórgicas* y Lucrecio en el libro VI de su poema de *Rerum natura*.
(2) Júpiter hizo á Egina madre de Eaco.

Contra el estrago duro y pestilente.
El aire á los principios nos cobija
De espesa y estuosísima canija.

»El ábrego con soplo inficionado
Nos ha por cuatro lunas perseguido.
Las fuentes y lagunas se han dañado
Del venenoso aliento corrompido.
Millares de serpientes se han hallado
Acá y allá en los campos, do ha nacido
Sembrarse la ponzoña más sin freno,
Los ríos ocupando su veneno.

»Las aves, perros, bueyes, con su muerte,
Y las restantes fieras, han mostrado
En el principio el mal, y fué de suerte
Que se han los labradores admirado,
Viendo caerse muerto el toro fuerte
En la mitad del surco comenzado,
Pelarse las ovejas y carneros
Enfermos, con balidos lastimeros.

»El brioso caballo que solía
Pasar con ligereza su carrera,
Gime al pesebre, y ya morir querría,
Degenerando de quien antes era.
El oso no usa ya su valentía,
Acometiendo á otra bestia fiera.
Cómo ha de huir la cierva ya no mira,
Ni el jabalí se acuerda de su ira.

»El mal lo tiene todo de su mano;
Do quiera hay cuerpos muertos, que hediendo,
Ocupan los caminos, monte y llano,
Con su vapor el aire corrompiendo.
Y es gran admiración que el lobo cano,

Las aves y los perros van huyendo;
Que no se siente alguno tan hambriento
Que toque á tan hediondo nutrimiento.

»Derrítense y están evaporando
En el aire ponzoña pestilente,
Con muy mayores daños ocupando
El grave mal la miserable gente,
Ni aun á los ciudadanos perdonando.
Y cuanto á lo primero, llama ardiente
Los quema, y el aliento lo declara,
Y el color encendido de su cara.

»La lengua áspera se hincha en el momento,
Y con la boca abierta se procura
Proveer cada cual del tibio viento,
Por remediar el fuego y la secura.
Frustrados del deseo y vano intento,
En la cama ninguno no asegura;
Que cada cobertura les atierra,
Y póstranse los tristes en la tierra.

»Mitigar procurando sus ardores,
Se arrojan en la tierra, la cual queda
Hirviendo; ni por eso son menores
Sus fuegos, ni se halla alguien que pueda
Poner algún alivio á sus dolores;
Que en el médico mismo que lo veda
Se pega el pernicioso mal extraño,
Haciéndole su ciencia aqueste daño.

»Cuanto uno es más cercano y cuidadoso
En servir al enfermo, y diligente,
Más presto del afecto contagioso
Y de la muerte asido estar se siente.
La esperanza se pierde de reposo

Y de salud en todos igualmente.
La enfermedad se acaba con la vida;
Ninguno puede ver otra salida.

»Procuran alegrarse, pretendiendo
Desafogar el ánimo afligido,
Al útil y provecho no advirtiendo;
Mas no hay utilidad. Y sin sentido,
Los pozos, ríos, fuentes inquiriendo,
Sin vergüenza á beber se han abatido,
Y bebiendo, primero están sin vida
Que se mate su sed con la bebida.

»Y con beber habiéndose hinchado,
No pueden levantarse ni moverse,
Y han en las aguas muchos espirado;
Mas no por eso dejan de beberse.
Aborrecen la cama en sumo grado,
Dejándola; y si no pueden tenerse,
Revuélcanse en la tierra, con intento
De escaparse del lecho y aposento.

»A cada cual parece sepultura
Su casa, do padecen mal tamaño,
Del cual, por ser la causa tan obscura,
Infaman el lugar do ven el daño.
Pudieras ver andar á su ventura
Por esas calles, con semblante extraño,
Los que pueden tenerse, y mil llorando,
Postrados otros, otros boqueando.

»Y á do la triste muerte los tomaba,
Los vieras extender al alto cielo
Las manos. ¿Qué tal piensas que yo estaba?
¿Qué ánimo fué el mío, ó qué consuelo?
Tan bueno, que la muerte deseaba,

Por serles compañero en tanto duelo.
Doquiera que los ojos revolvía,
Montón de cuerpos muertos allí vía.

»De la manera misma amontonados
Los cuerpos miserables ví sin vidas,
Que se caen de los ramos meneados
Bellotas y manzanas ya podridas.
Bien ves aquellos templos sublimados,
Frontero. Son de Jove, do encendidas
Plegarias ¿quién no hizo á Dios inmenso,
En vano derritiendo el sacro incienso?

»¡Oh cuántas, cuántas veces procuraron
Rogar á Dios mujeres por maridos,
Los padres por los hijos, y espiraron
En el templo, do no fueron oídos!
Y buscadas sus manos, les hallaron
Inciensos no gastados y ofrecidos.
Fueron sus oraciones de tal suerte,
Que las previno la importuna muerte.

»¡Y cuántas veces, mientra se dispone
Para rogar á Dios devotamente
El sacerdote, y cuando ya propone
Verter entre los cuernos y en la frente
El vino puro al toro, que se pone
Para ser sacrificio conveniente,
Al mismo á sus pies siente derrocado,
Del mal y no herida acogotado!

»Cuando yo mismo hacía sacrificio
A Júpiter por mí, y le suplicaba
Por mi patria y tres hijos, que el oficio
De padre y rey á esto me obligaba,
La res aparejada á mi servicio,

Que con bramidos fieros se quejaba,
Sobre el cuchillo súbito ha caído,
Con poca sangre habiéndole teñido.

»Y estaba lo interior tan estragado,
Que no se vía señal en las entrañas
De lo que había de hacerse en tal estado
Para aplacar á Dios las justas sañas.
¡Habían tan altamente penetrado
Las fuerzas de la peste tan extrañas!
Muy muchos cuerpos muertos ví arrojados
Delante de los templos consagrados.

»Delante de los templos, y aun delante
De los altares, muchos ví de suerte
Que dieron fin á su vivir restante,
Por padecer más envidiosa muerte.
Mas otros, por librarse en un instante
De un ansia congojosa, horrible y fuerte,
Muriendo (al triste cuello un lazo atado),
Del miedo de morir han escapado.

»Acelerando el hado que venía,
Colgándose, salen de pena dura.
Los cuerpos ocupó la muerte fría,
Mas ellos no ocuparon sepultura.
De los cuales tal número salía
De la ciudad, que no se hallaba anchura
Por las puertas, y así muy muchos fueron
Que de honras funerales carecieron.

»Ó quedan por la tierra derramados,
Sin sepulcros, ofrendas y sin ruego,
Ó los que de ellos son mejor librados,
Sin reverencia alguna queman luego.
Y sobre cuáles han de ser quemados

Primero, aun con ajena llama y fuego,
Debaten, y el morir se extiende tanto,
Que no hay quien dé lugar al justo llanto.

»Sin que por ellas hagan sentimiento,
Las ánimas vagaban exhaladas
De hijos y de madres y de ciento,
Viejos y mozos, y do ser cavadas
Las sepulturas no hay lugar, ni siento
Ya leña para el fuego; yo anudadas
Mis manos con el daño y pena fuerte,
Al sumo Jove dije de esta suerte:

»—¡Oh sacra dëidad, santa, divina,
Si la pasada gente verdad dice,
Que fuiste amante de mi madre Egina,
Si yo por ser su hijo no te hice
Enojo, y ser mi padre te amohina,
No des lugar, señor, me martirice
Con tanto mal, con tanta desventura;
Dame mi gente, ó entre ellos sepultura.—

»Un relámpago claro y un tronido
Me dió señal clarísima al momento.
—Esta señal, señor, que he recibido,
De más ventura sea y más contento
Que tengo yo (replico), y si habrá sido,
Mudando en dicha todo mi tormento,
De que son recibidas mis ofrendas,
Tan favorable agüero tomo en prendas.—

»Cuando esto acaecía, estar me veo
Acaso do la encina consagrada
A Júpiter, del monte Dodoneo,
En nuestra tierra ha sido trasplantada.
Debajo de ella ví venir arreo

Gran número de hormigas, ocupada
Cada cual con más carga que á su talle
Conviene, y todas siguen una calle.

»Estándome admirando de que vía
Tal muchedumbre, dije:—Padre eterno,
Para quitar el ansia y pena mía,
Híncheme la ciudad de mi gobierno
De otros tantos vecinos;—yo decía
Aquesto con afecto blando y tierno.
Tremió la encina haciendo movimiento
Sus ramos, sin moverlos algún viento.

»Apenas ví los ramos meneados,
Y comencé á temblar de puro miedo,
Sentíme los cabellos erizados.
Con todo eso, lo mejor que puedo,
El tronco y los lugares consagrados
Besé, no que tuviese yo denuedo
De publicar aquello que esperaba,
Mas esperando á Dios lo suplicaba.

»La noche y sueño á los cansados vino,
Y estando yo durmiendo, parecía
Los ramos, las hormigas y el divino
Árbol allí tener que visto había.
El cual, movido con tremor contino,
De los hojosos ramos sacudía
Hormigas, que bajaban y subían,
Y en la vecina tierra se esparcían.

»Y parecióme ver que en el momento
El escuadrón de hormigas se hizo gente,
Tomando á mucha priesa crecimiento
Y andando cada cual derechamente.
El moreno color dejarles siento,

Y su flaqueza extraña de repente,
Y el número de pies y su hechura,
Tomada ya de hombres la figura.

»Despierto y de mi sueño estoy mohino,
Y quéjome que en Dios no se halle ayuda.
Mas parecióme oir un torbellino
Como de gente que al palacio acuda.
Y mientras de las voces me amohino,
Y si aun entonces sueño estoy en duda,
A Telamón venir á prisa oía,
Que abierto mi aposento me decía:

«Salid, oh padre mío, sin tardanza,
»Y veréis cosas grandes, y que creo
»Exceden toda fe y aun esperanza.»
Yo salgo, y tanta gente al punto veo,
Y con figura tal y semejanza
Cual antes en mi sueño y devaneo.
Conocílos, hablélos de que entraron,
Como á su propio rey me saludaron.

»A Júpiter pagué lo prometido,
Y luego, entre los nuevos moradores,
La ciudad y las tierras yo divido
Que estaban ya sin dueños y señores.
Mirmídonas los doy por apellido
Del caso, porque son trabajadores.
Los cuerpos viste, y guardan al presente
El trato que solían antiguamente.

»Acostumbrados al trabajo, agora
Trabajan su costumbre conservando.
Es gente en todo extremo guardadora,
Y que jamás se cansa trabajando.
Un brío y una edad en ellos mora,

Y en tu favor irán al punto, cuando
Solano, que te trajo (habia aquél sido),
En Abrego se hubiere convertido.»

Con tales y otras pláticas gastaron
El largo día, y de él la mejor parte
Al banquete y las mesas entregaron.
La noche con el sueño se reparte,
Y ya el dorado rayo el Sol sacaba,
Alumbrando el Oriente y toda parte,
Y todavía el viento retardaba
A Céfalo el vïaje, y luego fueron
Los hijos de Pallante do él estaba.
Que por ser de más años le hicieron
Honor, y los tres juntos se han partido
Al alcázar real, á do supieron
Que estaba todavía el Rey dormido.
Y á la portada rica cortésmente
A recibirlos Foco había salido,
Porque el hermano andaba haciendo gente
Con Telamón, y entrambos prevenían
Lo que para la guerra es conveniente.
Foco, á los caballeros que venían,
Por el palacio lleva paseando,
Y en aposentos ricos se metían.
Y en una hermosa sala reparando,
Con ellos juntamente se ha sentado,
Al valeroso Céfalo mirando.
Que de un hermoso dardo viene armado,
Y en la mano continuo le traía
Con un hierro riquísimo dorado.
De qué madera fuese no sabía;
Y habiendo algunas cosas de primero
Hablado con los tres, así decía,
Queriendo preguntar al caballero:

«Amigo soy de bosques y floresta,
Y de matar las fieras codicioso.
Mil armas he yo visto; pero ésta
Que vos tenéis, me tiene á mí dudoso.
Si de cerezo acaso fuera aquesta,
Mostráralo el astil en ser nudoso,
Y si de fresno, nada yo dudara,
Porque el color dorado lo mostrara.

»De qué madera sea, á mí se esconde;
Mas no ser la más bella y escogida
Que mis ojos han visto, ni sé dónde
Se pueda hallar un arma tan pulida.»
De los hermanos uno le responde:
«Si su virtud tuvieses conocida,
Que es no errar jamás do la han tirado,
Con más razón te hubieras admirado.

»Dejaras de alabar su forma bella,
Si supieses que nunca fué tirada
Que errase el tiro, sin tener en ella
La fuerza de Fortuna alguna entrada.
Y que no es menester para traella
Trabajo alguno, ante ensangrentada,
A la mano se vuelve como un viento
Del mismo que la tira en un momento.

Crecióle por saber mayor deseo
De quién, por qué, y adónde fuese dada
Un arma tal al nieto de Nereo.
A todo le responde, sin que en nada
Faltase á su pregunta, el valeroso
Céfalo; solamente fué callada,
De modesto, discreto y vergonzoso,
La causa, que sabida y clara era
Por do la mereció, y habló lloroso

Por la muerta mujer de esta manera:

«Aqueste dardo, hijo de la Diosa
(¡Quién lo podrá creer!), me tiene en llanto,
Sin poder emplearme en otra cosa,
Y mil años lo haré, si vivo tanto.
Por éste perdí yo mi cara esposa,
Perdí mi bien, quedé perdido; ¡oh, cuánto
Para mí, desdichado, mejor fuera,
Si de este mismo siempre careciera!

»Pocris era de Orithia bella hermana
(Si acaso Orithia ha sido más nombrada),
De belleza y costumbres soberana,
Y tal, que con Orithia comparada
Se pudiera tener por cosa llana
Más digna Pocri ser de ser robada.
Su padre Erícteo me hizo su marido,
Su aficionado amante el dios Cupido.

»Llamábanme dichoso, y yo lo era
Al parecer común (mas Dios no quiso),
Y por ventura agora yo estuviera
En el contento mismo y paraíso.
La boda celebrada en la manera
Que convenía, fuíme de improviso
El mes segundo á caza, que pretendo
Con redes ir los ciervos persiguiendo.

»Y estándolas armando, soy mirado,
Desde la cumbre del florido Himeto,
De la dorada Aurora, que ha lanzado
La obscura noche, y víme en tal aprieto,
Que, á mi pesar, la misma me ha llevado
(Perdóneme la Diosa, que prometo
Decir verdad), y púsome delante

Su hermosa faz de rosas y semblante.

»No la bastó mostrarme su hermosura,
Ni aprovechó decir que era señora
De los confines de la noche obscura
Y la luz clara, á la rosada Aurora,
Ni que el agua nectárea, dulce, pura,
Es su alimento, porque en cualquier hora
A mi querida Pocri siempre amaba,
Pocri en mi pecho y en mi boca estaba.

»La fuerza de la cama consagrada,
La bella esposa y nuevo ayuntamiento,
La fe matrimonial agora dada,
El tálamo refiero, y el intento
De no ofender á Pocri, que fiada
Estaba en mí. Airada en el momento,
La Diosa replicó: «Cese tu pena;
»Ten á tu Pocri, tenla en horabuena.

»Ingrato á tanto bien, desconocido,
»No gastes tiempo más en tal querella
»Vete con Pocri, vete á ser marido
»De dama que á tus ojos es tan bella.
»Que si lo por venir he yo sabido,
»Algún tiempo vendrá que de tenella
»Te pesará»; y diciendo así, me envía
Con ira á mi señora y mi alegría.

»Partíme de ella, y yendo reparando
En las palabras de la airada Diosa,
Empiezo á tener miedo, imaginando
No hubiese quebrantado alguna cosa
De la fidelidad mi Pocri, dando
Ocasión al delito el ser hermosa.
Sus años y belleza la acusaban,

Mas sus costumbres castas la excusaban.

»Adúltera la hacía su belleza,
Mas su bondad mostraba su inocencia.
Con todo eso, al fin naturaleza,
Por ser mujer, por causa de mi ausencia,
Me hacía temer, y dábame certeza,
La que poco antes tuve en mi presencia,
Haciendo, como dije, mil extremos;
Que los amantes todo lo tememos.

»La causa del dolor buscar propongo
La castidad de Pocri combatiendo
Con dones, y temiendo me dispongo,
La Aurora á mi temor favoreciendo.
Por ir disimulado, yo me pongo
De otro semblante, y fuéme pareciendo
Que la mañana el rostro me mudaba,
Cuando en Atenas disfrazado entraba.

»En mi ciudad y casa disfrazado
Entré, do ví castísimas señales.
Mi dama y mi palacio congojado
Con ansias y tormentos desiguales,
Por su señor, que habia sido robado,
Haciendo sentimientos inmortales;
A Pocri apenas pude hallar entrada
Con mil engaños siendo procurada.

»En viéndola pasmé, casi dejando
Los modos de tentar pensados ante.
En poco estuve, en su presencia estando
Que no me descubriese allí delante,
Y la diese mil besos, confesando
Ser su marido y su querido amante.
Estaba triste, y triste parecía

Que nadie en hermosura la excedía.

»El fogoso deseo la inflamaba
Del robado marido de manera,
Que podrás colegir cuán bella estaba,
Oh Foco, quien una ansia lastimera
Y un sobrado dolor la hermoseaba.
No hay para qué yo agora te refiera
Las veces que ha estorbado cuanto digo
Su honestidad, de su valor testigo.

»¡Oh! Cuántas veces dijo: «Yo me guardo
»Para uno solo, esté donde estuviere.
»A éste quiero, á éste sólo aguardo;
»Mi corazón por él viviendo muere.
»De gozo y de contento por él ardo;
»Por suya me tendré mientras viviere.»
¿A quién, no siendo loco, no bastara
De fe señal tan grande, cierta y clara?

»Pues yo no me contento, que antes quiero
Con mi contentamiento dar al traste.
Prométola riquezas y dinero
Que á comprar mucha renta sólo baste.
A tanto prometer, dejó el sendero
De la virtud. Yo á voces digo:—Erraste
Traidora, desleal; yo soy testigo
De tu adulterio y poca fe conmigo.—

»Con tácita vergüenza, convencida,
No me responde, sino aborreciendo
El ruin marido y casa donde urdida
Tan gran traición la fué, se va huyendo,
De ya tratar con hombres despedida,
De su desdén yo solo causa siendo.
Andaba por los montes descontenta,

Al ejercicio de Dïana intenta.

»Mas cuando yo me ví desamparado,
Con más violencia Amor me derretía;
Pedíala perdón de mi pecado,
Y confesando serlo, la decía
Que á mí también me hubiera derrocado
Quien tanto me ofreciera; y ya que había
Vengádose, rindióse al manso ruego,
Y vivimos concordes desde luego.

»Concordes y contentos dulcemente
Pasamos nuestra vida enamorada,
Y allende de esto, hízome un presente,
Cual si lo que me daba fuera nada.
Un perro tan sagaz y diligente
Que fué merced de Cintia celebrada,
Y cuando se le daba dijo: «Es pieza
»Que á todos vencerá su ligereza.»

»Y con el perro fuéme entonces dado
El dardo que aquí ves; y si tú quieres
Que te relate el fin en que ha parado
El perro, quedarás, cuando lo oyeres,
Del hecho y novedad muy admirado.
Las Náyades mostraban sus saberes
Diciendo profecías claramente,
Mas no entendidas de la antigua gente.

»Satisfacían con ellas de manera
Que ya la santa Temis se olvidaba,
Porque su adivinar obscuro era,
Que con rodeos la respuesta daba.
Por el cual desacato echó una fiera
En la Tebana Aonia que mataba
A muchos, y dejaba destrozados

Los tristes labradores y ganados.

»Los mozos comarcanos acudimos,
Y por el ancho campo andando á ojeo,
Las redes y los lazos que pusimos
Saltaba con prestísimo meneo.
Soltámosla los perros, pero vimos
Que de su diligencia y su deseo,
Aunque eran muchos, escapar se sabe
Con tanta ligereza como un ave.

»Pídenme con instancia suelte el mío;
Lelepa (así era el nombre) las cadenas
Se pretende quitar, cuando le envío,
Y viéndose sin ellas aun apenas
Escapa tan ligero y con tal brío,
Que el rastro de él caliente en las arenas
Notamos, y de vista le perdimos:
Con tal celeridad partir le vimos.

»La piedra con presteza más perfecta
De honda rodeada nunca sale,
Ni del cretense arco la saeta,
Ni lanza puede haber que se le iguale.
Hay un otero en una montañeta;
Allí me subo, y noto cuánto vale
Mi perro, que á la fiera así seguía
Que herirla muchas veces parecía.

»Parecíame á las veces que la hería,
Mas otras que la fiera se escapaba.
Con carrera derecha no huía
La astuta, y aunque Lelepa volaba,
Con las continuas vueltas que hacía,
Del diente agudo y boca se burlaba.
Estorbando su ímpetu él la sigue

Y con igual presteza la persigue.

»A do la fiera iba, en un momento
Estaba el perro mío; pareciendo
Tenerla, no la tiene, y en el viento
Bocados daba vanos: yo tal viendo,
A mi buen dardo vuelvo el pensamiento,
Y estándole mi diestra ya blandiendo,
Volví la vista, por no errar en nada,
Para poner el dedo en la lazada.

»Aquesto hecho, luego á do solía
Volví á mirar, y en medio el campo veo
Dos mármoles, que el uno parecía
Huir, y de ladrar hacer meneo
El otro, y esto fué porque quería
Dios (si allí estaba alguno), á lo que creo,
Que nadie en el correr se aventajase
Y á entrambos la victoria se negase.»

Hasta aquí dijo Céfalo, y callaba;
Mas Foco le replica, preguntando:
«¿Con qué delito el dardo se infamaba?»
Al cual así responde sollozando:
«De este dolor y pena que me acaba
Principio fué un regalo y gozo blando,
Del cual primero quiero darte cuenta,
Que la memoria suya me contenta.

»¡Oh Foco, qué sabrosa es la memoria
De aquel pasado tiempo tan dichoso,
En principio del cual estuve en gloria
Con mi mujer viviendo venturoso,
Y aun ella reputaba vil escoria
El resto, por gozar de mí su esposo!
Con un amor tiernísimo y cuidado

Estaba el pecho de los dos sellado.

»En mi respecto Jove fuera nada,
Ni otra á mí me hubiera satisfecho,
Aunque viniera Venus traspasada
Por causa mía el amoroso pecho.
Un alma está en dos cuerpos abrasada,
Con fuego igual y lazo muy estrecho.
Al tiempo que en Oriente el Sol salía
A caza por los montes ir solía.

»Solía partir sin perro ni criado,
Sin redes, sin caballo, ni otra cosa
Más que mi dardo, cierto y confiado
Había de ser mi caza bien gustosa.
Y de matar las fieras ya cansado,
Al fresco me acogía y hierba umbrosa
Del valle ameno, y érame gran fiesta
El aire frío en medio de la siesta.

»Descanso á mi trabajo el aire era:
—Aura (1) (porque me acuerdo), la decía;
Ven, Aura dulce, alegre compañera;
Ayúdame, mi bien y mi alegría;
Abrázame—y quizá por suerte fiera
Cien mil requiebros otros la diría.
Y solía decirla:—Mi consuelo,
Tú sola me das fuerza en este suelo.

»Tú haces que reciba yo contento

(1) Aura significa aire, vientos ligeros, céfiros. Plinio habla de dos estátuas llamadas *Auræ* que en su siempo eran admiradas en Roma. Las pinturas antiguas representan estas divinidades vestidas con ligeros y flotantes velos. Compañeras de Céfiro, siembran el aire de flores,

En tanta soledad, do por tí vivo,
Vivificado sólo de tu aliento,
Que con la boca mía yo recibo.—
Á mis dudosas pláticas atento,
Un no sé quién estuvo tan esquivo,
Que imaginó que el Aura que llamaba
Alguna Ninfa era que yo amaba.

»Con lengua temeraria aquel parlero
A Pocri cuenta dió de lo fingido,
Y como amor se cree de ligero,
De súbito dolor (según he oído)
Cayóse desmayada, y ya que el fiero
Desmayo se quitó y volvió el sentido,
A sí infeliz y mísera llamando,
De mi fidelidad se está quejando.

»De mi delito vano concitada,
Lo que no es sospecha, y temerosa
Del nombre cuyo cuerpo no era nada,
Cual si mi amiga fuera, está penosa.
Y muchas veces teme la cuitada
La engañan, y á la lengua mentirosa
No quiere de otra suerte haber creído
Que viéndose ofender de su marido.

»La clara Aurora había quitado el velo
De la morena noche, y yo saliendo
De casa, voy al monte como suelo,
La caza á mi contento sucediendo.
Cansado me tendí en el verde suelo,
Y dije:—¡Oh Aura, ven, porque yo entiendo
Tendré descanso habiendo tú venido.—
Y parecióme oir como un gemido.

»Como gemidos mientras yo hablaba

Me parecía oir; mas yo atendiendo
A mi contento, proseguí, y llamaba
El Aura que solía, así diciendo:
—¡Ven, oh bien mío!—Y ví que resonaba
Cual de caedizas hojas un estruendo.
Pensé ser fiera, y á do suena miro,
Y allá mi dardo en el momento tiro.

»Hacia donde el ruido se había hecho
Tiré, y estaba Pocri allí metida.
Y viéndose herir en medio el pecho,
«¡Ay de mí!» dijo; y siendo conocida
Su voz, yo, lleno de ira y de despecho
Contra mí mismo, acudo y ví su vida
Casi acabarse, y que de sí sacaba
Su don, y con su sangre le manchaba.

»El cuerpo hermoso, mucho más amado
De mí que el propio mío, levantando
Cuanto mejor yo puedo, he procurado
Ligarla la herida, restañando
La sangre, y he mil veces suplicado,
Con agrio lloro y sentimiento blando,
Que no me desampare con su muerte
Dejándome en miseria y dura suerte.

»Y estando ya espirando, al fin se esfuerza
A decir esto poco: «Yo te ruego
»Por los sagrados Dioses y la fuerza
»De nuestra cama, lazo y nudo ciego,
»El cual no tengas miedo se destuerza
»Ni aun en el punto donde agora llego,
»Si algún placer te hice, hazme tú este:
»Que el Aura en nuestra cama no se acueste.»

»No dijo más; sentí el error extraño

Del nombre, y procuré desengañarla.
Mas ¿qué me aprovechaba el desengaño,
Pues no era ya posible el remediarla?
Sus fuerzas se acababan por mi daño,
Entendí con lo dicho consolarla.
Que en tanto que de vida los despojos
La duran, no apartó de mí sus ojos.

»Parecióme algún tanto mitigada
Su ansia, pues de vida lo restante
Gastó en mirarme, menos fatigada
(Oído aquello) que solía estar ante.
Y en esta boca mía fué exhalada
Su alma desdichada, con semblante
Mejor, pues parecía en su figura
Morir con más contento y más segura.»

Contándolo lloraba, y los oyentes
Oyéndolo contar también lloraban,
Y derramaban lágrimas fervientes
Cuando Eaco y dos hijos allegaban
Con nueva gente armada apercibidos,
Que verse ya en Atenas deseaban
Y de Céfalo fueron recibidos.

LIBRO OCTAVO.

Ya descubría el lucero el claro coche
Del Sol por el Oriente, y se ha metido
En el mar con el suyo ya la noche.
Solano ha ya sus alas encogido,
Y el Ábrego las suyas desplegado,
Y han húmidos nublados acudido.
Céfalo y los de Egina han entregado
La vela al viento, y antes que pensaban
Entraron en el puerto deseado.
Minos y sus soldados saqueaban
Las riberas de Mégara entretanto,
Y con su fuerza á Alcátoe (1) caminaban,
Procurando causar en ella espanto.
La cual entonces Niso poseía,
Y había de poseer por tiempo tanto,
Cuanto un cabello suyo, que tenía
Entre las canas (y era colorado)

(1) Designa Ovidio esta ciudad con el nombre de su fundador, hijo de Pelops y rey de Megara.

Durase en su cabeza. Ya corría
El sexto mes que Niso está cercado,
Y entre los dos Reales la victoria
Con alas muy dudosas ha volado.
Había una torre y muro, do notoria
Y cierta cosa es depositase
De su vihuela Febo el son y gloria.
Porque como en el muro la dejase,
En las piedras el son se quedó asido (1),
A do como subir acostumbrase
La hija del rey Niso, que el oído
Tocando en la pared, se recreaba
Del sonoroso y dulce retumbido,
El tiempo que había paz en esto daba;
Agora que había guerra se subía,
Por ver el fiero Marte en qué paraba.
Y por la duración ya conocía
Los nombres de los grandes capitanes,
Y cada cual las armas que traía,
Caballos y divisas más galanes,
Las cretenses aljabas, y notaba
Su hermosa gracia y bellos ademanes.
Mas entre todos ellos más miraba
A Minos, cuyo rostro y gentileza
Más de lo que era justo contemplaba.
Y siendo ella jüez, si su cabeza
Acero con plumajes encubría,
En el yelmo era suma su belleza.
Con refulgente escudo parecía
A sus ojos muy bien; tiraba lanza,
Loaba el arte, fuerza y gallardía.
Si del sinuoso arco flechas lanza,
Juraba que el dios Febo del armado

(1) Pausanias refiere este milagroso suceso, libro I, capítulo 42.

Parecía ser su misma semejanza.
 Si en el caballo hermoso enjaezado
Sin el arnés, de púrpura vestido,
Cabalga, gobernándole enfrenado,
 Apenas puede estar en su sentido
La hija del rey Niso enajenada,
Habiendo cien mil veces bendecido
 La venturosa lanza de él tocada,
Y las dichosas riendas: tal se vía,
Que casi, casi está determinada
 De irse por do el ímpetu la guía
(Si lícito la fuera), traspasando
El escuadrón contrario, y aun quería,
 Con el ímpetu mismo peleando,
Desde la torre abajo dar consigo
En el Real cretense. O si no, dando
 Las puertas de metal al enemigo,
Entregarse, ó cumplir cualquier deseo
Que Minos tenga, haciéndole su amigo.
 Y estando con el mismo devaneo
En su pared sentada, remirando
Las tiendas y real del rey Dicteo,
De esta arte está consigo razonando:

«Ni sé si esté contenta, ó si apenada,
De haberse comenzado aquesta guerra.
Pesar me da que á mí, su enamorada,
Persiga Minos, en lo cual él yerra.
Mas si esta guerra no fuera trabada,
Jamás él aportara en esta tierra.
Pero pudiera, con tenerme en prendas,
Gozar de paz sin guerras y contiendas.

»¡Oh Rey entre los reyes más hermoso!
Si la que te parió cual eres era,
Con gran razón por ella el poderoso

Pecho de Dios ardió de tal manera.
¡Oh hado mío fausto y bien dichoso,
Si por el aire en tu real cayera,
Y descubriendo mi persona y fuego,
Te pudiera atraer con manso ruego

»A que pidiendo dote á tu contento,
Dejado sólo el reino, y no otra cosa,
Conmigo celebraras casamiento!
(Que con traición ser reina y poderosa,
Antes perezca yo.) Aunque bien siento
Haber sido ocasión muy venturosa
A muchos ser vencidos por la mano
De vencedor benigno, manso, humano.

»Guerrea justamente, pues guerrea
Por su hijo muerto. Estando de su parte
Razón, ha de vencer en la pelea.
Pues si es así, ¿por qué su fiero marte,
Y no mi amor, hará lo que él desea,
Que es darle entrada? De esta forma y arte,
Será mejor vencer en poco rato,
Sin daño, más seguro y más barato.

»Pretendo, hermoso Minos, tu seguro,
Que temo alguno acaso no te hiera;
Porque á sabiendas, ¿quién será tan duro
Que contra tí enderece lanza fiera?
Lo comenzado cumpliré, yo juro,
Que es traza de mi gusto en gran manera.
Entregaré conmigo el reino fuerte;
Acabaré la guerra de esta suerte.

»Muy poco es publicar lo que yo quiero,
Si no lo hago, y no sé cómo sea.
Guardada está la puerta del portero,

Y con guardar las llaves se recrea
Mi padre, que él estorba el paradero
De lo que mi alma y corazón desea.
Pluguiera á Dios sin padre me hallara,
Porque mi gozo agora no estorbara.

»Cualquiera á sí se es dios, si lo que ruega
Lo puede conseguir con propia mano.
Fortuna su favor y ayuda niega
Al flojo y para poco. Y yo me allano
Que si llegara en otra adonde llega
Él amoroso fuego en mí, inhumano,
Holgara destruir en un momento
Quienquiera que impidiera su contento.

»Pues fuerte más que yo ¿quién lo sería?
Que por espadas blancas y por fuego,
Si fuese menester, me metería.
Más para conseguirse mi sosiego
No es necesaria tanta valentía.
Sólo el cabello importa que yo luego
Quite á mi padre, que éste venturosa
Me puede hacer, no oro ni otra cosa.»

La noche (estando en esto) sobrevino,
Que de cuidados es gran alimento;
Creció con la tiniebla el desatino,
Partióse con silencio al aposento,
Al primer sueño, do su padre estaba,
Y el cabello fatal (¡oh atrevimiento
Extraño!) le quitó, con que llevaba
Despojo detestable y alegría,
Y al real enemigo caminaba.
Llegado que hubo, al Rey así decía:

«Amor me ha persuadido tan gran hecho.

Yo, Scyla, del rey Niso sucesora,
Mi patria, dioses y amoroso pecho
Te entrego; tuyo es todo desde agora.
Ni por el buen servicio que te he hecho
Más premio que á tí quiero, donde mora
Mi bien; y por señal de haberte amado,
Recibe este cabello colorado.

»Ni pienses que el presente es de un cabello:
La vida de mi padre en él te entrego;
Entrégote mi patria y reino bello.»
Y á dársele tendió su diestra luego.
El justo Minos, admirado dello,
La dádiva rehusa, y dijo: «Ruego
A Dios, oh infamia nuestra, que al profundo
Te arroje, niegue el mar, la tierra y mundo.

»Que cierto, por manera ó causa alguna,
Tan grande monstruo no quiero que vaya
A Creta mi región, de Jove cuna.»
Así lo dijo; y puesta ley y raya
A los vencidos, áncoras alzando,
Se parte; pero Scyla se desmaya
De ver la flota irse navegando,
Y el capitán allí por quien suspira,
Que de su insulto el premio va negando.
Los ruegos acabados, vuelta en ira,
Las manos extendiendo, desgreñada,
La armada do el rey Minos iba mira,
Y dice á gritos, loca, apasionada:

«¿Dónde vas, dí, crüel? pues tu victoria
Es mi traición, y yo lo he merecido,
¿De lo que yo te he dado no hay memoria?
¿Ni te movió mi amor, ni te ha movido
Ver que en tí solo puse de mi gloria

El esperar, y haberte preferido
A mi patria y mi padre, y vaste agora
Sin mí, de tu triunfo siendo autora?

»¿Adónde volveré desamparada?
¿A mi ciudad por dicha? Está vencida,
Y cuando no lo fuera, está cerrada
A mí, que fuí traidora fementida.
¿Al padre que te dí? No, que culpada,
De sus vasallos soy aborrecida
Con gran razón; los pueblos comarcanos
Tiemblan de la hazaña de estas manos.

»El universo mundo me he cerrado
A trueco que me diese Creta puerta.
Y si tú, ingrato, me has desamparado,
Y me la niegas, yo me doy por cierta
Que no es tu madre Europa, y que engendrado
Has sido de la sirte (1) más desierta,
Y que Caribdis es tu madre llana,
O te ha parido cualque tigre Hircana.

»Ni Júpiter yo creo que es tu padre,
Ni que dejado el soberano coro,
Tornado en toro, hizo con tu madre
Lo que con Dánae vuelto pluvia de oro.
Fábula es todo; pero á quien le cuadre
Ser hijo de ceñudo y fiero toro,
Ni tocado de Amor, ni aun de becerra,
Sino á tí solo, no hallo yo en la tierra.

»¡Oh Niso, padre! dame el merecido
Castigo tal, que pueda dar contento

(1) Refiérese á la parte de la costa africana inmediata á las Syrtes.

A tu ciudad y reino, que rendido
Está por mi terrible atrevimiento.
De perecer soy digna; pero pido
Que alguno de los muchos á quien siento
Haber dañado yo como traidora,
La muerte con su mano me dé agora.

«¿Por qué usas de traición por claro indicio
Conmigo, que á mi padre fuí traidora,
Haciendo con mi reino el mismo oficio,
Porque tu gente fuese vencedora?
A ellos fué traición y á tí servicio
Lo que yo hice. Vese bien agora
Que te merece á tí por compañero
La que al toro engañó con el madero.

»Fué digna de tenerte por marido
La que del bravo toro enamorada,
Y habiendo el engañado de ella sido,
De discorde preñez quedó preñada (1).
¿Por dicha á lo que digo das oído,
O estimas mi querella, ingrato, en nada,
Y gustas que mi voz en el momento
Con tu ligera vela lleve el viento?

»Ya, ya no es maravilla que estimase
Pasifae más que á tí por tu dureza
El toro, en quien por cierto sospechase
Hallarse mucho menos de fiereza.
¡Ay cuitada de mí, que apriesa vase
Con vela y remo, y suma ligereza,

(1) Alude el poeta á la tradición de que para favorecer la brutal pasión de Pasiphae, construyó Dédalo una vaca de madera dentro de la cual se encerró aquélla, entregándose así á infame comercio con un toro.

Y en tanto que la pena más me aqueja,
De mí misma y mi tierra más se aleja!

»Ingrato, desleal, de mí olvidado
Y mis merecimientos, no haces nada:
No te me escaparás, que á tu mal grado,
A tu recorva nave iré pegada.»
Apenas de decir hubo acabado,
Cuando en la mar se arroja denodada.
La flota va de Minos persiguiendo,
De fuerzas el deseo proveyendo.

A la nave de Minos ha llegado,
Y haciéndole enfadosa compañía,
A su pesar á ella se ha pegado.
La cual, como vió el padre que venía
Volando por el aire, proveído
De rubias alas (que aun agora había
De Esmerejón la forma recibido),
Que con el pico herir la procuraba,
De miedo de la popa se ha caído.
El aire pareció la sustentaba
Que no llegase al agua, y en efecto
La pluma fué que en ave se mudaba
Llamada cogujada (1), del efecto
Que hizo en el cabello trasquilado,
Y por el vencimiento tan perfecto.
El justo Minos, ya desembarcado,

(1) La cogujada llámase en latín *Ciris*, que proviene de una palabra griega cuyo significado es *esquilar* ó *cortar*. La fábula de Niso y Scyla desfigura, al parecer, un hecho histórico que Pausanias y otros muchos autores atestiguan. Se sospecha que Scyla tuvo culpadas relaciones con Minos durande el sitio de Megara y que le entregó, no un cabello de su padre, sino las llaves de la ciudad.

El voto al sumo Jove prometido
Con sangre de cien toros ha pagado.
  Y habiendo ya triunfado y proveído
El palacio real con el despojo
En la guerra ganado y adquirido,
  La infamia había crecido y el enojo,
Y todos por el parto tan extraño
Tenían el adulterio ya sobre ojo.
  Determinó quitar tan grave daño,
Tan gran vergüenza, Minos, tan mal hecho,
Y de su cama aquel baldón tamaño,
  Cerrando el monstruo bajo de tal techo
Y casa tan difícil y enredada,
Que quede á su contento satisfecho.
  A Dédalo la obra fué entregada,
En el arquitectura entre mortales
Ingeniosa persona y señalada.
  Edificóla, y puso los umbrales
A diversos caminos rodeando:
Cuando salía, borraba las señales.
  De la manera misma volteando
Meandro va con aguas cristalinas
Al mar agora, agora atrás tornando.
  Las venideras ondas ya vecinas
Saliéndose al encuentro topa y mira,
Y tórnase corriendo á las marinas.
  Y á veces de ellas mismas se retira
Hacia su fuente. Dédalo así ha hecho
De do poder salir aun él se admira.
  Tan intrincada está la casa y techo
A do cerrado el Minotauro era,
Y de ateniense sangre satisfecho
  Dos veces (1), y domado la tercera

(1) La oscuridad del texto en este sitio la aclara un párrafo de Plutarco que fija en nueve años el tiempo durante

Por la manera fuerte del que había
Hallado con el hilo la manera
  De se salir que nadie conocía,
Y dió la vela al viento, arrebatada
Ariadna, con quien aporta á Día,
  A do fué del crüel desamparada,
Y estándose quejando, fué querida
De Baco, y á su gusto remediada.
  Y porque siempre fuese conocida
Quitóla la corona de la frente
Y al cielo la tiró; fué convertida
  Cada perla en estrella, y al presente
Se ve su forma misma que ha parado
En medio del que tiene la serpiente
  Y del que está en el cielo arrodillado.
Dédalo estaba en tanto sin consuelo
De Creta y su destierro amohinado.
  Y codicioso del paterno suelo,
Viendo ser prohibida la salida
Por mar y tierra, dijo: «Por el cielo
  (Aunque lo tenga todo) la huída
No me negará Minos», y en su arte
En tal necesidad halló acogida.
  Renovó la natura, pues reparte
Las plumas en su orden, de manera
Que á la menor en la más baja parte
  Se sigue la que un poco mayor era.
Y que en el monte habían así nacido,
Cualquiera sospechara que los viera.
  Con desiguales cañas ha crecido
La rústica zampoña de esta suerte,
De do procede el desigual sonido.
  Y para que á volar mejor acierte,

---

el cual los atenienses estaban obligados á entregar al Minotauro anualmente siete doncellas y siete mancebos.

Con lino las de en medio, y las bajeras
Con cera aprieta, y al momento advierte
Que para que parezcan ser de veras
Es menester doblarlas tanto cuanto
Para imitar las aves verdaderas.
Estaba el niño Ícaro entretanto
Envuelto en su peligro, que ignoraba,
Y le había de causar tan grande espanto.
A veces con las plumas se holgaba
Que el aire había movido, y otras cera
Con los pequeños dedos ablandaba,
Entreteniendo al padre de manera
Con el regalo blando, que impedía
La obra que admirable y rara era.
La cual, perfeccionada, se confía
En las hechizas alas, y sustenta
Su cuerpo en aquel aire que batía.
Y no sólo volar él se contenta,
Mas enseñando al hijo, de la suerte
Que le conviene hacer le representa,
Y con palabras tales bien le advierte:

«Ícaro mío, yo te mando y ruego
Que vayas por el medio con tu vuelo.
Si vuelas bajo, humedecidas luego
Tus alas, causarán mi desconsuelo.
Si alto, quemarátelas el fuego
Con el ardor vecino al claro cielo.
Huye el bajero aire y el supremo;
Vuela por medio; guarte del extremo.

»Yo no te mando, hijo, ni me agrada
Que mires á Boote en tu camino,
Ni te avecines á la Osa helada;
Acuérdate por dónde te encamino.
No mires de Orión la fiera espada,

Porque sería tal vuelo desatino.
En conclusión, si bien volar quisieres,
Tu curso guiarás por do me vieres.»

El arte del volar le está enseñando,
Y las ignotas alas juntamente
A los hombros le estaba acomodando.
Entre obras y palabras ir se siente
Por los carrillos canos y arrugados,
De lágrimas piadosas un corriente.
Tembláronle las manos, y ya dados
Los besos á su hijo postrimeros,
En vuelo fueron ambos levantados.
El padre va delante, verdaderos
Afectos paternales demostrando,
Temiendo de sucesos lastimeros.
Y como suele el ave al punto, cuando
Del alto nido saca al tierno hijuelo
Y le hace que le siga y va volando;
Así volando, el padre mira el vuelo
Del hijo, á quien enseña un arte extraña
Dañosa. Y ya que vuelan por el cielo,
Alguno mientras pesca con la caña
Los peces, ó pastor que su ganado
Otea, fuera ya de la cabaña,
Ó labrador asido y arrimado
A la esteva los mira, tonto queda,
Creyendo que eran Dioses, que dejado
El suelo, cada cual volver se pueda
Al soberano trono de aquel arte,
La voluntad de quien ninguno veda.
Y con presteza tal cada uno parte,
Que la Junonia Samos, Paro y Delo
Miraban ya de la siniestra parte.
Y á la otra mano dejan con su vuelo
A Lebinto y Calidne la fecunda

De miel, cuando mofándose del suelo
El niño su contento pone y funda
En el osado y raro movimiento,
De do su grave daño le redunda.
Dejó su capitán, y con intento
De visitar el cielo cristalino,
Cuyo deseo concibió al momento,
Con ala presta toma su camino
Más alto, y vió su cera derretida
Cuado al ardiente Sol se vió vecino.
Y siendo cada pluma desasida,
Los desnudos morcillos meneaba
En vano. Fué su cara recibida
En el cerúleo mar, cuando llamaba
El nombre de su padre, y ha quedado
Con el del mozo el mar do se ahogaba.
El padre sin ventura desdichado,
No padre ya, al hijo así decía:
«Oh Icaro, ¿dó estás, dónde has parado?»
Y estándolo diciendo, el agua vía,
Y las alas allí con amargura
Sus artes é invenciones maldecía.
Y dada al cuerpo muerto sepultura,
Del sepultado queda aquella tierra
Con denominación que hasta hoy la dura.
Y en tanto que á su hijo el padre entierra,
Desde una encina la perdiz parlera

Se huelga del tormento que le atierra.
Mostrólo con su canto, del cual era
De nuevo el campo agora proveído,
Por ser entonces sola, y la primera
Perdiz que se ha en el mundo conocido,
Recién formada, á causa del pecado
De Dédalo, envidioso y fementido.
Porque ignorante del maligno hado,
Por aprendiz le entrega á su sobrino

La hermana. Y aun apenas ha llegado
A doce años, y era tan divino
Su ingenio, tan capaz, tan excelente,
Que no sólo aprendía, mas fué digno
De la espina de un pez, que atentamente
Noto sacar el uso de la sierra,
Forjada en hierro con perpetuo diente.
Y aun éste fué el primero que en la tierra
Halló el compás, que estando el un pie quedo,
Andando el otro, en círculo le cierra.
Mas Dédalo, envidioso, tuvo miedo
Que el ingenioso mozo le excediese,
Y procuró estorbar su buen denuedo.
Despeñóle fingiendo que él hubiese
Caído de la torre de la diosa
Minerva; mas como ella bien supiese
Lo cierto, y es de ingenios tan piadosa,
Le recibió, y en ave le ha mudado.
Y aquella fuerza suya milagrosa
De ingenio, en el volar se le ha librado
Y en el correr. Y el peligroso salto
La forma, mas no el nombre, le ha quitado.
Mas, aunque es ave diestra, del asalto
Y vuelo muy subido amedrentada,
Cabe la tierra vuela y no por alto.
Y el nido y casa no es edificada
En altos ramos, no, sino en lo bajo,
A do sus huevos pone escarmentada
De la caída antigua que la trajo
Al estado presente: reposaba
En Sicilia cansado del trabajo
Ya Dédalo, que humilde suplicaba
A Cócalo defienda su partido,
El cual lo hizo, y su furor cesaba.
Por el valor de Teseo redimido
El tributo pesado y duro era

De Atenas, donde á Dios agradecido
Suceso tal, llamada la guerrera
Minerva, con el sacro Jove siendo,
Y los demás con pompa y con manera
Decente, tal merced agradeciendo
Con dones y con sangre derramada
Y odorífero incienso derritiendo.
La fama fué de Teseo publicada
Por todas las ciudades y lugares
De que la rica Grecia está poblada.
Y cada cual en dares y tomares
Y trances peligrosos acudía
A demandar socorro á sus pesares.
Calydonia solícita pedía
Con manso ruego ayuda al valeroso
Mancebo; aunque á Meleagro poseía.
Y fué la causa un puerco riguroso,
Venganza de Dïana y su criado,
A Oeneo y á su tierra bien costoso.
El cual (á lo que cuentan) ha mandado
En un muy fértil año se ofreciese
Primicia de los frutos que han gozado,
A Ceres de las mieses, y se diese
A Baco el puro vino, y á la diosa
Minerva con su aceite se acudiese.
La honra y ambición de aquesta cosa
Llegó á los Dioses todos, y decían
Que ya Dïana al mundo era enfadosa,
Pues que los labradores no tenían
Cuidado de su altar, y que olvidado
Su templo entre los otros sólo vían.
La ira aun á los Dioses ha tocado;
La hija de Latona se amohina,
Y dice: «Vengaremos su pecado.
Si su malicia ha sido tan malina
Que quedo sin honor por su respeto,

Será no sin venganza de mí dina.»
Por los oeneyos campos, con aspeto
Terrible, un jabalí la desdeñosa
Envía, que los puso en mucho aprieto,
Tan grande, que los toros de la herbosa
Epiro son como él, ó no mayores,
Ni de tan brava furia y espantosa.
Mas haylos en Sicilia muy menores.
Sus ojos son sangrientos y fogosos;
Las sedas como agudos pasadores,
Que en la hórrida cerviz y los bravosos
Lados estaban yertos, semejantes
A valladar, espesos y espantosos.
Espumas ferventísimas que enantes
Mostraba por los pechos y morcillos,
Y cual se ven tener los elefantes
Tenía sus fieros dientes y colmillos.
Echaba por la boca ardiente llama
Y gruñidos que espantan en oillos.
Las hojas del aliento sólo inflama,
Destroza el pan en hierba, y ya maduro,
Del triste labrador, que llora y clama.
La espiga corta en el granar futuro;
Las eras y graneros son frustrados
De su esperanza por el caso duro.
Los pámpanos se ven también postrados
De la furia pestífera y nociva
Con los racimos verdes y preñados.
Los ramos de la siempre verde oliva
Destroza y desperdicia con sus daños,
Y al aceituna de su asiento priva.
Y no es menos crüel con los rebaños,
Que ni pastor ni perros los defienden,
Ni á las vacadas toros, aunque extraños.
Los pueblos huyen todos, porque entienden
Que el muro es por demás, hasta que ardieron

Meleagro y otros tales (que pretenden
Honor) en fuego tal, que propusieron
Sus vidas acabar, ó remediallo.
Los mellizos de Tíndaro allá fueron.
Que fueron excelentes, según hallo,
En el juego de cestos solo el uno,
El otro en cabalgar en un caballo.
Jasón, que hasta él no halló ninguno,
El uso de las naves su deseo.
Mostró con los demás muy oportuno.
Peritoo, concorde con Tefleo,
Y los dos que Tiestias ha engendrado,
Y Linceo, que era hijo de Afareo.
Y Leucipo feroz, y el señalado
Acasto, tirador de puntería,
Con el ligero Idas, y el mudado
Ceneo, de mujer que ser solía (1).
Hippotoo, Drias, Fénix, que ha nacido
De Amíntoro, con Pelas, que acudía
Enviado de Elide. Ha venido
Telamón con Peleo valeroso,
De quien el gran Aquiles hijo ha sido.
Y el hijo de Ferecio, y el brioso
Hyolao de Beocia, con deseo,
Cual iba Euritio en nada perezoso.
Con el ligero Echíon, Panopeo,
Lelex el de Nericia (2), con Hippaso,
Néstor en tierna edad, y el bravo Hileo.
No fué de socorrer tampoco escaso
Hipocoon, que de Amiclas ha enviado

(1) Ceneo fué primero mujer con el nombre de Cenes. Neptuno obtuvo que se convirtiera en hombre y fuese inaccesible á todos los dardos.

(2) Nericia era una ciudad de los Locrenses que anteriormente llamóse Lelegea de Lelex, uno de sus reyes.

Los que supieron bien el duro caso.
Con el Parhasio Anceo se ha hallado
El suegro de Penélope, y maduro
Ampícides, sagaz y recatado.
Y Anfiarao, entonces aun seguro
De su mujer. La virgen allí viene
Del Arcádico bosque lustre puro,
Athalanta hermosísima, que tiene
Por su padre á Scheneo, y se ceñía
Sus faldas de la forma que conviene.
El dorado cabello recogía
En solo un nudo, y la pintada aljaba
Colgada de sus hombros la traía.
En la siniestra mano se mostraba
El arco, y en su cara una hermosura
Con tal curiosidad manifestaba
Que en mozo parecía de virgen pura,
Y en virgen de mancebo parecía,
Según su aseo y poca compostura.
Vióla Meleagro, y juntamente ardía;
Empero el alto Dios no lo ha querido,
Y vista, de esta suerte la decía:
«Dichoso el que tomare por marido
Tan bella moza», y más no le consiente
Decir la coyuntura en que se vido.
El tiempo, la vergüenza y el presente
Lugar no dan lugar á ser hablada,
Porque es razón que la batalla intente
Por la cual tanta gente fué juntada.
Una arboleda espesa va subiendo
Desde un llano hacia un monte, no cortada
Jamás de nadie, á do llegados siendo
Los animosos mozos aun apenas,
Están en varias obras entendiendo.
Parte á los perros quita las cadenas,
Mas otros tienden redes; rastreando

La causa buscan otros de sus penas.
Un valle había, adonde suele, cuando
Hay agua llovediza, recogerse
La que traen los arroyos resonando.
En lo más bajo dél holgó de verse
El correoso salce y leve ova
Con el palustre junco, y á torcerse
El apto mimbre y la espinosa toba;
La larga cañavera, que ha crecido
Con su corteza tenue; aquí se encova
El sedoso animal, de do expelido,
Los enemigos suyos acomete
Cual rayo de las nubes sacudido.
Y por cualquiera parte do se mete
Destroza la floresta resonante,
Y pasa, encuentra, quiebra y arremete.
Los mozos que le ven venir delante
Dan voces, los venablos meneando
Cada cual de ancho hierro y rutilante.
Él pasa por los perros derramando
Su furia, acometiendo bien de gana
Los que su paso estaban estorbando.
Echíon con su diestra brava, ufana
Disparó el primer dardo; mas ha sido
Su fuerza por demás sin fruto y vana.
Un tronco acerno á la ligera herido
Quedó del golpe; mas el otro hubiera,
Al parecer de todos, más valido.
Porque en la espalda al jabalí hiriera
A ser menor la fuerza del mancebo,
Que tal tiro tiró, que Jasón era.
Ampícides entonces dijo: «Oh Febo,
Si te serví y te sirvo, yo te ruego
Que mi venablo cumpla lo que debo.»
Consintió lo que pudo dios al ruego;
Al puerco dió. Dïana le ha quitado

En el camino el hierro, y fué de juego
El darle, pues el cuero no ha cortado;
Que no llevando punta no ha podido,
Y el fiero jabalí quedó enojado.
Y habiéndose su ira conmovido,
Con un furor de rayo se abalanza,
Que su braveza entonces tal ha sido.
Por la boca y los ojos fuego lanza;
Y cual la piedra suele trabucada
Volar hacia los muros, sin tardanza,
Ó torres, donde habita gente armada,
Con tal ímpetu y furia el puerco iba
Contra los fuertes mozos. Su llegada
Pelagonio y Eupalamón nociva
Sintieron, que quedaron maltratados,
Porque en llegando á entrambos los derriba.
Los diestros cuernos eran gobernados
De aquestos dos, y fueron los leales,
Pues de sus compañeros son librados.
Mas de crueles golpes y mortales
Enésimo no huyó, como pensaba,
De Hipocoonte hijo, porque tales
Se los dió el jabalí; cuando trataba
Temblando echar á huir, la herida fiera
Los nervios por la corva le cortaba.
Y Pilio por ventura pereciera
Antes que Troya, á no escapar trepando
Por su lanza en un árbol que allí viera,
A do seguro estaba desdeñando
El enemigo, cuando le amenaza;
Al tronco los colmillos amolando,
Salió á buscar la gente de la caza
En las recientes armas confiado,
Y con el corvo diente á Oritio caza,
A quien un muslo á cercen ha cortado;
Mas los Mellizos fuertes, que aun no habían

Sus cuerpos en estrellas transformado,
  En dos caballos blancos acudían,
Hermosos ambos, ambos blandeaban
Las lanzas de dos hierros que traían.
  Mas no les sucedió como pensaban,
Que se emboscó, y así poder herirle
Las muy espesas matas estorbaban.
  Mas Telamón intento en perseguirle;
En un raigón de un árbol tropezando,
Cayó, sin ser posible más seguirle.
  Y mientra que le estaba levantando
Peleo, una saeta Atlanta asesta,
Y del arco la envía resonando.
  Debajo de la oreja clavó ésta
Al fiero jabalí; la sangre sale
Del cuerpo herido, y en las cerdas resta.
  Ni del suceso el gusto es tal que iguale
Al que Meleagro tuvo, que el primero
Vió su valor y brío cuánto vale.
  Mostró la sangre á cada compañero,
Diciendo: «Tal virtud será premiada
Con galardón condigno y verdadero.»
  Quedó la gente toda avergonzada,
Y animándose á veces, arrojaron
Sus armas cada cual desordenada.
  Lloviendo unas sobre otras se estorbaron,
Y por herirle tantos, se impedía
Herirle, que ellos tanto desearon.
  El Arcadico Anceo, que traía
Por armas una hacha, con su hado
Adverso topetándose venía,
Y veis que de esta suerte ha comenzado:

  «Mancebos, aprended en la ventaja
Que al tiro de mujer el de hombre hace;
Y pues mi fuerza y maña se aventaja,

Juzgad en mi favor. Porque me place
(Y no tendré el hacerlo en una paja)
Matar al jabalí, por bien que trace
Dïana su defensa, que mi diestra
Ser su favor en vano os dará muestra.»

Con boca fanfarrona, tonta, hinchada,
Aquesto dicho, de puntillas puesto,
La hacha con las manos levantada,
Al jabalí esperaba; vino presto
El fiero puerco, y dale por la parte
Por do la muerte suele entrar más presto.
La ingle le desgarra, hiere y parte
Con el colmillo agudo, cae Anceo,
Y en la tierra su sangre se reparte.
Acudió Peritoo con deseo
De se vengar del puerco su enemigo;
Vióle determinado el gran Teseo,
Y habló de esta manera al caro amigo:

«¡Oh hijo de Ixión, oh compañero,
Con quien estoy atado en lazo estrecho!
¡Oh parte de mi alma, á quien yo quiero
Más que á mí mismo! Cesa de tal hecho.
El combatir con bestias verdadero
Es desde afuera al más osado pecho;
Escarmienta en Anceo y su cabeza,
Que usó temeridad, no fortaleza.»

Habiendo dicho, disparó Teseo
Un agudo venablo diestramente,
Con que llegara al fin de su deseo.
Mas una encina hojosa no consiente
Que tal suceda, habiéndolo estorbado
Un ramo, que le ha sido inconveniente
Jasón tiró otro dardo, y fué librado

Acaso el jabalí; mas enclavaba
A un perro por la barba y por el lado.
Y la lanzada fué tan fiera y brava,
Que con el suelo cose al triste perro.
La mano de Meleagro varïaba:
Dos lanzas ha tirado, que por yerro
La primera en la tierra queda hincada,
Mas la otra en el puerco, cabe el cerro.
Y mientra que en la tierra ensangrentada
Se tuerce y se rodea y embravece,
Y la sangre y espuma va mezclada,
El autor de la herida allí parece;
Irritándole á ira, le ha clavado
Un venablo, que el hierro desparece.
Los compañeros se han regocijado
Del próspero suceso, y procurando
Las diestras con la suya haber tocado,
La fiera bestia muerta están mirando,
Que ocupa de la tierra buena parte,
Y aun de llegarse cerca están temblando;
Mas no porque de allí ninguno parte
Sin dar al puerco muerto su lanzada,
Y así la sangre en todos se reparte.
El pie sobre el pescuezo, fué cortada
Al mismo la cabeza, que aun espanta,
Despojo de su fuerza celebrada,
Y así diciendo se la entrega á Atlanta:

«La honra que se debe de derecho
(Atlanta hermosa, donde solo vivo),
Por tal hazaña y tan valiente hecho,
A mí, que maté un puerco tan nocivo,
Recíbela, señora, y satisfecho
El mundo quedará; que yo recibo,
Siendo tú compañera de mi gloria,
Grandísima merced por tal victoria.»

Del don y del autor quedó contenta
La dama de Nonacria valerosa;
La Envidia á los restantes atormenta.
Y murmuraban todos de tal cosa,
Entre quienes, los brazos extendiendo,
Con voz airada, grande y enojosa,
Los hijos de Thïeste están diciendo:

«Mujer, no tardes, deja en un momento
Lo que no mereció quien te lo ha dado,
Ni te pase jamás por pensamiento
Usurpar nuestro honor tan bien ganado.
Por ser hermosa tienes ardimiento,
Mas no sucederá como has pensado.
Conviénete dejar en un instante
El don, ó no ver más al caro amante.»

Quitáronla el despojo, y el derecho
Quitaron á Meleagro de haber sido
Amante grato; y viendo tan vil hecho,
Impaciente, iracundo, embravecido,
Les dijo: «Robadores de honra ajena,
Habréis á costa vuestra aquí aprendido
Cuán diferentemente el hecho suena
Del dicho y amenazo»; y en diciendo,
De Plexipo sacó con larga vena
La sangre, traspasado el pecho siendo
Del triste, que cayó en el suelo muerto,
Al tiempo que no estaba tal temiendo.
Y no dejó dudar ni estar alerto
A Toxeo, si el caso vengaría
Del muerto hermano, ante estando incierto
De lo que hacer entonces convenía,
Pasóle con la lanza, que caliente
De la sangre del otro la tenía.
Llevaba á Dios Althea el conveniente

Servicio, por el hijo victorioso,
Y á sus hermanos muertos vió, y la gente;
La cual, con sentimiento muy lloroso,
Por la ciudad dió gritos, y ha mudado
Su rico adorno en otro lagrimoso.
Pero ya que se ha bien certificado
Del que causó la muerte, su crecido
Llanto en querer vengarse se ha trocado.
Un tronco había, el cual (recién nacido
Meleagro) las tres Parcas le pusieron
En el fuego, y la llama le ha encendido.
Y en tanto que hilaron y tejieron
Su vida, todas tres con fatal canto,
Mirando al chico niño le dijeron:
«Recién nacido, dámoste otro tanto
De vida, como al leño que se abrasa»;
Y fuéronse esto dicho, y entretanto
Está la madre atenta que esto pasa.
Y del fuego el madero ya quitado,
Con agua le mató tornado en brasa.
Estuvo mucho tiempo bien guardado
Allá en lo más secreto, y de esta suerte
Había tus años (mozo) conservado.
Agora le ha sacado, y luego advierte
Que leña y teas traían, y traído,
Pególes fuego, y ya que brava y fuerte
Está la llama, habiéndole querido
Cuatro veces echar en la hoguera,
Cuatro veces al fin ha resistido.
Ser madre y ser hermana, como era,
Engendra dos contrarios en un pecho
Y diverso renombre en gran manera.
El miedo del insulto nunca hecho,
Mil veces de amarillo la teñía,
Y su color también la ira ha hecho.
Y agora su semblante parecía

Como crüel y como vengativo,
Misericordia agora prometía.
Y cuando aquel ardor desecativo
El llanto y tiernas lágrimas deshace,
Mostraba otras amor, quedando vivo.
Como la nave en alta mar, si hace
Tormenta el viento, y luego vuelve calma,
Doblado daño siente, y satisface
A su pesar á entrambos, de la palma
Estando incierta; así la triste Althea
Padece mil contrarios en un alma.
A veces de piedad, otras se arrea
De tiranía, y siendo buena hermana,
No tiene en nada que ruin madre sea.
Las sombras consanguíneas tiene gana
De mitigar con sangre, y es piadosa,
Cruel, y por no serlo, es inhumana.
Crecida, pues, la llama fervorosa,
«Tal fuego mis entrañas (dijo) abrase,
»Que yo no quiero vida más gustosa.»
Y ante la tumba funeral estáse
Con el trozo en la mano, que era hadado;
Y antes que el hecho suyo comenzase,
A hablar de esta manera ha comenzado:

«¡Oh dioses de las penas, oh infernales
Furias! estad presentes, os suplico,
A estos sacrificios funerales;
Que ante vosotras mismas certifico
Que trato de vengar con hechos tales
Un hecho de que yo me damnifico.
Traición me hicieron, esa misma hago.
A la muerte también con muerte pago.

»Acábese con luto amontonado
Tan desdichada casa, impía y dura.

¿Por dicha gozará bien fortunado
Oeneo de su hijo y su ventura,
Y Thiestio de dos será privado?
Mejor lloraréis ambos. Pues procura
Serviros vuestra hermana, mis hermanos,
Sentid el beneficio de sus manos.

»Recibiréis, os ruego, las ofrendas,
Con precio inestimable redimidas.
Que son del vientre mío malas prendas,
Y causa de perderse vuestras vidas.
¿Qué palabras son estas estupendas?
¿Dó me llevan mis ansias encendidas?
No puede ser que el hecho al dicho cuadre.
Hermanos, perdonadme, que soy madre.

»El maternal amor me tiene atadas
Las manos, y confieso que merece
Morir por tales cosas perpetradas
Aquel á quien mi ánima aborrece.
¿Luego no ha de morir, ni ser vengadas
Las muertes, padeciendo quien padece,
Sino heredar el reino poderoso
De Calydón, hinchado y victorioso?

»¿Él se verá en su reino muy contento,
Vosotros convertidos en ceniza?
Tal no me pasará por pensamiento;
Muera el traidor que así me martiriza,
Y cáigase con él el fundamento
Del reino. ¿Qué es aquesto, banderiza?
¿Dó está el ser madre? ¿dó el materno celo?
¿A dó de mi preñado el desconsuelo?

»Pluguiera á Dios que luego que naciste,
En mi presencia el fuego te quemara;

Yo lo sufriera. Agora el que viviste
Por mí, por tu traición tan torpe y clara
Has de morir; recibe lo que diste,
Y dame el alma tuya, á mí tan cara,
Que dos veces te dí, pues te he parido
Y de la llama el tronco defendido.

»Deseo y no puedo; ¿qué he de hacer cuitada?
Agora las heridas represento
De mis hermanos, viendo retratada
Su muerte cruda acá en mi entendimiento.
Ser madre y la piedad me tiene atada.
O muere, ó tú me mata en un momento.
Por mi mal venceréis (¡ay de mí!), hermanos,
Con tal que á mí me acaben estas manos.»

Acabó de decir, y en medio el fuego
(Vuelta la cara atrás) el leño tira,
Y dió gemidos en cayendo luego,
O pareció á lo menos que suspira,
Y el ausente Meleagro, é ignorante,
De ver que está abrasándose se admira.
Y sufre con un ánimo constante
Gravísimos dolores y tristeza
De que padezca muerte semejante.
Que ser sin sangre tiene por bajeza,
Y la de Anceo llama venturosa,
Porque fué con herida de fiereza.
Y estándose abrasando no reposa,
Ni puede hallar lugar que bien le cuadre,
Y para hablar la postrimera cosa,
Las pías hermanas llama y viejo padre,
Los amados hermanos, mujer cara,
Y es de creer también llamó á su madre.
La llama y el dolor crece y repara,
Y entrambos en un punto se acabaron;

Uno en ceniza, el otro en aire para.
Ya Calydón postrada, lamentaron
Los viejos y los mozos, vulgo y gente
De cuenta se afligieron y lloraron.
Las matronas del reino crudamente
Mesaron sus cabellos, inhumanas
Contra sí. Cada cual así lo siente.
De polvo hinchió su rostro y largas canas,
Y postrado en el suelo el padre viejo,
Culpó la edad que hilan las hermanas.
La mano sabedora del consejo
Crüel, mató la madre vengativa,
Que holgó de hallar en sí tal aparejo
Tomó de sí venganza, pues se priva
De vida y de tormento, traspasado
El pecho con espada aguda esquiva.
Si fuera de cien lenguas yo dotado,
Y tal ingenio Dios me concediera
Que en mí Helicón se viera trasplantado,
El triste sentimiento no pudiera
Contar que las hermanas en sí han hecho
Cada cual contra sí como una fiera.
A golpes se ennegrece el blanco pecho,
De su belleza todas olvidadas,
De ansias, de tristeza y de despecho.
Y mientra está allí el cuerpo, las cuitadas
Le abrazan y reabrazan y le besan,
Puesto en las andas á ellas apegadas.
Besándolas se hieren y remesan,
Y vuelto ya en ceniza, le abrazaron,
Y de martirizarse nunca cesan.
En el sepulcro suyo se postraron
Sobre la losa, y cada cual suspira,
Y el nombre con mil lágrimas regaron.
Las cuales (satisfecha ya la ira
De la Diosa en Oeneo) ha convertido

En aves (1) (sola Gorge y Deyanira
Dejadas), y su cuerpo proveído
De plumas, y en su rostro un pico puesto,
Las alas en los brazos, ha querido
Que partan por el aire en vuelo presto.
Theseo de la caza y compañía,
A Atenas se volvió, pasado aquesto.
Mas no le sucedió como quería,
Que el río Aqueloo el paso le ha estorbado,
Corriendo más hinchado que solía.
El cual de esta manera le ha hablado:

«Pues mis ondas impiden tu pasaje,
Valeroso Ateniense, en mi aposento
Podrás estar; acepta el hospedaje;
Porque será terrible atrevimiento
No diferir un poco tu vïaje,
Y confiar la vida y el contento
De aguas que mil veces han traído
Peñascos, vigas gruesas con rüido.

»Yo ví una vez en otra tal creciente
Una casa vecina á la ribera,
Con bueyes y caballos, de repente
Arrebatarla el agua toda entera.
A do no valió al toro ser valiente,
Ni al caballo su furia tan ligera.
Las nieves de los montes derretidas,
A muchos han privado de las vidas.

---

(1) Las hermanas de Meleagro fueron transformadas en aves con el nombre de Meleagridas ó pollas de Numidia. Acerca de la fábula de Meleagro, véase á Calimaco, *Himno á Diana*, v. 216, y á Apolodoro, lib. I, cap. VIII, y lib. III, cap. IX.

»En tanto que á su madre torna el río,
Pues en mi casa tienes aparejo,
Descansa, que es seguro el voto mío;
Acepta lo que agora te aconsejo.»
Obedecióle, y dijo: «Señor, fío
Me haréis merced, y acepto tal consejo.»
Y como caballero cortesano,
Con él se va á su cueva mano á mano.

Entróse con el río en su posada,
De no lisas paredes y esponjosas
Piedras marinas hecha y fabricada.
El techo era de conchas muy hermosas;
El suelo está de hierbas revestido,
Menudas, verdes, blandas y olorosas.
El Sol había dos partes ya corrido
Del día, cuando Theseo se ha sentado;
Con él los compañeros que ha traído.
A éste Perithoo, al otro lado
El valeroso Lélex se sentaba,
De canas su cabello ya pintado.
Y los demás que iguales reputaba,
Con ellos se sentaron juntamente.
El río con tal huésped se holgaba.
Por las descalzas Ninfas prestamente
Las mesas fueron puestas, con manjares,
Y en nácar vino puro y excelente.
Quitadas ya las tablas y pesares,
Aquel varón ilustre, al mar mirando,
Y vistas ciertas islas y lugares,
Al río Aqueloo dijo, preguntando:

«¿Qué lugar es aquél? la que allí veo,
¿Qué isla es? (y á dedo lo ha mostrado;)
Mas no debe ser una, á lo que creo.»
A su pregunta el río ha replicado:

«No es una la que vemos, y deseo
Con la ocasión presente haber probado
Que el hecho de Diana no fué recio,
Pues fué castigo á tanto menosprecio.

»Cinco islas son, lo que parece una;
Lo poco que las parte es lo que engaña;
Cinco Náyades fueron, cada una
En presunción y pundonor extraña.
Que teniendo ocasión muy oportuna
Para sacrificar, por la montaña
Los Dioses á su fiesta convidaron
Y, diez becerros muertos, se holgaron.

»Los Dioses convidaron montañeses,
Olvidadas de mí bailando en corro.
Su olvido visto, y vistos sus reveses,
De tal descuido ó gravedad me corro;
Y para castigar sus intereses
De mi poder y aguas me socorro.
Crecí cuanto más suelo furibundo;
Todo lo anego, todo lo confundo.

»Las selvas de las selvas arrancando,
Y de campos los campos dividiendo,
Con su lugar las Ninfas anegando,
En el mar dí con ellas estupendo.
A do tienen memoria de mí, cuando
(Mi agua y la marina junta siendo)
La tierra de sí misma desasimos
Y en Equinadas tantas dividimos.

»El suelo dividido que era entero
En las partes que ves en medio el agua,
La una está apartada, por quien muero,
Y amoroso deseo en mí se fragua.

Perimele la llama el marinero,
Y cuando me encendió su fuego y fragua,
Quitéla el ser y nombre de doncella,
Por do quedó su padre mal con ella.

»Hypodamas, mohino y enojado,
A su hija misma desterró del mundo,
Y de un alto peñasco la ha arrojado
A la cuitada en medio el mar profundo;
Pero yo recogíla, y yendo á nado
La defendía, y mi defensa fundo
En manso ruego, pío é importuno,
Diciendo de esta suerte al dios Neptuno:

»—Oh Dios, á quien en suerte te ha cabido
El agua cristalina vagabunda,
A la tierra cercana do corrido
Los sacros ríos hemos, y se funda
El bien de nuestro curso concluído,
Y de quien lo que somos nos redunda!
Suplícote, señor, estés presente,
Y el manso ruego oigas prestamente.

»Yo he sido á la que traigo aquí dañoso,
Con quien sé manso y justo, señor mío;
Si fuera padre Hyppómanes furioso,
De menos impiedad y menos brío,
Debía ser manso á ella y amoroso,
Y aun perdonar mi yerro y desvarío,
Porque ser por amores me disculpa,
Y aun ella está más libre de la culpa.

»Favorece, señor, á la cuitada,
Pues la cerró la tierra la fiereza
Paterna, y á la triste chapuzada
Por ira tan furiosa y tal dureza

Dala lugar, ó sea transformada
Ella en lugar, que sobre mi cabeza
La tendré como quiera.—Así decía;
Neptuno pareció que consentía.

»Pareció consentir, que meneaba
La cabeza el marino dios inmenso,
Y el agua de la mar se batucaba
Con el gran movimiento de su asenso.
Mi carísima Ninfa, aunque nadaba,
Temblaba de temor, á lo que pienso;
Con mi mano su pecho estoy tocando
Y el corazón le estaba palpitando.

»Y mientras que la palpo, endurecerse
La siento toda, y sus entrañas cierra
Así que no pudieron más moverse,
La recién engendrada y nueva tierra.
Las partes con que nada enyertecerse
La siento en tanto que hablo, y tanta guerra
Cesar, pues que sus miembros se aumentaron
Y en isla transformados se quedaron.»

Acabó de decir, y calló el río;
El hecho los admira, de manera
Que les movió de Dios el poderío.
El hijo de Ixión (como quien era
Baldonador de dioses libre y fuerte,
De entendimiento duro y alma fiera)
De todos burla, y dijo de esta suerte:

«Tu cuento mentiroso, bien fingido,
Oh Aqueloo, tengo yo por vano,
Y vives engañado si has creído
Que tiene tal poder el soberano,
Que transformar las cosas ha podido

Con poderosa y con divina mano.
Si las formas quitar y dar pudiera,
Más que es (se ha de creer) su fuerza fuera.»

De tanta libertad se han admirado,
Y reprobaron todos tal consejo;
Y más que los demás quedó espantado
Lélex, que en seso y años era viejo.
Y con su discreción ha comenzado
Teniendo de decir tal aparejo:
«Inmenso es el poder de Dios del cielo,
Pues no hallaréis á su potencia suelo.

»Lo que Dios quiere en el momento es hecho;
No tiene fin su mando y poderío;
Si me oyes, quedarás bien satisfecho
Y no será ficción el cuento mío.
A un roble y teja cerca un muro estreho
En Frigia, que de Pelops señorío
Fué, yo los ví, que Phiteo me ha enviado,
Do supe aqueste caso señalado.

»Bien cerca está un estanque, que solía
Ser habitable tierra y bien poblada.
De cuervos y cercetas noche y día
Agora el agua suya frecuentada.
Júpiter, con Mercurio en compañía,
En carne humana su deidad mudada,
Vinieron á esta tierra, do buscaron
Posada, y en mil casas no la hallaron.

»No hallaron en mil casas una abierta,
Que nadie su deseo satisfizo;
Mas una les admite, que cubierta
El techo está de pajas y carrizo.
Que la piadosa vieja Baucis, cierta

De Filemón su igual, en ella hizo
Su vida, y desde mozos han vivido
En ella, donde se han envejecido.

»Unánimes vivieron, de manera
Que, con sufrir pobreza, la hicieron
Con el uso liviana y sufridera;
Ni hay para qué preguntes si tuvieron
Criados, porque dos la casa era,
Los mozos y los amos ellos fueron
Unos mismos mandones y señores,
Los mismos diligentes servidores.

»Pues cuando los celestes se hallaron
En tan pequeña choza y tal bajeza,
A do fué necesario, cuando entraron,
Bajase cada uno la cabeza,
Un banco el viejo y vieja aparejaron,
Y sobre él un poyal de gran pobreza
Extendió Baucis, pía y diligente,
Y á cada cual suplica que se asiente.

»Y el rescoldo quitado y la ceniza,
Con hojas y cortezas luego enciende
El fuego de antenoche, el cual atiza
Porque que salga llama de él pretende.
En bajar de su casa así pajiza
Manojos y otra leña al punto enciende.
Sobre la lumbre un cazo de agua puesto,
Cebando el fuego le hizo hervir con esto.

»Aparejó al momento la verdura
Que Filemón del huerto había traído:
Con una horquilla descolgar procura
Un pernil, del hollín ennegrecido.
Partido un poco de la carne dura,

Con agua y fuego apenas se ha cocido.
Gastaron tiempo en pláticas en tanto
Porque el tardar no se sintiese tanto.

»Un jarro había de haya, por el asa
Colgado, que de agua siendo lleno,
Mostró su voluntad en nada escasa,
Pues para se lavar pareció bueno.
También estaba en medio de la casa,
Compuesto de espadañas y de heno,
Un humilde, un pequeño y pobre lecho,
Los pies y lo demás de salce hecho.

»Con mantas le cubrieron, de las cuales
Usaban solamente el día de fiesta,
Y con todo eran viejas, pero tales
Como conviene á cama tan modesta.
Sentáronse los Dioses inmortales,
La mesa fué por Baucis luego puesta,
Que arregazada, de vejez temblaba,
Y del un pie la mesa cojeaba.

»Debajo del cual pie puso una teja,
Y ya que la ha muy bien enderezado,
La pía, diligente y buena vieja
Con hierbabuena verde la ha fregado.
El fruto de Minerva en ella deja,
Que se viste de verde y de morado;
Y cerezas silvestres coloradas
En las líquidas heces conservadas.

»Chicoria, queso y huevos meneados
En el rescoldo tibio, mansamente,
En la mesa son puestos, y llevados
En barro, que es vajilla de tal gente.
De lo que son los platos fabricados

El vaso también es más excelente.
Los jarros son de haya de manera
Que empegados de dentro están con cera.

»Sin mucha dilación, del fuego vino
El manjar que restaba bien caliente;
En los vasos de haya se echa el vino
No regalado, añejo, ni potente.
Apartóse el servicio cual convino,
El postre fué traído prestamente:
Ciruelas, nueces, uvas muy hermosas,
Dátiles y manzanas olorosas.

»También pusieron higos, y con esto
Un plato de panal dulce escogido,
Y sobre todo, buen semblante y gesto
De buena voluntad enriquecido.
Mas visto no menguarse el jarro puesto,
Antes de suyo el vino haber crecido,
Atónitos del caso están temblando,
Y con las manos puestas suplicando

»La buena Baucis, y Filemon reza,
De tanta novedad maravillados;
Y del poco aparato y la pobreza
Piden perdón los viejos humillados.
Un ánsar tenían que con presteza
Huye de sus señores ya cansados;
A los divinos huéspedes querían
Sacrificarla, pero no podían.

»Cogerla no pudieron, que huía
Con mucha ligereza de sus daños,
Y el viejo ni la vieja no podía
Tomarla por la edad y largos años.
Y burlándose de ellos, parecía

Con gritos y graznidos muy extraños,
Acogerse á los Dioses de tal suerte,
Que la libraron ellos de la muerte.

»Dijeron: «Dioses somos, y queremos
»La impía vecindad desatinada,
»Que en vicios y maldades tiene extremos,
»Que sea agora luego castigada.
»Á vosotros dos solos libraremos.
»Dejad al mismo punto la posada,
»Siguiendo nuestro paso sosegado
»Hasta subir la cumbre del collado.»

»Siguiendo el paso y el querer divino
Los viejos tras los Dioses caminaban,
Y del cansancio grande del camino
Con báculos sus miembros aliviaban.
Y andando de la forma que convino
Un tiro de arco de la cumbre estaban,
Cuando volviendo á ver, ven anegada
Su tierra, mas su casa libertada.

»Y estando contemplando lo que pasa
Los infortunios lloran de su gente,
Que padecían castigo tan sin tasa,
Su techo estando libre solamente.
Y cuando no se catan ven su casa
En templo convertida de repente,
Los postes en columnas transformados,
Los techos admirables y dorados,

»Las puertas esculpidas, y enlosado
Con mármoles riquísimos el suelo.
Con su mujer Filemon admirado
Entre sí rezan y por su consuelo.
Estando cada cual así ocupado,

Les dijo quien gobierna tierra y cielo:
«Decid, oh buena vieja y viejo justo,
»Qué deseáis, y haráse á vuestro gusto.»

»Habiendo con su Baucis el buen viejo
Comunicado lo que pediría,
El parecer de entrambos y consejo
A los supernos Dioses descubría:
«La vida religiosa es nuestro espejo,
»Y sacerdote vuestro ser querría
»Cada uno de nosotros, y en el templo
»Dar á los otros (dijo) buen ejemplo.

»Y pues que nuestros años se han gastado
»En tal conformidad, que nos acierte
»Pedimos, y nos tome en un estado,
»Tiempo y lugar la inexorable muerte.
»Ni á mi mujer yo entierre, ni enterrado
»Yo de ella sea.» Fué de aquella suerte,
Porque los dos del templo guardas fueron
El resto de la vida que vivieron.

»Y ya que de la edad y de los años,
Trabajos y servicios libertados,
Como acaso contasen los extraños
Acaecimientos suyos ya pasados,
Gozaron el reparo de sus daños.
Estando ante los templos consagrados,
A Filemón vió Baucis, que tenía
Hojas, y en ella él también las vía.

»En árboles hojosos se tornaban
Filemón y su Baucis de repente,
La cima de los cuales ya pasaban
Con hojas de su cara y de su frente.
Mientras podían á veces se hablaban.

«¡Oh compañero (dicen juntamente),
»Adiós!» y transformada la cabeza,
Sus bocas ha cubierto la corteza.

»Los troncos de sus cuerpos me ha mostrado
Un morador de la región Thiana,
Y unos viejos la historia me han contado,
Pues de engañar á otro ¿qué se gana?
En su semblante se ha manifestado
Ser gente de buen seso, no liviana,
Y en los ramos guirnaldas ví ofrecidas,
Y aun otras puse yo recién tejidas.

»Ofrecíles coronas en servicio,
Y dije entonces muy devotamente:
—Los que tuvieron siempre por oficio
Servir á Dios, es cosa conveniente
Que como dioses lleven sacrificio
De la discreta, santa y buena gente;
Es bien que los que honraron sean honrados,
Y los que veneraron venerados.»

De decir acabó. La compañía
De aquellos caballeros se ha movido
Del caso y el autor que le decía.
Especialmente en Theseo se ha entendido
Admiración devota, y deseara
Gastar el tiempo dando atento oído
A quien de Dios los hechos relatara.
El río Aqueloo, que esto le ha notado,
A contar de esta suerte se prepara
Sobre el siniestro codo recostado:

«Algunos hay la forma de los cuales,
Fortísimo señor, fué transformada,
Mandándolo los dioses inmortales

Una vez sola, y se quedó mudada.
De varias formas otros dan señales
Gozando concesión privilegiada,
Cual Protheo (1), morador del Oceano,
Que poderse mudar está en su mano.

»Tú, Protheo, muchas veces te mudaste
En mozo hermoso y en león airado,
Y en puerco-jabalí te transformaste;
Culebra hecho, á muchos has turbado.
Con cuernos toro á veces te mostraste,
Y en piedra y árbol te has manifestado.
En agua vuelto, te transformas luego
(Si se te antoja) en su contrario, el fuego.

»Ni la mujer de Antólico (2), engendrada
De Ericsitonio, puede menos que esto.
Su padre de ésta era quien en nada
Tenía á Dios, y fué tan inmodesto,
Que una floresta á Ceres consagrada
(Para tan gran maldad ligero y presto)
Cortó con una hacha, y se ha atrevido
A haber su bosque antiguo destruído.

»Adonde estaba un roble de mil años
Muy grande, tal, que solo era floresta.
Guirnaldas, vendas, tablas, y de extraños

(1) Protheo, hijo del Oceano y de Tethys ó de Neptuno y de Phenicia era un dios marino con la doble virtud de predecir lo porvenir y de tomar la forma que le pluguiese.

(2) La mujer de Antíloco, era Metra.

No se encuentran en los mitógrafos más detalles, que los que da Ovidio.

Antíloco, abuelo de Ulises, fué un ladrón famoso.

Favores relación estaba puesta
En él, y la memoria de los daños
Que había quitado allí se manifiesta,
Con el poder inmenso que tenía
La ninfa que en aquel roble vivía.

»Debajo de este árbol se holgaron
Las Dríadas mil veces, y su vida
Bailando en corro allí regocijaron.
Tomaron otras tantas la medida
Al tronco, y advirtieron y notaron,
Estando cada cual de la otra asida
Y abrazadas á él sólo por eso,
Que tiene quince brazas en el grueso.

»El resto de la selva (aunque era bella),
Con éste comparada, parecía
Lo que la hierba puesta en bajo della
Con sus árboles: tanto la excedía.
Mas no por eso deja de perdella
Ericsitón; sino antes, á porfía,
Mandó á su gente que el aliento cobre
Para cortar con hierro el sacro robre.

»Viólos tardar, y una hacha arrebatada
De un mozo, dijo así como malino:
«No sólo, si esta planta es muy amada
»De la Diosa. cortarla determino;
»Mas si ella misma es diosa, no va nada.
»Acabe en mi poder su ser divino,
»Que con la cima que endereza al cielo,
»Al punto haré que toque el bajo suelo.»

»Aquello dicho, presto como un rayo
Levanta el hacha el fiero, pretendiendo
Herir el árbol sacro por soslayo;

El roble gime, y todo está tremiendo.
Las hojas y bellotas con desmayo
Se paran amarillas, y cundiendo
Color hasta en los ramos semejante,
Mostraron su temor en el semblante.

»Y luego que en el tronco dió herida
La impía mano llena de crüeza,
No de otra suerte sangre fué vertida,
Por donde fué cortada la corteza,
Que de becerro ó víctima ofrecida,
Si ante el altar le cortan la cabeza.
Todos se admiran, y uno más osado
Pretende prohibir lo comenzado.

»Miróle Ericsitón, y convertido
Del roble para él, le dijo: «Espera,
»Que te quiero pagar lo merecido
»Por voluntad tan pía y lastimera.»
Del cuello la cabeza le ha partido
Con una cuchillada brava y fiera;
Volvióse á herir el árbol, como de ante,
De do sonó tal voz en este instante:

«Yo, Ninfa de este roble, donde muero
»En todo extremo á Ceres agradable,
»Te profetizo el fin y paradero
»De tu vivir maligno y detestable
»(Consuelo á mi martirio lastimero).
»Ya llega tu castigo inevitable.»
Él sigue su traición, y al fin le trajo
Con golpes y maromas á lo bajo.

»En el suelo derriba el roble hermoso,
Y destrozó mil árboles cayendo.
Las Dríadas se están del bosque umbroso

Y de su propio daño condoliendo.
Atónitas, con gesto lagrimoso
Y hábitos de luto, van gimiendo
A Ceres las hermanas, y han rogado
Que Ericsitón escote su pecado.

»Consiente á su demanda y pedimiento
La hermosísima Ceres, abajando
Su cabeza, con cuyo movimiento
La mies se está en los campos meneando.
Y está por su castigo, y escarmiento
De otros, un tormento imaginando.
¡Miserable, si nadie (cual convino)
De haber lástima de él se hallara dino!

»Con hambre (1) pestilente determina
Atormentar al duro y atrevido.
Mas porque con la hambre á la divina
Ceres estar en uno es prohibido,
Mandó llamar al punto una vecina
Del monte santo suyo destruído,
Y á la montana Diosa de esta suerte
De lo que había de hacer allí la advierte:

«Hay un lugar, que cae hacia la parte
»De Scythia más estéril y nevada,
»Infructífera tierra, y tan sin arte,
»Que de árboles y mieses sabe nada.
»De allí el temblor y amarillez no parte;
»Del frío y hambre ayuna es habitada.
»Dirás que se entre ésta en las entrañas
»Del malo que taló nuestras montañas,

(1) El Hambre era una divinidad alegórica subordinada á los dioses del Olimpo.

»Y apriete aquel traidor con tanta instancia,
»Y en su tormento muéstrese tan fuerte,
»Que ní basten mis fuerzas ni abundancia
»De cosas á vencer su dura suerte.
»Y porque no te espante la distancia
»Que hay, y allá en un punto puedas verte,
»Mi carro y mis dragones te presento,
»Que puedes gobernarlos por el viento.»

»Y dióla el coche, en que metida vino
En Scythia por el aire, y dió reposo
A los dragones fieros del camino
Encima el monte Cáucaso nevoso.
La hambre halló en lugar de sí bien dino,
Aspero, estéril, duro, pedregoso.
La hierbas de la parte donde estaba,
Con raros dientes y uñas arrancaba.

»Erizado el cabello, y el semblante
Amarillo, los ojos muy hundidos,
Una toba en sus dientes semejante
A herrumbre, con los labios denegridos.
El cuero duro era poco obstante
A ver por él los miembros escondidos;
Debajo de los lomos recorvados
Se vían los secos huesos apegados.

»Por vientre su lugar manifestaba,
Y parecía su pecho estar colgado,
Y que tan solamente asido estaba
Al espinazo suyo descarnado.
La cantidad de artejos aumentaba
Su gran flaqueza, que ha también causado
En las rodillas grueso más crecido;
Lo mismo ha en los talones parecido.

»En viéndola de lejos la relata
De la sagrada Diosa la embajada,
Porque no osó acercarse; y mientras trata
De ser como conviene despachada,
Aunque de su presencia se recata,
Y agora, agora era su llegada,
La pareció que hambrienta se sentía,
Por do á Tesalia el vuelo revolvía.

»La hambre, ejecutando el mandamiento
De Ceres su contraria, va volando,
Dejándose llevar del leve viento.
Llegó á la casa dicha, y reparando
En ella, entró en la cama y aposento
Do el sacrílego estaba reposando.
Era de noche, abrázale dormido,
Y métese por él cuanto ha podido.

»Por la garganta, pecho, cara y venas,
Inspira su poder y engendra ayuno,
Y deja todas estas partes llenas
De un apetito extraño é importuno.
Cumplido el mandamiento tan apenas,
Del fértil suelo parte, y do ninguno
Halló fertilidad, sino pobreza,
Su casa antigua fué con ligereza.

»Con apacibles alas regalaba
El sueño, aun manso, á Ericsitón, que siente
Deseo de comer, y como estaba,
En vano ejercitaba cada diente.
Movía la boca en vano, y aun tragaba
El aire, ejercitando vanamente
La garganta avidísima y golosa,
Que por manjar traga aire y no otra cosa.

»Mas luego que despierto, se embravece
La gana de comer por sus entrañas.
En fin, por concluir, él apetece,
Por mitigar sus ansias tan extrañas,
Lo con que el mar y el aire se enriquece,
Y crían valles, llanos y montañas.
En la mesa y manjar más oportuno,
Se está quejando siempre del ayuno.

»Comiendo más su hambre no se quita
En un manjar, por otro está en tormento.
Cuanto más come más y más se irrita
Su apetito insaciable y avariento.
Es tan grande su gana y tan maldita,
Que lo que á una ciudad y pueblo ciento
Sobrara, al desdichado no le basta,
Ni con todo el deseo se le gasta.

»Y como el mar los ríos de la tierra
Recibe y no se harta, pues que luego
Que el agua en su profundo vientre encierra
Admite más; y como el bravo fuego
El alimento suyo no destierra,
Mas antes con mayor desasosiego,
Cuanto más se echa en él más apetece
Y su voracidad más y más crece;

»La boca así de Ericsitón profano
Comiendo juntamente está y pidiendo,
Y su apetito furibundo, insano,
Con el manjar que come está creciendo,
Y el estómago suyo está más vano
Cuanto el cuitado más está engullendo.
Comiendo había su hacienda enflaquecido,
Y no su hambre, antes ha crecido.

»En conclusión: su gula tan malina,
Que con cosa jamás se vió aplacada,
Tragando y engullendo á la contina,
No le dejó de sus haberes nada,
Salvo una hija de tal padre indina,
La cual el pobre vende: enajenada,
De puro generosa no podía
Estar sujeta al dueño que tenía,

»Y á la ribera de su mar vecino
Sus brazos tiende al cielo, y le importuna
Diciendo: «¡Oh Dios, enséñame camino
»Para escapar tan áspera fortuna.
»Líbrame de mi amo, tú que dino
»Te hiciste de mi flor, que yo ninguna
»Merced te pido más»; y tal querella
Neptuno oyó, que la hubo de doncella.

»El cual no desechó su manso ruego,
Porque aunque su señor (que la seguía)
La había visto y procurado luego,
En forma de varón la convertía,
Que con mucha atención y gran sosiego,
Estar allí pescando parecía;
Porque en vestido, forma y en semblante
A pescador de caña es semejante.

»A quien habló su amo, y dijo: «Hermano,
»Así continuo goces mar tranquilo,
»Y ningún lance tuyo salga vano,
»Ni del sedal te quejes ni del hilo.
»Una moza con un vestido llano,
»Si sabes donde está, por tu fe dilo.
»Por señas que iba toda desgreñada,
»Que aquí donde tú estás la ví parada.»

»El don de Dios y la merced sintiendo,
Que así por sí pregunten la da gusto,
Y de esta suerte al amo respondiendo,
Le dijo: «Ciertamente fuera justo
»Que yo te lo dijera; mas no entiendo
»Sino en pescar, de que en extremo gusto.
»Perdóname, que cierto no he mirado
»Más que el agua do está mi anzuelo echado.

»Y por decir verdad, así Neptuno
»El arte favorezca de que trato.
»Que fuera yo, no ha estado aquí ninguno
»Ni hombre, ni mujer, bien ha ya rato.»
Creyóle, volvió el paso bien ayuno
De aquel engaño y delicado trato,
Y habiéndose librado, tornó ella
A recobrar la forma de doncella.

»El gran poder habiendo conocido
El padre de la hija, la entregaba
Mil veces á señores, afligido,
De cuyas manos ella se escapaba.
Agora yegua, ó ave habiendo sido,
Y en buey, y en ciervo á veces se mudaba
Porque con esta forma y otras ciento,
Hurtaba de comer al padre hambriento.

»Mas la fuerza y vigor de mal tamaño
Las invenciones todas consumía;
Que con nuevo alimento nuevo daño
Al miserable padre sucedía.
Y comenzó con su apetito extraño
A querer sustentarse de otra vía:
Comiéndose á bocados se atormenta
Y consumiendo el cuerpo le sustenta.

»Mas para qué en contar de extraña gente,
Señores, os detengo yo, y no os cuento
De mi virtud rarísima excelente,
Que me suele mudar á mi contento,
Que á veces me veréis como serpiente,
Mas otras lo que agora represento;
Otras soy capitán de la vacada
En toro mi persona transformada.

»Mudarme suelo en toro, y aun alguna
Vez me mudé que de ello me ha pesado,
Pues transformado en él por mi fortuna,
No como quiera he sido maltratado.
De dos partes de frente veis la una
Que de su cuerno y armas la han privado.»
Y habiendo aquestas cosas referido,
A las palabras se siguió un gemido.

FIN DEL TOMO I.

BIBLIOTECA CLASICA.

La Biblioteca Clásica se publica en tomos en 8.° elegantemente impresos en papel satinado, de 400 á 500 páginas.

Las traducciones están hechas directamente del idioma en que fueron escritos los originales y por las personas más competentes.

El precio de cada tomo en rústica es de *tres pesetas*, comprándolo á los libreros y corresponsales.

Haciendo el pedido directamente al editor *D. Luis Navarro, calle de Isabel la Católica*, 25, *Madrid*, y remitiendo el importe al hacerlo, *dos pesetas* y *cincuenta céntimos*. Encuadernados en tela, en pasta ó á la holandesa, *tres pesetas* y *cincuenta céntimos*.

Se publica un tomo cada mes.

Puede hacerse la suscrición recibiendo el suscritor mensualmente los tomos que desee.

El suscritor no está obligado á adquirir más tomos de los publicados ó que en adelante se publiquen, que los que sean de su agrado.

Todos los tomos se venden separadamente.

OBRAS PUBLICADAS.

Clásicos griegos

	Tomos.
Homero.—*La Iliada*, traducción en verso y con notas de D. José Gómez Hermosilla	3
Herodoto.—*Los Nueve libros de la historia*, traducción del P. Pou	2
Plutarco.—*Las vidas paralelas*, traducción de Ranz Romanillos	5
Aristófanes.—*Teatro completo*, traducción de D. Federico Baráibar	3
Poetas bucólicos griegos.—(*Teócrito, Bión y Mosco.*) Traducción en verso, de D Ignacio Montes de Oca, Obispo de Linares	1
Odas de Píndaro.—Traducción en verso del mismo	1
Esquilo.—*Teatro completo*, traducción de Brieva Salvatierra	1
Xenofonte.—*Historia de la entrada de Cyro el Menor en Asia*, traducción de D. Diego Gracián, corregida por Florez Canseco	1
— *La Cyropedia*, traducción del mismo	1
Luciano.—*Obras completas*, traducción de D. Cristóbal Vidal. Se ha publicado el tomo I.	4
Arriano.—*Expediciones de Alejandro*, traducción de Baráibar	1
Poetas líricos griegos.—Traducción de los señores Baráibar, Menéndez Pelayo, Conde, Canga Argüelles y Castillo y Ayensa	1
Polibio.—*Historia Universal*, traducción de D. Ambrosio Rui Bamba	3
Platón.—*La República*, traducción de D. José Tomás y García	2
Diógenes Laercio.—*Vidas de los filósofos más ilustres*	1

Clásicos latinos.

Virgilio.—*La Eneida*, traducción en verso y con notas de D. Miguel Antonio Caro	2
— *Las Eglogas*, traducción en verso, de Hidalgo.—*Las Geórgicas*, traducción en verso, de Caro, con un estudio del Sr. Menéndez Pelayo	
Cicerón.—*Obras completas*, traducidas por los Sres. Menéndez Pelayo, Valbuena y Navarro. Se han publicado 10 tomos.	14
Tácito.—*Los anales*, traducción de D. Carlos Coloma	2
— *Las Historias*, traducción del mismo	1

Tomos.

SALUSTIO.—*Conjuración de Catilina.—Guerra de Jugurta*, traducción del Infante D. Gabriel.—*Fragmentos de la grande historia*, traducción del Sr. Menéndez Pelayo........................ 1
JULIO CÉSAR.—*Los Comentarios*, traducción de Goya y Muniain.... 2
SUETONIO.—*Vidas de los doce Césares*, traducción de D. F. Norberto Castilla.. 1
SÉNECA.—*Epístolas morales*, traducción de D. Francisco Navarro y Calvo... 1
— *Tratados filosóficos*, traducción de D. Pedro Fernández de Navarrete y D. Francisco Navarro y Calvo................. 2
OVIDIO.—*Las Heroidas*, traducción de Diego Mexía............... 1
— *Las Metamorfosis*, traducción de Pedro Sánchez de Viana.... 2
FLORO.—*Compendio de la Historia Romana*, traducción de D. Eloy Díaz Jiménez.. 1
QUINTILIANO.—*Instituciones oratorias*......................... 2

Clásicos españoles.

CERVANTES.—*Novelas ejemplares y viaje del Parnaso*............... 2
CALDERÓN DE LA BARCA.—*Teatro selecto*, con un estudio preliminar del Sr. Menéndez Pelayo.................................. 4
HURTADO DE MENDOZA.—*Obras en prosa*........................ 1
QUEVEDO.—*Obras satíricas y festivas*........................ 1
QUINTANA.—*Vidas de españoles célebres*....................... 2
DUQUE DE RIVAS.—*Sublevación de Nápoles*...................... 1
ALCALÁ GALIANO.—*Recuerdos de un anciano*..................... 1
MANUEL DE MELO.—*Guerra de Cataluña* y *Política Militar*.......... 1

Clásicos ingleses.

MACAULAY.—*Estudios literarios.—Estudios históricos.—Estudios políticos. — Estudios biográficos. — Estudios críticos. — Estudios de política y literatura.* Traducción de M. Juderías Bénder..... 6
— *Vidas de políticos ingleses*, traducción del mismo............. 1
— *Historia de la Revolución de Inglaterra*, traducción de M. Juderías Bénder y Daniel López............................ 4
— *Discursos parlamentarios*, traducción de Daniel López....... 1
— *Historia del Reinado de Guillermo III*, continuación de la *Revolución de Inglaterra*, traducción del mismo............. 6
MILTON.—*Paraíso perdido*, traducción en verso, de D. Juan Escoiquiz. 2
SHAKESPEARE.—*Teatro selecto*, traducción de D. Guillermo Macpherson con un estudio preliminar de D. Eduardo Benot..... 5
Se han publicado cuatro tomos.

Clásicos italianos.

MANZONI.—*Los Novios*, traducción de D. Juan Nicasio Gallego.... 1
— *La Moral Católica*, traducción de D. Francisco Navarro.... 1

Clásicos alemanes.

SCHILLER.—*Teatro completo*, traducción de D. Eduardo Mier....... 3
HEINE.—*Poemas y fantasías*, traducción en verso, de D. José J. Herrero... 1

Clásicos franceses.

LAMARTINE.—*Civilizadores y conquistadores*, traducción de D. Norberto Castilla y D. M. Juderías Bénder..................... 2

Clásicos portugueses.

CAMOENS.—*Los Lusiadas*, traducción en verso de D. Lamberto Gil.. . 1
— *Poesías selectas*, traducción del mismo.................. 1



